

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

---

# EL POLO SUR

La expedición antártica del «Fram» de 1910 a 1912

POR

**R. AMUNDSEN**

TRADUCCIÓN

POR

**P. A. MARTÍN ROBLES**

Profesor en el Instituto de Tarragona.

TOMO I

Precio: SIETE pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA  
Madrid.

# LIBROS PUBLICADOS POR "LA ESPAÑA MODERNA"

que se hallan de venta en su Administración,  
calle de López de Hoyos, 6, Madrid.

- Agrano.**—La Génesis y la Revolución del Derecho Civil, 2 tomos, 15 pesetas.—La Reforma en el orden de la legislación Civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Albert.**—La Prosa, 6 pesetas.
- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
- Amundsen.**—El p-jo Sur, 7 pesetas.
- Andreief.**—Los Ahorcados, 3 pesetas.
- Anónimo.**—¿Académica?, 1 peseta.—Curri-ta Albornoz, 1 peseta.
- Autoune.**—Curso de Economía social, 2 tomos, 15 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El vi-sitador del preso, 3.—El Delito Colectivo, 1,50.
- Aró.**—Servidumbres rústicas y urbanas, 7 p.
- Asensio.**—Vida de Fernán Caballero, 1 pe-seta.—Pinzón, 3 pesetas.
- Auser.**—Derecho internacional privado, 6 pts.
- Audinet.**—Derecho internacional privado, 2 tomos, 12 pesetas.
- Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 pts.—Leyes científicas del desarrollo de las na-ciones, 4 pesetas.
- Baldwin.**—Elementos de Psicología, 8 pts.
- Balzac.**—Eugenia Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mirouet, 3 pe-setas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aureville.**—El cabecilla, 3 pe-setas.—El dandismo, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pe-setas.—La Pechizada, 3 pesetas.
- Barthelemy-Saint-Hilaire.**—Buda y su religión, 7 pts.
- Becerro de Bengoa.**—Vida de Trueba, 1.
- Bergeret.**—Vida de Mouton (Méridos), 1 pta.
- Berzeviczy.**—Beatriz de Aragón, 7 pts.
- Boccardo.**—Historia del Comercio, de la In-dustria y de la Economía política, 10 pts.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos, 8 pts.—La Oposición bajo los Césares, 7 pesetas.
- Bouchof.**—Historia de la literatura anti-gua, 6 pts.
- Bourget.**—Vida de Taine, 50 céntimos.
- Breal.**—Ensayo de Semántica, 5 pesetas.
- Bréfil.**—La elocuencia política en Grecia, 7 pesetas.
- Bret Harte.**—Bloqueados por la nieve, 2 ps.
- Bryce.**—La República Norteamericana, dos tomos, 13 pts.—El gobierno de los Estados en la República Norteamericana, 7 pts.—Los partidos políticos en los Estados Unidos, 6.—La opinión pública, 5 pts.—Las Institucio-nes sociales en los Estados Unidos, 6 pts.
- Brooks Adams.**—La ley de la civiliza-ción y de la decadencia de los pueblos, 7 ps.
- Bunge.**—La Educación, 12 pts.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho cons-titucional comparado, dos tomos, 14 pts.
- Burnouf.**—Las religiones, Literatura y Constitución social de la India, 7 pesetas.
- Baylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Blüthof y Lexis.**—Economía política, 2 tomos, 10 pesetas.
- Caillaux.**—Los impuestos en Francia, 3 to-mos, 18 pesetas.
- Cambronero.**—Las Cortes de la Revolu-ción, 4 pts.—Crónicas del tiempo de Isabel II, 7 pesetas.
- Campe.**—Historia de América, dos tomos, 8 p.
- Champomor.**—Vida de Cánovas, 1 peseta.—Ternezas y flores: Ayes del alma: Fábula, 3 pesetas.—Doloras y humoradas, 3 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 3 ts., 24 ps.—Pasado y presente, 7 pesetas.
- Caro.**—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El sui-cidio y la civilización, 3 pesetas.—Costum-bres literarias, 3 pesetas.
- Castro.**—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
- Champ communal.**—La Sucesión Abintestato en Derecho internacional privado, 10 pts.
- Chassay.**—Los deberes de la mujer en la familia, 3 pesetas.
- Cherbuliez.**—Miss Rovel, 3 pesetas.—La te-ma de Juan Tozodo, 3 pesetas.—Amores frá-giles, 3 pesetas.—Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.
- Colombey.**—Historia anecdótica del duelo, 6 pesetas.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Spen-cer, 2 tomos, 15 pesetas.
- Comte.**—Principios de Filosofía positiva, 2.
- Coppée.**—Un idilio, 3 pesetas.
- Couperus.**—Su Majestad, 3 pesetas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Daudet.**—Jak, dos tomos, 6 pts.—Novelas del lunes, 3 pts.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pts.
- Delorme.**—César y sus contemporáneos, 6 p.
- Deplolige.**—El conflicto de la Moral y de la Sociología, 7 pesetas.
- Deschanel.**—Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres, 7 pesetas.
- Döllinger.**—El Pontificado, 6 pesetas.
- Dorado Montero.**—Vida de Concepción Arenal, 1 pta.
- Dowden.**—Historia de la literatura fran-cesa, 9 pesetas.
- Dumas.**—Actes, 2 pts.
- Gitzbacher.**—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
- Ellen Key.**—El amor y el matrimonio, 6 p.
- Ellis Stevens.**—La Constitución de los Es-tados Unidos, 4 pesetas.
- Emerson.**—La Ley de la vida, 5 pts.—Hom-bres simbólicos, 4 pts.—Ensayo sobre la Naturaleza, 3,50 pts.—Inglaterra y el carác-ter inglés, 4 pts.—Los veinte ensayos, 7 pts.
- Engels.**—Anti-Dühring o revolución de la ciencia, de Eugenio Dühring, 7 pts.
- Fagnat.**—Los amo es de literatos céle res, 3 pesetas.—Leyendo a Nietzsche, 5 pts.
- Fernández Guerra.**—Hartzenbusch, 1 p.
- Fernán-Flor.**—Vida de Zorrilla, 1 peseta.
- De Tamayo.**—1 peseta.
- Ferrás.**—Obras completas, 3 pesetas.
- Ferraz.**—Filosofía del deber, 3 pesetas.
- Finot.**—Filosofía de la longevidad, 5 pts.
- Fisher.**—Economía política y geométrica, 5.
- Flizmaurice-Kelly.**—Historia de la Lite-ratura española, 10 pesetas.
- Flaubert.**—Un corazón sencillo, 3 pesetas.
- Flournoy.**—Espiritus y Mediums (Metapsí-quica y Psicología), 2 tomos, 13 pts.
- Flint.**—La Filosofía de la Historia en Ale-mania, 7 pesetas.
- Flournoy.**—Espiritus y Mediums (Metapsí-quica y Psicología), 2 tomos. Tomo I, 7 pe-setas; tomo II, 6 pesetas.
- Foucher de Careil.**—Hegel y Schopen-hauer, 6 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pts.—La Ciencia social contemporánea, 8 pts.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pts.—La Filosofía de Platón, 2 tomos 12 pts.—Compendios de los grandes filósofos, 2 to-mos 12 pesetas.
- Fournier.**—El Genio en la Historia, 3 pts.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, 2 to-mos, 15 pesetas.
- Fromentin.**—La Pintura en Bélgica y Ho-landa, 6 pesetas.
- Gabbia.**—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 pts.
- Garnet.**—Historia de la Literatura italiana, 9 pesetas.
- Sancalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización a las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 pts.—El delito como fenómeno social, 4 pesetas.—Justicia y Civilización, 4 pesetas.
- Gautier.**—Vida de Heine, 1 peseta.—Las bombas prusianas, 3 pesetas.—Nerval y Bau-delaire, 3 pesetas.—Madame de Girardin y Balzac, 3 pesetas.
- Gay.**—Los salones célebres, 3 pesetas.
- George.**—Protección y librecambio, 9 pts.—Problemas sociales, 5 pesetas.
- Girard.**—La elocuencia ática, 4 pts.—El sentimiento religioso en la Literatura grie-ga, 7 pesetas.

DEP-126510.  
CB-347606

DEP-755/4

2256



## BIBLIOTECA PUBLICA DE PALENCIA

Conforme a lo que dispone el Reglamento de préstamo, este documento debe devolverse en la última de las fechas que constan a continuación.

08 SET. 2005

23 SET. 2005

01 FEB. 2011

## DEDICATORIA

---

*A mis valientes camaradas, que en la Rada de Funchal prometieron estar siempre a mi lado en la empresa de descubrir el Polo Sur, dedico este libro.*

R. AMUNDSEN

---

### Obras publicadas por "LA ESPAÑA MODERNA,, Madrid

---

<i>Bret-Harte.</i> —Bloqueados por la nieve.....	2 pesetas.
<i>Darwin.</i> —Viajes de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos.....	15 »
<i>Heiberg.</i> —Novelas danesas.....	3 »
<i>Heine.</i> —Alemania.....	3 »
<i>Korolenko.</i> —El desertor de Sajalín.....	2,50 »
<i>Lynch.</i> —Viaje al Clondic.....	4 »
<i>Nausen.</i> —Hacia el Polo.....	6 »
<i>Roosevelt.</i> —Nueva York.....	4 »
<i>Sienkiewicz.</i> —Orso.....	2 »
<i>Sieroszewski.</i> —Yang-Hem-Tsy, novela china..	2 »
<i>Taine.</i> —Notas sobre París... ..	6 »
<i>Idem.</i> —Florencia.....	3 »
<i>Idem.</i> —Venecia.....	3 »
<i>Whurton.</i> —Los millonarios de los Estados Unidos.....	5 »
<i>Whitman.</i> —La Alemania imperial.....	5 »

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

---

EL R. 5330  
POLO SUR

La expedición antártica del «Fram» de 1910 a 1912

POR

**R. AMUNDSEN**

TRADUCCIÓN

POR

**P. A. MARTÍN ROBLES**

Profesor en el Instituto de Tarragona.

---

**TOMO I**

LA ESPAÑA MODERNA

**Madrid.**

Es propiedad.

## PRIMER RELATO

---

El 10 de Febrero de 1911 partimos hacia el Sur para establecer depósitos y continuar nuestro viaje en 11 de Abril. Formamos tres depósitos, y almacenamos en ellos tres toneladas de víveres, incluyendo 22 quintales de carne de foca. Como no había allí señales que indicaran linderos geográficos, hubimos de marcar la posición de nuestros depósitos con banderas que se colocaran a una distancia de cuatro millas a Occidente y otras tantas a Oriente. La primera banca o barrera de hielos era más accesible, y se destinó especialmente para el viaje en trineos, tirados por perros. De esta manera, valiéndonos de trineos, hicimos, en sólo el día 15 de Febrero, sesenta y dos millas. Cada trineo soportaba una carga de 660 libras, y era arrastrado por seis perros. La barrera superior (o sea la superficie de la banca) era lisa y llana; tenía unas cuantas resquebrajaduras o grietas en distintos parajes; pero sólo en uno o dos las encontramos peligrosas. Proseguía luego suave, sin ondulaciones. El tiempo era muy favorable; absolutamente en calma o con ligeras brisas. La temperatura mínima de la estación fué de — 49° Farenheit, anotada el 4 de Marzo.

Cuando volvimos a nuestros cuarteles de invierno, el 5 de Febrero, de nuestra primera exploración, vimos que el *Fram* nos había dejado ya. Con alegría mezclada de

orgullo supimos, por los que habían parado allí después, que nuestro valeroso capitán había logrado avanzar más en su viaje hacia el Sur que ningún otro. De modo que el viejo y excelente *Fram* había ya izado la bandera de Noruega en los puntos más distantes del Norte y del Sur del planeta. La más extrema latitud meridional alcanzada por el *Fram* fué 78°,41.

Antes de la llegada del invierno teníamos 60 toneladas de carne de foca en nuestros cuarteles, cantidad suficiente para nosotros y nuestros 110 perros. Habíamos construído ocho perreras y cierto número de tiendas, comunicadas con otras y chozas de nieve. Cuando se hubo prevenido lo necesario para los perros, pensamos en lo que a nosotros hiciera falta. Nuestra pequeña choza estaba cubierta casi en su totalidad de nieve. No nos decidimos a emplear la luz artificial hasta mediados de Abril dentro de la casa. Nos servimos entonces de una lámpara Lux de doscientas bujías, que proporcionaba excelente claridad, y mantenía la temperatura del interior a 68° F. en medio del invierno. La ventilación era muy satisfactoria, y nunca nos faltó la cantidad precisa de aire renovado. La choza estaba en dependencia directa de la casa en que teníamos el obrador, la despensa, almacenes y bodega, además de un cuarto de baño único y un observatorio. Así que todo lo teníamos en casa mismo y a la mano para el caso de que el tiempo excesivamente frío o borrascoso no nos permitiera aventurarnos a salir.

Nos faltó el sol en 22 de Abril para no dejarse ya ver en cuatro meses. Pasamos el invierno en modificar nuestros aprestos totales que los viajes a los depósitos nos habían enseñado resultar demasiado pesados y exagerados para un suelo tan suave y cómodo cual era el de la banca superior. Al mismo tiempo procurábamos perfeccionar nuestra obra científica con los nuevos datos que se iban

ofreciendo. Hicimos un gran caudal de observaciones meteorológicas sorprendentes. Había muy poca nieve, a pesar de encontrarse cerca el agua libre en vastas extensiones. Habíamos pensado observar temperaturas más altas en el curso del invierno, pero el termómetro permanecía bajísimo. Durante cinco meses se observaron temperaturas que variaban entre 58° y 74° F. La ínfima (74° F.) tuvo lugar en 13 de Agosto. Fué día de calma. El 1.º de Agosto observamos 72° F., con viento de tres millas por hora. La temperatura media del año fué de 15° F. Nos esperábamos grandes tormentas de nieve, pero no hubo sino moderadas borrascas. Pudimos hacer muchas y excelentes observaciones de la Aurora Austral hacia todas las regiones del cielo. Nuestro boletín de sanidad fué óptimo durante todo el invierno. Cuando el sol volvió el 24 de Agosto, vino a alegrar con sus rayos a hombres sanos de cuerpo y de espíritu y prontos a emprender la tarea que se les ofrecía delante.

Habíamos traído los trineos el día antes al punto de partida de la excursión al Sur. A primeros de Septiembre subió la temperatura, y por ello se decidió a comenzar el viaje. El 8 de Septiembre se designaron ocho hombres para efectuarlo, con siete trineos y noventa perros, provisionados para noventa días. El suelo estaba en muy buen estado. Pero al siguiente día nos dimos cuenta de haber empezado demasiado impacientemente; la temperatura descendió y se mantuvo por algunos días entre — 58° y — 75° F. Por lo que toca a las personas, poco hubo que sentir, pues teníamos excelentes vestidos de pieles; mas con los perros otra fué la cuestión. Se les vió adelgazar de día en día, hasta el punto de que nos pareció imposible que resistieran una caminata algo larga. Conviniémos, pues, en cuanto llegamos a nuestro depósito establecido en el paralelo 80°, volvernos y aguardar la llegada

de la primavera. Después de haber almacenado allí nuestras provisiones, regresamos a nuestra casa de nieve. Fuera de la pérdida de unos cuantos perros y de una o dos congeladuras de talón, todo salió perfectamente. La primavera no empezó hasta mediados de Octubre. Divisáronse algunas focas y aves. La temperatura se mantuvo firme entre  $-5^{\circ}$  y  $-22^{\circ}$  F.

Por entonces abandonamos el proyecto primitivo de ir todos juntos a la expedición. Se encomendó a solos cinco hombres, mientras otros tres verificarían una excursión hacia el Este para visitar la tierra del Rey Eduardo VII. No formaba esta excursión parte de nuestro programa; pero como los ingleses no habían logrado llegar a esta tierra, como se lo habían propuesto el verano anterior, acordamos que estaría bien llenar nosotros este hueco.

El 20 de Octubre marchó la compañía de expedición al Sur; constaba de cinco hombres, con cuatro trineos y cincuenta y dos perros, y llevaba provisiones para dos meses. Todo estaba en muy buen orden; y tan animosos íbamos, que la primera parte del viaje resultó en extremo fácil; tanto, que ni nosotros ni los perros estábamos muy fatigados; por lo que decidimos detenernos un poco, el 22, en el depósito que habíamos establecido en el paralelo  $80^{\circ}$ . Sucedió, sin embargo, que, a causa de la niebla espesísima, erramos la señal; pero después de dos o tres millas de camino volvimos a encontrar el lugar perdido.

Después de reposar allí y dar de comer a los perros cuanta carne de foca pudieron, partimos de nuevo el día 26. La temperatura permanecía firme entre  $-5^{\circ}$  y  $-22^{\circ}$  F.

Al principio nos habíamos propuesto no viajar cada día más que de doce a diez y ocho millas; pero pronto nos convencimos de que esto era harto poco, gracias a nuestros

perros fuertes y animosos. En el paralelo 80° empezamos a edificar torrezuelas o alminares de nieve, de la altura de un hombre, para poder reconocer nuestro camino de regreso.

El 31 llegamos al depósito establecido en el paralelo 81°. Allí nos detuvimos un día y dimos a comer a los perros pemmican. El 5 de Noviembre llegamos al del 82°, donde los perros comieron por última vez hasta hartarse.

El día 8 emprendimos de nuevo la marcha hacia el Sur, andando ahora unas treinta millas por día. Para aliviar a los trineos de su carga demasiada, formábamos un depósito en cada paralelo que alcanzábamos. El viaje del 82° al 83° fué un viaje de recreo, merced a lo llano del suelo y a la temperatura agradable, tal como podíamos apetecer. Todo iba de esta suerte, hasta el día 9, en que divisamos la parte Sur de la Tierra de Victoria y la continuación de la cadena montañosa que aparece en el mapa de Shackleton corriendo hacia Sureste, desde el glaciar de Beardmore. Aquel mismo día llegamos al paralelo 83°, donde establecimos nuestro depósito número 4.

El día 11 hicimos el interesante descubrimiento de que la barrera de Ross terminaba en una elevación al Sureste, formada entre una cadena de montañas que corría hacia ese punto desde el Sur de la Tierra Victoria, y otra cordillera que corre al Suroeste en continuación de la Tierra del Rey Eduardo VII.

El 13 alcanzamos el paralelo 84°, donde establecimos un depósito. El 16 tocamos el 85°, y en él formamos otro. Desde nuestros cuarteles de invierno en Framheim habíamos caminado en dirección Sur invariable todo el tiempo.

El 17 de Noviembre, en el paralelo 85°, llegamos a un lugar en que la barrera de hielos entrecortaba nuestro camino, aunque por ser el tiempo tan favorable esto no nos causó ninguna dificultad. La barrera se levanta allí

a modo de una ola de unos 300 pies de altura, y su término se anuncia por unas cuantas hendiduras anchas. En este punto establecimos nuestro depósito principal. Tomamos provisiones para sesenta días en los trineos, y dejamos detrás las suficientes para otros treinta.

La tierra a que llegábamos ahora, y que pensábamos superar, parecía de todo punto inaccesible, con picachos diseminados por la banca que alzaban sus cumbres a elevaciones de 2.000 a 10.000 pies. Más al Sur vimos varios cerros de 15.000 pies de altura o más.

Al día siguiente empezamos a trepar. La primera parte de nuestra labor era fácil, pues el terreno se iba levantando gradualmente con suaves declives de nieve debajo de la región montañosa. Nuestros perros se conducían admirablemente, por lo que no nos costó mucho superar aquellas pendientes.

En el paraje próximo nos encontramos con algunos glaciares pequeños y muy profundos, y necesitamos enjaezar veinte perros para cada uno de los trineos y valernos de cuatro trineos para dos etapas. Algunos lugares eran tan profundos, que se hacía difícil el empleo de nuestros patinadores. Muchas veces las profundas grietas nos obligaron a volver atrás.

El primer día anduvimos 2.000 pies. El próximo día cruzamos algunos pequeños glaciares y acampamos a una altura de 4.635 pies. El tercer día tuvimos que bajar el gran glaciar Axel Heiberg, que separa las montañas de la costa de las del Sur lejano.

Al siguiente comenzó la parte más considerable de nuestra ascensión. Tuvimos que hacer muchos rodeos para evitar anchas fisuras y desgarrones del terreno. La mayor parte de ellos estaban llenos, y muy probablemente hacía largo tiempo que el glaciar había cesado en su movimiento; pero, con todo, nos era menester mucho cui-

dado, pues no conocíamos la profundidad de la nieve que cubría tales grietas. Nuestro acampamento aquella noche tenía muy vistosos alrededores y se hallaba a una altura de 5.000 pies.

El glaciar estaba aprisionado entre dos montañas de 15.000 pies, a que pusimos los nombres de Fridtjof Nansen, y Don Pedro Christophersen.

En lo profundo del glaciar vimos el gran cono de nieve de Ole Engelstad, que se levanta en los aires a una altura de 19.000 pies. El glaciar era muy escabroso en aquel estrecho barranco. Enormes precipicios parecía como si quisieran atajar nuestro avance; pero, afortunadamente, no resultaron de tan mal pasar como al principio nos parecía.

Nuestros perros, que durante los últimos días, muy pocos, habían salvado una distancia de casi cuatrocientas cuarenta millas, llevaron aquel día a cabo una gran tarea, pues recorrieron veintidós millas por un terreno que se alzaba a 5.770 pies. Fué un esfuerzo casi increíble. Sólo cuatro días invertimos en llegar desde la barrera a la inmensa altiplanicie continental. Acampamos a una altura de 7.000 pies. Allí tuvimos que matar veinticuatro de nuestros valerosos perros, conservando diez y ocho—seis para cada uno de los trineos.

Allí hicimos un alto de cuatro días a causa del mal tiempo. El 25 de Noviembre, cansados de esperar, nos pusimos de nuevo en marcha. El 26 nos asaltó una furiosa tempestad de nieve. Los copos impetuosos apenas nos permitían ver nada. Pero nos dimos cuenta de que, al contrario de lo que imaginábamos, esto es, que ascendíamos, íbamos bajando rápidamente una colina. El hipsómetro aquel día indicó un descenso de 600 pies. Continuamos nuestra marcha al día siguiente, azotados por un viento

impetuoso que nos hería con los copos apiñados de nieve. Nuestras caras estaban ateridas; no es que hubiera peligro, pero no podíamos ver nada. Al día siguiente alcanzamos, según nuestro cálculo, el paralelo 86°. El hipsómetro anunció un descenso de 800 pies. Al siguiente aconteció poco más o menos. El tiempo se despejó hacia el medio día, y entonces apareció ante nuestra vista, dejándonos maravillados, una soberbia fila de montañas hacia el Oriente y no muy lejos de nosotros. Pero la visión duró no más que un momento; la tempestad de nieve que nos azotaba nos la quitó de la vista súbitamente. El 29, el tiempo apareció más tranquilo, y el sol brilló, con agradable sorpresa nuestra. Nuestro viaje fué sobre un gran glaciar que corría hacia el Suroeste. Por el lado de Occidente nada percibíamos, pues la niebla espesa nos lo impedía por completo. Al pie del Glaciar del Diablo establecimos un depósito en la latitud 86° 21', calculado para seis días. El hipsómetro señaló 8.000 pies sobre el nivel del mar. El 30 de Noviembre empezamos a subir el glaciar. La parte inferior era muy accidentada y peligrosa, y los menudos pasadizos de nieve que franqueaban las hendiduras se rompían muchas veces bajo nuestros pies. Aquella noche tuvimos desde nuestro campamento una vista magnífica de las montañas del Este. El monte Helmer Hansen era el más notable de todos ellos; se alzaba a 12.000 pies y estaba cubierto de un glaciar tan escabroso, que según toda probabilidad hubiera sido imposible encontrar donde poner pie. Vefanse también los montes Oskar Wisting, Sverre Hasel y Olav Bjaaland, magníficamente iluminados por los rayos del sol. A lo lejos, y solamente visibles de cuando en cuando por entre las foscas nieblas, vimos el monte Thorvald Nilsen, cuyos picos se levantan á 15.000 pies. Sólo podíamos ver aquellas de sus partes que estaban más cercanas a nosotros. Tres días nos costó pa-

sar el Glaciar del Diablo, pues el tiempo era excepcionalmente hermoso.

El 1.º de Diciembre dejamos el glaciar harto gozosos. Estaba entrecortado de innumerables grietas y hoyos. Ahora nos encontrábamos a una altura de 9.370 pies. A causa de la niebla y la nieve espesísimas, nos parecía tener ante nosotros como un lago helado; pero resultó ser una meseta de hielo en pendiente salpicada de carámbanos. Nuestra marcha por aquella altiplanicie no tenía nada de agradable. El suelo que pisábamos estaba evidentemente hueco y sonaba como si anduviéramos sobre toneles vacíos. Un hombre cayó primero; luego un par de perros, pero salieron sanos y salvos. No hay para qué decir que de nada nos servían los patines por aquel hielo tan bruñido, pero los trineos nos valieron mucho. Llamamos a este lugar la *Sala de baile del Diablo*. Esta parte fué la más penosa de nuestra excursión completa. El 2 de Diciembre alcanzamos la mayor altura. El hipsómetro y el barómetro anerode nos señalaron 11.075 pies de elevación. El lugar era el paralelo 87° 51'. El 8 de Diciembre concluyó el mal tiempo; el sol brilló una vez sobre nosotros y pudimos reanudar nuestras observaciones. Nuestro cálculo y las observaciones estaban de acuerdo en señalar la distancia recorrida; habíamos llegado exactamente a la latitud 88° 16' S. Ante nosotros aparecía una planicie enteramente llana, sólo interrumpida por alguna que otra hendidura insignificante. Aquella tarde dejamos atrás el punto alcanzado por Shackleton en la latitud 88° 23'. Plantamos nuestro campo en el 88° 25' y establecimos allí nuestro último depósito núm. 10. Desde esta latitud la llanura comenzaba a descender muy suave y paulatinamente. Llegamos al grado 88° 29' el 9 de Diciembre; el 12 del mismo mes al 89° 30'; el 13 al 89° 45'.

Hasta aquel momento las observaciones astronómicas

y nuestros cálculos prosiguieron en acuerdo maravilloso. Habíamos calculado que llegaríamos al Polo el 14 de Diciembre.

La tarde de aquel día tuvimos tiempo hermoso, brisa ligera del Sureste, con temperatura de 10° F. Los trineos marchaban muy bien. El día pasó sin que ocurriese cosa digna de mención, y a las tres de la tarde hicimos alto, pues, conforme a nuestros cálculos, habíamos alcanzado nuestro objeto.

Agrupámonos todos alrededor de la enseña noruega—preciosa bandera de seda—que cada uno de nosotros sucesivamente tomó y plantó, y dimos a la inmensa llanura en que se encuentra el Polo el nombre de «Planicie del Rey Haakon VII.»

Era una vasta llanura que se proseguía sin variación milla tras milla y en todos los sentidos. Durante la tarde recorrimos las cercanías del campamento, y al día siguiente, como el tiempo era muy bueno, nos ocupamos desde las seis en tomar observaciones, que nos dieron por resultado 89° 55'. Para poder tomar las observaciones lo más cerca posible del Polo, seguimos la dirección Sur más exacta los 9 kilómetros que sólo nos faltaban. El 16 de Diciembre establecimos nuestro campamento, espléndidamente iluminado por el sol y en las mejores condiciones para realizar nuestras observaciones. Cuatro de entre nosotros anotaron los datos en cada hora del día. El resultado de estas observaciones, en total veinticuatro, serán sometidas al examen de los competentes.

Así que hemos hecho observaciones tan cerca del Polo como era humanamente posible con los instrumentos de que disponíamos. Teníamos un sextante y un horizonte artificial calculado para radios de 8 kilómetros.

El 17 de Diciembre estuvimos prontos á marchar. Levantamos allí una pequeña tienda circular, plantando

encima la bandera de Noruega y la enseña del *Fram*. Al campo noruego del Polo Sur fué dado el nombre de «Polheim». La distancia de nuestros cuarteles de invierno al Polo era próximamente de 870 millas inglesas; de modo que habíamos recorrido, por término medio, quince millas y media al día.

Empezamos el viaje de regreso el 17 de Diciembre. El tiempo era excepcionalmente favorable, y esto hizo nuestro regreso más fácil con mucho que la ida al Polo. Llegamos a «Framheim» a nuestros cuarteles de invierno en Enero de 1912, con dos trineos y doce perros, todos en buen estado. En el viaje a casa recorrimos unas 22 y media millas por día. La temperatura mínima observada en esta excursión fué de  $-24$  F., y la máxima  $23^{\circ}$  F.

El principal resultado (fuera de haber alcanzado el Polo) es la determinación de los límites y carácter de la Barrera de Ross. Después, el descubrimiento de la probable conexión entre la Tierra Victoria del Sur y la del Rey Eduardo VII, por su serie de descomunales cordilleras, que parten del Sureste y se perciben, por ahora, hasta la latitud  $88^{\circ} 8'$  S., pero que muy probablemente siguen cruzando el Continente antártico. Damos el nombre de «Montes de la Reina Maud» a toda aquella serie, últimamente descubierta, de 530 millas de longitud.

La expedición a la Tierra del Rey Eduardo VII bajo la dirección del Teniente Prestrud ha obtenido excelentes resultados. El descubrimiento de Scott se ha confirmado, y el examen de la Bahía de las Ballenas y de la Barrera de Hielo, que la expedición realizó allí, es de gran interés. De la Tierra del Rey Eduardo VII y de la Victoria del Sur se han sacado también excelentes colecciones geológicas.

El *Fram* llegó a la Bahía de las Ballenas el 9 de Ene-

ro, experimentando algún retraso en «Roaring Forties» por los vientos de Levante.

El 16 de Enero la expedición japonesa llegó a la Bahía de las Ballenas, y tomó tierra en la Barrera junto a nuestros cuarteles de invierno. Dejamos la Bahía de las Ballenas el 30 de Enero. El viaje se nos alargó a causa del viento contrario.

Todos gozábamos de la mejor salud.

ROALD AMUNDSEN

Hobart, Marzo 8, 1912.

## INTRODUCCION

---

Cuando un explorador vuelve victorioso a su casa, van todos a felicitarle. Todos estamos orgullosos de su hazaña, de la que una parte de gloria cabe a la patria, otra a la humanidad.

Es como si engalanásemos con nuevo airón nuestro sombrero, y nos parece haber adquirido este triunfo a poco coste.

¿Cuántos de los que pudieron reunirse para recibir los plácemes formaban en la expedición cuando se preparaba, cuando se padecía necesidad de lo más urgente, cuando se precisaba auxilio y ayuda en los mayores apuros? ¿No eran de los nuestros? Vez ha habido que el caudillo de la expedición se ha llegado a encontrar solo; no pocas ha tenido que confesar que sus mayores dificultades fueron las que en la patria tuvo que vencer antes de darse a la vela. Este fué el caso de Colón, que no ha dejado de repetirse con otros muchos hasta nuestros tiempos.

Igual fortuna tocó a Roald Amundsen—y no ya la primera vez cuando zarpó en el *Gjøa*, con el doble objeto de descubrir el Polo magnético del Norte y hallar el paso del Noroeste, sino también ahora cuando en 1910 dejó el fjord de su patria para emprender su gran expedición en el *Fram* en que cruzara el Mar Polar del Norte.—¡Qué

angustias ha debido pasar este hombre que pudieran habersele ahorrado por quienes tenían facultad de aliviárselas! Amundsen ha dado vigorosa prueba de cuán recia-mente constituido está; los dos objetos de la expedición del Gjõa se han visto realizados. Siempre, donde ha puesto la mira acertó este hombre, que ha navegado en su pequeño yate por todo el Océano Artico; ha rodeado el Norte de América por el camino que en vano se había buscado por más de cuatrocientos años. Si él ha puesto en la empresa su vida y sus recursos, ¿no sería justo que tuviéramos a gala ayudar a un hombre tal?

¿Pero ha sucedido así?

Por largo tiempo ha tenido que luchar por allegar una tripulación completa. Siempre pasó apuros pecuniarios, dispensándosele poco interés á él y a su obra, fuera de unos cuantos que contribuyeron según sus recursos. El por su parte ha dado cuanto poseía en el mundo. Su último viaje no fué el más fácil: cargado de apuros y deudas, se embarcó cierta noche de verano con la serenidad y firmeza en él habituales.

Al comenzar el otoño se recibió una carta suya. Pensaba volver a la patria con el fin de allegar recursos, no para la expedición al Norte proyectada, sino para dirigirse al Polo Sur. La gente quedó atónita, no entendía lo que le habían dicho. ¡Es que intentaba llegar al Norte por el camino del Polo Sur! ¡Iba a hacer tan inmensa e imprevista añadidura a su proyecto sin haber contado con nadie! Hubo quien pensó que el proyecto era desesperado; tal que le tuvo por dudoso, pero aún más los que juzgaron que era de todo punto inadmisibile y hasta desleal. No faltó, por último, quien pidió que se le prohibiera partir. Pero no lograron detenerle. Había acelerado su carrera como se lo había propuesto, sin volver la cabeza atrás.

Poco a poco se le fué olvidando, no preocupando a nadie más que los propios asuntos. Sobrevinieron las nieblas día tras día, semana tras semana... esas nieblas que a los pequeños amparan y devoran todo lo que es grande y las domina.

Mas súbitamente un día hermoso de primavera rompe el velo de la niebla. Ha llegado una gran nueva. La gente una vez más queda atónita y mira a lo alto. *Muy por encima de ella brilla una hazaña, un hombre.* Una oleada de júbilo inunda los corazones de los hombres: brillan sus ojos como las flámulas que ondulan en torno suyo.

¿Por qué? ¿Por respeto a los grandes descubrimientos geográficos, a los importantes resultados científicos? Nada de eso: podrá interesar a unos cuantos especialistas. Se trata de *algo* que *todos* pueden entender. Se trata de una victoria del espíritu del hombre, del poder del hombre sobre la soberanía y potencia de la Naturaleza: de una acción que nos levanta sobre la obscura monotonía cotidiana de la vida; de un panorama de rientes llanuras interpoladas de montañas altísimas que punzan el azul cielo glacial, de tierras cubiertas de sudarios de nieve cuya extensión abísima la mente; una visión de los tiempos hiperbóreos extinguida tanto tiempo hace; del triunfo de lo viviente sobre los yermos dominios de la muerte. Hay en todo ello como un círculo acerado en que late la voluntad humana con tenaces propósitos por entre las mordeduras del hielo, las tempestades de la nieve, la muerte.

Es que el triunfo no es debido a las grandes invenciones de la actualidad, ni a las infinitas y novísimas aplicaciones de todo género. Los medios utilizados datan de una antigüedad remotísima; son los mismos que conocieron los pueblos nómadas hace millares de años, cuando iban abriéndose paso por las llanuras nevadas de Siberia

y del Norte de Europa. Pero *toda cosa* grande o pequeña ha sido cuidadosamente pensada y el plan maravillosamente ejecutado. El *hombre* es lo que importa, en esto como en todo.

Como todo lo grande, parece al mismo tiempo sencillo y fácil. Por lo demás, sucedió como tenía precisamente que suceder:

Sin contar con los descubrimientos y experiencias de los primeros exploradores, que son indudablemente condición necesaria del éxito, tanto el plan como su ejecución son fruto sazonado del vivir ordinario de los noruegos y de su experiencia, tanto en lo pasado como en lo presente. La vida cotidiana invernal de Noruega entre la nieve y los hielos, el empleo constante que hacen nuestros aldeanos de los patines y de los trineos sin ruedas en los bosques y en los montes, la vida de nuestros balleneros y pescadores de focas en los mares polares, los viajes de nuestros exploradores a las regiones árticas; todo esto con el perro como animal de tiro, que pintiparado para este objeto parece que nos legaron las razas primitivas, es lo que ha formado la base del plan, y hecho posible su ejecución—cuando el hombre aparece.

Y como realmente apareció, ha conducido su empresa por entre todas las dificultades como si no existieran; cada una de ellas ha sido prevista y contrarrestada de antemano. A evitarlas llama la genta fortuna y buena suerte. La fortuna de Amundsen es la del varón fuerte que mira hacia adelante.

¡Y cómo responde a su carácter y al de sus compañeros aquel telegrama a su país—tan sencillo y tan directo hacia su fin,—ni más ni menos que si se tratase de una excursión alpinista en día de fiesta! Trata en él de lo conseguido, no de las penalidades. Cada palabra de él es ver-

daderamente varonil. Se ve en él el sello del hombre ecuanime, tranquilo y fuerte.

Aún es pronto para poder apreciar en su debida extensión los nuevos descubrimientos; pero el cablegrama ha dispersado ya las nieblas tan lejos, que empiezan a dibujarse los perfiles. El país mágico del hielo, tan diferente de los demás, va emergiendo poco a poco de entre las nubes.

En este maravilloso mundo de hielo ha encontrado Amundsen su camino verdadero.

Desde el primero al último, él y sus compañeros han atravesado por completo regiones desconocidas, valiéndose de sus patinadores, y no son muchas las expediciones de que da cuenta la historia en que se haya puesto bajo la planta humana tanta cantidad de terreno desconocido para la humanidad. La gente pensaba indudablemente que marchando por el glaciar de Beardmore que Shackleton había descubierto, saldría a la altiplanicie nevada próxima al Polo, pues por allí estaba seguro de llegar. Los que conocíamos a Amundsen esperábamos que, como está en su temperamento, trataría de evitar el camino descubierto por otros. Por fortuna, acertamos. En ningún punto se había de confundir su camino con el iniciado por los ingleses, fuera del Polo mismo.

De esta expedición deriva un gran tesoro que beneficiar. Pues como en el espacio de un año hemos tenido la fortuna de volver a ver regresar de su expedición emprendida por otro camino sano y salvo al capitán Scott con todos sus descubrimientos y observaciones, los resultados de Amundsen se acrecientan grandemente en valor, pues los datos adquieren doble ilustración. El avance simultáneo hacia el Polo, partiendo separadamente de dos puntos diversos, ha sido precisamente uno de los acontecimientos más venturosos para la ciencia.

La región investigada se agranda así mucho más; los

descubrimientos son más numerosos, y la importancia de las observaciones es más que doblada, y varias veces multiplicada. Considérense, por ejemplo, las observaciones meteorológicas; una sola serie de observaciones verificadas desde un solo lugar tiene sin duda su importancia; pero si tomamos otra serie de notas desde un lugar diferente, se acrecienta su valor, porque se nos ofrece así ocasión de comprender los movimientos atmosféricos. Y así con otras investigaciones. La expedición de Scott acarrearía ciertamente ricos e importantes frutos en muchos respectos, pero el valor de sus observaciones se aumentará al ser contrastadas con las de Amundsen.

Añadidura valiosa a la expedición de Amundsen juzgamos el viaje en trineo al Polo del Teniente Prestrud y sus dos compañeros, en dirección oriental de la parte desconocida de la Tierra del Rey Eduardo VII, que descubrió Scott en 1902. Parece que esta tierra estuviera enlazada con los territorios y cordilleras que vió Amundsen junto al Polo. De aquí surgen nuevos problemas.

Pero no han sido sólo estos viajes sobre sábanas de nieve y cordilleras lo que se ha llevado a cabo de manera tan magistral. Hay que agregar la parte de deuda que tenemos con el capitán Nilsen y su tripulación. Ellos llevaron el *Fram* adelante y hacia atrás dos veces en cada viaje por entre las aguas australes sembradas de témpanos, que quienes las han visto tienen por tan peligrosas, que consideraban al *Fram* impotente para navegarlas; y con todo, ambas excursiones se han verificado con tal rapidez y puntualidad como si se tratara de una vía marítima de las comunes. El meritísimo constructor del *Fram*, Colin Archer, puede con razón preciarse del modo como su «criatura» ha llevado a término la misión confiada últimamente. El *Fram* ha sido el barco que ha navegado hasta los puntos más extremos del Norte y Sur.

Pero aún han hecho más el capitán Nilsen y sus compañeros: han aportado una labor de investigación que en interés científico no desmerece de la llevada a cabo por sus camaradas en el mundo de hielo que ellos descubrieron, aunque muchas personas no lo reconozcan así. Mientras Amundsen y los suyos estaban invernando en el Sur, el capitán Nilsen, en el *Fram*, investigaba el Océano que se extiende entre el Sur de América y Africa. En no menos de sesenta estaciones tomó notas de temperatura, muestras de aguas y de especies submarinas a dos mil brazas de profundidad de región tan poco conocida. Así dividieron ellos por primera vez este Océano en dos secciones, y añadieron nuevas conquistas de las profundidades desconocidas de este Océano al saber de los hombres. Las secciones recorridas por el *Fram* son las más vastas y completas que hayan estudiado en Océano alguno.

¿Sería cosa fuera de razón que los que tanto han pasado y tantos triunfos logrado pensaran ya en descansar? Amundsen aspira a más. Ahora tiende al principal objetivo de sus afanes de siempre. En el próximo año su viaje será por el Estrecho de Behring entre los hielos, nieves y brumas del Norte a cruzar el mar Boreal directamente—expedición de cinco años por lo menos.—Parece esto empresa sobrehumana, pero él es quien puede hacer esto también. *Fram* es su buque, «Adelante» su divisa \*, y por donde quiera pasará. Llevará a término su principal empresa, la única que le preocupa, y que tiene preparada con tanta rapidez y seguridad como la que acaba de realizar.

Pero mientras sucede, felicitémonos de lo que ya ha consumado. Sigamos las leves huellas de sus trineos, los pequeños puntitos negros que hombres y perros han de-

---

\* *Fram* en noruego quiere decir «adelante» y también «por medio de», «por entre».—(N. del T. inglés.)

jado en la infinita superficie blanca que conduce al Sur, como una vía férrea exploradora en el corazón de un país desconocido. El viento con su vuelo perenne desvanecerá estas huellas en el desierto de nieve. Pronto estarán todas borradas.

Pero los carriles de la ciencia están puestos; nuestro saber es más rico que antes.

Y la luz del hecho hazañoso brilla eternamente.

FRIDTJOF NANZEN

Lysaker, Mayo 1912.

# EL POLO SUR

---

## CAPITULO PRIMERO

### HISTORIA DEL POLO SUR

«Life is a ball  
In the hands of chance.»

(La vida es una danza  
en manos de la fortuna.)

*Brisbane, Queensland, Abril 13, 1912.*

Héme aquí, sentado a la sombra de las palmeras, rodeado de la más espléndida vegetación, saboreando los más soberbios frutos y escribiendo la historia del Polo Sur. ¡Qué infinita distancia parece separar esta región del ambiente en que se recuerda! Y, sin embargo, no hace más que cuatro meses que tocaba con mis valientes compañeros la meta codiciada.

¡Escribo la historia del Polo Sur! Si alguien hubiera proyectado tal obra cuatro o cinco años antes, yo le hubiera mirado como un loco sin remedio. Y, sin embargo, el loco hubiera tenido razón. Los hechos se han precipitado, las cosas han experimentado súbita mudanza en otras por completo distintas de lo que yo había imaginado.

El 14 de Diciembre de 1911 se posaron cinco hombres en el extremo meridional del eje de la Tierra, plantaron

la bandera de Noruega y pusieron a la región que pisaban el nombre de aquel por quien contentos hubieran sacrificado sus vidas: el Rey Haakon VII. Así se descorrió el velo para siempre, y uno de los más grandes secretos de nuestro planeta ha dejado de serlo.

A mí, que entre aquellos cinco hombres tocó aquella tarde de Diciembre participar del descubrimiento, me incumbe ahora escribir la historia del Polo Sur.

Las exploraciones antárticas son muy antiguas. Aun antes de que nuestra idea de la redondez de la Tierra adquiriese términos precisos, ya se habían emprendido viajes al Sur. Ciertamente que no fueron muchos entre ellos los exploradores de aquellos lejanos tiempos que se daban cuenta de lo que nosotros entendemos por regiones antárticas; pero aun así, intención hubo y capacidad, con lo que se justifica su inclusión entre este género de exploraciones. El motivo predominante de estas empresas era, en la mayor parte de los casos, la esperanza del lucro. Soberanos codiciosos de poderío, veían en su imaginación agrandarse sus dominios. Otros, sedientos de oro, soñaban con inconcebibles tesoros del metal seductor. También misioneros inflamados de celo se regocijaban a la idea de ganar un numeroso rebaño perdido. Las aspiraciones científicas aguardaban su vez calladamente en plano más humilde. Pero a todos tocaba parte en estos descubrimientos: a políticos, comerciantes, religiosos, hombres de ciencia.

La historia de los descubrimientos antárticos puede dividirse, por sus resultados, en dos categorías. En la primera hay que incluir a todos aquellos viajeros numerosos que, sin idea determinada sobre la forma o condiciones del hemisferio austral, hicieron su camino hacia el Sur para descubrir cuanta tierra pudiesen. A éstos se les debe mencionar brevemente, antes de pasar al segundo

grupo, al de los verdaderos exploradores antárticos en el sentido riguroso de la palabra, que con noticia de la forma de la Tierra se lanzaron a cruzar el Océano para domar al monstruo antártico si la fortuna les favorecía.

Deberemos recordar siempre con gratitud y admiración aquellos primeros navegantes que impulsaron sus naves por entre borrascas y brumas, con lo que aumentaron nuestro conocimiento de las tierras heladas del Sur. Las personas del día, ayudadas de la suficiente noticia sobre las partes más remotas del globo, y en posesión de todos los medios novísimos de comunicación, difícilmente pueden concebir el ánimo que revelan los viajes de aquellos hombres.

Planeábanlo ante las sombras de lo desconocido, siempre expuestos a perecer abismados y deshechos por las olas, y ante misteriosos peligros que les acechaban dondequiera en estos lóbregos e infinitos espacios.

Los principios fueron humildes, pero poco a poco se fué ganando considerablemente. Uno tras otro se iban allegando pedazos de tierra que se sometían al poder del hombre. La ciencia de los comienzos de nuestro planeta se hizo cada vez mayor y adquirió forma mejor definida. Nuestra gratitud a estos primeros descubridores debe ser honda. Y, sin embargo, no faltan gentes hoy que preguntan cuál es la utilidad de estos descubrimientos. Nosotros, ¿qué les hemos de contestar? Quédeos lugar en vuestros menguados cerebros para pensamientos de pan y manteca.

\*  
\* \*

El primer nombre en la lista de los descubrimientos es el del Príncipe Enrique de Portugal, denominado el Navegante, a quien se le debe contar siempre el primero cuando de investigaciones geográficas se trate. A sus esfuerzos se debió el primer paso del Ecuador, hacia 1470.

Bartolomé Díaz avanzó aún más considerablemente. Zarpando de Lisboa en 1487 llegó a la bahía de Algoa, y sin duda atravesó el cuadragésimo paralelo en su viaje hacia el Sur.

Tan conocido es el viaje de Vasco de Gama en 1497, que no ha menester nueva descripción. En pos de él vinieron hombres como Cabral y Vespucio, que perfeccionaron las anteriores adquisiciones, y de Gonville, no el menor de los héroes expedicionarios.

Luego aparece el más grande de los antiguos navegantes, Fernando de Magallanes, que, aunque portugués de nacimiento, navegaba al servicio de España. Partiendo en 1519, descubrió la unión entre el Atlántico y el Océano Pacífico en el Estrecho que lleva su nombre. Ninguno antes que él había avanzado tanto hacia el Sur, próximamente hacia el paralelo 52° S. Uno de los navíos, el *Victoria*, llevó a cabo la primera circunnavegación del mundo, y así asentó en el entendimiento de las gentes el hecho de que la tierra era redonda. Desde entonces, la idea de las regiones antárticas tomó formas precisas. Algo existía en el Sur. Si era tierra o agua, el tiempo lo había de mostrar.

En 1578 aparece el famoso marino inglés Sir Francisco Drake. Por más que se le conozca sólo por un corsario, le debemos cierto honor por sus descubrimientos geográficos. Dió la vuelta al Cabo de Hornos y confirmó que la Tierra del Fuego era un gran grupo de islas, y no parte de un continente antártico, como muchos habían creído.

El holandés Dirk Gerritsz, que tomó parte en una expedición de saqueo a la India en 1599 por el camino del Estrecho de Magallanes, fué, según se dice, arrebatado por una tempestad después de haber pasado el Estrecho, y fué á parar al grado 64° lat. S., en una llanura cubierta

de nieve. Puede presumirse que se trataba de las islas Shetland del Sur, pero la relación del viaje ofrece lugar a dudas.

En el siglo xvii tenemos los descubrimientos de Tasman, y hacia el final de la centuria se cuenta de viajeros ingleses que alcanzaron las más extremas latitudes en el Atlántico meridional.

El real astrónomo inglés Halley emprendió un viaje científico al Sur en 1699, para hacer observaciones de magnetismo, y se encontró en los hielos en la latitud 52° S., de donde volvió hacia el Norte.

El francés Bouvet (1738) fué el primero en rodear las masas de hielo australes en una considerable extensión y dar noticias de los inmensos icebergs achatados de aquellas latitudes.

En 1756, el barco mercante español *León* trajo noticias de haber llegado a una tierra cubierta de nieve, situada en los 55° de lat. S. al Este del Cabo de Hornos. Lo probable es que esta tierra fuera la que conocemos con el nombre de Georgia del Sur. El francés Marion Dufresne descubrió en 1772 las islas Marion y Crozet. En el mismo año, José de Kerguelen-Tremaree, francés también, llegó a la tierra de Kerguelen.

Esta cierra la serie de las exploraciones que yo he creído deber incluir en el primer grupo. «Anctártica», o sea el sexto continente mismo, continuaba aún libre de huella y de mirada humana. Pero ya el valor y la inteligencia empezaron a sentirse fuertemente aguijados para revelar los secretos que se ocultaban en el círculo anártico.

El capitán Jaime Cook, marino de los más valerosos y expertos que el mundo ha conocido, inaugura la serie de las expediciones antárticas, llamadas así con toda pro-

piedad. El Almirantazgo inglés le envió con órdenes de descubrir el gran continente Austral o asegurarse de que no existía. La expedición, que constaba de dos buques, el *Resolution* y el *Adventure*, salió de Plymouth el 13 de Julio de 1772. Después de una breve estancia en Madera, llegó al Cabo de Buena Esperanza el 30 de Octubre. Allí recibió Cook noticias de los descubrimientos de Kerguelen y de las islas de Marion y Crozet. En el curso de su viaje al Sur, Cook pasó 300 millas al Sur de la Tierra de que había hablado Bouvet, y, en consecuencia, se persuadió de que la tierra en cuestión, si existía, no era continuación del gran continente austral.

El 17 de Enero de 1778 fué cruzado el círculo Antártico por primera vez, día memorable en los anales de las exploraciones antárticas. Poco después se encontró una sólida masa de hielos, y Cook hubo de volver al Norte. Se proyectó una excursión a las islas nuevamente descubiertas de Kerguelen, Marión y Crozet, adquiriendo el convencimiento de que nada tenían que ver con el gran continente austral. En el curso de los viajes sucesivos en las aguas antárticas, Cook llevó a cabo la circunnavegación del globo por la latitud meridional más avanzada hasta la fecha, y mostró que no existía conexión alguna entre las tierras e islas últimamente descubiertas y el misterioso e inmenso continente antártico. Su latitud más avanzada fué de  $71^{\circ} 10' S.$  (Enero 30 1774).

Los viajes de Cook tuvieron importantes resultados para el comercio, así como sus informes sobre el enorme número de focas en la Georgia del Sur atrajo multitud de pescadores ingleses y americanos a aquellas aguas, y estos pescadores, a su vez, agrandaron el campo de los descubrimientos geográficos.

El de Shetland del Sur en 1819, realizado por el capitán inglés Guillermo Smith, es digno de memoria. Este

descubrimiento trajo como consecuencia el del Archipiélago de Palmer al Sur del de Shetland.

La siguiente expedición científica a las regiones antárticas fué ordenada por el Emperador Alejandro I, de Rusia, bajo el mando del capitán Tadeo von Bellingshausen. Componíase de dos barcos, y partió de Cronstadt el 15 de Julio de 1819. A esta expedición pertenece el honor de haber descubierto la primera tierra del Sur del Círculo Polar Antártico: la Isla de Pedro I, y la Tierra de Alejandro I.

Como estrella de próxima magnitud brilla en el firmamento de los viajes australes el marino inglés Jaime Weddell. Hizo dos viajes en un barco destinado a la pesca de focas, de 160 toneladas, el *Jane*, de Leith, en 1819 y 1822, siendo acompañado la segunda vez por el crucero *Beaufoy*. En Febrero de 1823, Weddell tuvo la ocasión de ganar a Cook alcanzando la latitud  $74^{\circ} 15'$  S. en el mar ahora conocido con el nombre de Mar de Weddell, que aquel año estaba libre de hielos.

La razón social inglesa de navieros Hermanos Enderby desempeña papel no insignificante en las exploraciones antárticas. Los Enderbys habían llegado en sus pesquerías de focas a los mares del Sur desde 1875. Tenían gran interés, no sólo por lo que respecta a los fines comerciales, sino también a los resultados científicos de estos viajes, y escogían sus capitanes con el máximo cuidado. En 1830 la casa envió a pesquerías de focas en el Océano antártico á Juan Biscoe, con el bergantín *Tula* y el cúter *Lively*. El resultado de este viaje fué la vista de la Tierra Enderby en la latitud  $66^{\circ} 25'$  S. Longitud  $49^{\circ} 18'$  E. Al año siguiente, las islas de Adelaida, Biscoe y Pitt, en la costa occidental de la Tierra de Graham, empezaron a notarse en los mapas; se vió por primera vez la Tierra de Graham misma.

Kemp, otro de los skipper, o capitanes de Enderby, halló tierra en la latitud  $66^{\circ}$  S. y longitud  $60^{\circ}$  E.

En 1839 también otro skipper de la misma empresa naviera, Juan Balleny, en el Schooner *Eliza Scott*, descubrió las islas de Balleny.

Después llegamos al celebrado navegante francés almirante Julio Sebastián Dumont d'Urville.

Salió de Tolón en Septiembre de 1837 con una expedición equipada científicamente, en los barcos *Astrolabe* y *Zelée*. Llevaban el designio de seguir el camino de Weddell, y hacer llegar la bandera francesa al punto más cercano del Polo que pudiesen. A principios del 1838 fueron descubiertas y denominadas la Tierra de Luis Felipe y la Isla de Joinville. Dos años más tarde encontramos de nuevo los barcos de D'Urville en las aguas antárticas, con el objeto de investigar las condiciones magnéticas en las cercanías del Polo Sur magnético. Descubrióse tierra en los  $66^{\circ} 30'$  latitud S. y  $138^{\circ} 21'$  longitud E. Con excepción de unos cuantos islotes pelados, todo el resto de esta tierra estaba cubierto de nieve. Diósele el nombre de Tierra de Adelia, y una parte de la barrera de hielos, que va hacia el Oeste, se nombró Costa Clarie, suponiéndose que ceñía una faja de costa.

El oficial de navío americano, teniente Carlos Wilkes, navegó en Agosto de 1838 con una flota de seis barcos. La expedición fué enviada por el Congreso y llevaba doce observadores científicos. En Febrero de 1839 toda esta imponente flota se reunió en el Puerto de Orange en el Sur de la Tierra del Fuego, donde se distribuyó la tarea entre los varios navíos. En cuanto a los resultados de la expedición, es difícil emitir opinión. Cierto que luego fué navegada la Tierra de Wilkes en varios sentidos por muchas expediciones. Quién pueda ser el responsable de que su cartografía haya resultado deficiente, no es fácil

precisarlo. Parece, sin embargo, por lo que se desprende de la relación del viaje, que la empresa iba dirigida seriamente.

Luego aparece el almirante Sir James Clark Ross, verdadero astro de estas empresas, a quien siempre habrá de recordársele como uno de los más intrépidos exploradores del Polo y como sinigual navegante.

Los resultados de esta expedición son bien conocidos. Ross mismo mandaba el *Erebus*, y el comandante Francisco Crozier el *Terror*. El primer navío, de 370 toneladas, había sido construido con la idea de servir a fines de guerra, una especie de cañonero; estaba, pues, sólidamente construido. El *Terror*, de 340 toneladas, había sido empleado precisamente en los mares árticos, y se le había reforzado debidamente. Al aprovisionar los barcos se tomó toda precaución posible contra el escorbuto, de cuyos peligros había adquirido experiencia en los mares árticos.

Los navíos zarparon de Inglaterra en Septiembre de 1839, tocando á muchas islas del Atlántico, y llegaron al puerto de Christmas, en la Tierra de Kerguelen, en el próximo Mayo. Allí se detuvieron dos meses, haciendo observaciones magnéticas, y luego siguieron a Hobart.

Sir Juan Franklin, eminente explorador polar, era en aquel tiempo gobernador de Tasmania, y á Ross no pudo ofrecérsele ocasión mejor. Con el interés que Franklin naturalmente tenía por semejantes expediciones, no hay para qué decir que le auxilió por cuantos medios estaban a su alcance. Durante su estancia en Tasmania Ross recibió informes de cuanto habían realizado Wilkes y Dumont D'Urville en la misma región que el Almirantazgo le había enviado a explorar. El efecto de estas noticias fué cambiar Ross sus planes y decidirse a seguir por el meridiano 170 hasta llegar al Polo magnético desde el Este.

Dióse aquí otra circunstancia casual en la larga serie

de acontecimientos. Si Ross no hubiera recibido los informes de referencia, es muy posible que los brillantísimos descubrimientos asociados a su nombre que marcan época en la historia de la geografía no hubieran tenido lugar hasta muchos años después.

El 12 de Noviembre de 1840 subió Franklin a bordo del *Erebus*, para acompañar a su amigo Ross hasta fuera del puerto. ¡Extraños azares de la fortuna! Franklin estaba en la cubierta de aquel mismo barco que pocos años más tarde había de ser su lecho de muerte. Poco se figuraría, según iba saliendo de Hobart por la Bahía de las Tormentas, á que sirven de guirnalda las huertas y verjeles de Tasmania, que había de encontrar su muerte en una remota latitud boreal, a bordo del mismo barco, entre tormentas y ventisqueros. Después de tocar a las islas Auckland y a la de Campbell, se dirigió Ross hacia el Sur, cruzando el círculo antártico el día de Año Nuevo de 1841.

Los navíos se encontraron con la banca de hielo, pero no fué para Ross enemigo tan formidable como para otros exploradores que se valieron de barcos más frágiles. Ross abordó osadamente la banca con sus barcos fortificados, y aprovechando estrechos pasos, llegó cuatro días después, tras de muy peligrosas rachas, al mar libre del Sur.

Había llegado al mar de nieve que lleva su nombre, realizándose con esto el viaje más audaz que se registra en los anales de las exploraciones antárticas.

Pocos pueden hoy apreciar debidamente esta hazaña heroica, prueba luminosa de la energía y del valor humanos. Con dos pesadísimos barcos artilleros, tan difíciles de manejar, aquellos hombres se lanzaron denodadamente contra el corazón de la banca de hielo, cosa hasta entonces de mortal peligro, y que parecía, no ya difícilísima, sino del todo imposible. Nosotros ahora, con mover una

mano y tocar un tornillo, podemos desembarazarnos de cualquier obstáculo que se nos presente. Héroe se les puede llamar a aquellos hombres; héroes en el más alto sentido de la palabra.

Ross encontró el mar libre a los 69° 15' lat. S. y 176° 15' long. E. Al siguiente día, el horizonte estaba perfectamente despejado de hielos. ¡Qué alegría debió sentir cuando vió que tenía un camino libre hasta el Sur!

La expedición se había preparado para hallar el Polo Magnético, y la esperanza de hallarle pronto brillaba en todos los corazones. Pero entonces, cuando cabalmente se habían ya acostumbrado a la idea de tener ante sí el mar libre hasta el mismo Polo Magnético, el vigía anuncia haber *tierra firme enfrente*. Era la costa montañosa de la Tierra Victoria del Sur.

¡Qué mágico paisaje debió parecer a los primeros viajeros que a ella se acercaron! Series de montañas cuyas cumbres se alzan de 7.000 a 10.000 pies, unas cubiertas de nieve, otras completamente desnudas, escarpadas, enhiestas, abruptas y asperísimas.

Entonces se vió que el Polo Magnético estaba a unas quinientas millas de distancia, muy tierra adentro, detrás de aquellas cordilleras cubiertas de nieve. La mañana del 12 de Enero se acercaron a una pequeña isla, y Ross, con unos cuantos compañeros, desembarcó y tomó posesión del país. No podían llegar al continente por causa del enorme cinturón de hielo que rodea su costa.

La expedición continuó su tarea hacia el Sur, haciendo nuevos descubrimientos. El 28 de Enero se divisaron por vez primera las dos elevadas cumbres del monte Erebo y del monte Terror. Se vió que el primero era un volcán en actividad, que despedía humo y llamas contra el cielo. ¡Maravillosa vista, en verdad, la de aquella antorcha gigantesca flameando sobre aquel panorama blanco,

glacial! El capitán Scott dió después a la isla en que estas montañas se encuentran el nombre del intrépido navegante Ross.

Naturalmente, había grandes esperanzas a bordo. Si habían penetrado tan al Sur, no por esto debían limitar aquí sus progresos. Pero, como tantas veces ha ocurrido, aquellas esperanzas debieron sufrir una decepción. «Desde la isla de Ross hasta donde podía la vista alcanzar en dirección a Oriente, se alza una altísima e impenetrable muralla de hielo. Navegar por entre ella es cosa tan imposible como «navegar por entre los arrecifes de Dover», dice Ross en su descripción. No pudieron hacer otra cosa que intentar bordearla. Y empezaron entonces la primera exploración de aquella parte de la barrera antártica, que desde entonces se ha llamado barrera de Ross.

Siguiéronla hacia Oriente por un espacio de doscientas cincuenta millas. Vieron que la superficie era perfectamente llana. El punto más oriental a que llegaron fué el meridiano 167 O., y la latitud más apartada 78° 4' S. No encontrando pasaje ninguno, los navíos retornaron al Oeste para investigar de nuevo si había alguna posibilidad de llegar al Polo Magnético. Pero hubo que abandonar esta tentativa pronto, por lo tardío de la estación, y Ross regresó a Hobart en Abril de 1841.

Su segundo viaje estuvo lleno de peligros y sucesos emocionantes, pero añadió poco en materia de descubrimientos.

El 22 de Febrero de 1842 llegaron los barcos a la vista de la barrera, y, siguiendo hacia el Este, vieron que doblaba en tal dirección. Aquí Ross da cuenta de *cierta semejanza de tierra*, en la misma región en que, sesenta años después, encontró el capitán Scott la Tierra del Rey Eduardo VII.

El 17 de Diciembre del mismo año se dispuso a hacer

su tercer viaje al círculo austral. Era esta vez su objeto alcanzar la latitud más alta a lo largo de la costa de la Tierra de Luis Felipe, si era posible, o siguiendo a trechos la pista de Weddell. Ambos intentos se frustraron por las dificultades que oponían los hielos.

Al divisar la Tierra de Joinville, los oficiales del *Terror* creyeron ver salir humo de volcanes en actividad; pero Ross y los que en su barco iban no confirmaron esta creencia. Unos cincuenta años después, el capitán noruego del *Jason*, C. A. Larsen, ha comprobado la existencia de volcanes en actividad en aquel paraje. Hicieron también algunos descubrimientos geográficos, pero de poca importancia.

Con esto se acaban las tentativas de Ross por llegar al Polo. Llevó a cabo obra magnífica, y se le debe el honor de haber abierto el camino por el cual había de alcanzarse el Polo.

La *Pagoda*, mandada por el teniente Moore, salió después en dirección al Sur. Su principal objeto era hacer observaciones magnéticas en las más altas latitudes meridionales del Océano Índico.

Los primeros hielos aparecieron a los  $53^{\circ} 30'$  de latitud S., el 25 de Enero de 1845. El 5 de Febrero fué cruzado el Círculo Antártico por el meridiano  $30^{\circ} 45'$  long. E. La latitud más lejana que se alcanzó en este viaje fué  $67^{\circ} 50'$  y la long. de  $39^{\circ} 41'$  E.

Esta fué la última expedición al Sur en barcos de vela.

El más importante acontecimiento que sigue luego en la historia de las expediciones australes es la del *Challenger*. Fué ésta una expedición enteramente científica, espléndidamente equipada y ordenada. Lo realizado por esta expedición es, sin embargo, tan conocido en todo el mundo civilizado, que no me parece necesario insistir sobre ello.

Menos conocido, pero no menos eficaz en su labor fué lo realizado por los balleneros alrededor de las islas Shetland del Sur y en las regiones que están al Mediodía de ellas. Habían ya pasado los tiempos de la navegación a vela, apareciendo en escena los barcos de vapor.

Antes de pasar a ellos conviene hacer breve mención de un hombre que durante toda su vida preconizó la necesidad y utilidad de las expediciones antárticas: el profesor Jorge von Neumayer.

Nunca tuvieron las investigaciones antárticas campeón más ardiente, más noble y más animoso. En lo que la Antártica permanezca vivirá unido a ella el nombre de Neumayer.

El vapor ballenero *Grönland* partió de Hamburgo el 22 de Julio de 1872, al mando del capitán Eduardo Dallmann, despachado para las Shetlands del Sur. Muchos interesantes descubrimientos geográficos se realizaron en este viaje.

Entre otros balleneros, deben ser mencionados el *Balaena*, el *Diana*, el *Active* y el *Polar Star* de Dundel.

En 1892 el total de la flota se detuvo en el Sur para pescar ballenas en las inmediaciones de las islas Shetland. Cada uno de estos barcos regresó con alguna información nueva. A bordo del *Balaena* estaba el Dr. Guillermo S. Bruce. Esta es la primera vez que le encontramos en camino hacia el Sur; pero no había de ser la última.

Al mismo tiempo que la flota escocesa ballenera aparece la noruega, capitaneada por C. A. Larsen, en las regiones meridionales de las Shetland del Sur. No estará demás decir que de todos los que han visitado las regiones antárticas persiguiendo ballenas, el que ha regresado a su partida con resultados científicos más copiosos e importantes ha sido él, sin duda alguna. A Larsen debemos el descubrimiento de la vasta faja de costa oriental de la

Tierra de Graham, Tierra del Rey Oscar II, Tierra de Foyn, etc. Él trajo noticias de dos volcanes en actividad y de muchos grupos de islas. Pero quizá nada tan interesante como los fósiles que trajo de Seymour, que fueron los primeros conocidos de las regiones antárticas.

En Noviembre de 1894, el capitán Evensen, del *Hertha*, logró aproximarse más aún a la Tierra de Alejandro I que Bellingshausen o Biscoe. Pero la pesca de ballenas atraía su atención, y consideró de su deber dedicarse a ella con preferencia a cualquier otra cosa.

Perdióse una buena coyuntura. No cabe duda que si el capitán Evensen hubiera estado libre de aquella misión, hubiera tenido ocasión de realizar más notable tarea científica, pues era denodado, experto y emprendedor.

La siguiente expedición ballenera que logra dejar señal de su paso en las regiones australes es la del *Antartic*, dirigida por el capitán Leonardo Kristensen; hombre de extraordinaria capacidad, que triunfó en la memorable hazaña de poner antes que nadie el pie en el sexto continente, en la gran tierra del Sur denominada Antártica. Esto sucedió en el Cabo Adaro de la Tierra de Victoria, en Enero de 1895.

Inaugura época en las investigaciones antárticas la expedición belga del *Belgica*, bajo la dirección del comandante Adrián de Gerlache. Apenas había existido quien como él haya tenido que desafiar tantas dificultades. Con todo, las superó victoriosamente. El *Belgica* partió de Amberes el 16 de Agosto de 1897.

Fué escogido con el máximo cuidado el estado mayor científico, y fué uno de los mayores aciertos de Gerlache procurarse la colaboración de hombres de incomparable competencia. Su segundo en el mando fué otro belga, el teniente Lecointe, que poseía en alto grado las cualidades que exigía su difícil posición. Se ha de tener en cuenta

que las personas que formaban en el *Belgica* constituían un grupo de lo más cosmopolita que puede darse; belgas, franceses, americanos, noruegos, suecos, rumanos, polacos, etc.; y era misión del teniente Lecointe mantener la más perfecta unidad posible entre aquellos hombres y obtener de su trabajo el fruto más perfecto, cosa que logró realizar a maravilla: afable y tenaz, se aseguró los respetos de todos.

Como navegante y astrónomo no había quien le superase, y cuando asumió más tarde las observaciones sobre el magnetismo, obtuvo también en esta parte magníficos resultados. Lecointe figurará siempre como uno de los principales pilares de aquella expedición.

El teniente Emilio Danco, belga también, era el físico de la partida. Desgraciadamente, este joven de tan grandes merecimientos murió en la primera etapa del viaje, ¡triste pérdida en verdad! Entonces fué cuando Lecointe se hizo cargo de las observaciones magnéticas.

Como biólogo figuraba el rumano Emilio Racovitza. La masa inmensa de materiales que Racovitza aportó habla mejor que ninguna otra cosa en favor de su mérito. Además del vivo interés que sentía por sus trabajos, poseía cualidades que le constituían en el más agradable e interesante de los compañeros.

Iban también los polacos Enrique Arętowski y Antonio Dobrowolski. La parte que les tocó fué la observación del cielo y del mar o estudios oceanográfico y meteorológico.

Arętowski era también el geólogo de la expedición, hombre sencillísimo. Ya su tarea de observar constantemente el mar y el cielo era activa: a pesar de ello, tan concienzudo era, que no dejó escapar nunca ocasión de añadir alguna cosa a los resultados científicos del viaje.

Federico A. Cook, de Brooklyn, era el cirujano de la

sociedad, muy estimado y distinguido por todos. Como médico, su presencia tranquila y persuasiva producía excelente efecto. Cuando las cosas iban mal, cayó sobre Cook la más grande responsabilidad; pero él supo dominar la situación de manera admirable. Por sus cualidades prácticas llegó a hacerse indispensable; ni se puede negar que la expedición belga al Antártico contrajo con Cook una no leve deuda de gratitud.\*

El objeto de la expedición era penetrar en el Polo Sur magnético, pero este proyecto hubo de abandonarlo ya desde un principio por falta de tiempo.

Una estancia algo larga en los curiosos canales de la Tierra del Fuego demoró la partida hasta el 13 de Enero de 1898. En esta fecha, el *Belgica* dejó las islas Staten y se encaminó hacia el Sur.

Se realizaron multitud de interesantes sondeos entre el Cabo de Hornos y Shetland del Sur. Como estas aguas no habían sido examinadas anteriormente, estos sondeos fueron sin duda importantísimos.

Lo principal de la expedición, o sea el estudio geográfico, versó sobre la costa Norte de la Tierra de Graham.

Descubrieron un ancho canal que corre al Noroeste, dividiendo una parte de la Tierra de Palmer del continente, que es la Tierra de Danco. Llamóse al estrecho en lo sucesivo, por los autores belgas, «Estrecho de Gerlache». Se invirtieron tres semanas en alzar el mapa de lo descubierto y en otras observaciones científicas. En conjunto un copioso caudal científico.

Se completó esta labor el 12 de Febrero, y el *Belgica* salió del estrecho de Gerlache, yendo hacia el Sur á lo largo de la costa de la Tierra de Graham, fecha en que los expedicionarios de otras veces hubieran vuelto con júbilo la proa de sus barcos hacia la patria.

El día 15 fué cruzado el círculo antártico en dirección Suroeste. Al día siguiente divisaron la Tierra de Alejandro, pero no pudieron aproximarse más de veinte millas, por causa de las impenetrables masas de hielo.

El 28 de Febrero llegaron a la latitud  $70^{\circ} 20' S.$  y longitud  $85^{\circ} O.$  Sopló luego una brisa del Norte que abrió vastos canales en los hielos, en dirección Sur. Allí se encaminaron y se sumergieron a la aventura en las aguas antárticas.

El 3 de Marzo llegaron a los  $70^{\circ} 30' S.$ , pero allí se detuvieron sus progresos. Todo intento de pasar adelante fué vano. Habían caído en una trampa. No les quedaba otro recurso que tratar de pasarlo lo mejor posible.

Muchos censurarían a Gerlache por haberse dejado internar en los hielos estando tan mal equipado para ello, en una época del año en que debió más bien pensar en alejarse, y no les faltaría razón. Pero examinemos la cuestión en otro aspecto distinto.

Después de muchos años de esfuerzo había logrado por fin llevar adelante la expedición. Gerlache tenía certidumbre de que si no volvía con resultados que pudieran satisfacer al público, no conseguiría volver tampoco. Y he aquí que las masas de hielo se abren, y aparecen a su vista largos canales hasta donde la vista puede alcanzar...; pues, ¿quién diría que no condujesen al Polo mismo? En resumen, poco se aventuraba para ganar tal vez muchísimo. Se decidió, pues, por la aventura.

Por lo demás, si no acertó, hubo para ello otras razones.

El *Belgica* podía aún disponer de trece largos meses. Se comenzaron inmediatamente preparativos de invierno. Se mataron cuantas focas y pingüinos pudieron, y se almacenaron.

El grupo científico estuvo activísimo, obteniendo como

resultado una brillante labor oceanográfica, meteorológica y magnética.

El 17 de Mayo desapareció el sol para no dejarse ver en setenta días. La primera noche antártica había empezado. ¿Qué traería consigo? El *Belgica* no estaba preparado para invernar en los hielos. El equipo personal era insuficiente en todo. Se ingeniaron como pudieron para hacerse vestidos de las mantas, y se planearon las más curiosas invenciones durante el curso de la internada. La necesidad hace inventores.

El 5 de Junio murió Danco de un síncope.

El mismo día estuvieron a punto de ser aplastados por el hielo. Por fortuna, el gigantesco témpano pasó por debajo de la embarcación y la levantó, sin hacer otro daño. Fuera de estas cosas, la primera parte del invierno se pasó bien.

Luego aparecieron las enfermedades y amenazó a los expedicionarios su peligro más serio, el escorbuto y la locura. Había motivos. El escorbuto especialmente se aumentó de tal modo y se propagó con tal violencia, que al cabo no hubo uno solo que no fuera atacado de esta enfermedad tremenda.

La conducta de Cook en esta ocasión se captó el respeto y simpatía de todos. Y no hay exageración en decir que fué Cook el más popular de la expedición, y muy justamente. De la mañana a la noche veíasele ocupado con sus numerosos pacientes; y cuando el sol reapareció, sucedió no pocas veces que después de un día ocupadísimo sacrificara el doctor el sueño de la noche para ir a cazar focas y pingüinos para que no faltara carne fresca, que con tanta urgencia necesitaban todos.

El sol volvió el 22 de Julio, y no para iluminar una alegre escena, que aquel invierno antártico había impre-

so terrible sello a todos; y unos rostros lívidos, verdosos, aparecían ahora ante la nueva luz.

Pasó más tiempo y llegó el verano. Aguardaban día por día ver algún cambio en los hielos. Pero no; los hielos en que ellos habían entrado tan confiadamente, no llevaban camino de deshacerse tan pronto. Llegó Año Nuevo, y lo mismo; nada de mudanza en los hielos.

La situación empezó entonces a ser seriamente amenazadora. Otro invierno en los hielos significaba la muerte y la destrucción a pasos agigantados. Las enfermedades y el insuficiente sustento pronto acabarían con la mayor parte de los tripulantes del barco.

De nuevo fué Cook quien vino en ayuda de los expedicionarios. Él, con Racovitz, habían ideado un medio ingenioso para observar el canal. La idea fué sometida al jefe de la expedición y aceptada por él: tanto el plan como el método de llevarlo á cabo, encontraron la aprobación en todos.

Después de un trabajo de tres semanas encontraron la salida.

Cook fué incontestablemente el espíritu director de la expedición, y cobró tal honor entre los miembros de ello, que es justo recordarlo aquí. Recto, caballeroso, competente y concienzudo en el más alto grado, tales son los calificativos que retenemos de su memoria.

Poco se figurarían sus camaradas en que pocos años más tarde había de considerársele como uno de los mayores impertinentes que el mundo ha visto. Enigma psicológico bien digno de esta observación para los que gustan de esta clase de estudios.

Pero el *Belgica* no estaba aún desembarazado de hielos. Después de haberse hecho algún camino en el paso, fué detenido por una masa de hielos absolutamente cerrada, y eso a la vista del mar libre.

Durante un mes entero la expedición se detuvo allí, cosechando las mismas experiencias de Ross en su segundo viaje en el *Erebus* y el *Terror*. Olas inmensas alzaban las pesadas moles de hielo en el aire y se mecían contra los mismos costados de la nave. Aquel mes fué un infierno en la tierra. De manera harto extraña escapó el *Belgica* sin daños e hizo proa hacia Punta Arenas en el estrecho de Magallanes el 28 de Marzo de 1899.

Después se han iniciado exploraciones científicas antárticas: el lugar que le corresponde a la de Gerlache será siempre de los más eminentes.

\*  
\* \*

Mientras el *Belgica* intentaba a duras penas desembarazarse de los hielos, otro bajel hacía activísimos esfuerzos por penetrar en ellos. Era la *Southern Cross*, de una expedición inglesa dirigida por Carstens Borchgrevink. El lugar de esta expedición al Polo estaba precisamente al lado opuesto de la anterior: seguía el camino de Ross.

El 11 de Febrero de 1899, la *Southern Cross* penetró en el mar de Ross, en la latitud 70° S. y longitud 174° E., casi sesenta años después que Ross dejó aquel paraje.

Una compañía desembarcó en Cabo Adaro, donde había de invernar. El resto de la gente que quedaba en el barco invernó en Nueva Zelanda.

En Enero de 1900, la compañía que desembarcó empezó sus trabajos, mientras los del barco examinaban el contorno de la barrera. Esta expedición logró por primera vez subir la barrera, que desde los tiempos de Ross se había considerado como inaccesible. La barrera formaba una pequeña ensenada en el lugar en que desembarcaron, y los hielos se inclinaban suavemente hacia el mar.

Debemos hacer notar que con remontar la barrera

Borchgrevink abrió un camino hacia el Sur, y eliminó así el mayor obstáculo a las expediciones que siguieron. La *Southern Cross* retornó a Europa en Marzo de 1900.

La expedición del *Valdivia*, dirigida por el profesor Chun, de Leipzig, merece ser mencionada, aunque difícilmente podría considerársela hoy como antártica. En este viaje, la posición de la isla de Bouvet fué establecida definitivamente en los  $56^{\circ} 26'$  lat. S.,  $3^{\circ} 24'$  long. E.

Signieron los hielos desde la longitud  $8^{\circ}$  E. hasta el  $58^{\circ}$  E., que el barco corrió peligro de chocar con ellos. De esta expedición se obtuvo abuntante material oceanográfico.

Las exploraciones antárticas se encaminan ahora rapidísimamente, y el siglo xx las inaugura con las espléndidamente preparadas del *Discovery*, inglesa, y del *Gauss*, alemana, empresas ambas de los respectivos Gobiernos.

El capitán Roberto F. Scott fué designado para el mando de la expedición que conducía el *Discovery*, y no pudo hacerse mejor elección.

El segundo a bordo era el teniente Armitage, que había tomado parte en la expedición al Polo Norte Jackson-Harmsworth.

Los otros oficiales fueron Royds, Barne y Shackleton.

El teniente Skelton fué el ingeniero jefe y fotógrafo de la expedición. Los cirujanos de a bordo fueron el doctor Koettlitz, que había sido antes miembro de la expedición Jackson-Harmsworth, y el doctor Wilson. El último también era el artista de la expedición. Bernacchi, físico; Hodgson, biólogo; y Ferrar, geólogo.

El 6 de Agosto de 1901, la expedición dejó a Cowes, y llegó a la bahía de Simón el 3 de Octubre. El 14 zarpó otra vez para Nueva Zelanda.

El plan oficial era determinar lo más esmeradamente posible la naturaleza y extensión de las tierras del Polo

Austral que pudieran encontrarse, y hacer observaciones sobre magnetismo. Dejose al arbitrio del director de la expedición el invernar en los hielos.

Se previno de antemano que un barco de auxilio visitase y comunicase con la expedición al siguiente año.

Los primeros hielos se encontraron en las inmediaciones del círculo antártico, el 1.º de Enero de 1902, y pocos días después se alcanzó el mar libre. Después de haber hecho varios desembarcos en el Cabo Adaro y en otros puntos, el *Discovery* hizo un examen interesantísimo de la barrera, hacia el Oeste. En esta parte del viaje fué descubierta la Tierra del Rey Eduardo VII, pero las espesas corrientes de hielo impedían el desembarco de los expedicionarios. Al regresar, el barco entró en la misma ensenada que Borchgrevink había visitado en 1900, y se verificó una ascensión en globo sobre la barrera. La bahía recibió el nombre de Ensenada del Globo.

De aquí regresó el barco a la bahía de Mc Murdo, así nombrada por Ross. En este punto inverno el *Discovery*, en latitud más apartada que ninguna otra expedición. En el curso del otoño se advirtió que la tierra en que los expedicionarios tenían sus cuarteles de invierno era una isla separada del Continente por el paso de Mc Murdo. Diósele el nombre de Isla de Ross.

En la primavera comenzaron los viajes en trineo. Se establecieron depósitos, y se emprendió la marcha al Sur el 2 de Noviembre de 1902, por Scott, Shackleton y Wilson.

Tenían para empezarla diez y nueve perros. El 27 de Noviembre pasaron el paralelo 80°. A causa de la naturaleza del terreno, sus progresos fueron poco rápidos; la latitud más alta se consiguió el 30 de Diciembre, en que llegaron a los 82° 17' S. Se descubrió nueva tierra, continuación de la Tierra de Victoria del Sur. Cumbres tras

cumbres se alzaban, cada vez más elevadas, hacia el Sur.

El viaje de regreso fué difícil. Los perros sucumbían uno después de otro, y los mismos hombres tuvieron que arrastrar los trineos. Y menos mal mientras su estado de salud no se alteró; pero, repentinamente, Shackleton no pudo seguir a causa del escorbuto, y quedaron sólo dos para empujar los trineos.

El 3 de Febrero llegaron al barco, después de una ausencia de noventa y tres días.

Entretanto, Armitage y Skelton habían llegado a la altiplanicie continental antártica, que tiene 9.000 pies de elevación sobre el nivel del mar.

El barco de auxilio *Morning* había salido de Lyttelton el 9 de Diciembre. En su camino al Sur fué descubierta la isla de Scott, y el 25 de Enero divisaron los mástiles del *Discovery*; pero el paso de Mc Murdo estuvo cerrado por los hielos todo el año, y el *Morning* hubo de volverse el 3 de Marzo.

La expedición pasó otro invierno en los hielos, y en la primavera siguiente el capitán Scott dirigió un viaje en trineo al Oeste por la meseta helada. En Enero de 1904 volvió el *Morning* acompañado por el *Terra Nova*, que había sido antes barco destinado a la pesca de focas en Terranova. Trafan órdenes de su país de que fuera abandonado el *Discovery* si no podía hacérsele salir. Se hicieron los preparativos al efecto, y gracias al uso de explosivos se abrió por fin repentinamente un boquete, por donde pudo liberarse el barco.

Se almacenó en el *Discovery* todo el carbón que pudieran facilitar los barcos de auxilio, y Scott prosiguió sus investigaciones. Si en aquel tiempo hubiera dispuesto de más carbón, es probable que este activo explorador hubiera conseguido aún más de lo que hizo. Anotáronse en el mapa las cumbres de Ringgold de Wilke y el Pico de

Eld; nada se vió del Cabo Hudson, aunque el *Discovery* pasó bien a la vista de esta posición antes sospechada.

El 14 de Marzo, Scott ancló en el puerto de Ross, en las islas Auckland. Enriquecida con sus resultados, regresó la expedición a su país en Septiembre de 1904.

Mientras tanto, la expedición alemana, dirigida por el profesor Erich von Drygalski, había trabajado excelentemente en otra sección. El plan de la expedición era explorar las regiones antárticas al Sur de la Tierra de Kerguelen, después de haber construído una estación en esta isla y desembarcado una corporación científica que había de trabajar allí mientras el resto de la expedición, compuesto por los verdaderos exploradores, seguiría avanzando por entre los hielos. Su barco, el *Gauss*, había sido construído en Kiel, sirviéndole de modelo el *Fram*.

El comandante del *Gauss* era el capitán Hans Ruser, habilísimo marino de la línea Hamburgo-América.

Drygalski había escogido el cuerpo científico con acierto y solicitud, y seguramente no podía hallar mejores colaboradores.

La expedición salió de Kiel el 11 de Agosto de 1901, con rumbo a la Ciudad del Cabo. Durante esta parte del viaje se llevó a cabo una observación, asombrosamente completa, geográfica, meteorológica y magnética.

Después de visitar las islas Crozets, el *Gauss* ancló en el estrecho Royal, Tierra de Kerguelen, el 31 de Diciembre. La expedición se detuvo allí un mes, y después puso proa hacia el Sur para explorar las regiones entre la Tierra de Kemp y la Tierra de Knox. Habían encontrado multitud de montañas en la lat. 60°,5.

El 14 de Febrero hicieron un sondeo de 1.730 brazas junto al lugar de la supuesta terminación de la Tierra de Wilkes. Aquí fué difícil avanzar a causa de las corrientes de témpanos.

El 19 de Febrero acusó la sonda de repente 132 brazas, y el 21 de Febrero vieron tierra enteramente cubierta de hielo y de nieve. Una violenta tempestad cogió de improviso al *Gauss*, reunió una masa de icebergs a su alrededor y llenó los insterticios de carámbanos, de modo que no se pensó ya en seguir adelante. Tenían que tragar la píldora más amarga, pasar el invierno donde estaban.

Edificaron observatorios de hielo, y se emprendieron viajes en trineo cuando la superficie del suelo lo consentía. En tres días y medio llegaron a tierra firme y descubrieron una montaña desnuda, de unos 1.000 pies de alta, a cincuenta millas del barco. La tierra fué denominada Tierra del Emperador Guillermo II y la montaña el Gaussberg.

Emplearon el invierno en observaciones de todo género posible. El tiempo estaba borrascoso por extremo y áspero, pero su puerto de invierno a sotavento de un cordón de cerros, resultó excelente. Nunca más estuvieron expuestos a sorpresas desagradables.

El 8 de Febrero de 1900 pudo el *Gauss* empezar a moverse de nuevo. Desde que llegó al mar libre hasta que regresó a la Ciudad del Cabo, prosiguieron sin interrupción las observaciones científicas.

Se habían visto altas tierras hacia el Este, siguiendo la terminación de la Tierra de Wilkes, y se llevó a término una suma de trabajos científicos que honra justamente a la nación alemana. Pocas expediciones antárticas han tenido tan perfecta preparación científica como el *Gauss*, tanto por lo que se refiere a los aprestos como al personal.

La expedición antártica sueca, presidida por el Dr. Otto Nordenskjöld, salió de Gotenburgo el 16 de Octubre de 1901 en el *Antártico*, mandada por el capitán C. A. Larsen, ya mencionado. El grupo científico estaba compuesto de nueve especialistas.

Después de tocar a las islas Falkland y Staten, se hizo una travesía por las Shetland del Sur, que se ofrecieron a su vista el 10 de Enero de 1902.

Explorada la costa de la Tierra de Luis Felipe, el barco visitó el Mar de Weddell, con la esperanza de llegar al Sur a lo largo de la Tierra del Rey Oscar II, pero las condiciones del hielo eran difíciles e imposible arribar a la costa.

Nordenskjöld y otros cinco hombres desembarcaron en la isla de Snow Hill (Colina de Nieve), con materiales para un observatorio y cuarteles de invierno con las necesarias provisiones. El barco continuó su carrera hacia el Norte al mar libre.

El primer invierno en la isla Snow Hill fué excepcionalmente tempestuoso y frío; pero durante la primavera se llevaron a cabo interesantes excursiones en trineo. A la llegada del verano no compareció el *Antártico*, y la gente de tierra se vió obligada a pasar un segundo invierno. En la siguiente primavera, Octubre de 1903, Nordenskjöld hizo un viaje en trineo para explorar las cercanías del monte Haddington, y un más atento examen reveló que la montaña estaba situada en una isla. Tratando de dar la vuelta a esta isla cierto día, vió con estupor tres figuras, indudablemente humanas, que a primera vista hubieran podido tomarse por individuos de nuestros hermanos del Africa, extraviados en estas latitudes.

Mucho tiempo le costó a Nordenskjöld reconocer en estos seres al Dr. Gunnar Andersson, al teniente Duse y al compañero de ellos en aquel invierno, un marino noruego llamado Grunden.

La manera en que esto acaeció fué esta. El *Antártico* había hecho repetidas tentaciones por llegar a los cuarteles de invierno, pero el estado del hielo era desfavorable, y habían concebido el designio de pasar por medio. An-

dersson, Duse y Grunden habían, pues, desembarcado en las inmediaciones para llevar noticias a los cuarteles de invierno tan pronto como los hielos les permitieran llegar a ellos. Se habían visto obligados a construirse una casucha de piedra, en la que habían pasado el invierno.

Este suceso es uno de los más interesantes que pueden leerse en la historia de las regiones polares. Mal prevenidos como estaban tuvieron que recurrir, como Robinson Crusoe, a cuanto su ingenio les sugiriera. Las más extraordinarias invenciones fueron imaginadas durante el invierno, y cuando la primavera volvió los tres hombres salieron de sus guaridas buenos y sanos, prontos a reanudar su labor.

Fué esto una hazaña memorable, a la que todo el que tenga algún conocimiento de la manera de ser de las regiones polares tiene que rendir tributo de admiración. Pero aún hay más que contar.

El 8 de Noviembre, cuando ambas compañías estuvieron juntas en Snow Hill, se encontraron inesperadamente con la presencia del capitán Irizar del cañonero argentino *Uruguay* y uno de sus oficiales. Se había experimentado no poca ansiedad por falta de noticias del *Antártico*, y el Gobierno argentino había enviado al *Uruguay* al Sur para saber de la expedición. Pero, ¿qué habría ocurrido al capitán Larsen y al *Antártico*? Esta es la pregunta que se hacían unos a otros.

La misma noche, cosa que parece increíble, se sintieron golpes a la puerta de la barraca, seguidos de la entrada del capitán Larsen y cinco hombres de su tripulación. Traían la triste convicción de que el *Antártico* ya no existía. Se habían salvado ellos en la próxima isla mientras el *Antártico* se sumergía gravemente averiado por los hielos.

Ellos se habían tenido que edificar también una ba-

rraca de piedra, y pasar en ella el invierno como pudiesen. Ciertamente no lo pasaron muy bien, y fácilmente me figuro la responsabilidad que afligía al que los había conducido allí. Un hombre murió; los demás escaparon felizmente.

Gran parte del material excelente allegado por la expedición se perdió con el hundimiento del *Antártico*, pero aún pudo salvarse un gran caudal.

Tanto desde el punto de vista científico como del romancesco, esta expedición puede considerarse como una de las más interesantes que se han dirigido a las regiones del Polo Sur.

Llegamos luego a la del escocés Dr. Guillermo S. Bruce, realizada en el *Scotia*.

Hemos hecho ya mención de Bruce cuando la del *Balæna* en 1892, y después con el Dr. Andrés Coats, en Spitzbergen. El último viaje fué afortunado para Bruce, que le dió medios para preparar su expedición en el *Scotia* a los mares antárticos.

El buque partió de Clyde el 2 de Noviembre de 1902, bajo el mando del capitán Tomas Robertson, de Dundee. Bruce se había proporcionado la ayuda de Monssman, Rudmose Brown y el Dr. Pirie para la labor científica. En el siguiente Febrero fué cruzado el círculo antártico, y el 22 de este mes tuvo que detenerse el barco en la lat. 70° 25' S. Pasaron la internada en la isla Laurie, una de las Orkneys del Sur.

De vuelta al Sur, llegó el *Scotia* en Marzo de 1904 a los 74° 1' lat. Sur y 22° long. O., donde el fondo del mar emergía bruscamente a 159 brazas. No se pudo avanzar más a causa de los hielos. Divisóse un país montañoso más allá de la barrera, y fué llamado «Tierra de Coat», del nombre de unos de los principales protectores de Bruce.

Entre los más eminentes exploradores antárticos de nuestros días aparece el Dr. Charcot, sabio y navegante francés. En el curso de sus dos expediciones de 1903-1905 y 1908-1910, tuvo la fortuna de descubrir una vasta extensión del continente desconocido. Le debemos más exacto conocimiento de la Tierra de Alejandro I, y el descubrimiento de las Tierras de Loubet, Fallières y Charcot.

Su expedición fué espléndidamente aprestada, y los resultados científicos fueron en gran manera copiosos. Lo que más admiración nos inspira en la obra de Charcot, es haber escogido uno de los campos de hielo más inaccesibles de la zona antártica. Las condiciones de hielo son allí por extremo dificultosas, y los peligros de la navegación muy graves. Una costa llena de arrecifes sumergidos y un mar cuajado de montañas de hielo, fueron las dificultades que tuvieron que combatir los franceses. La exploración de tales regiones exige hombres expertos y barcos reciamente construidos.

¡Sir Ernesto Shackleton! El nombre mismo tiene algo que indica pujanza. Con sólo mencionarle vemos ante nosotros un hombre de voluntad indomable y de sinigual bizarría. Él nos ha enseñado lo que la energía y voluntad de un hombre sólo puede conseguir. Adquirió sus primeras lecciones de explorador antártico como miembro de la expedición inglesa del *Discovery*, mandado por el capitán Scott. Era buena la escuela. Scott, Wilson y Shackleton formaron el grupo destinado a alcanzar la latitud meridional más remota. Y consiguieron llegar a los 82° 17' S., que en aquellos tiempos fué considerable hazaña. Atacado de escorbuto Shackleton, tuvo que regresar a su país tan pronto como pudo.

Poco después de su regreso, Shackleton empezó a hacer preparaciones activas. Pocos hombres han poseído la fe de Shackleton. ¿No fué él quien se vió precisado a vol-

ver a su país después del primer año? ¿Qué pensaba hacer de nuevo? El ha manifestado con toda claridad que la empresa no podía detenerse allí. Tuvo que luchar angustiosamente por adquirir fondos necesarios para continuarla. Salió de Inglaterra menospreciado, lleno de deudas, en Agosto de 1909, a bordo del *Nimrod*, dirigido al Polo Sur. Con pasmosa franqueza declaró su intención de llegar al Polo mismo. Por lo que yo recuerdo, ha sido el primero en atreverse a decir escuetamente que el Polo era su objetivo. Esta franqueza cordial fué lo primero que me impresionó de él y me hizo fijarme más atentamente en este personaje.

Después he seguido sus pasos con el mayor interés. La expedición desconocida cuando él salió de Inglaterra fué pronto olvidada. A lo sumo, la gente no daba más categoría a Shackleton que al «Teniente R. N. R.». Pasaron meses...

De repente, he aquí que llega un conjunto de noticias que producen viva impresión. Era en la segunda mitad de Marzo de 1909. Los telégrafos trabajaban activamente en todo el mundo. Letra por letra, palabra por palabra, fué ajustándose el mensaje en que se leería claramente que una de las prodigiosas proezas de la exploración polar acababa de realizarse. Nadie creía a sus ojos. ¿Cómo era posible? Shackleton y el Teniente R. N. R. habían alargado su viaje hasta el paralelo 88° 23' S.

Rara vez ha gozado nadie de victoria mayor ni tan merecida.

Como los pormenores de la expedición de Shackleton son bastante conocidos, no creo necesario recapitularlos aquí; sólo anotaré brevemente algunos datos que sirvan para comparar esta expedición con la del *Fram*.

El plan era salir de Nueva Zelanda en los comienzos de 1908, e ir a los cuarteles de invierno del continente an-

tártico con las provisiones y aprestos necesarios, mientras el barco regresaba a Nueva Zelanda y allí tomaba las personas destinadas a explorar la tierra en el siguiente año.

El grupo de desembarco que invernaó en el Sur se subdividió en tres. Una parte había de ir, en dirección Este, a la Tierra de Eduardo VII, y explorar la segunda, en dirección Oeste, el Polo Sur Magnético; y la tercera, directamente al Polo Sur Geográfico.

En este plan, sometido a la Real Sociedad Geográfica, dice Shackleton: «No pretendo sacrificar la utilidad científica de la expedición al afán de ganar a otros; pero digo francamente al mismo tiempo que uno de mis mayores empeños será alcanzar el Polo Sur Geográfico.»

Se pensó, además, en que el *Nimrod* explorase la Tierra de Wilkes.

Como animales de tiro tenía Shackleton caballos pequeños y perros, pero principalmente de los primeros. A los perros pensaba utilizar más bien como reserva. Lo que Shackleton vió, en conclusión, fué que los caballos eran mejor para andar por la barrera de los hielos. Llevaron también un moto-carro, además del aparejo ordinario de trineos, patinadores, tiendas, etc.

Dejando a Lyttelton el 1.º de Enero de 1908, el *Nimrod* llegó a las masas de hielo el 15, y entró en el mar de Ross, libre entonces, en los 70º 43' de lat. S. y 178º 58' de long. E.

Divisaron la barrera de Ross el 23 de Enero; su primera intención fué seguirla y procurar que fondeara la compañía de exploración de la costa en la caleta de la barrera, que venía a ser el principio de la Tierra del Rey Eduardo VII; pero se encontraron con que aquel fondeadero había desaparecido, a causa de que millas enteras de la banca habían sido destruidas por la erosión. En su lu-

gar había una bahía larga y espaciosa, que Shackleton nombró Bahía de las Ballenas. Este descubrimiento le indujo a no pasar el invierno en la barrera, sino en la tierra firme. En esta parte del viaje la navegación del *Nimrod* coincide con la del *Fram* en su segunda salida.

Después de un intento desventurado por arribar a la Tierra del Rey Eduardo VII, Shackleton volvió hacia el Oeste y estableció sus cuarteles de invierno en la isla de Ross, en el estrecho de Mc Murdo.

La partida meridional, compuesta de Shackleton, Adams, Marshall y Wild, salió el 29 de Octubre de 1908 con cuatro trineos, cuatro ponis y provisiones para noventa y un días. El 26 de Noviembre pasaron a lo último del Sur de Scott, a los  $82^{\circ} 17' S$ . Cuando llegaron al paralelo  $84^{\circ}$  todos los caballos habían muerto, y los hombres mismos tuvieron que arrastrar los trineos. Luego se encontraron con la larga y penosa subida del glaciar de Beardmore, y hasta diez y siete días después no llegaron a la altiplanicie que circunda al Polo. Por fin, el 9 de Enero de 1909 se vieron precisados a regresar por la falta de provisiones, habiendo plantado la bandera de la Reina Alejandra en la latitud  $88^{\circ} 23' S$ . y longitud  $162^{\circ} E$ .

Todo el que lea el diario de Shackleton no puede menos de sentir ilimitada admiración por estos cuatro héroes. Pocos ejemplos semejantes puede exhibir la Historia de lo que pueden realizar los hombres cuando ponen en juego, en todo su desarrollo, las fuerzas de la voluntad y del cuerpo. Aquellos hombres alzaron un monumento, no sólo a sí mismos y a sus proezas, sino a la gloria de su país nativo y de la humanidad civilizada.

La empresa de Shackleton es el acontecimiento más brillante en la historia de las exploraciones antárticas.

La distancia recorrida por ellos, entre todo, fué de mil quinientas treinta millas geográficas. El tiempo invertido,

ciento veintisiete días: setenta y tres al ir, y cincuenta y cuatro al volver. La proporción diaria de la marcha fué de unas doce millas.

En tanto, la otra partida, compuesta del profesor David, Mawson y Mackay, se habían puesto a determinar la posición del Polo Sur Magnético. No tenían caballos ni perros, y tenían que atenerse a sus solas fuerzas. Parece increíble, pero es lo cierto que lograron llevar adelante su labor en el mar de hielo, como en las tierras nevadas, por barrancos y despeñaderos, por la nieve endurecida y por entre la nieve reciente, alcanzando el Polo Magnético y haciendo allí mismo observaciones. Y lo que es más, regresaron sanos y salvos. La distancia total que recorrieron fué mil doscientas sesenta millas geográficas.

Día de gloria debió ser para una y otra partida de la expedición cuando se vieron juntos en la cubierta del *Nimrod* y pudieron contarse unos a otros sus vicisitudes. Más que ningún otro de sus precursores, habían triunfado en su intento de descorrer el velo que cubría la Antártica.

Pero aún faltaba un pequeño rincón.

## CAPÍTULO II

### PLAN Y SUS PREPARATIVOS

«La deidad del éxito es una mujer, y quiere ser conquistada, no cortejada. Habéis de arrebatarla y llevárosla, en lugar de cantarla serenatas a su ventana al són de una mandolina.»—Rex Beach.

«La deidad del éxito es una mujer, y quiere ser conquistada, no cortejada. Habéis de arrebatarla y llevárosla, en lugar de cantarla serenatas a su ventana al són de una mandolina.»—Rex Beach.

«El Polo Norte ha sido alcanzado.» Como un relámpago se difundió esta nueva por el mundo. El objetivo aquel por quien tantos habían soñado, tanto trabajado, sufrido y sacrificado sus vidas, estaba conseguido. Fué en Septiembre de 1909 cuando llegó a nuestros oídos la noticia.

En el mismo instante yo comprendí con toda claridad que el plan original del tercer viaje del *Fram*, o sea la exploración de la cuenca polar del Norte, disminuía ahora de interés. Si la expedición había de conducirse adelante, era necesario obrar pronto y sin vacilaciones. Tan pronto como la noticia recorrió los cables telegráficos, decidí dar un cambio de frente y hacer proa hacia el Sur.

Cierto que yo había anunciado que mi tercer viaje en el *Fram* sería de todos modos una expedición científica, y que nada tendría que ver con el engaño de vencer a otros; cierto también que muchos de los que con más ardor me

habían auxiliado lo habían hecho con el plan inicial a la vista; pero ya que las circunstancias se cambiaban, y se reducían las proporciones de mi plan original para el que había obtenido recursos, consideré que no estaría mal visto por mis patrocinadores intentar un golpe por el que quedara por completo a merced suya la empresa, recobrarán los pesados gastos que había costado ya la expedición, y evitar que lo aportado se dilapidara.

Yo, pues, decidí, con clara conciencia de lo que convenía, posponer mi plan original por un año o dos, para procurarme mientras tanto los fondos que aún se necesitaban. El Polo Norte, problema final, pero de naturaleza romancesca, que sólo al pueblo interesaba en lo que se refiere a la exploración polar, estaba resuelto. Si yo ahora quería obtener interés en mi empresa, no me quedaba otro recurso que tratar de resolver el último gran problema: el descubrimiento del Polo Sur.

Ya sé que se me ha echado en cara no haber hecho público desde un principio mi plan en toda su extensión, de modo que no ya mis patrocinadores, sino los mismos exploradores que se disponían a visitar aquellas regiones, hubieran tenido noticia de él. Ya esperaba yo de sobra que se me harían tales reparos, y, por consiguiente, lo medité muy bien antes. Por lo que se refiere a mis patrocinadores, pronto hube de tranquilizarme. Eran todos hombres de posición e incapaces de discutir la aplicación de las sumas que consagraban a mi empresa. Sabía yo que gozaba de tal confianza entre estas personas, que juzgarían rectamente mi conducta y sabían que a su debido tiempo sus cuestaciones serían utilizadas en aquellos fines para que habían sido dadas. He recibido ya innumerables pruebas de que no me había engañado.

Ni sentí tampoco grandes escrúpulos por lo que mira a las otras expediciones antárticas que en aquel tiempo

se proyectaban. Estaba seguro de poder informar al capitán Scott de la extensión de mis planes antes de salir de Europa. Así es que unos meses más o menos no ofrecían importancia. El plan y preparativos de Scott difería tanto del mío, que consideré el telegrama que le envié anunciándole que salía para las regiones antárticas, más bien una cortesía que una comunicación capaz de causar la más mínima alteración en su programa. La expedición británica se consagraba por completo a investigaciones científicas.

El Polo no era más que objetivo lateral, mientras que en mi extenso plan constituía el fin capital. En esta modificación que yo imprimía al mío, la ciencia era objetivo secundario; pero ya sabía yo que no alcanzaríamos el Polo por la ruta que había determinado seguir, sin que al mismo tiempo se enriqueciese la investigación científica considerablemente en muchas de sus manifestaciones.

Nuestros preparativos eran enteramente diferentes, y dudo que el capitán Scott, con sus grandes conocimientos de las exploraciones antárticas, hubiera renunciado al caudal de sus propias experiencias y alterado sus preparativos en conformidad con los que más valían para mis fines, según mi entender. Porque yo estaba muy por bajo de Scott en experiencia y en medios.

Por lo que mira al teniente Shirase del *Kainan Maru*, yo comprendí que su programa no incluía otro objetivo que la exploración de la Tierra del Rey Eduardo VII.

Después de haber considerado en esta forma la cuestión, llegué a las conclusiones establecidas, y mi plan quedó irrevocablemente fijado. Si en esta sazón hubiera hecho pública mi intención, hubiera con ello dado ocasión a una serie interminable de discusiones en los periódicos, y quizá hubiera terminado por ahogar mi proyecto en su cuna. Todo había de conducirse prontamente, con tran-

quilidad, con calma. Mi hermano, en cuyo absoluto silencio podía confiar ciegamente, fué la única persona a quien comuniqué el secreto de la alteración de mi plan, y grandes fueron los servicios que me prestó durante el tiempo en que compartimos los dos solos este secreto. Después, el teniente Thorvaldo Nilsen, oficial primero del *Fram*; después su comandante volvió a Noruega, y yo consideré de mi obligación informarle inmediatamente de mis resoluciones. El modo como recibió mis confidencias me aseguró de mi acierto en haberle elegido. Vi que en él tendría, no sólo un hombre experto y digno de mi confianza, sino también un buen compañero, lo que era punto capitalísimo. Si las relaciones entre el jefe y el segundo de a bordo son buenas, se evitan muchas importunidades desagradables e innecesarias. Además de esto, la buena armonía entre estos jefes sirve de ejemplo excelente para toda la tripulación. Muy gran consuelo fué para mí cuando el capitán Nilsen regresó al país en Enero de 1910 y se me ofreció para ayudarme con su buena voluntad, su pericia y una destreza que yo no tengo palabras con que alabar.

El plan del viaje del *Fram* al Sur era el siguiente: salida de Noruega, lo más tarde antes de mediados de Agosto. Madera sería el primero y único lugar de escala. De allí se emprendería, por el mejor camino que puede llevar un barco de vela—porque al *Fram* debe considerársele como tal,—una carrera hacia el Sur por el Atlántico, y luego al Este, pasando al Sur del Cabo de Buena Esperanza y de Australia; y finalmente, avanzando entre los hielos a internarse en el Mar de Ross, hacia el día de Año Nuevo de 1911.

Como base de operaciones yo había elegido el punto más meridional a que podía llegarse embarcado: la Bahía de las Ballenas, en la Gran Barrera Antártica. Esperábamos llegar allí hacia el 15 de Enero. Después de haber

desembarcado una selecta partida para la exploración de la costa, compuesta de diez hombres, con materiales para una casa, equipo y provisiones para dos años, el *Fram* había de salir para Buenos Aires con objeto de verificar un viaje oceanográfico por el Atlántico, costa de Africa y regreso. En Octubre regresaría a la Bahía de las Ballenas, y embarcaría a la compañía exploradora de la costa. Esto y nada más podría proponerse de antemano. Los progresos ulteriores de la expedición se determinarían más tarde, cuando se acabase la labor que había de realizarse en el Sur.

Mi conocimiento de la Barrera de Ross estaba fundado en descripciones solamente; pero había estudiado con tal detenimiento todos los libros que tratan de estas regiones, que al encontrarme por primera vez con aquella gigantesca masa de hielos sentí como si la hubiera conocido de muchos años.

Después de las debidas consideraciones fijé como estación de invierno la Bahía de las Ballenas, por muchas razones. En primer lugar, porque allí podíamos ir embarcados más al Sur que a ninguna otra parte, avanzando un grado entero sobre lo que Scott pudo adelantar desde el paso de Mc Murdo, donde había de fijar su estación. Y esto ofrecería mucha importancia en el siguiente viaje en trineo al Polo. Otra ventaja no pequeña era que de esta manera íbamos directos a nuestro campo de operaciones, y podíamos ver desde las puertas de nuestra barraca las condiciones y superficie del terreno en que habíamos de actuar. Además de esto, yo tenía razón al suponer que la superficie en dirección Sur de esta parte de la Barrera sería mucho mejor y ofrecería menos dificultades que los hielos amontonados a lo largo de la costa. Agréguese a esto que, según las descripciones, la vida animal era en la Bahía de las Ballenas extraordinariamente rica, y ofre-

cía toda la carne fresca que se necesitase, en forma de focas, pingüinos, etc.

Junto a estas ventajas puramente materiales y técnicas que la Barrera me parecía poseer como estación de invierno, ofrecía campo especialmente favorable para investigar las condiciones meteorológicas, pues no estaba obstruída por tierras en ninguna parte. Sería posible estudiar el carácter de la Barrera mediante observaciones diarias en el mismo lugar mejor que en ninguna otra parte. Fenómenos tan interesantes como el movimiento, renovación y mermas de aquella inmensa masa de hielos, podría, no hay duda, ser estudiado plenamente en este lugar.

Por último, otra ventaja, y no la menor, era que allí resultaba relativamente fácil llegar embarcados. Todas las expediciones anteriores daban testimonio de ello.

Ya comprendía que este plan de invernar en la Barrera se atraería la crítica de ser descabellado, temerario, etcétera, porque se tenía generalmente por cierto que la Barrera estaba formada por una masa de hielos, flotante, como ocurre con otras. Y ciertamente así lo han creído todos, aun los mismos que la han visto.

La descripción que hace Shackleton de su modo de ser en el tiempo en que la vió, no es nada tranquilizadora. Él la recorrió por varias millas, y da gracias a Dios por no haber establecido en ella su campamento. Aunque siempre he sentido un gran respeto por Shackleton, su obra y sus experiencias, creo que en este caso sus conclusiones fueron, afortunadamente, demasiado precipitadas. Porque si cuando Shackleton pasó por la Bahía de las Ballenas, el 24 de Enero de 1908, y vió el hielo de la Bahía a punto de fundirse y desaparecer, hubiera aguardado algunas horas, un par de días, aunque nada más fuera, el problema del Polo Sur con toda probabilidad hubiera quedado

resuelto mucho antes de Diciembre de 1911. Con su vista penetrante y sano juicio, no le hubiera costado mucho encontrar que la parte interior de la bahía no está compuesta de hielos flotantes, sino que la Barrera allí descansa en cimientos sólidos, tal vez en la forma de bajíos o cayos; y así, desde este paraje él y sus expertos compañeros hubieran dado cima a su proyecto. Pero las circunstancias no lo consintieron, y el velo del misterio quedó solamente alzado, no roto.

Yo he consagrado estudio especial a esta formación privativa de la Barrera, y he llegado a la conclusión de que el fondeadero o caleta que existe hoy en la Barrera de Ross con el nombre de Bahía de las Ballenas, no es otro que el estuario observado por Sir Jaime Clark Ross, muy modificado en sus perfiles, pero el mismo, sin embargo. Durante setenta años, pues, esta formación, si se exceptúan algunos trozos disgregados, ha continuado en el mismo lugar. De ello deduzco que no puede ser una formación accidental. Lo que en otros tiempos, quizá los primitivos, detuvo la poderosa corriente de hielos en este lugar y formó en sus márgenes una bahía permanente, que con poca variación se dibuja en línea recta, no ha sido simplemente un capricho pasajero de esa tremenda fuerza que pasaba destrozando todo, sino algo más firme que el duro hielo: la tierra sólida. Aquí en este punto la barrera se levantó y formó la bahía que ahora llamamos de las Ballenas. Las observaciones que hicimos durante nuestra estancia en ella confirma lo acertado de esta teoría. Yo, pues, no me había engañado en escoger para nuestra estación esta parte de la barrera.

El plan de la partida de exploración de la costa era tan pronto como la casa estuviese terminada, y, desembarcadas las provisiones, llevar recursos al campamento y establecer depósitos según se fuera avanzando hacia el Sur.

Esperaba yo llevar tantas provisiones al Paralelo 80°,5, que pudiéramos considerar esta latitud como el verdadero punto de partida de nuestros viajes en trineo al Polo. Vimos después que esta esperanza quedaba más que cumplida, y realizada una labor muchas veces más grande. En cuanto al tiempo, esta obra de fundar depósitos había de hacerse antes del invierno; y con lo que sabíamos de las condiciones de la región antártica, deberían tomarse toda clase de precauciones, para prevenir un tiempo más frío y más tempestuoso que el que habían encontrado las anteriores expediciones. Mi objeto era que, cuando el invierno llegara y todo estuviera a punto y en buen orden para comenzar la tarea, concentráramos todas nuestras fuerzas en un solo objeto: el de llegar al Polo.

Me propuse buscar gente que estuviera preparada de una manera especial para trabajar fuera de techado con el frío más riguroso. Y aun más necesario juzgaba hallar hombres adiestrados en dirigir perros de tiro, pues veía las consecuencias que esto al fin podía producir. Muy diversos son los resultados si se tiene gente experimentada en estos menesteres, o inexperta, en una expedición de este género. Las ventajas a cualquiera se le alcanzan. Cuando se junta la experiencia de muchos y se utiliza con juicio, es incalculable la tarea que se puede llevar a cabo. Allí donde uno yerra, el saber de otro viene en ayuda a punto. La pericia de unos se agrega a la de otros, formando un conjunto perfecto; esto es lo que esperaba lograr. Pero no hay rosa sin espinas; que si hay ventajas, hay también inconvenientes. El primero, que en esta gente adiestrada los hay que creen conocer tanto de su oficio que desdeñan la opinión de los demás; pero con paciencia y buen juicio puede prevenirse este daño.

En todo caso, son tan grandes las ventajas y tan superiores, que yo me resolví a echar mano de persona

adiestradas en el mayor grado posible. Proyecté emplear el invierno entero en trabajar para la satisfacción de nuestras necesidades más elementales y perfeccionar intensamente nuestro ajuar. Otra cosa a la que pensaba dedicar mucho tiempo era matar número suficiente de focas, para tener siempre carne fresca para hombres y perros. El escorbuto, enemigo terribilísimo de las expediciones polares, había que combatirlo a toda costa, y para conseguirlo era mi intención usar cotidianamente carne fresca. No hubo inconveniente en adoptar este sistema, pues desde el principio quedó demostrado que todos preferían la carne de foca a cualquier otro alimento en conserva. Y cuando llegó la primavera, tenía fe en que mis compañeros y yo nos encontraríamos provistos de cuanto era menester para emprender nuestro camino.

Entraba en mis cálculos dejar el campamento en los primeros días de la primavera. Pues nos habíamos propuesto ir más adelante que nadie, deberíamos a toda costa ser los primeros. Todo había de converger en esto. Desde el momento en que formé mi plan, se me había ocurrido que el itinerario desde la Bahía de las Ballenas había de ser rigurosamente hacia el Sur, siguiendo siempre el mismo meridiano, si era posible, hasta el Polo. Efecto de ello sería atravesar una región enteramente nueva, y obtener otros resultados además de la meta prefijada.

Mucho me ha extrañado oír a mi regreso del Sur que algunas personas habían creído que nuestro itinerario, partiendo de la Bahía de las Ballenas, seguía el Glaciar de Beardmore, que fué precisamente el camino de Shackleton, hasta llegar al Polo. Me apresuro a asegurar que tal idea no me pasó nunca por la cabeza desde que concebí mi plan. Scott había anunciado que emprendería la ruta de Shackleton, y esto, como antes dije, me decidió a seguir el otro camino. Durante nuestra larga estancia en Fram-

heim no hubo entre nosotros quién insinuara la posibilidad de tal dirección. La de Scott fué por dictamen de todos nosotros desechada.

No; el Sur en la dirección más recta sería nuestro camino, y muy dificultoso, a la verdad, había de ser el terreno para inducirnos a dejar nuestro plan de ir siempre por el mismo meridiano.

Dificultades insuperables únicamente podían desviar-nos de él. Preví que indudablemente alguno nos acusaría de rivalidad arrogante, y quizá tendría sombra de justificación si nosotros hubiéramos pensado realmente en tomar la ruta del capitán Scott. Pero no se nos ocurrió ni por un momento. Nuestro punto de partida distaba 350 millas geográficas de los cuarteles de invierno de Scott en el paso de Mc Murdo; no había temor, pues, de que nos cruzáramos en el camino. El profesor Nansen, con sus maneras francas y persuasivas, ha puesto fin a estas chácharas; de suerte que no necesito insistir más sobre ello.

Trabajé en mi plan tal como aquí se da a conocer en mi casa de Bundefjord, junto a Cristianía, en Septiembre de 1909, y como me lo propuse se llevó a cabo hasta el último pormenor. Que mi cálculo del tiempo que había de emplearse no era muy exagerado, lo prueba la última frase de mi plan: «Deberemos estar de vuelta del viaje al Polo el 25 de Enero.» El 25 de Enero de 1912 llegamos a Framheim después de la vuelta de nuestro viaje al Polo realizado con éxito.

Y no fué la única vez que nuestros cálculos resultaron acertados: el capitán Nilsen demostró ser un verdadero mago en esta materia. Cuando yo me contentaba con calcular fechas, él no vacilaba en hablar de horas. Nilsen calculó que llegaríamos a la Barrera el 15 de Enero de 1911: la distancia es de 16.000 millas geográficas des-

de Noruega. Estuvimos en la Barrera el 14 de Enero, un día antes; no había gran error en el cálculo.

En conformidad con la resolución de Storting de 9 de Febrero de 1909, el *Fram* fué cedido para emplearlo en la expedición, y se votó una suma de 75.000 kroner (unas 75.000 pesetas) para las reparaciones y mudanzas necesarias.

Las provisiones fueron escogidas con el máximo cuidado y empaquetadas con toda precaución. Las especierías fueron encerradas en cajas de hojalata soldadas, y luego embaladas en fuertes cajas de madera.

El empaquetar conservas de esta clase es de importancia enorme para una expedición polar; todo cuidado que se le consagre es poco. Una omisión, un apresuramiento en esta parte puede acarrear el escorbuto. Hecho de alto interés aparece el que en cuatro expediciones polares noruegas, tres en el *Fram* y una en el *Gjøa*, no haya ocurrido ningún caso de escorbuto. Esto evidencia el cuidado con que se ha de mirar la cuestión del aprovisionamiento.

En esta parte debemos profunda gratitud ante todo al profesor Sophus Torup, que ha sido siempre el encargado de vigilar estas tareas ahora y en las anteriores ocasiones.

Grandes alabanzas debemos también a las casas de comercio que nos han surtido de los artículos en conserva. Con su fabricación excelente y concienzuda han hecho mucho bien a la expedición. En esta cuestión una parte de las provisiones fué confiada a la casa Stavanger, quien a los artículos pedidos agregó con gran generosidad provisiones por valor de 2.000 kroner. La otra mitad de las provisiones requeridas se encargó a una casa de Moss. El director de esta casa se comprometió al mismo tiempo a preparar el pemmican necesario para hombres y

perros, y lo hizo de la manera más digna de elogio. Gracias a su excelente preparación, la salud de todos en el viaje al Polo fué extremadamente buena. El pemmican que llevamos difería esencialmente del empleado en las expediciones anteriores. Antes el pemmican no contenía otra cosa que la mezcla exigida de carne seca y tocino; el nuestro tenía además legumbres y harina de avena, añadida que mejora mucho su aroma, y que, por lo que pudimos observar, lo hace más fácil de digerir.

Esta clase de pemmican empezó a confeccionarse para el ejército noruego; se acordó que sirviera, caso de que faltaran otros comestibles. Aún no se había ensayado al salir la expedición, pero se confiaba en que los resultados serían satisfactorios. Alimento más estimulante, nutritivo y apetitoso que éste es difícil encontrar.

Además del pemmican para nosotros, el de nuestros perros era igualmente importante, porque también estos animales están expuestos al escorbuto. Así que se hubo de consagrar el mismo cuidado a la preparación de su alimento. Adquirimos de Moss dos clases de pemmican: uno de pescado y otro de carne. Ambas clases contenían, además de la carne seca (pescado) y tocino o cierta cantidad de leche seca y menudillos. Ambas clases eran igualmente superiores y los perros estuvieron siempre en condiciones excelentes. El pemmican se dividió en raciones de una libra y una media onza, y había de servírseles a los perros así. Pero antes de poder emplear este pemmican, teníamos que hacer un viaje de cinco meses, y para esta primera parte del viaje tenía que pensar en proporcionarme una cantidad equivalente de pescado seco. En esto me sirvió a maravilla el agente de la expedición en Tromsö, el Sr. Fritz Zappfe. Dos casas comerciales muy conocidas pusieron también a mi disposición grandes cantidades de pescado seco superior. Con todo esto y algunos

barriles de tocino, logramos tener siempre los perros en óptimo estado.

Uno de nuestros preparativos más importantes fué el procurarnos perros a propósito. Como ya he dicho, yo tenía determinado obrar con prontitud y decisión, y síquería salir de mi empeño bien, tener todo en orden. Al día siguiente de tomar mi resolución fuí, pues, a Copenhague, donde se encontraban a la sazón los inspectores de Groenlandia, Sres. Daugaard-Jensen y Bentzen. El Director de la Real Compañía Mercantil de Groenlandia, Sr. Rydberg, mostró desde un principio el máximo interés por mi empresa y dió plenos poderes á los inspectores. Yo entonces negocié con estos señores, que se comprometieron a la adquisición de un centenar de perros groenlandeses de primera calidad, y a la entrega de ellos en Noruega en julio de 1910. La cuestión de los perros quedó así inmejorablemente resuelta desde que cayó en manos tan expertas. Yo tenía amistad personal con el Inspector Daugaard-Jensen desde que tuve la fortuna de tratarle por primera vez, y sabía que todo lo que tomase a su cargo lo verificaría concienzudamente. La administración de la Real Compañía Mercantil groenlandesa concedió autorización para expedir libre de gastos los perros a bordo del *Hands Egede*, y entregarlos en Christiansand.

Antes de continuar con los otros preparativos debo decir algunas palabras respecto a los perros. La mayor diferencia entre los aprietos de Scott y los míos, consiste indudablemente en nuestra elección de animales de tiro. Habíamos oído decir que Scott, basándose en su propia experiencia y la de Shackleton, había llegado a la conclusión de que los ponis, o caballos de poca alzada, de Manchuria, eran superiores a los perros para caminar por la Barrera. Entre los que estábamos familiarizados con el empleo de los perros esquimales, no creo ser yo el único

que se haya extrañado de oír esto por primera vez. En lo sucesivo, leyendo diferentes relatos, he podido formarme una idea más exacta de las condiciones del suelo de la Barrera y de la marcha sobre él, y mi extrañeza ha crecido cada vez más. Aunque no hubiera visto nunca esta parte de las regiones antárticas, no tardé en formar una opinión diametralmente opuesta a la de Shackleton y Scott, pues por las condiciones del suelo y de la marcha, son precisamente las más adecuadas para el viaje en trineo con perros esquimales, a juzgar por las descripciones de estos mismos exploradores. Si Peary pudo llevar a cabo una excursión memorable sobre los hielos árticos, valiéndose de perros, ¿por qué otro con iguales arreos no podría hacer más que Peary sobre la excepcional lisura de la superficie de la Barrera? Algún error de apreciación debe existir respecto a la utilidad que los ingleses conceden a los perros en las regiones polares. ¿Será que el perro no ha llegado a entender bien a sus amos? ¿O que estos no han comprendido al perro? Esto es lo primero que hay que dejar esclarecido; el perro debe entender que tiene que obedecer en todo, y el amo debe saber lo que conviene para obtener de él un cumplido respeto. Si esta obediencia queda asegurada desde un principio, yo estoy convencido de que el perro será siempre superior a cualquier otro animal de tiro aun para largas distancias.

Otra razón muy importante para usar los perros es que este pequeño animal puede mucho más fácilmente pasar por sobre pontículos de hielos que las más veces no se pueden evitar en la Barrera y en los glaciares. Si un perro se cae en un barranco de éstos, no suele hacerse gran daño, y de un tirón de las riendas se le puede fácilmente sacar: otra cosa es si le sucede a un caballo. Este animal, relativamente voluminoso y pesado, es más propenso a caer, y cuando esto sucede, es una tarea enojosa

y pesada la de volver a ponerle en su lugar, y hay que renunciar a conseguirlo cuando, como alguna vez acontece, se han roto las riendas y el animal se ha caído al fondo de un despeñadero de 1.000 pies de profundidad.

Hay otra ventaja, además, fácil de comprender, y es que el perro puede alimentarse con la carne de otros perros. Puede irse reduciendo el peso del tren poco a poco, sacrificando los animales más débiles y alimentando a los más fuertes con la carne de los otros. Así puede proporcionárseles carne fresca. Nuestros perros vivieron con carne de perro y pemmican durante todo el camino, y esto les ayudaba a caminar incomparablemente.

Nosotros mismos, si teníamos necesidad de carne fresca, no hacíamos ascos a un delicado trozo de esta carne; nos parecía tan bien como la mejor carne de vaca. Los perros no la repugnan en lo más mínimo: si se les da su ración, no se paran a mirar de qué parte del cuerpo de sus camaradas procede. Sólo perdonaban los dientes de la víctima, y eso si los tiempos no eran muy calamitosos; que en días difíciles han dado cuenta de ellos.

Si avanzamos algo más, dejando la banca de hielos por la altiplanicie, vemos que en este lugar, la superioridad de los perros es evidente. No sólo pueden caminar por encima de los tremendos glaciares que conducen a la meseta, sino que se les puede utilizar en la marcha en cualquier punto del camino. Los caballos no, pues hay que dejarlos antes de escalar los glaciares, tocándoles a los hombres la nada gustosa tarea de sustituir a los caballos. Según se puede ver por la relación de Shackleton, está fuera de duda que a los caballos no se les podía encaminar por entre los abruptos glaciares. ¡Y qué apuro tener que abandonar el principal medio de arrastre cuando aún no se ha logrado salvar la cuarta parte de la distancia

propuesta! Por mi parte prefiero servirme de él todo el camino.

Desde los mismos comienzos percibí que la primera parte de nuestra expedición, o sea desde Noruega a la barrera, sería la parte más difícil. Con que pudiéramos alcanzar ésta con nuestros perros en buen estado, estaba seguro de que lo demás resultaría a perfección. Por fortuna, mis compañeros opinaron siempre igual que yo, y con su cooperación tuvimos éxito, no sólo en conducir nuestros perros al campo de operaciones en buen estado, sino en desembarcarlos en condiciones mucho mejores que los habíamos recibido. Su número se había aumentado considerablemente durante la navegación, lo cual me parece cumplida prueba de su excelente salud. Para protegerlos de la humedad y del calor les dispusimos un cobertizo suelto de bordes planos, de tres pulgadas de ancho, que sobresalía del cobertizo fijo, de modo que la lluvia y la marea no tocaban a los perros. De esta manera los preservamos del agua, que baldea de un costado a otro en barco demasiado cargado que había de cruzar el Océano antártico. Al pasar por los trópicos, este cobertizo móvil nos procuró doble servicio, pues proporcionaba en todo caso cierta frescura manteniendo una corriente de aire fría entre los dos cobertizos. El fijo, embreado, hubiera sido intolerablemente cálido para los animales; el postizo era alto y estaba pintado de un blanco vivo, sin dejar que perdiera este color durante toda la travesía. Pusimos además ciertas lonas que podían extenderse por toda la longitud de la cubierta, con lo que quedaban suficientemente protegidos los perros contra los ardores del sol.

No puedo menos de reír cuando pienso en las voces de compasión que se han alzado, y aun se han estampado, contra nuestra supuesta crueldad para con los animales a bordo del *Fram*. De seguro que estos clamores pro-

ceden de individuos excesivamente susceptibles, que no por eso dejan de tener siempre atados a sus propios perros guardianes.

Además de nuestros compañeros cuadrúpedos embarcados, había uno bípedo, no de gran utilidad para una expedición polar, pero sí de mucha amenidad para el viaje. Hablo de nuestro canario «Fridtjof». Fué uno de los muchos regalos hecho a la expedición, y no el peor recibido. Empezó a cantar desde que subimos a bordo, y nos ha acompañado constantemente en dos circunnavegaciones por los mares más inhospitalarios del planeta. Seguramente ha sido el viajero más infatigable de su especie.

Tuvimos también numerosos individuos de las más variadas familias de animales: puercos, aves, ovejas, gatos y hasta ratas. Sí, por desgracia, ratas. Sabíamos lo que es tener a bordo estos repugnantes seres, que es la peor plaga de que tengo noticia. Pero les habíamos declarado guerra. Habían entrado en el *Fram* antes de ponernos en camino. Procedían de Buenos Aires, y el mayor servicio que quisimos hacerlas fué enterrarlas en su país nativo.

Mucho hube de luchar también a causa de las circunstancias económicas, más bien apuradas. Antes de gastar una peseta había de considerarlo dos veces. Los artículos de vestir son factor importante en una expedición al Polo, y juzgo indispensable que la expedición provea a cada uno de sus miembros con el actual «vestido polar». Si se deja esta parte de los preparativos a cada individuo, temo que antes de comenzar el viaje se ha de incurrir en yerros inevitables. En este punto muy escasas limitaciones admitiría yo, aun siéndome más fácil haber dado a cada uno una lista de las prendas de vestir necesarias para que se encargase de adquirirlas por su cuenta. Pero haciéndolo así, hubiera tenido que recurrir al

examen personal de las cualidades de los vestidos en la medida que yo deseaba.

No eran vestidos que deslumbrasen por su primor y elegancia, pero eran cálidos y fuertes. Por el comisariado de géneros en Horten, conseguí artículos excelentes. Debo al capitán Pedersen, actual jefe del Departamento del comisariado, mis más cordiales gracias por la cortesía que siempre me ha dispensado cuando he tenido que alcanzar de él alguna cosa. Merced a él adquirí unas doscientas mantas. Que no se imagine el lector camas y ropas de cama tales como las que suelen exhibirse en los escaparates de los bazares; son mantas tan densas y blancas, y al mismo tiempo tan finas, a pesar de su densidad, que parece que fueran a desvanecerse de un soplo. No fueron mantas de éstas las que nos dió el capitán Pedersen; ¿para qué las queríamos? Las que el comisionado nos proporcionó eran de clase bien diferente. Por su valor (que no sabré determinar cuál es, pues era indefinible) no daban la impresión de que se desharían al más leve soplo. Al contrario, la impresión que daban era la de tenerse tiasas en el suelo; bien bataneadas y comprimidas en una espesa y robusta masa. Desde los comienzos habían servido de abrigo a nuestros bravos guerreros de la armada, y no es imposible que algunas, si hablaran, nos refirieran cuentos salpimentados de los tiempos de Tordenskjold. Lo primero que hice al tomar posesión de aquellos tesoros, fué meterlos en el baño de vapor de la tintorería. Cuando las saqué estaban irreconocibles: de un color *ultramarino*, o como quiera llamarse. La metamorfosis fué completa: no quedó rastro de su pasado belicoso.

Mi intención era confeccionar con estas mantas doscientos vestidos polares, y deliberé conmigo mismo cómo había de llevar a efecto este pensamiento. El averiguar el

origen de la tela condujo a un verdadero fracaso de investigador. No hay sastre en el mundo que se comprometa a hacer trajes con mantas usadas; de esto yo estaba seguro. Tuve que recurrir a una estratagema. Me informé de un hombre que tenía especial capacidad para estas confecciones, y le hice llamar a mi casa. Mi despacho parecía enteramente un almacén de tejidos de lana con las mantas esparecidas por todos los lados.

Llega el sastre. «¿Es este el paño?» «Este es, recién llegado del extranjero. Una buena compra. Una partida de muestras sin valor.» Yo decía esto con la manera más ingenua e indiferente del mundo. Veía que el sastre me miraba con el rabillo del ojo; tal vez le parecerían las muestras demasiado grandes. «Tienen un tejido apretado—dijo, mirándolas a la luz;—juraría que es batanado.» Registramos cuidadosamente una por una las muestras, y las contamos. Aquello fué una tarea larga y fastidiosa, y yo me alegraba de que se fuera acabando. En un rincón había unas cuantas más; habíamos llegado a la 193, así que no quedarían muchas más en el montón. Yo estaba ocupado en no sé qué cosa, y el sastre seguía con las pocas que quedaban. Precisamente me disponía a celebrar como afortunada mi estratagema, cuando me sobresaltó una exclamación del sastre. Me sonó como la trompeta del juicio, porque ¡ay! vi al sastre en el rincón envuelto en una pieza de aquel color ultramarino, y agitando por encima de su cabeza otra manta de aquel *color indefinible* que no dejaba duda sobre el origen de los géneros «directamente importados». El hombre me dejó después de mirar terroríficamente, y yo quedé hundido en la desesperación. No le he vuelto a ver más. La causa de la catástrofe es que yo, con mi precipitación, me había olvidado de retirar la manta de muestra que el capitán Peder sen me enviara

Mas al fin logré mis propósitos, y puedo asegurar que ninguna expedición ha llevado nunca ropa más fuerte y de abrigo que la nuestra, por lo que fué muy bien recibida a bordo.

Atendí también a proveerme de buenos pellejos de aceite, y, sobre todo, de buenas botas de mar para cada individuo. Estas fueron hechas a medida y del mejor material. Las había encargado a la casa que había siempre tenido por mejor en este ramo. ¿Cómo, pues, describir nuestra amargura cuando el día que quisimos probar nuestras magníficas botas de mar descubrimos que la mayor parte de ellas no servían? Algunos podían bailar un galop en sus botas sin levantarlas del suelo. Otros, poniendo a contribución todas sus fuerzas, no podían hacer entrar sus pies en aquellos tubos, más estrechos que el camino que conduce al cielo. La caña era tan angosta, que aun los pies más delicadamente menudos no tenían posibilidad de pasarla, y en cambio el resto de la bota era tan voluminoso, que podría acomodar dos veces más de lo que el pie del amo abultaba. Poquísimos fueron capaces de poder llevar aquellas botas. Intentamos cambiarlas, pero de nada sirvió, porque no estaban hechas para criatura ninguna de nuestro planeta. Pero los marinos son marinos dondequiera que estén, y no es fácil apocarlos. Los más de ellos conocían el proverbio aquel de que *un par de botas que os vaya, vale más que diez que no sirvan*, y ya se habían traído las suyas propias. No hubo otra manera de arreglar el asunto.

Tomamos tres juegos de ropa blanca para cada uno, para llevarla en las regiones cálidas. Esta parte de los preparativos se dejó a cargo de cada uno; muchos llevaban ya algunas camisas usadas, y pocas más se necesitaban para navegar por los trópicos. Para vivir en las regiones frías había dos juegos de ropa interior de lana ex-

traespesa, dos de jerseys de punto de lana espesa, seis pares de medias de punto, chalecos de Islandia y otros más ligeros, y zuecos y calzas procedente de los penales.

Además, teníamos mucha ropa procedente de los depósitos del Ejército. Debo infinitas gracias al general Keilhan, por la gentil manera con que acogió todas mis peticiones. De esta procedencia obtuvimos ropa exterior, tanto para climas cálidos como fríos; interior, botas, zapatos, vestidos contra el viento y ropas de muy diferentes géneros.

Como último renglón de nuestro vestuario personal debo mencionar que cada hombre había de tener un juego de prendas de piel de foca de Groenlandia. No faltaban tampoco cosas tales como lana de zurcir, hilo de coser, agujas de todos los tamaños concebibles, botones, tijeras, cintas anchas y estrechas, negras, blancas, azules y coloradas. Puedo afirmar con plena seguridad que nada se había olvidado: estábamos surtidos bien y copiosamente de todo en todos sentidos.

Otro aspecto de nuestros preparativos que reclamaba alguna atención era acomodar los departamentos en que habíamos de alojarnos, salones y camarotes, porque es mucho lo que importa para empresas de estas el vivir rodeado de comodidades y regalo. Por mi parte, creo poder hacer doble labor cuando veo holgura y comodidad a mi alrededor. Los salones del *Fram* eran muy bellos y aderezados con gusto. En este punto debemos respetuoso agradecimiento a S. M. el rey Haakon y la reina Maud, por las fotografías con que nos obsequiaron; fueron el más precioso de nuestros regalos. Las señoras de Horten nos dieron gran cantidad de preciosidades para adornar nuestros gabinetes, y sin duda se complacerán de saber la admiración que estos objetos han inspirado en todas partes. «¿Es de veras un barco destinado a una expedición al

Polo?», nos preguntaba la gente. «Nosotros creíamos que no habría en él más que bancos de madera y paredes desnudas.» Y hablaban ya de camarines femeniles y cosas por el estilo. Además de los espléndidos tapices, adornaban a nuestros camarotes magníficas fotografías. Hubiera gustado a los donantes de ellas escuchar las palabras de alabanza que su vista causaba dondequiera.

Por lo que toca al lecho, dejé éste al gusto individual; todos llevarían una partecilla de su hogar al propio camarote. Las ropas de cama procedían de la factoría naval de Horten; eran de labor selectísima, como todo lo que de allí salía. Mucha gratitud debemos a quien nos suministró mantas tan suaves y blandas, que han sido bien frecuentemente nuestra mayor alegría al templar con su grato calor los rigores de muy amargos días; vinieron de una hiladora de Trondhjem.

No olvidaré nuestra provisión de papelería, que era en todos los sentidos lo más fina y elegante que se podía apetecer: papel de apuntaciones selectísimo, con una pintura del *Fram*, y el nombre de la expedición, en tamaño grande y pequeño, estilo antiguo y nuevo. En una palabra, papel de notas de todas clases. Plumas y portaplumas, lápices negros y de color, gomas de borrar, tinta, clavillos de dibujo y toda clase de sujetadores, polvos de hacer tinta, polvos blancos, de jibia y de almazarrón, goma arábica y de otras clases, tacos de notas, almanques, dietarios de a bordo y libros de memorias, carteras de notas y registros de trineos, y otras muchas cosas a este tenor, de las que teníamos tanto, que podríamos haber cincunnavegado la Tierra muchas veces sin que llegáramos a padecer falta de nada. Este donativo honra grandemente a la casa que lo hizo; siempre que me pongo a escribir una carta o en mi diario, tengo un pensamiento de gratitud para los donantes.

De una de las casas más importantes de Cristianía adquirimos un servicio completo de cocina y de mesa para almuerzo y comida, y todo de la mejor calidad. Las copas, platos, cuchillos, tenedores, cucharas, jarras, vasos, etc., estaban marcados con el nombre del barco.

Embarcamos una biblioteca extraordinariamente copiosa; los regalos de libros llovieron profusamente sobre nosotros. Calculo que la librería del *Fram* no contiene hoy menos de tres mil volúmenes.

Para nuestras diversiones centamos también con muy buenos juegos de diferentes especies, que constituían nuestro pasatiempo favorito en las forzosas veladas del Sur. Barajas por docenas, y a muchas de ellas se les ha quitado bien el polvo. Un gramófono con repertorio extenso, que fué, a mi juicio, nuestro mejor amigo. De instrumentos de música teníamos piano, violín, flautas, mandolinas, sin que faltara tampoco una ócarina y un acordeón. Los autores tuvieron la amabilidad de enviarnos obras de música, por lo que pudimos cultivar este arte a satisfacción.

Los regalos de Navidad afluyeron caudalosos. No estimo en menos de quinientos los que embarcamos. Árboles de Navidad con su gala correspondiente, y otras muchas cosas para divertirnos en esta fiesta, nos llegaron de parte de amigos y deudos. La gente ha sido muy amable para con nosotros, y puedo asegurar a los donantes que todos sus presentes han sido y siguen siendo muy apreciados.

Estábamos bien provistos de vinos y licores, gracias a una de las casas de este tráfico más importantes de Cristianía. Un vaso de vino a tiempo o un sorbo de licor fueron cosas que todos, sin excepción, encontrábamos muy gratas. La cuestión del alcohol en las expediciones polares ha sido muy discutida. Por mi parte, yo miro al alcohol, usado con moderación, como una medicina en las regiones polares; quiero decir, claro es, en lo que está uno en los

cuarteles de invierno. En los viajes en trineo ya es otra cosa; entonces ya sabemos todos por experiencia que el alcohol debe ser proscrito, y no porque un trago de licor puede ser nocivo, sino a razón del peso y espacio que ocupa. En los viajes en trineo tiene uno que disminuir, como es sabido, todo el peso posible y tomar sólo el estrictamente necesario, y yo no incluyo el alcohol en el capítulo de lo estrictamente necesario. No sólo en nuestro campamento de invierno hemos tenido que usar el alcohol, sino también en nuestro viaje largo y monótono por regiones ásperas, frías y borrascosas.

Un sorbo de licor es por lo general muy bueno cuando se baja de una crudísima centinela o ha de volver a ella. Un abstenido intransigente arrugará sin duda el entrecejo al leer esto, y preguntará si no sería mejor una taza de buen café caliente.

En mi opinión, la gran cantidad de café que en casos tales suele beberse, es mucho más nociva que un traguito de Lysholmer. Y eso sin pensar en la parte importante que desempeña un vaso de vino o licor de palma en las reuniones sociales de viajes semejantes. Dos personas que se hayan faltado ligeramente en la semana, se reconcilian pronto ante el aroma del ron: se olvida lo pasado y emprenden de nuevo con ardimiento su amistosa obra común. Procribid el alcohol en las fiestas, y pronto notaréis la diferencia. Mala cosa es, dirán algunos, que los hombres hayan de recurrir al alcohol para tener buen humor, y convengo en que es verdad; pero desde el momento en que la Naturaleza lo ha hecho, lo mejor es aprovecharse de esta condición en la manera más conveniente. Parece que los seres civilizados tengan necesidad de bebidas estimulantes, y siendo, así cada cual sigue sus preferencias. Yo voto por un vaso de vino de palma. Tome quien guste torta de ciruelas y café, que no le faltarán trastornos del

corazón y de otras clases si acude a esta clase de refrigerios. Un vasito de vino de palma nunca ha hecho daño a nadie.

El consumo del alcohol en el tercer viaje del *Fram* era como sigue: una dracma y cinco gotas para cada comida los miércoles y domingos, y un vaso de vino de palma los sábados por la noche. En las fiestas se permitía traspasar algo esta dieta.

Estábamos todos bien provistos de tabaco y cigarros de varios establecimientos del país y extranjeros. Teníamos bastantes cigarros para permitirnos fumar uno cada noche del sábado y otro después de la comida del domingo.

Dos fabricantes de Cristianía nos enviaron sus más exquisitas confituras y jarabes, y una casa forastera nos dió el llamado «Gala Peter», pues no es raro ver entre los exploradores polares quien se restaura y anima comiendo un trocito de chocolate u otra golosina por el estilo. Una casa de Drammen nos dió todo el jarabe de frutas que podíamos consumir, y si hubiera oído las bendiciones que su excelente producto motivaba, no hubiera dejado de gustarle. En nuestro regreso del Polo contábamos con ansiedad los días que nos habían de acercar al manantial de estos jarabes.

De tres diferentes casas de Cristianía recibimos todo lo que se precisaba en materia de quesos, galletas, té, azúcar y café. El empaquetamiento de estas últimas cosas fué tan perfecto, que aunque el café estuviera tostado, se conservaba tan fresco y aromático como cuando se sacó del almacén. Otra casa nos envió el jabón suficiente para cinco años, y eso que es mucho lo que se usa de este artículo en los viajes al Polo. Una persona de Cristianía se preocupó de la conservación y aseo de nuestra piel, pelo y dientes, y no es culpa suya que no tengamos cutis delicado, cabe-

llos abundantes y dientes como perlas, pues el surtido de tocador que nos regaló era en verdad lo más completo que podía pedirse.

Otro renglón importante de nuestros preparativos era el departamento de medicina, y en este punto fueron mis consejeros el Dr. Jacobo Roll y el Dr. Holth; así es que nada faltó. Un químico de Cristianía contribuyó con una provisión completa de medicinas esmeradamente escogida y ordenada con perfección. Por desgracia, ningún médico se unió a la expedición, debiendo cargar yo con la responsabilidad entera en esta parte.

El teniente Gjertsen, que tenía una aptitud extremada para extraer dientes y amputar piernas, nos fué de gran valor en el hospital y en el «Consultorio dentario». Dió a conocer lo mucho que podía perfeccionarse si se hubiera aplicado a esto con ahinco. Con rapidez pasmosa y visible confianza atendía el nombrado teniente a cuantos casos de urgencia se presentaban: si resultaba siempre bien para el paciente, es otra cuestión que dejo sin resolver. Sacaba las muelas con una habilidad que recordaba irremediablemente los poderes mágicos: en el momento en que empuñaba la tenaza se veía la muela fuera. Los chillidos que se oían durante la operación parecían indicar que aún no había aprendido a sacarlas sin dolor.

Una casa de mechas nos suministró cuantos aparatos de seguridad contra incendios podíamos necesitar. Fueron empaquetados con tanto cuidado, que si los hubiéramos echado en el mar hubiéramos encontrado a nuestra vuelta perfectamente secas las mechas. Teníamos gran cantidad de municiones y explosivos. Como toda la parte interior del barco estaba llena de petróleo, era carga bien peligrosa la que el *Fram* llevaba a bordo. Tomamos, por consiguiente, todo género de precauciones contra el fuego; se pusieron aparatos extintores en todos los camarotes y

donde había posibilidad de emplearlos y bombas con manga, estaban siempre prontas a funcionar en la cubierta.

Las herramientas necesarias contra el hielo, tales como dos sierras de dos a seis metros de largas, barrenos de hielo, etc., no se olvidaron tampoco.

Teníamos gran copia de instrumentos científicos. Los profesores Nansen y Helland Hansen han dedicado no pocas horas a completar nuestra preparación oceanográfica, que resultó en consecuencia modelo de lo que estos preparativos deben ser. Los tenientes Prestrud y Giertsen habían adquirido la ciencia oceanográfica necesaria bajo la dirección de Helland Hansen en la estación biológica de Bergen.

Yo mismo invertí un verano en ella y tomé parte en un curso oceanográfico. El profesor Helland es un meritísimo maestro: mi temor es que yo no haya salido un discípulo todo lo digno de él que fuera de desear.

El profesor Mohn nos ha dado un instrumental meteorológico completo. Entre los instrumentos que pertenecían al *Fram* puedo mencionar un péndulo, un excelente teodolito astronómico y un sextante. El teniente Prestrud estudió el uso del péndulo bajo la dirección del profesor Schiøtz y el uso del teodolito astronómico con el profesor Geelmuyden. Teníamos por añadidura varios sextantes y horizontes artificiales de vidrio y mercurio. Teníamos anteojos binoculares de todos tamaños, desde el más grande al más pequeño.

Hasta ahora he hablado de nuestros preparativos en general: hablaré ahora del equipo especial de la sección exploradora de la costa. La barraca que habíamos de llevar fué construída en mi propiedad de Bundefjord. Así que pude vigilar la obra en sus progresos. Fué construída por los hermanos Hans y Jörgen Stubberud y era por todo

extremo de lindísima labor que hacía honor a los dos hermanos. Los materiales resultaron inmejorables. La barraca era de 26 pies de largo por 13 de ancho. Su altura, desde el pavimento hasta la cornisa del techo, de unos 12 pies. Estaba construída como una casa noruega ordinaria con su tejado angular, y tenía dos salas: una de 19  $\frac{1}{2}$  pies de largo, y servía para dormitorio, comedor y sala de descanso; la otra, de 6  $\frac{1}{2}$  pies de largo, y se destinaba a la cocina de Lindström. Desde la cocina comunicaba una puerta doble, disimulada con el desván, donde pensábamos guardar cierta cantidad de provisiones y avíos. Las paredes constaban de tablas de tres pulgadas, con espacio aireado entre ellas. Tableros al interior y al exterior mantenían un espacio de aire entre los muros y el pavimento. El aislamiento se conseguía mediante un lecho de pasta de celulosa. Tanto el pavimento como el techo comprendido entre las dos habitaciones era doble, mientras que el tejado superior era sencillo. Las puertas eran sumamente macizas y fuertes, y dispuestas con muescas oblicuas de modo que se pudieran cerrar herméticamente. Había dos ventanas: una triple en la pared posterior del comedor y una doble en la cocina. Para la cubierta empleamos cartón-teja y para el pavimento linoleo. En la sala principal había dos tubos, uno para recibir el aire fresco y otro para expeler el gastado. Diez tarimas estaban dispuestas á lo largo de las paredes, seis en una y cuatro en la otra. El mobiliario del cuarto consistía en una mesa, una silla para cada individuo y una lámpara Lux.

La mitad de la cocina estaba ocupada por el fogón, la otra por alacenas y utensilios de cocina. La barraca se alquitranaba muchas veces, y cada parte estaba cuidadosamente marcada para poder encontrarla fácilmente. Para sujetarla fuertemente al suelo y evitar que las borrascas

antárticas se la llevasen, tenía fortísimos ganchos atornillados a cada uno de los extremos de la base del techo y cuatro en la parte superior; llevamos seis poderosos enganches de un metro de largo, para fijarlos fuertemente en el suelo de la barraca; éstos se unían con los del techo de la barraca con alambres de acero que se podían apretar y aflojar muy fácilmente. Los dos tubos de ventilación, así como la chimenea, estaban amarrados con sólidos barreros.

Como se podrá ver, no se omitieron precauciones para que la barraca fuera abrigada y cómoda y cimentada fuertemente. Embarcamos, además, cantidad de maderos, listones y tablas.

Además de la barraca, llevamos quince tiendas capaces cada una para diez y seis hombres. Diez de éstas eran antiguas, pero buenas. Habían de servirnos para almacenes navales; las otras cinco eran nuevas, y las compramos de los depósitos del ejército. Nuestro designio era emplear las tiendas como alojamientos accidentales; eran fáciles de llevar y de armar, sin dejar de ser fuertes y abrigadas. En el viaje al Sur, Rønne tejó suelos nuevos, de tejido excelente y fortísimo, para las cinco tiendas nuevas.

Todas las cajas de provisiones destinadas a los cuarteles de invierno estaban marcadas y estibadas separadamente de modo que pudieran sacarse en un momento cuando llegáramos a los hielos.

Teníamos diez trineos fabricados por una casa de aparatos de deportes de Cristianía. Estaban contruidos como los antiguos de Nansen, pero un poco más anchos y de quince pies de longitud. Los cursores eran de la mejor hickoria americana, reforzados. Las demás partes de madera, recia, de fresno de Noruega. Cada trineo tenía un par de cursores de quita y pon, que se podían ajustar

a la parte inferior por medio de empalmes que, cuando no se necesitaban, se levantaban fácilmente. La llanta de los cursores, de acero, estaba chapeada de plomo, y los cursores de quita y pon embreados. Estos trineos estaban fabricados muy sólidamente y podían resistir mucho en cualquier clase de superficie. Aún no conocía yo las condiciones de la barrera como después llegué a conocerlas. Debo decir que los trineos eran pesadísimos.

Sacamos veinte pares de skis, o patines largos, de la mejor madera de hickoria; eran de ocho pies de longitud y estrechos en proporción. Los escogí de esta longitud con la idea de servirme de ellos en las numerosas resquebrajaduras de los glaciares. Cuanto más grande sea la superficie sobre que ha de distribirse el peso, más probabilidad hay para salvar los pontículos de hielo. Llevábamos cuarenta pértigas de patinar con cabos de ebonita. Los herrajes eran combinación de los de Huitfeldt con los de los patines de Höyer Ellefsen. Teníamos gran abundancia de correas sueltas. Llevábamos seis tiendas, capaz cada una para tres hombres, fabricadas en los talleres de la Armada. El trabajo no podía ser más acabado; eran las tiendas más fuertes y prácticas que jamás se han utilizado. Estaban hechas de una lona muy recia, con el suelo de una pieza. Un hombre podía transportarlas aun con la brisa más violenta. He llegado a la conclusión de que cuantos menos mástiles tiene una tienda, es más fácil de armar, lo que, después de todo, es muy natural. Estas tiendas tienen un solo palo. ¡Cuántas veces lee uno en relaciones de viajes al Polo, que tardaron tanto y cuanto tiempo, a veces horas, en armar una tienda, y ya plantada, quedar con el temor de que el viento se la lleve! Nada de esto pasaba con las nuestras. Se armaban en un abrir y cerrar de ojos y resistían contra cualquier golpe de

viento; podíamos tenerlas con seguridad sobre nuestros sacos-camas y dejar que soplara el viento.

La disposición del suelo de la tienda está fundada en el mismo principio del saco patentado que ahora se usa en las expediciones al Polo. Es muy sencillo. Se practica en la tienda una abertura por la que se hace entrar uno de los cabos del saco, cuyo borde se cose alrededor del agujero. El tubo formado por el saco sirve de entrada. Ya dentro, se recoge y se ata. No puede entrar ni una partícula de nieve en una tienda así dispuesta con una entrada de este género, aun con la más furiosa tormenta.

Las cajas para las provisiones de los trineos estaban hechas de óptima hojalata y fresno duro, y vinieron del Estado de Palsgaard en Jutlandia. Rindieron todo el servicio que se les exigía. Estas cajas eran de un pie cuadrado, y de quince y media pulgadas de altura. Tenían un solo orificio en la parte superior, cerrado con una cubierta de aluminio que se encajaba exactamente como las tapaderas de los botes de leche condensada. Las tapaderas grandes estropean las cajas, y yo por ese escogí esta forma, con lo que no teníamos que destrozar tampoco la caja, y esto era muy ventajoso, pues siempre nos podía servir. Una caja cerrada con cubierta amplia que hay que desgarrar, causa gran molestia. Hay que deshacerla toda para sacar la más pequeña cantidad de lo que uno necesita. Y hay además el inconveniente, que como cuesta tanto trabajo, muchas veces por pereza, se difiere para otra ocasión el abrirla, especialmente cuando el tiempo es muy frío. Cuanto más manejable es el avío de un trineo, más pronto puede uno entrar en la tienda y reposar, que no es pequeña ventaja en un viaje largo.

Nuestros avíos de vestir eran más abundantes y más completos, en mi sentir, que los de cualquier otra expedición precedente al Polo. Podemos dividirlos en dos cla-

ses. Vestidos para temperaturas especialmente bajas y vestidos para temperaturas más moderadas. Hay que recordar que ninguno de nosotros había invernado nunca en la barrera, así que teníamos que estar preparados para toda clase de sorpresas. Para poder combatir con cualquier frío, teníamos un magnífico vestuario de piel de reno; teníamos prendas espesas, medianas y ligeras. Mucho tiempo se tardó en tener preparados estos vestidos de pieles. Primero se compraron las pieles de reno en rama, y de ellas nos proveyeron los Sres. Zapfe de Tromsø, Karasjok y Kaatokeino. Permítaseme aprovechar la ocasión para agradecer a dicho señor los muchos y grandes servicios con que me ha favorecido, no sólo durante mis preparativos para mi tercer viaje en el *Fram*, sino en los de la expedición del Gjøa también. Su ayuda me ha valido para triunfar en cosas que de otra manera juzgaría imposible. Nunca ha retrocedido ante la magnitud de la obra, antes ha continuado impertérrito hasta lograr lo que pretendía. En aquella ocasión me proporcionó doscientas cincuenta pieles de reno excelentes, preparadas por lapones y enviadas a Cristianía. Mucho me asustaba el temor de no encontrar quien las supiera coser, pero al fin encontré quién. Nos pusimos, pues, a la obra de los vestidos, según el modelo esquimal de Netchelli, y así tuvimos: *anoraks* espesos y delgados, pantalones gruesos y finos, calzas de invierno y de verano. Hicimos también una docena de sacos-camas delgados, que yo creí podían utilizarse dentro de los gruesos si el frío apretaba demasiado. Todo se llevó a cabo, pero no hasta el último momento. Los sacos-camas exteriores fueron fabricados por el Sr. Brandt, guarnicionero de Bergen, y eran tan perfectos, tanto en el material como en la confección, que dudo pueda hacerse cosa mejor en el mundo: pueden calificarse de modelo de su clase. Para de-

fender estos sacos-camas los habíamos provisto de una cubierta del más fino cañamazo, que era mucho mayor que el saco mismo. Era fácil ligar el cabo de la cubierta a la boca del saco, y esto impedía que entrara la nieve durante las marchas diurnas. De esta manera siempre nos vimos libres del hostigo de la nieve. Concedimos gran importancia a que los sacos fueran hechos de las mejores pieles propias para el caso, y cuidamos de separar las pieles delgadas del vientre. He visto sacos-camas de la mejor piel de reno pelados en tiempo relativamente breve, por contener algunos pedazos de esta piel delgada, y por de contado, el frío penetra más fácilmente a través de esta piel tenue y da lugar a la humedad en la forma de rocío al tocar con el calor del cuerpo. Estas piezas delgadas permanecen mojadas cuando uno ha entrado en el saco, y en breve tiempo pierden el pelo. La humedad esperece cierto estrago y continuamente va atacando la parte sutil de la piel, a consecuencia de lo cual se encuentra uno, cuando menos lo piensa, con el saco-cama pelado.

Toda precaución es poca en esto de escoger las pieles. Los fabricantes de sacos-camas de piel de reno acostumbra, por ahorrar, coserlos de modo que la dirección del pelo corre hacia la abertura del saco. Sin duda que esto favorece más a la forma de la piel, pero no a los que han de usar el saco. Porque no es fácil introducirse en un saco que es sólo lo preciso de ancho para contener a uno, y si la disposición del pelo es contraria, se redobra la dificultad. Yo los he hecho todos del tamaño suficiente para un individuo, con un cierre de cordón alrededor del cuello; esto por el pronto no fué a gusto de todos, como se verá después. La parte superior de estos sacos-camas gruesos estaba hecha de una piel de reno más delgada para consentir la ligadura alrededor del

cuello. La gruesa no se apretaría ni se ajustaría tan bien como la delgada.

Nuestro vestido para temperaturas moderadas constaba de gruesos vestidos de lana y abrigo Burberry contra el viento. Este traje era muy acomodado a nuestros designios. Yo había vigilado la preparación del género, y sabía que no contenía sino lana pura. Teníamos abrigos de dos clases de paño distintas: la gabardina Burberry y la clase ordinaria verde que se usa en Noruega por el invierno. Para los viajes en trineo en que hay que economizar peso y obrar suelto, con vestidos ligeros, yo recomendaría sin vacilar los Burberry. Son extraordinariamente ligeros y fuertes y preservan del viento por completo. Para obras difíciles prefiero la clase verde. Preserva también del viento, pero es más pesada y voluminosa y menos cómoda para llevarla en una marcha larga. Nuestros vestidos Burberry contra el viento tenían la forma de *anorak* (blusa) y calzones muy espaciosos. Los otros, en calzón y chaqueta con capuchón.

Nuestros guantes eran, poco más o menos, como los que pueden verse en cualquier tienda; no necesitamos más para los cuarteles de invierno. A más de los guantes, llevábamos una cubierta exterior de material a prueba de viento, que no se podía desgarrar fácilmente; los guantes no son fuertes, aunque abrigan y están bien hechos. Teníamos también diez pares de guantes ordinarios de cabritilla, comprados en una guantería de Cristianía, prácticamente imposibles de gastarse. Yo he llevado los míos desde Framheim al Polo y viceversa, y después en mi viaje a Tasmania. Cierto que los forros estaban gastados en algunas partes, pero las costuras estaban tan nuevas como el día que los compré. Si se tiene en cuenta que hice todo el camino en patines y manejando dos pértigas, se comprenderá que los guantes habían de ser fortísimos.

También teníamos gran cantidad de guantes de lana que, cosa curiosa, a los demás les gustaban mucho, y yo no los puedo soportar; me producen escalofríos.

Pero lo más importante de todo era el abrigo de los pies, porque son éstos los miembros más expuestos a perderse y más difíciles de proteger. Las manos fácilmente se guardan; si se enfrían, con frotárselas en seguida entran en calor. Mas no pasa esto con los pies. Desde por la mañana están cubiertos, y no es poco el trabajo que cuesta volverlos a desnudar. Y como no se pueden ver en el curso del día, ha de contar uno con lo que su sensación le advierta. Pero la sensación en esto hace sufrir bromas muy pesadas. ¡Cuántas veces ha ocurrido helársele a un hombre los pies sin notarlo! Pues es claro que si lo hubiera notado, no se los dejaría helar. El hecho es que en estas ocasiones la sensación es un guía dudoso, porque los pies pierden toda sensación. Cierto que hay un momento en que se siente cómo el frío invade los dedos, y trata uno de evitarlo golpeando con los pies en el suelo, lo que en general trae buen resultado: el calor vuelve y la circulación se restablece; pero también ocurre a veces que se pierde la sensación en el momento mismo en que había que tomar las precauciones, y entonces es menester mucha costumbre para saber lo que ha ocurrido. Muchos piensan que, como ya no sienten la sensación desagradable, va bien la cosa, y cuando llega la inspección de la noche se encuentra uno con un pie helado, que tiene cierto parecido con un trozo de sebo. Accidentes como estos pueden arruinar la empresa mejor preparada; y por eso en materia de preservar los pies ha de someterse todo a cuidados que podrían, por lo prolijos, parecer ridículos.

Ahora bien; está demostrado que si se puede llevar calzado suave, exclusivamente se aminora mucho el riesgo de helarse los pies, más que si se ve uno obligado a llevar

calzado rígido; en el calzado suave los pies pueden moverse más fácilmente y conservarse calientes. Pero sucedía que teníamos necesidad de usar los skis y emplearlos constantemente, por lo que en algunos casos nos era preciso una suela recia, a causa de los herrajes. De nada sirve tener buenos herrajes si no se los emplea como es debido. Creo que en una marcha larga como las que nosotros teníamos que hacer, el ski debe ser lo más rápido posible. Nada conozco que más me canse que un mal correaje, que no sujete bien los pies a los hierros. Yo necesito que el ski venga a ser como una parte del patinador mismo para poder en todo caso dominarlo plenamente. He ensayado muchos modelos, por este temor que me causan los calzados recios en las temperaturas excesivamente frías; pero todos estos modelos, sin excepción, son inútiles para una larga caminata. Decidí, pues, en esta ocasión ensayar una combinación de calzado recio y flexible para poder usar los magníficos herrajes Huittfeldt Höyer Ellesen; pero no era cosa fácil. De todo nuestro equipo ninguna cosa me ha causado más disgusto, ni me ha dado más trabajo en el curso de la expedición, que esta del calzado recio que por precisión habíamos de llevar. Mas al fin fué resuelto el problema. Me dirigí a uno de los principales constructores de botas-skis de Cristianía, y le expuse mi dificultad. Por fortuna, encontré en él una persona que, sin duda, sentía interés por esta cuestión. Convinimos en que haría un par de muestra por el patrón de las botas-skis conocidas. La suela debería ser gruesa y recia, porque tendríamos que hacer uso de garfios, y la parte superior lo más flexible que pudiese ser. Para no tener que emplear cuero que, por lo general, se vuelve muy tieso y se resquebraja con el frío, se emplearía una combinación de cuero y cañamazo delgado, la piel vuelta hacia la suela y el cañamazo hacia la caña del pie.

Se tomó medida por mi pie, que no es ciertamente un pie de niño, calzado ya con dos pares de medias de piel de reno, y se construyeron hasta una docena de pares. Bien me acuerdo de la vista que hacían estas botas en la refinada Cristianía. Ofrecíanse en espectáculo en el escaparate de una zapatería. Para ir yo a verlas tuve que hacer un largo rodeo con el fin de evitar encontrarme con estos monstruos en público. Todos tenemos nuestra vanidad y nos desagrada que se vean nuestros defectos a una luz potente. Si hubiera acariciado alguna ilusión respecto a tener los pies menudos, estoy cierto de que se hubiera borrado hasta el último vestigio de ella, contemplando «mis botas» en el escaparate de la zapatería. Pero hay que reconocer que las botas estaban muy bien hechas. Ya veremos más tarde las alteraciones que tuvieron que sufrir antes de acomodarse en la medida necesaria, porque las gigantescas botas aún seguían resultando demasiado pequeñas.

Entre otros ayíos, debo mencionar nuestros excelentes hornillos Primus. Vinieron de una casa de Stokolmo. Para cocinar durante los viajes en trineo, el hornillo Primus está muy por encima de cualquier otro: proporciona una gran cantidad de calor, gasta poco petróleo y no requiere cuidados, ventajas que si siempre importan, mucho más en trineo. No hay que temer percances con este aparato, que posee toda la perfección posible. Tomamos también cinco hornillos Nansen. Estos hornillos utilizan el calor mejor que los demás, pero tienen una dificultad, y es el mucho espacio que ocupan. Lo empleábamos en nuestros viajes a los depósitos; pero, desgraciadamente, tuvimos que renunciar a él cuando se trató de nuestro viaje principal hacia el Sur. Eramos tantos en una misma tienda, y el espacio tan limitado, que no me atreví a usarlo. Si se dispusiera de suficiente espacio, sería para mí el hornillo ideal.

Teníamos diez pares de zapatos para la nieve y un centenar de arreos para perros, del modelo Alaska Eskimal. Este modelo es para tiros en trailla: toda la jauría marcha en fila en la dirección del trineo, y es esta, sin duda, la manera mejor de utilizar su fuerza. Yo me había propuesto adoptar el mismo sistema para atravesar la barrera. Otra gran ventaja que esta disposición tenía, era el que los perros podían pasar uno a uno por entre las grietas, de modo que el peligro de una caída se aminoraba considerablemente. El esfuerzo del tiro es menor también usando el sistema Alaska que el de Groenlandia, pues los arreos del Alaska tienen un collar acolchado y foyo arrollado a la cabeza del animal, que hace que el peso del tiro grave sobre sus hombros, mientras el de Groenlandia carga en el pecho. Las úlceras que frecuentemente causan los arneses Groenlandia no se producen con este otro sistema. Todos los equipos fueron confeccionados en los talleres de la Armada, y tras de un largo y duro empleo se encuentran hoy como el primer día. No creo que pueda decirse más en su favor.

De aparatos e instrumentos para el viaje en trineos llevábamos dos sextantes; tres horizontes artificiales, de los cuales dos eran de cristal con vidrios oscuros y uno de azogue, y cuatro brújulas de espíritu hechas en Cristianía. Eran excelentes, pero, por desgracia, inútiles en tiempo muy frío, o sea cuando la temperatura descendía a  $-40^{\circ}$  F. En este punto el líquido se helaba. Ya había yo llamado la atención previamente al constructor, y encargado que usara del espíritu más puro que pudiera. Qué intención pudo tener no lo sé; pero es lo cierto que el espíritu que empleó estaba sumamente diluido, como lo prueba el que se helaba en las brújulas mucho antes que el que nosotros llevábamos en los frascos. Esto nos causó algún inconveniente, como es natural. Teníamos también

una pequeña brújula de bolsillo ordinaria; dos pares de gemelos, uno de Zeiss y otro de Goertz, y anteojos para la nieve, del doctor Schanz. Teníamos muchos cristales para éstos, de modo que podíamos reemplazarlos cuando estábamos cansados de llevar el mismo color. Durante la estancia total en la barrera llevé yo un par de anteojos ordinarios de cristales amarillos de un tinte muy ligero. Están preparados de tal suerte, mediante un proceso químico, que anulan los colores nocivos de los rayos solares. Cuán excelentes son lo acredita el que nunca he tenido el más ligero amago de ceguera de nieve en mi viaje al Sur, aunque los anteojos estuvieran perfectamente despejados y permitieran a la luz entrar libremente por dondequiera. Podría decir a esto alguno, que sin duda estaré yo menos expuesto que otros a este achaque; pero yo sé, por experiencia personal, que no es esta la razón, pues yo había tenido en otras ocasiones varios y severos ataques de esta ceguera.

Teníamos dos cámaras fotográficas, un termómetro de aire, dos aneroides con escala de altura para 15.000 pies y dos hipsómetros. Es este aparato para determinar solamente el punto de ebullición, lo que da la altura sobre el nivel del mar. El método es de lo más sencillo y seguro.

El instrumental de medicina para los viajes en trineo vino de un establecimiento de Londres, y la manera como venía acondicionado era altamente satisfactoria. No se encontró ni una mota de herrumbre en agujas, tijeras, cuchillos, etc., a pesar de haber estado estos objetos mucho tiempo a la humedad. Nuestros productos médicos fueron comprados en Cristianía, y, quebrantando las costumbres del establecimiento, fueron tan mal empaquetados, que en poco tiempo quedaron averiados de suerte que no sirvieron para nada.

Debo mencionar brevemente las provisiones para viajes en trineo. Ya he hablado del pemmican. Nunca me ha parecido necesario llevar una tienda entera de comestibles para estos viajes. El alimento ha de ser sencillo y nutritivo, y esto es bastante; que minutas ricas y variadas sólo son para gente que no tiene nada que hacer. Además del pemmican, teníamos galletas, leche en polvo y chocolate. Las galletas fueron regalo de un establecimiento de Noruega, y hacían honor al fabricante. Fueron cocidas exclusivamente para nosotros y hechas de harina de avena, con leche seca y un poco de azúcar, cosa en gran manera nutritiva y agradable al gusto. Gracias a su buen empaquetamiento, se conservaron frescas y crujientes todo el tiempo. Estas galletas formaban gran parte de nuestro régimen diario, y sin duda contribuyeron no poco al feliz resultado de la expedición. La leche en polvo es una golosina relativamente nueva entre nosotros, y merece ser conocida. Procedía del distrito de Jaederen. Ni calor, ni frío, ni sequedad, ni humedad puede estropearla; teníamos grandes cantidades en saquitos delgados de lienzo, cualquiera que fuese el estado del tiempo, y siempre estaba en óptimas condiciones, como el primer día. También tomamos leche seca de un establecimiento de Wisconsin; esta leche tiene adición de malta y azúcar, y era, en mi opinión, excelente; se conservó bien durante todo el tiempo. El chocolate procedía de una casa famosa en todo el mundo, y era superior a toda alabanza. Toda la provisión que de él llevábamos constituía valiosísimo donativo.

Hacemos mérito de todos estos proveedores de nuestros artículos para los viajes en trineo al Polo, en agradecimiento de la ayuda que esto representó para nosotros.

## CAPITULO III

### EN CAMINO HACIA EL SUR

El mes de Mayo de 1910 proseguía su curso bello, como un mes primaveral puede serlo en Noruega: como un ensueño delicioso de verdor y de flores. Pero, por desgracia, disponíamos de poco tiempo para admirar los esplendores que nos rodeaban. Nuestra palabra de orden era «fuera», fuera de los lugares encantadores, y a toda prisa.

Desde principios de mes el *Fram* permanecía amarrado a su boya, lejos de los antiguos muros de Akershus. Animoso y ágil, venía de los astilleros de Horten. Podríais ver el reflejo de su reciente pintura desde bien lejos. Sin querer pensaba uno en las diversiones domingueras, en las excursiones en yate al verlo; pero esta idea se desvanecía al punto.

El día inmediato a su llegada, la cubierta del barco adquirió el aspecto más cotidiano que podía desearse. Empezaba la carga.

Una larga fila de cajas de provisiones se sucedía sin cesar desde la plaza del Museo Histórico hasta la espaciosa bodega del *Fram*, en donde el teniente Nilsen y los tres Norlandlers estaban preparados a recibirlos. Y no era este acarreo cosa sencilla; al contrario, asunto era de los más serios. No bastaba con saber que todas las cajas estaban como era debido a bordo; el problema consistía en saber exactamente el lugar particular de cada caja, y

al mismo tiempo estibarlas todas de modo tal que pudieran sacarse fácilmente cuando llegara la ocasión. Labor bastante complicada, cuya dificultad se acrecentaba con tener que atender a las numerosas bocapuestas que conducían a la parte inferior de la bodega, donde estaban los enormes depósitos de petróleo. Todos estos depósitos habían de ser accesibles, pues de otra suerte la extracción del petróleo y su conducción al cuarto de máquinas no sería lo suficientemente expedita.

A pesar de ello, Nilsen y sus ayudantes realizaron su tarea a las mil maravillas. Entre tantos cientos de cajas no quedó una por colocar en su sitio, ni hubo ninguna que no fuera estibada de modo que no se pudiera sacar inmediatamente a la luz del día.

Según iba adelantando el aprovisionamiento, no se dejaban de embarcar los demás aprestos. Cada individuo de la expedición estaba afanosamente ocupado en llevar lo necesario para su propia habitación de la mejor manera posible. No se trataba ya de bagatelas: antes podía uno devanarse los sesos sobre lo que podía precisar; pero ya había que cortar radicalmente cualquier nueva exigencia: o embarcándose o renunciando a la expedición. La salida era inminente, pues se acercaba el mes de Junio.

El día antes de salir de Cristianía tuvimos el honor y placer de recibir una visita del Rey y de la Reina de Noruega, a bordo del *Fram*. Habiendo sido informado previamente de la llegada de Sus Majestades, tratamos de poner, si era posible, algún orden en aquel caos que reinaba en el barco. No creo que lográsemos gran cosa. De lo que estoy seguro es de que toda la tripulación del *Fram* recordará siempre con gratitud respetuosa las palabras cordiales con que nos despidió el Rey Haakon.

Entonces recibió también de Sus Majestades la expedición el donativo de un bello jarrón de plata, que consti-

tuyó en lo sucesivo el más precioso ornamento de nuestras fiestas.

El 8 de Junio, en las primeras horas de la mañana, salió el *Fram* de Cristianía, con dirección primeramente a mi casa en Bundefjord. El objeto de esta escala era llevar a bordo la casa destinada a habitación de invierno que estaba ya pronta en mi jardín. Nuestro excelente carpintero Jørgen Stubberud había vigilado la construcción de este fuerte edificio. Se desarmó rápidamente, y cada una de las tablas y vigas fué numerada con todo cuidado. Teníamos que embarcar una enorme cantidad de materiales donde antes no había mucho espacio que desperdiciar. Lo voluminoso fué estibado en la proa y el resto en la bodega.

Los más experimentados entre los individuos de la expedición estaban indudablemente sumergidos en hondas conjeturas, sobre lo que podía significar la «Casa de observación», con que los periódicos la habían bautizado, y debo admitir que no faltaban razones para estas meditaciones. Por casa de observación se entiende ordinariamente una construcción relativamente sencilla, suficiente para proporcionar el abrigo necesario contra el viento y el agua. Nuestra casa, en cambio, era un modelo de solidez, con tres paredes dobles y doble techo y pavimento. Poseía tarimas, cocina y mesa, esta última con hermoso tapiz americano floreado. «Bien comprendo que quieren hacer observaciones perfectamente abrigados—decía Helmer Hanssen;—pero no así, para qué necesitan ropa para la mesa.»

La tarde del 6 de Junio se anunció que todo estaba a punto, y por la noche nos reunimos para una simple cena de despedida en el jardín. Aproveché entonces la ocasión para desear buena suerte a todos, y, por último, cantamos a coro el

«¡Dios ampare al Rey y a la Patria!»

Después nos levantamos. El último que entró en el bote fué el segundo de a bordo; venía armado de una herradura. En su opinión, es asombrosa la felicidad que puede traer una herradura. Quizá tenga razón. Como quiera que sea, la herradura fué firmemente clavada al mástil en el salón del *Fram*, y allí está todavía.

Ya a bordo, nos pusimos en orden para levar inmediatamente anclas. El motor Bolinder mugía, y el pesado cable rechinaba al pasar por los escobenes. A media noche dejaba el ancla el fondo del mar, y el 7 de Junio precisamente (1) salía el *Fram* del fjord de Cristianía por tercera vez. Por segunda llevaba este barco a bordo una banda de hombres animosos y honrados, con largos años de servicio. ¿Nos sería concedido mantener esta honrosa tradición? Tales eran, a no dudar, los pensamientos que nos ocupaban por la mayor parte, según que el barco se se deslizaba por el tranquilo fjord, a la luz de una noche estival. La expedición partió bajo los auspicios del 7 de Junio, y éste fué considerado como excelente agüero; pero entre nuestras brillantes y confiadas esperanzas se asomaba una sombra de melancolía. Las laderas de las colinas, las selvas, el fjord, ¡tenía todo esto tal hechizo de belleza y afecto para nosotros! Todo nos invitaba con sus atractivos, pero el motor Diesel no entendía de misericordias. Su *taff-taff* interrumpía brutalmente aquella paz. Una pequeña banda en que se hallaban algunos de mis más próximos parientes se fué haciendo invisible gradualmente en la dirección de la popa. Hubo como una claridad de pañuelos en el crepúsculo, y luego ¡adiós!

---

(1) Aniversario de la disolución de la unión entre Suecia y Noruega.

A la mañana siguiente amarramos en la parte interior del puerto de Horten. Una gabarra, al parecer inocente, venía al costado de nuestro barco; pero su carga no era tan inocente como su apariencia. Consistía en no menos de media tonelada de algodón-pólvora y de municiones para rifles, artículo poco agradable, pero no por eso menos necesario de nuestros preparativos. Después de tomar a bordo estas municiones nos dimos cuenta de la oportunidad de completar nuestra provisión de agua. Hecho esto, no perdimos tiempo y seguimos adelante. Al pasar por ante los barcos de guerra, que se hallaban en el puerto, vimos que embarcaban sus tripulaciones y que ejecutaban sus bandas el Himno Nacional. Fuera de Vealös tuvimos el placer de enviar nuestro saludo de despedida a una persona con quien la expedición tendría siempre deuda de gratitud, el capitán Cristian Blom, superintendente de los arsenales que había estado vigilando con incansable celo y solicitud las importantes reparaciones que hubo que hacer en el *Fram*. Se deslizó tras de nuestro navío en un bote; no recuerdo si llegaron a él nuestros aplausos. En todo caso, la intención no nos faltó.

Estábamos ya en nuestro camino hacia el Sur, como se anuncia en el epígrafe de este capítulo; pero aun no comenzaba, pues teníamos que emprender antes una tarea adicional: la travesía oceanográfica del Atlántico. Esto obligaba a una considerable desviación de nuestro viaje. Los resultados científicos de esta travesía serán de cuenta de los especialistas en cursos que al efecto preparan. Aquí se hace breve mención de ellos por no introducir alteración en el orden de este relato. Después de consultar con el profesor Nansen, el plan era empezar las investigaciones en la región al Sur de Irlanda, y de allí proseguir nuestro camino hacia el Oeste. La obra se completaría en el viaje de regreso en dirección de Escocia. Por distintas

razones hubo de reducirse considerablemente este programa.

En los primeros días después de nuestra partida de Noruega fuimos favorecidos con un tiempo espléndido de verano. El mar del Norte estaba tan tranquilo como un estanque. El *Fram* tenía casi igual movimiento que cuando estábamos en el Bundefjord. Todo esto era muy ventajoso para nosotros, porque apenas se podría afirmar que estábamos absolutamente listos para el mar cuando pasamos por Faerder y entramos en el caprichoso Skagerak. Con la mucha premura que nos daba el tiempo no había sido posible atar y estibar la última parte de nuestro cargamento con la seguridad exigida. Una brisa algo fuerte a la boca del fjord, más bien nos hubiera estorbado. Con todo, quedaron las cosas admirablemente dispuestas, pero hubo necesidad de trabajar en ello noche y día. Se ha dicho que en las primeras ocasiones el mareo había causado terribles sufrimientos a bordo del *Fram*, pero en ésta libramos fácilmente. Casi todos los miembros de la expedición estaban acostumbrados al mar, y los pocos que quizá no lo estaban, tuvieron una semana entera de tiempo hermoso para irse acostumbrando. De modo que, según mis creencias, no ocurrió ni un solo caso de este desagradable y, con razón, temido accidente.

Después de pasar el Dogger Bank, tuvimos una brisa favorabilísima del Nordeste; con ayuda de las velas podíamos acrecentar ahora la no muy exagerada velocidad que podían rendir las máquinas. Antes de navegar corrían acerca de las condiciones veleras del *Fram* las más contradictorias aseveraciones. Algunos afirmaban que el *Fram* no podía caminar en modo alguno, mientras los contrarios aseguraban que el barco era incomparable velero. Como puede suponerse, la verdad equidistaba de estos dos extremos. El barco no era corredor, pero tampoco

era un leño inerte. Corríamos impulsados por el viento del Nordeste hacia el Canal de Inglaterra a una velocidad de siete nudos próximamente, y con esto estábamos satisfechos por entonces. Lo importante para nosotros era si duraría el tiempo favorable hasta que llegáramos al estrecho de Dover, y si pudiera ser pasar el Canal con buen viaje. Nuestras máquinas tenían potencia muy limitada para poder usarlas contra el viento, y esto nos podía obligar a recurrir a nuestras velas dando bordadas; lo que en el Canal, que es el sitio más borrascoso del Océano, sería harto desagradable, y aún más para nosotros, comprometidos en investigaciones oceanográficas en aquellos días. Pero el viento del Este nos impulsó con plausible celeridad. En término de cinco días entramos en el Canal, y al cabo de una semana de nuestra salida de Noruega pudimos establecer la primera estación oceanográfica en el punto prefijado en nuestro plan. Desde entonces todo se nos había arreglado con toda la comodidad que podíamos apetecer; pero ahora, cambiando de pronto, empezaron a surgir dificultades, primero, en la forma de viento desfavorable. Cuando el Noroeste empieza a soplar en el Atlántico, tarda generalmente bien de tiempo en sosegar, y esta vez no faltó á su reputación. Lejos de impulsarnos al Oeste, nos amenazó por algún tiempo con lanzarnos a la costa irlandesa. Sin que esto fuera una gran calamidad, nos obligaba, sin embargo, a reducir nuestro camino original considerablemente. Causa que contribuyó a esta determinación fué también el que el motor no obedecía ya. Si esto se debía al petróleo o a las condiciones de la máquina misma, es cosa que ni nuestro maquinista supo poner en claro. Era, pues, necesario, volver al país en el buen tiempo, si se requerían reparaciones de consideración. A pesar de estas dificultades, teníamos ya una colección importantísima de mues-

tras de aguas y temperaturas a profundidades diferentes antes de disponernos a volver a Noruega a principios de Julio en dirección a Bergen.

Durante el pasaje desde Penthland Förrth tuvimos una fuerte racha del Norte que nos dió ocasión de conocer cómo se conducía el *Fram* en el mal tiempo. La prueba no fué leve; el viento soplabá de través y caminábamos en rigor a todo trapo, teniendo la satisfacción de ver cómo nuestro navío recorrí a razón de nueve nudos. Con el fuerte cabeceo la encapilladura del mástil en la cámara de proa se aflojó un poco, lo que causó la entrada del agua y una pequeña inundación en el camarote del capitán Nilsen y en el mío. Los otros, cuyos alojamientos estaban a babor, miraban del lado del viento y permanecieron secos. No hubo otro resultado desagradable que la pérdida de unas cuantas cajas de cigarros que se mojaron. Mas no fué pérdida completa, que Rönne dió cuenta de ellos y por espacio de seis meses se estuvo regalando con esta pasta de tabaco salada y viscosa. Caminando a ocho o nueve nudos por hora, no tuvimos que tardar mucho de Escocia a Noruega. La tarde del sábado, 9 de Julio, el viento amainó y al mismo tiempo el vigía anunció tierra a la viata. Era Siggen Bömmelö. Durante la noche caminamos al largo de la costa, y el domingo por la mañana, 10 de Julio, entramos en Sælbjörnsfjord. Notéíamos mapa detallado de este refugio, pero después de haber hecho gran ruido con nuestra potente sirena, despertamos al fin a los empleados de la estación de pilotos, y vino uno de éstos a bordo. Hizo grandes señales de sorpresa cuando leyó el nombre del barco y halló que era el *Fram*.—«¡Yo que creí que fuera un barco ruso!»—exclamó, sin duda como para disculparse de no haberse presentado antes á bordo.

Deliciosa fué la excursión por entre los fjords a Ber-

gen; tan templado y plácido era ahora el tiempo como crudo y desapacible fué antes. Teníamos calma completa y andando cuatro nudos por hora, que era cuanto el motor podía rendir, era ya noche avanzada cuando soltamos anclas en el astillero naval de Solheimsvik. Nuestra estancia en Bergen coincidió con el tiempo de la Exposición, y el comité obsequió a la expedición, concediendo a todos sus miembros pases libres.

Necesidades de distinta clase me obligaron a ir a Cristianía, dejando el *Fram* a cargo del teniente Nilsen. No era poco lo que había que hacer a bordo. La Compañía Diesel envió a su hábil aparejador Aspelund, que inmediatamente se puso a desmontar por completo el motor. La reparación que había de hacerse fué llavada a cabo gratis por los talleres de máquinas de Laxevaag. Arreglado todo, decidimos cambiar todo el aceite que teníamos a bordo por petróleo refinado. Merced a la cortesía de la Compañía Occidental Noruega de Petróleo, conseguimos proporcionarnos este petróleo en condiciones muy ventajosas, en los depósitos que esta Compañía tenía en Skaalevik. Fué esto muy pesado, pero de grande utilidad después.

Se llevaron las muestras de agua de nuestro viaje a la estación biológica, adonde acudió Kutschin para hacer trabajos de filtro y determinar su proporción de clorina.

Nuestro asociado alemán, el oceanógrafo Schroer, se despidió de nosotros en Bergen. El 23 de Julio salió de este punto el *Fram*, y llegó al día siguiente a Cristian-sand, donde yo me encontraba. Allí pasamos otros días bien ocupados. En uno de los depósitos de la Aduana habíamos amontonado una cantidad de objetos que debíamos embarcar. No menos de cuatrocientos bultos de pescado seco, todos nuestros skis y aparejo de trineo, un vagón de carga con madera, etc. En Fredriksholm, fuera de

Flekkerö, habíamos encontrado sitio para lo que más importaba: los pasajeros y noventa y siete perros esquimales que habían llegado de Groenlandia a mediados de Julio en el vapor *Hans Egede*. El barco había tenido una navegación un tanto larga y dificultosa, y los perros no llegaban en buenas condiciones, pero a pocos días de estar en la isla, y bajo la vigilancia de Hassel y Lindström, recobraron su vigor primitivo. La abundancia de carne fresca obró maravillas. La isla, ordinariamente tranquila con sus restos de la antigua fortaleza, resonaba todo el día y aun a veces por la noche, con triunfales orquestas de ladridos. Estos conciertos atraían a muchos visitantes curiosos, que tenían empeño en examinar más de cerca a los individuos del coro, y por esta razón se permitió algunas veces al público que entrara a ver a los animales. Pronto se pudo apreciar que, lejos de ser la mayoría de estos perros feroces o huraños, tenían, por el contrario, en gran estimación estas visitas. Alguna vez salían a ganarse alguna añadidura a su ración, en forma de sandwich o cosa por el estilo. Pero esto no era sino pequeña diversión en su vida de cautiverio a que tan escasamente se prestan los perros del Norte, y teníamos cuidado de sujetarlos con fuertes cadenas, lo que era necesario, sobre todo, para impedir que riñeran unos con otros. Acaeció, no pocas veces, que uno o más de ellos se soltaran, pero los dos guardianes estaban siempre prontos a capturar a los fugitivos. Un osado pícaro se fué nadando por el estrecho a la tierra próxima, con el objeto, a lo que parece, de cazar ciertas ovejas que pacían en la costa, pero su empresa quedó fallida a tiempo.

Después de la llegada del *Fram*, Wisting se encargó del gobierno de los perros, en lugar de Hassel. El y Lindström se quedaron, pues, en la isla con ellos, y no tardó mucho Wisting en hacer excelentes migas con sus subor-

dinados de cuatro pies, porque tenía maneras especiales de hacerse entender de ellos. Manifestó también poseer considerable competencia de veterinario, mérito de la más alta importancia, pues a cada momento hay que esperar que se dañe algún perro. Como he mencionado anteriormente antes de ahora, ningún miembro de la expedición, excepto el teniente Nilsen, sabía palabra de la extensión del plan preparado por mí. De suerte que, entre las cosas que se embarcaron y los preparativos que se hicieron, debió haber cantidad de ellos que excitaran sorpresa ahora, para los que creían que se trataba de un viaje alrededor del Cabo de Hornos para ir a San Francisco. ¿Qué objeto tendría embarcar aquellos perros y transportarlos en tan largo viaje? Y si se llevaba a cabo, ¿cuántos de ellos sobrevivirían al viaje alrededor del formidable promontorio? Y luego, ¿no había perros bastantes y bien buenos en Alaska? ¿Y toda la parte posterior de la cubierta colmada de carbón? ¿Para que se iban a emplear tantas tablas y listones? ¿No sería mejor embarcar estas cosas en San Francisco? Estas y otras preguntas semejantes empezaban a pasar de unos a otros. A la verdad, sus mismas caras parecían interrogar. Y no es que ninguno me preguntara nada; muy lejos de eso, fué el segundo de a bordo quien tuvo que recibir esta metralla de preguntas y contestar como pudo; tarea ingrata y pesada para quien ya tenía bastantes cosas en qué pensar.

Para aliviar esta situación difícil, resolví, poco antes de salir de Christiansand, informar a los tenientes Prestrad y Gjertsen del verdadero estado de las cosas. Después de haber firmado comprometerse al secreto recibieron información total de la empresa de llegar al Polo Sur, y explicación de por qué se había de mantener secreta. A la pregunta de si querrían tomar parte en el nuevo plan, contestaron afirmativamente, y así se acordó.

Había ya tres hombres a bordo que conocían la situación y que podían así eludir preguntas inconvenientes y evitar posibles inquietudes por parte de los no iniciados.

Dos de los miembros de la expedición se unieron a nosotros durante la estancia en Christiansand: Hassel y Lindström. El ingeniero maquinista Eliassen dió por terminada su tarea. No era fácil encontrar hombre que poseyera cualidades suficientes para reemplazarle debidamente. De pocos, o quizá de ninguno en Noruega, se podía esperar que conocieran tan bien motores del tamaño de los nuestros. Lo único que podía hacerse era dirigirnos al sitio en que las máquinas habían sido construídas, en Suecia. La casa Diesel, de Estocolmo, nos ayudó a resolver la dificultad; nos envió un empleado suyo, que resultó ser el que necesitábamos: llamábase Canuto Sundbek. Podríase escribir un capítulo entero acerca de la excelente labor que a nuestro lado realizó, y de la manera serena y modesta en que la hizo. Desde el principio mismo había asistido a la construcción del motor del *Fram*, así que conocía la máquina hasta en sus más menudos pormenores. La trataba como a un sér querido. Así que no volvió a sucederle ningún daño. Puede con verdad decirse que honraba la casa y la nación a que pertenecía.

Ahora, teniendo mucho que hacer, prontos y a zarpar, habíamos decidido hacerlo a mediados de Agosto, cuanto más pronto, mejor.

El *Fram* había estado en seco mientras se le pintaba el casco. A causa de la excesiva carga, la falsa quilla había sido muy perjudicada con la presión extremada sobre los motores; el trabajo de un buzo bastó a remediar estos daños prontamente.

Los bultos de pescado seco fueron bien prensados en la cala, llena como estaba. Los trineos y skis, con todo su aparejo, se pusieron aparte para protegerlos cuanto posi-

ble fuera de la humedad. Estas cosas por precisión habían de conservarse secas, pues de otra suerte, quedarían estropeadas e [inservibles. Bjaaland se encargó de estos avíos, que conocía a maravilla.

Dispuestas convenientemente todas las cosas que se habían embarcado, tocó la vez a los pasajeros. El *Fram* echó anclas en Fredriksholm, y se hicieron los preparativos necesarios para recibir a nuestros amigos de cuatro patas. Bajo la dirección experta de Bjaaland y Stubberud, y trabajando en la medida de sus fuerzas, con el hacha y la tierra, casi toda la tripulación tuvo en el *Fram* en pocas horas una nueva cubierta. Consistía en piezas sueltas de cobertizos, que se podían levantar y separar fácilmente para la limpieza y baldeo. Esta cubierta postiza se apoyaba en tablas de tres pulgadas, cosidas a la del barco; entre ésta y la postiza había un espacio considerable con doble objeto, a saber: dejar que el agua que necesariamente había de entrar en el barco saliera rápidamente, y permitir que circulase el aire y conservar el espacio en que los animales habían de estar encerrados lo más fresco posible. Las reformas éstas dieron en lo sucesivo los mejores resultados.

Las defensas de la proa en la cubierta del *Fram* era una baranda de hierro cubierta con red de alambre. Para proporcionar sombra y abrigo contra el viento se puso ahora un forro de tablas a todo alrededor de la baranda, y se colocaron cadenas a cada paso para atar a los perros. No había que pensar en dejarlos sueltos ni un instante. De hacer esto, sería cuando los perros conocieran a sus dueños mejor y estuvieran más familiarizados con cuanto les rodeaba.

Al caer de la tarde del 9 de Agosto nos dirigimos a recibir a nuestros nuevos camaradas, que fueron transportados desde la isla en un gabarrón capaz de veinte, de

una vez. Wisting y Lindström dirigían la obra del transporte y, sobre todo, mantenían el orden. Habían logrado conquistarse la confianza de los perros y al mismo tiempo el respeto más absoluto, que eran cabalmente las dos cosas que de ellos se requerían. Al llegar al portalón del *Fram*, los perros se lanzaban dentro resueltamente, y antes de que pudieran recobrase de su sorpresa y temor, ya estaban atados firmemente en la cubierta, y persuadidos, con toda afabilidad, eso sí, que la mejor cosa que podían hacer en lo sucesivo era aceptar su situación con calma. Esta labor se llevó a cabo con tal rapidez, que en cosa de dos horas ya estaban embarcados noventa y siete perros y en el lugar asignado; pero hay que añadir que la cubierta del *Fram* se aprovechó hasta no poder más. Habíamos pensado que podríamos tener libre el puente, pero esto no podía ser si teníamos que llevarlos a todos con nosotros. La carga de la última gabarra, que eran unos catorce perros, tenía que acomodarse en él. No quedó más que el espacio suficiente para el timonel. El oficial de observación se echaba sus cuentas sobre si podría estar con el debido desahogo; con razón temía que habría de pasar el tiempo permaneciendo hecho una estatua durante toda la guardia. Pero ya no lo había para entretenerse en estas cavilaciones. No bien quedó desembarcado el último perro, pasaron a tierra todos los visitantes, y el motor empezó a hacer funcionar el cabrestante del castillo de proa. «Leva anclas», y con la mayor velocidad, comenzamos nuestro viaje de 16.000 millas hacia el Sur. Tranquilamente, y sin que nadie nos observase, salimos del fjord al oscurecer. Unos cuantos amigos nos acompañaron hasta la salida.

Después que el piloto nos puso fuera de Flekkerø no transecurrió mucho tiempo que la oscuridad de la noche de Agosto borró los perfiles del país a nuestra vista; pero

Oxö y Ryvingen nos despedían con sus saludos durante toda la noche.

Habíamos tenido suerte con el viento y el tiempo al principio de nuestro viaje por el Atlántico al comienzo del verano; aún nos favoreció más ahora la bonanza, si es posible. Había perfecta calma cuando partimos, y el mar del Norte perseveró tranquilo durante varios días. Lo que teníamos que hacer entonces había llegado a sernos familiar. La tarea de domesticar nuestros perros a que nos dedicamos fué enormemente favorecida con el hecho de que en la primera semana de navegación sólo experimentamos buen tiempo.

Antes de partir no nos faltaron profecías de todas clases sobre las calamidades que habíamos de pasar con los perros. Habíamos oído muchas de estas predicciones: unas llegaron en forma de murmullos; otras no llegaron a alcanzar nuestros oídos. Los infortunados animales, se decía, tenían que pasarlo muy mal. El calor de los trópicos daría cuenta de la mayor parte de ellos; si algunos quedaban, no tendrían más que una tregua miserable, hasta que no hubiera más remedio que echarlos por la borda y ahogarlos en el mar, que barrería la cubierta cuando entráramos en la zona de los vientos del Oeste. El mantenerlos vivos, decían otros, con unos bocados de pescado seco, era imposible, etc.

Como todos saben, todas estas predicciones quedaron muy lejos de cumplirse; ocurrió exactamente lo contrario. Sé que a muchos de los que hemos hecho el viaje se les han hecho preguntas como éstas: «El viaje al Súr, ¿no fué, acaso, una empresa excesivamente pesada y fastidiosa? ¿No se llegaron a marear ustedes con todos esos perros? ¿Cómo arreglárselas, una vez en tierra, para gobernarlos y lograr que no se murieran?»

Claro es que un viaje de cinco meses en aguas tales

como las que habíamos de navegar habría de ofrecer no poca monotonía, lo que dependería, sobre todo, de los recursos de cada uno para proporcionarse ocupación. En este respecto, los perros cabalmente nos proporcionaban cuanta necesitábamos. Sin duda era tarea que ejercitaba muchas veces nuestra paciencia; mas, como cualquiera otra tarea, nos suministraba diversión y entretenimiento, y tanto más cuanto que teníamos que lidiar con seres vivos que poseen sentido bastante para apreciar y devolver en cambio, a su modo, todo el bien que se haga por ellos.

Desde el principio me esforcé por todos los medios en reconocer la importancia preeminente que para nuestra empresa representaba conducir a su destino con todo éxito nuestros animales de tiro. La palabra de orden que por entonces podíamos tener era: «Ante todo, los perros, y siempre los perros.» Los efectos dicen más que nada lo bien que se acató esta palabra de orden. He aquí el arreglo que hicimos. Los perros, que al principio estaban todos atados en el mismo lugar, fueron divididos en grupos de a diez; a cada grupo se asignaron un guardián o dos, con plena responsabilidad en su trato para con los animales. Por mi parte, asumí el cuidado de los catorce que iban en el puente. El alimentar los animales era faena que requería la ayuda de todos en la cubierta; tenía lugar cuando se cambiaba la guardia. El mayor placer de los perros árticos en su vida entera es tener la comida delante; puede asegurarse, sin peligro de error, que el camino para llegar a su corazón es un plato de carne. Nosotros obramos de acuerdo con este principio, y los resultados nos dieron la razón. Al cabo de pocos días aquellos diferentes grupos eran los mejores amigos de sus respectivos guardianes.

Como puede pensarse, no siempre era del agrado de los perros el estar encadenados todo el día; su tempera-

mento es demasiado vivo para ello. Con gusto les hubiéramos permitido el placer de salir y consentirles ejercicios saludables, pero por el pronto no osamos arriesgarnos a soltarlos todos a la vez. Se requería un poco más de adiestramiento; era bastante fácil conquistar su afecto; pero darles la debida educación, ya era cosa más difícil. Era cosa conmovedora ver su alegría y gratitud cuando se les concedía un poco de tiempo para su esparcimiento. El encontrarse con ellos por primera vez tenía algo de entrañable. Sus sentimientos encontraban entonces expansión en un coro de gozosos aullidos que la sola vista del amo provocaba; pero aún querían más. No se veían satisfechos hasta que los visitábamos a todos, acariciándoles y hablándoles. Si por casualidad se descuidaba alguno en olvidar á un perro, éste manifestaba al punto su pesar con las señales más inequívocas.

Difícil es que exista animal que pueda expresar sus sentimientos en la medida que el perro. Alegría, tristeza, gratitud, escrúpulos de conciencia, todo se refleja claramente en su conducta y, sobre todo, en sus ojos. Se dice que los ojos son las ventanas del alma, y con perfecta razón; pues considerad los ojos del perro, estudiadlos atentamente. ¡Cuántas veces vemos algo «humano» en su expresión, las mismas mudanzas que encontramos en los ojos de los hombres, o algo al menos que nos hace pensar vivamente en la presencia de un alma! Dejaremos esta cuestión sin resolver para los que se consagran a estudios de esta especie, y sólo tocaremos otro punto que parece indicar que un perro es algo más que una simple máquina de carne y sangre, que nos habla de su individualidad pronunciada. Había cerca de un centenar de perros a bordo del *Fram*. Poco a poco, según íbamos llegando a conocerlos por el trato diario, nos revelaban algún rasgo característico, alguna peculiaridad. Apenas se

encontraban dos que fueran semejantes en su disposición o en su apariencia. Para un ojo observador había amplia ocasión de entretenerse agradablemente. Si a veces nos cansábamos algo de la compañía de nuestros semejantes, lo que debo decir que rara vez ocurría, en la de los animales, por lo general, siempre hallábamos materia de diversión. Digo por lo general, porque es claro que había alguna excepción. No era un placer absoluto, teniendo como teníamos la cubierta del barco llena de perros por espacio de varios meses. Nuestra paciencia abundaba en ocasiones de ejercitarse seriamente. Pero, a pesar de las molestias e impertinencias a que el transporte de perros necesariamente daba lugar, tengo toda razón para decir que estos meses de viaje por mar nos hubieran parecido mucho más monótonos y fastidiosos sin nuestros perros.

Durante los cuatro o cinco primeros días hacíamos rumbo a los estrechos de Dover, y la esperanza empezaba a iluminarnos durante todo este tiempo, pues por fin pasaríamos por ellos sin gran dificultad. Había reinado calma absoluta por espacio de cinco días; ¿por qué no terminaría así toda la semana? Mas no sucedió esto. Según pasábamos a la vista del faro flotante del cabo occidental de Goodwins nos dejó el buen tiempo, y volvió en su lugar el viento del Suroeste con lluvia, niebla y toda clase de molestias. Al cabo de media hora se hizo oscuro, que era imposible ver a una distancia mayor de la doble longitud del barco; pero si no podíamos ver nada; oíamos, en cambio, perfectamente. Los silbidos incesantes de muchos vapores y sirenas nos decían claramente qué abundancia de barcos se encontraba por allí. No era muy agradable la situación que digamos; nuestro excelente barco tenía muy buenas cualidades, pero no bastaban a impedir su extraordinaria lentitud y pereza en virar, lo que es condición muy peligrosa en estas aguas. Hay que recordar que

un accidente, siempre posible, ocurriera por culpa nuestra o no, había de sernos del todo fatal. Teníamos tan poco tiempo que economizar, que una tregua consiguiente arruinaría nuestra empresa. Un barco mercante ordinario puede aventurarse a algún riesgo, porque el que lo dirige, maniobrando algo hábilmente casi siempre lo libra. Los choques en el mar son, por lo general, consecuencia de la precipitación o descuido de unos u otros barcos, y la precipitación siempre se paga, al paso que el ser cauteloso tiene muchas ventajas. Las precauciones, por nuestra parte, no tenían que darnos mucho que pensar. Aun en el caso que por culpa propia otro barco que nos abordara se perdiera, no nos servía esto de consuelo, ni podíamos arriesgarnos a tal peligro; en consecuencia, cuando pudimos hacerlo pusimos proa a las Dunas y anclamos allí.

Frente a nosotros teníamos la ciudad de Deal, que entonces estaba en el apogeo de la estación veraniega. El único entretenimiento que teníamos fué observar aquella gente, al parecer despreocupada, que pasaba el tiempo en baños y paseos en los plácidos y blancos arenales. Nada les importaría en qué dirección soplabla el viento. Nuestro único deseo era que cediera o cesase. Nuestra comunicación con la costa se reducía a enviar telegramas y cartas para nuestro país.

A la mañana siguiente nuestra paciencia se iba casi agotando, pero no el viento Suroeste. Seguía soplando con tanto ímpetu como siempre, pero el día estaba más claro, y por ello nos decidimos a intentar la salida hacia el Oeste. No había que hacer otra cosa que recurrir al antiguo método de ceñirse al viento, pero aun aprovechando todas las ráfagas vimos que no conseguíamos progresar apenas. Tuvimos que anclar nuevamente a la vista de Dungeness, y consolados una vez más con el tan alabado bálsamo de la paciencia. Esta vez nos salvamos con

pasar la noche allí. El viento parecía ahora con tendencia a aflojar lo suficiente para permitirnos partir a la madrugada; mas seguía siendo viento contrario, y teníamos que sortearlo casi en todo el Canal. Se pasó una semana entera en recorrer sus trescientas millas, y esto era muy grave si se considera la distancia que teníamos aún que navegar.

Creo que la mayor parte dimos un suspiro de alivio cuando nos vimos al fin libres de las Islas Scilly. El perpetuo viento del Noroeste seguía soplando, pero ahora ya no nos importaba mucho. Lo principal era encontrarnos en mar abierto y enfrente de todo el Atlántico. Sería necesario haber navegado en el *Fram* para poder comprender plenamente qué ventura sería para nosotros sentirnos desembarazados de las costas que nos aprisionaban y de los numerosos barcos del Canal, y esto sin hablar de la constante tarea que nos daba aquella cubierta del barco hormigueante de perros. En nuestro primer viaje por el Canal en el mes de Junio habíamos cogido dos o tres palomas mensajeras que habían venido a reposar en la arboladura, fatigadísimas. Al oscurecer podíamos contemplarlas sin dificultad. Sus números y señales se anotaron, y después de haberlas cuidado y reparado sus fuerzas durante dos días las dejamos marchar. Dieron unas cuantas vueltas alrededor de los mástiles, y luego hicieron rumbo a la costa inglesa.

Creo que este episodio nos indujo a tomar unos cuantos pichones mensajeros cuando salimos de Christiansand. El teniente Nilsen, que antes los había tenido, se encargó de ellos. Hízoseles un lindo palomar, y las palomas vivieron felizmente en lo más alto de la ballenera, en medio del barco. Ahora bien; no sé por qué Nilsen pensó que la ventilación del palomar era defectuosa, y para remediar este defecto un día dejó algo entreabierta la puerta. El

aire seguramente entró en el palomar, pero los pichones salieron. Un bromista, al ver que las aves habían escapado escribió con letras gordas en la pared del palomar: «Se alquila.»

Aquel día no estuvo de muy buen humor el segundo de a bordo.

Creo recordar que esta escapatoria tuvo lugar en el Canal. Las palomas emprendieron su vuelo hacia Noruega.

La Bahía de Bizcaya tiene mala reputación entre la gente de mar, y con razón; este borrascoso rincón de los mares cela en sus abismos multitud de barcos y marinos. Nosotros esperábamos salir indemnes, considerando el tiempo del año, y vimos cumplidas nuestras esperanzas. Tuvimos mejor fortuna de la que nos hubiéramos prometido. Nuestro estorbo, el viento Suroeste, se cansó al fin de atajar nuestros progresos; no podía ya. Navegábamos lentamente, es verdad, pero avanzábamos. Recordábamos de nuestras lecciones meteorológicas, aprendidas en la juventud, los frecuentes vientos del Norte de la costa de Portugal, y con agradable sorpresa habíamos ya notado su presencia en el mismo Golfo de Gascuña. La mudanza del viento fué bien acogida después de pasar tantos apuros en el Canal con aquellas rachas tan impetuosas que por todas partes nos envolvían. El viento del Norte perseveró tan reciamente como el Suroeste antes, y lo que para nuestros fines era muy digno de tenerse en cuenta, íbamos ganando camino hacia el Sur de día en día hacia la zona templada, donde teníamos asegurado un buen viento y donde de ordinario la vida del navegante es agradable.

Así que, en lo que á la navegación se refiere, nuestra labor llegaba a su término y muy suavemente, aun contando las primeras semanas trabajosas. Siempre tuvimos

gente práctica y voluntaria para cualquier trabajo que necesitáramos, aun de aquellos que no son muy gustosos, el lavado de la cubierta, por ejemplo. Todo marino tendrá algo que decir sobre lo que esto importa a bordo de barcos que llevan animales vivos, principalmente en la cubierta. Yo he mantenido siempre la opinión de que ningún barco polar debe ser, ni más ni menos que cualquier otro, depósito de suciedad e inmundicia, aunque lleve muchos perros a bordo. Por el contrario, diría que en viajes de este género es más que en otros vitalmente necesario conservar todo limpio y despejado hasta donde se pueda. Lo importante es suprimir todo aquello que pueda causar efecto desmoralizador o deprimente. La influencia del desaseo en este particular es tan bien conocida, que no es menester preconizarla más.

Todos compartían esta opinión mía a bordo del *Fram*, y no se dejó cosa por hacer en conformidad con ella, a pesar de que no faltaran serias dificultades. Dos veces al día se lavaba la cubierta en todos sentidos, y además, en días designados, con lejía y estropajo. Una vez por semana, al menos, se desarmaba la cubierta postiza y se lavaba cada parte de ella por separado hasta que quedaba tan limpia como salió de Christiansand. Era ésta obra que requería mucha paciencia y perseverancia por parte de los encargados de realizarla, pero nunca la encontré defectuosa. «Con que podamos ver, quedará limpio», decían ellos.

Por la noche, que no era siempre fácil ver lo que se estaba haciendo, podía suceder oír voces más o menos acaloradas de los que andaban con los cables en las obras del barco. No necesito ser más explícito acerca de ellos, si se recuerda que había por allí en todas partes perros que habían comido y bebido bien durante el día. Pero a poco las imprecaciones daban paso a las bromas. No hay

cosa en el mundo que la costumbre no nos ayude a soportar.

Es práctica universal a bordo dividir el día y la noche en guardias de cuatro horas; las dos guardias en que se distribuye la tripulación se relevan a cada cuatro horas. Pero en los barcos que se dirigen a los mares árticos se acostumbra a tener guardias de seis horas. Nosotros adoptamos este plan, que, al ser votado, tuvo una mayoría compacta en su favor. Con este arreglo de las guardias no teníamos que velar más que dos veces en veinticuatro horas y la guardia entrante había tenido un descanso más conveniente cuando le tocaba el turno. Si uno ha de comer, fumar y tal vez charlar un poco durante la guardia de relevo, no le queda mucho tiempo para dormir; y si se precisa llamar a todos a cubierta, entonces nada.

Para alternar en la tarea de las máquinas tuvimos desde el principio dos maquinistas, Sundbeck y Nödtved que hacían la guardia de cuatro en cuatro horas. Cuando el motor funcionaba por largo tiempo, continuamente era una obligación más bien pesada vigilarlo, y era indispensable de todo punto tener un tercero en reserva; yo, pues, decidí emplear a otro hombre experimentado para esta suplencia de los maquinistas, y designé a Kristensen, del que se puede decir en alabanza que desempeñó a maravilla su nuevo oficio. Como siempre había estado adicto a los trabajos de la cubierta, se hubiera temido que le causara pesar este cambio; pero no, que se consagró con alma y vida a este oficio de maquinista en seguida. Esto no estorbaba para que se le viera en la cubierta durante el paso por la zona de los vientos del Oeste cuando se necesitaba de alguno a quien no intimidara una borrasca.

El motor, que durante el crucero por el Atlántico había sido causa perenne de incomodidad y apuro, recobró

nuestra entera confianza bajo la experta dirección de Sundbeck: zumbaba que daba gusto el oírlo. A juzgar por el zumbido del cuarto de máquinas, se hubiera juzgado que el *Fram* nevegaba a la velocidad de un torpedero. Si así no ocurría, no hay que culpar a la máquina; era más bien de los ajustes, que deberían ser más holgados, aun cuando no todos los técnicos eran del mismo parecer; en todo caso existía algún defecto radical en el elemento propulsor. Si se hacía alguna vía de agua, los tubos de cobre se aflojaban, inconveniente a que están expuestos los barcos que tienen propulsores levadizos por causa de los hielos, y nosotros no podíamos evadir esta regla. El único remedio consistía en levantar todo el sistema propulsor y renovar los cobres, trabajo sumamente difícil cuando hay que hacerlo en plena navegación y un barco tan ligera como el *Fram*.

De día en día notábamos con satisfacción que los perros se hallaban a bordo como en su propia casa.

Quizás había entre nosotros alguno que sintiera dudas al principio sobre si la cuestión de los perros se resolvería con éxito, pero estas dudas, si las hubo, se desvanecieron pronto. Aun al principio del viaje existía toda razón para esperar que desembarcaríamos nuestros animales sanos y salvos. Teníamos que mirar en primer término que no les faltase escogido y adecuado alimento en lo que las circunstancias lo permitieran. Como ya se ha dicho, nos habíamos provisto de pescade seco para el consumo. Los perros esquimales no padecen mucho con el hambre; pero una dieta exclusiva de pescado seco resultaría monótona para una carrera larga, aun para su apetito, y se hacía necesario agregarles cierta cantidad de materias grasas para que no sufrieran disturbio. Teníamos a bordo varios toneles grandes de sebo y grasa, pero no tanta provisión que no hubiera que economizar. Para

emplearla en último caso y convencer al mismo tiempo a nuestros huéspedes de que comieran del pescado, inventamos una mezcla que se denominó con el nombre marino *dænge*. Consistía en una mixtura de pescado picado, sebo y harina de maíz, cocido todo en una especie de olla. Este plato se les servía tres veces por semana, y a los perros les gustaba con locura. Pronto empezaron a llevar la cuenta de los días señalados para esta comida, y tan pronto como oían el ruido de los platos en que se les servía las porciones, producíase en ellos tal rumor, que era imposible entendernos unos a otros. Tanto la preparación como el servicio de esta ración extraordinaria, era trabajo fastidioso, pero valía la pena de hacerlo. Es certísimo que nuestro cargamento de perros hubiera ido mermando al llagar a la Bahía de las Ballenas si hubiéramos retrocedido ante estas dificultades.

El pescado seco no era comida tan celebrada como el *dænge*, pero teníamos abundancia de ella. Ni quiere decir esto que los perros aún la juzgasen bastante; antes siempre robaban cuanto podían a sus compañeros, más quizá por juego que por necesidad. Como quiera que fuese, se entregaban con frecuencia a este juego, y hubo que emplear medidas de toda clase para hacerles comprender que no se les permitía. Temo que siguieran con él, aun sabiendo que no estaba bien hecho; que era costumbre en ellos muy vieja para poderlos corregir fácilmente.

Otra costumbre, y bien mala, en que estos perros esquimales han incurrido en el curso de los siglos, y que intentamos suprimir durante la navegación, es su tendencia a formar conciertos de aullidos. Lo que éstos conciertos puedan significar, si se trata de un pasatiempo o de expresar su gratitud o lo contrario, es cosa que no he podido averiguar satisfactoriamente. Empezaban de repente y sin aviso. Reinaba en la asamblea la tranquilidad y

silencio más perfectos, cuando un solo individuo, que ocasionalmente asumía la parte de director de banda, exhalaba un largo aullido capaz de helar la sangre. Si se le dejaba, no pasaba mucho tiempo sin que toda la jauría se agregara en coro, y proseguía la infernal batahola a velas desplegadas durante dos o tres interminables minutos. Lo único que de veras solazaba era la conclusión. Todos acababan en un momento como un coro bien disciplinado que obedece la batuta del director. Pero a los que nos ocurría hallarnos en nuestros lechos no nos parecía nada entretenido, ni la misma conclusión, en estos conciertos que parecían calculados para interrumpir el sueño del más profundo durmiente. Pero si uno solo acertaba a detener al director de la banda en sus comienzos, se acababa el concierto en germen; y muchas veces lograbamos esto, desapareciendo ya el temor de ser molestados en el resto de la noche.

Al salir de Noruega teníamos noventa y siete perros, de los cuales diez hembras por lo menos. Esto justificaba nuestra esperanza de que la población canina aumentara durante la navegación al Sur. Nuestras esperanzas se vieron cumplidas. El primero de estos «felices acontecimientos» que se esperaban tuvo lugar no hacía tres semanas que estábamos en el mar. Suceso de este género puede parecer en sí de poca importancia; para nosotros, que vivíamos en forma tal que un día se copiaba a otro exactamente, era más que bastante para convertirse en objeto de grandísimo interés. Por esto, cuando circuló la noticia de que «Camila» había parido cuatro cachorros hechos y derechos, hubo regocijo general. A dos de ellos, que pertenecían al sexo fuerte, se les permitió vivir. A las hembras se las expulsó de este mundo antes que sus ojos se abrieran a la contemplación de sus alegrías y tristezas. Se pensará que teniendo casi un centenar de perros

crecidos a bordo, no era muy oportuno dedicarnos a los cuidados que estas criaturas recién nacidas requerían: si esto, sin embargo, se hizo y con todo el esmero que podía desearse, es debido, en primer lugar, a la sensibilidad exquisita del segundo de a bordo, que se constituyó desde el primer momento en su protector y abogado. Poco a poco, según se iba aumentando el número, aumentaba la dificultad de encontrarles espacio en la colmada cubierta. «Yo los llevaré a mi camarote»,—decía el segundo de a bordo. No lo hizo así, pero poco faltó.

El ejemplo fué contagioso. Más tarde, cuando las crías eran destetadas y empezaban a tomar alimentos más sólidos, se solía ver a algún que otro individuo de la tripulación después de cada comida subir a la cubierta con algunas sobras cuidadosamente recogidas en el plato, destinadas a los hambrientos cachorros.

Algo más que paciencia y cumplimiento puntual del deber ejercitábamos en estas cosas de que voy hablando, y era el amor e interés por la obra de uno solo. De lo que veía y oía cada día estaba cierto de que existían los incentivos necesarios, aunque para la mayor parte de los comprometidos en la empresa se disimulaba lo principal, el avanzar por entre los hielos árticos. La mayoría de nuestros compañeros de navegación ni aun soñaban con la inminente batalla que habíamos de lidiar con ellos. Consideré necesario mantener oculto mi propósito hasta que saliéramos del puerto a que ahora hacíamos rumbo: Funchal en la isla de la Madera. Parecerá quizá a muchos que yo estaba corriendo un peligro gravísimo en dejar de informar hasta el último momento a mis camaradas de la gran variación que iba a experimentar nuestro viaje. ¡Supongamos por un momento, que algunos o los más se hubieran opuesto! Hay que conceder que era un gran peligro, uno de los muchos que había que afrontar entonces.

Sin embargo, como yo llegué a conocer a cada uno de los individuos durante aquellas pocas semanas primeras de nuestro largo viaje, pronto llegué a la convicción de que no había ninguno a bordo del *Fram* que intentara poner dificultades en el camino. Al contrario, cada vez tenía más razones para esperar que recibirían la noticia con alegría cuando la oyeran, pues entonces el propósito se les aparecería en toda su novedad. Todo había sucedido con facilidad pasmosa hasta ahora; en el porvenir sería mejor.

No sin cierta prolijidad premedité nuestra llegada a Madera. ¡Tremenda cosa empezar a hablar de lo que se proyectaba! Y no dudo que los que ya eran partícipes de mi secreto padecían cierta inquietud. Los secretos no son fáciles de transportar, y menos embarcados, cuando uno ha de vivir en tan reducidos confines como los que nos limitaban. Todos los días charlábamos juntos, como es natural, y los no iniciados no podían excusarse a lo mejor de llevar la conversación a tratar de las dificultades tremendas que nos acongojarían y estorbarían nuestro camino alrededor del Cabo de Hornos. Era bastante verosímil que pudiéramos transportar nuestros perros a salvo por entre los trópicos una vez, pero lograrlo dos veces ya era más dudoso; y así, en otras cosas innumerables, más fácil es imaginar que descubrir lo embarazoso de la situación, y con cuánta cautela había que escoger las propias palabras y cortar la mucha conversación. Entre hombres inexpertos no hubiera ofrecido esto gran dificultad; pero hay que recordar que en el *Fram*, muy cerca de la mitad de la tripulación había invertido algunos años de su vida en viajes al Polo; una sola y levísima insinuación habría sido bastante para exponer el plan. El que ni los de á bordo ni ningún otro lo descubrieran prematuramente, puede tan sólo explicarse por su misma sencillez.

Nuestro barco dependía en gran manera del viento y del estado atmosférico, para que pudiéramos hacer cálculo exacto del tiempo que nuestro viaje ocuparía, especialmente en aquellas latitudes en que es variable el viento. La estima de todo el viaje se basaba en la velocidad media de cuatro nudos, y con esta modestísima proporción, que así lo parece, debíamos llegar a la barrera de los hielos hacia mediados de Enero de 1911. Como se verá después, este cálculo quedó realizado con notable exactitud. Para llegar a Madera nos concedíamos un mes, cantidad razonable de tiempo. Anduvimos más que esto, pues pudimos salir de Funchal un mes después de nuestra salida de Christiansand. Cuando el cálculo nos salía sobrado como en este caso, despreciábamos el error.

La tardanza a que nos vimos obligados en el Canal de la Manga, fué compensada luego en las costas de España y al Sur. El viento Norte perseveró mientras llevamos la dirección Nordeste, y todo nos salió bien. El 5 de Septiembre nuestras observaciones meridianas nos mostraron que sería fácil ver algún faro aquella misma noche, y a las diez de la misma el vigía anunció la luz del faro El San Lorenzo, en la pequeña isla de Fora, junto a la de Madera.

## CAPÍTULO IV

### DE MADERA A LA BARRERA

Al día siguiente anclamos en la rada de Funchal. Mi hermano tenía que llegar allí para arreglar ciertas cosas, bastante a tiempo para que pudiéramos afirmar que llegaría antes que nosotros. Se pasaron, sin embargo, varios días sin saber nada de él, y ya nos lisonjeábamos de haber llegado nosotros primero, cuando de repente le divisamos en un bote a popa de nuestro barco; traía un gran fajo de cartas y periódicos que contenían noticias de la patria. Un caballereito oficioso, que dijo ser médico, y que como tal había venido capacitado oficialmente para inquirir nuestro estado de salud, se vió acometido de pasmosa prisa de marchar cuando en lo alto del portalón se le aparecieron diez pares de mandíbulas abiertas de par en par cabalmente en aquel momento, a causa del calor. El interés del docto señor por conocer nuestro estado sanitario se desvaneció súbitamente, y sus pensamientos se aplicaban ahora a velar por la seguridad de su propia vida y miembros.

Como Funchal era el último lugar en que podíamos comunicarnos con el mundo exterior, se dispuso lo conveniente para completar nuestras provisiones de todo género, y en especial de agua fresca. El consumo de este artículo sería muy considerable, y la posibilidad de que nos llegara a faltar había que evitarla a toda costa. Por

entonces no podíamos hacer más que llenar todos nuestros depósitos y recipientes de todo género con el precioso fluido, y así se hizo. Tomamos como unos mil galones (1) en una lancha que llegaba justamente a la boca-puerta principal. Esto podía ser en cierto modo un peligro si el barco cabecease, pero nos consolábamos con la esperanza de que el tiempo bueno y el mar tranquilo perseverarían en las próximas semanas. Durante la estancia en Funchal los perros habían tenido dos buenas comidas de carne fresca, novedad de régimen que encontraban muy agradable. Un voluminoso cuerpo de caballo desaparecía con pasmosa celeridad en cada uno de estos banquetes. Para nuestro uso propio tomamos, como era justo, copiosísima provisión de legumbres y frutas, que había allí en abundancia; fué la última ocasión que tuvimos de disfrutar de tales delicadezas.

Nuestra estancia en Funchal fué algo más larga de lo que en un principio pensábamos, porque los maquinistas creyeron necesario levantar el propulsor y examinar los cobres. Esta obra había de ocuparles dos días, y mientras los tres mecánicos estaban trabajando en medio del calor, el resto de la tripulación tuvo ocasión de visitar la ciudad y sus alrededores; la tripulación tuvo un día de permiso dividido en dos medios. Preparóse una excursión a uno de los numerosos hoteles situados en las alturas que rodean la ciudad. La subida se hace fácilmente por medio de un ferrocarril funicular, y en media hora que tarda en llegar, se puede uno formar idea de la fertilidad lozanísima de la isla. En los hoteles se encuentra buena cocina, y claro que también buenos vinos. Casi no hay que añadir que hicimos plena justicia de ambas cosas.

Para bajar se empleó un medio más primitivo de

---

(1) Unos 4.000 litros.

transporte: el trineo. Parecerá raro oír hablar de trineos en Madera, y así es. Debo añadir que estos trineos tienen calza de madera, y que el camino estaba enlosado de una piedra negra que era muy lisa. Bajamos a paso regular por la pendiente, tirados o empujados por tres o cuatro indígenas negros que parecían entusiasmados con aquellos miembros tan superiores a los suyos.

Debo apuntar como cosa curiosa que los periódicos de Funchal no vacilaron en relacionar nuestra expedición con el Polo Sur. Los periodistas de la isla no tenían idea del valor que poseían aquellas noticias estupefacientes que ponían en circulación. No fué más que un canard inventado sobre la base de que todo barco Polar que hace rumbo al Sur va a buscar este Polo. ¡Quién diría que el *canard* era cierto! Felizmente para nosotros, no traspasó los límites de Madera.

En la tarde del 9 de Septiembre comenzamos a hacer nuestros preparativos de marcha. Los maquinistas habían vuelto a colocar el propulsor y ensayado. Todas las provisiones estaban embarcadas y los cronómetros contratados. No faltaba más que desembarazarse del importuno rumor de los botes que hormigueaban en torno al buque y que parecían otras tantas tiendas pequeñas. Se les envió a todos fuera del portalón. No quedó nadie con nosotros fuera de mi hermano. Ahora que iban a quedar completamente aislados del mundo exterior, llegaba el momento, largo tiempo esperado, de informar a todos mis camaradas de mi decisión, ya antigua, de navegar hacia el Sur. Creo que todos los que se hallaban a bordo se acordarán por mucho tiempo de aquella tarde calurosa que pasamos en la rada de Funchal. Todos los hombres fueron llamados a cubierta; lo que pensaron de lo que se les dijo no lo sé, pero apenas si se acordaban ellos de la Antártica y del Polo Sur. El teniente Nilsen sacó

un grande mapa arrollado, y pude notar que este mapa era objeto de muchas miradas interrogadoras.

No se necesitaban muchas palabras para ponerles al corriente de la dirección que habíamos de tomar en lo sucesivo. Yo, de cuando en cuando miraba sus caras. Al principio, como yo suponía, leíanse en ellas señales inconfundibles de sorpresa; pero esta expresión se cambió súbitamente, y antes de que yo hubiera acabado, brillaban todas radiantes de sonrisa. Entonces no me quedó duda sobre la respuesta que recibiría de cada uno cuando les preguntase si querían seguir o no. Según los fui nombrando, todos tenían el «sí» preparado. Aunque, como ya he dicho, esperaba yo que el asunto resultaría así, es difícil expresar el gozo que sentía al ver cuán prontamente mis camaradas se ponían a mis órdenes en ocasión tan apremiante. Y creo que no era yo el único satisfecho. Había mucha animación y buen humor á bordo aquella tarde, tanto, que parecía hubiéramos cumplido nuestra misión felizmente, y eso que apenas estaba empezada.

Pero por el pronto no había tiempo que perder en discutir la noticia. Lo primero que teníamos que hacer era ver cómo llegaríamos. Después nos quedarían aún varios meses. Dos horas de permiso se concedieron para que escribiera cada uno a los suyos sobre lo que acababa de suceder. Las cartas no debieron ser muy largas; por lo menos, se escribieron pronto. Mi hermano se hizo cargo de la valija para llevarla a Cristianía, de donde se enviarían las cartas a sus respectivos destinos; pero esto no tuvo lugar hasta que la Prensa publicó la mudanza de mis planes.

Había sido fácil poner a mis camaradas al corriente de la nueva situación, y no pudieron recibir la noticia con más agrado. Otra cosa sería lo que la gente del país diría cuando llegara a sus oídos. Luego supimos que ha-

bía habido de todo: comentarios buenos y malos. Este nuevo aspecto de la cuestión no nos turbaba ahora lo más mínimo. Mi hermano se había encargado de anunciar el camino que tomábamos, y puedo decir que yo no le envidiaba esta misión. Después de haberle dado todos un apretón de manos, se marchó, quedando desde entonces interrumpida toda nuestra comunicación con el mundo y abandonados a nuestros propios recursos. Nadie puede decir que la situación nos oprimía extremadamente. Nuestro viaje había empezado como si fuera una fiesta: no había huella de sentimiento más o menos melancólico del que acompaña generalmente cualquier despedida. La gente bromeaba y reía, y se les ocurría a cada instante agudezas buenas y malas sobre el asunto de nuestra extraña situación. Las anclas se levaron más aprisa que de costumbre, y cuando el motor nos ayudó a escapar del calor asfixiante del puerto, tuvimos el contento de ver hincharse las velas con la brisa fresca y refrigerante del Nordeste.

Los perros, que debieron haber encontrado la estancia en Funchal más calurosa que lo que a su gusto convenía, expresaban su placer al aspirar la nueva brisa, saludándola con uno de sus conciertos. No tuvimos ánimo para reprenderles la diversión esta vez.

Era un verdadero placer subir a la cubierta a la mañana siguiente de salir de Madera: había como una expresión especial de amistad en los «buenos días» con que nos saludábamos, y una sonrisa de inteligencia en cada mirada. El cambio repentino que habían experimentado las cosas, y los nuevos espacios en que vagaba ahora la imaginación, actuaban como estímulo bienhechor en los que hasta el día anterior creían que nuestro viaje no tenía otro objeto que dar la vuelta al Cabo de Hornos. Creo que lo que más les divertía era pensar en el poco olfato que habían tenido. «¿Cómo habré sido tan animal que no se

me ocurrió antes?», decía Beck, en el momento en que tiraba una cáscara al mar. «Bien claro estaba todo. ¿Qué querían decir todos estos perros que llevamos; esta linda «casa de observación», con su gran cocina y espléndido tapete de mesa, y todas las demás cosas? Un tonto hubiera caído en la cuenta.» Yo le consolaba haciéndole observar que es siempre fácil acertar cuando ya se saben las cosas, y que yo me alegraba mucho de que ninguno hubiera descubierto nuestra misión antes de tiempo.

Los que habíamos tenido que disimular hasta entonces lo que sabíamos, y recurrir a toda clase de estratagemas para evitar que se trasluciera algo, sentíamos ciertamente gran alivio al vernos libres del secreto; ahora podíamos hablar libremente, con todo desahogo. Si antes teníamos que recurrir a embelecocos, ahora no había nada que nos estorbara jugar a cartas vistas. Muchas conversaciones habían abortado porque los que tenían muchas preguntas que hacer no se atrevían a formularlas, y los que podían contestarlas refrenaban su lengua. Mucho tiempo había de pasar en lo sucesivo antes que tuviéramos que apurarnos por motivos de conversación; se había ofrecido ahora tema tan vario y comprensivo, repentinamente, que era difícil abordarlo. Muchos de los que iban a bordo del *Fram* poseían rica experiencia, adquirida en las expediciones árticas; pero para la mayor parte de nosotros el gran continente antártico era una *terra incognita*. Yo era el único que la había visto; quizá uno o dos de mis compañeros habían pasado, en tiempos anteriores, por las cercanías de algún iceberg (1) antártico, en viajes alrededor del Cabo de Hornos. Pero en esto paraba todo.

---

(1) Témpano flotante.

Lo que había ocurrido antes en los viajes de exploración al Sur, y las narraciones de los que habían intentado ampliar su conocimiento de este inhospitalario continente, eran cosas también que pocos de nuestros compañeros de viaje habían tenido ocasión de estudiar, ni quizá motivo para ello. Ahora, en cambio, los había de todo género. Consideré de necesidad urgente que todo individuo se familiarizase lo posible con la obra de las expediciones pasadas; era la única manera de acostumbrarse a las condiciones en que teníamos que operar nosotros. Por esta razón, llevaba el *Fram* una biblioteca entera de literatura antártica, que contenía cuanto han dejado escrito larga serie de exploradores de aquellas regiones, desde Jaime Cook y Jaime Clark Ross, hasta el capitán Scott y Sir Ernesto Shackleton. Y se hizo, a la verdad, buen uso de esta biblioteca. Las obras de los dos últimos exploradores eran las más solicitadas; fueron leídas de cabo a rabo, y como están bien escritas y excelentemente ilustradas, fueron en alto grado instructivas. Pero al paso que se dedicaba amplio espacio al estudio teórico de nuestro problema, se atendían las preparaciones prácticas. Tan pronto como entramos en la zona de los vientos, favorables a nuestro viaje en que su dirección virtualmente constante y su fuerza nos permitían abreviar la vigilancia en la cubierta, los distintos especialistas se pusieron a trabajar para que nuestro amplio material de invierno estuviera en el mejor orden posible. Ciertamente que ya antes se habían adoptado toda clase de precauciones para que cada parte de nuestros aprestos sirviera adecuadamente a sus fines, pero el conjunto requería, sin embargo, una revisión completa. Con avíos tan complicados como los nuestros no se acaba nunca; siempre hay algo que mejorar o corregir. Se verá más tarde que tuvimos abundancia de recursos para nuestros viajes en trineo, no sólo du-

rante el largo viaje por mar, sino en todo el invierno antártico, más largo aún.

Nuestro gaviero Rønne se transformó en lo que podíamos llamar un buen sastre. Su orgullo principal se cifraba en una máquina de coser que había obtenido en Horten, después de haber ejercitado considerablemente su lengua persuasiva, y su mayor tristeza durante el viaje era el que, al llegar a la Barrera, se vería obligado a ceder su tesoro al personal explorador de la costa. No podía entender para qué íbamos a necesitar una máquina de coser en Framheim. Lo primero que hizo cuando el *Fram* llegó a Buenos Aires, fué explicar al representante local de la Compañía Singer de máquinas de coser que era necesario absolutamente se reparara su pérdida. Sus dotes persuasivas le valieron una vez más, y logró otra máquina.

Y no es de extrañar que Rønne estuviera enamorado de su máquina. La usaba para toda clase de cosas: de velas, zapatería, sastrería; a todo se dedicaba con igual celeridad. Estableció su obrador en el cuarto de bitácora, y allí zumbaba su máquina incesantemente al pasar los trópicos, como en la zona de los vientos del Oeste o por entre los hielos flotantes; porque aunque el marino era agilísimo de manos, los encargos le llovían aún más aprisa. Rønne era uno de los hombres cuya ambición se cifra en dejar hecha la mayor cantidad de labor en el más breve plazo posible, y con asombro creciente veía que entre nosotros no acabaría nunca; por mucha fatiga que se diese, siempre algo más que hacer. Calcular todo lo que salió de su obrador durante aquellos meses, nos llevaría muy lejos; baste con decir que toda su labor estaba muy bien acabada y ejecutada con rapidez admirable. Quizá una de las cosas que más se preciaba personalmente de haber hecho era la pequeña tienda, capaz de

tres hombres, que en lo sucesivo había de servirnos tanto en el Polo Sur. Era una pequeña obra maestra la tal tienda, hecha de seda delgada, que se arrollaba toda hasta poderse guardar fácilmente en un bolsillo de buen tamaño; y que apenas si pesaría un kilogramo.

Por aquel tiempo no podíamos asegurar la probabilidad de que todos los que hicieran el viaje al Polo llegasen al paralelo 90°. Por el contrario, había que prevenir la contingencia de que algunos regresasen antes forzosamente. Se previno, pues, que usaríamos la tienda de que tratamos en el caso de que decidiéramos que fueran dos o tres hombres solos los que acometieran el lance definitivo, y por eso había de ser lo más pequeña y ligera posible. Afortunadamente, no hubo necesidad de darla este empleo, pues cuantos salimos alcanzamos la meta, y se nos ocurrió entonces que el mejor uso que podíamos hacer de la tienda de Rönne era plantarla allí como señal.

Nuestro maestro de velas no tenía a su cargo la custodia de ningún perro; le faltaba tiempo para ello. Por otra parte, me ayudaba a mí en asistir a mis catorce huéspedes del puente; pero parecía que le costaba trabajo adquirir familiaridad con los perros y con lo que a los perros atañía. No estaba conforme con la idea de vivir a bordo de un barco con la cubierta hormigueante de perros. Miraba este estado anormal de cosas con una lástima despectiva. No se le alcanzaba a qué venía llevar a bordo los perros, que cuando se los encontraba cara a cara, motejaba de brutos. Estos pobres brutos tengo seguridad de que no se habían metido con la persona de Rönne, más que con cualquier otro, y sin embargo, por mucho tiempo parecía que él no las tuviese todas consigo. Creo firmemente que sólo se sentía seguro cuando los perros llevaban puesto el bozal.

Una parte de nuestros aprestos, a que consagramos es-

pecial importancia, eran los skis; de seguro que habían de ser nuestra arma principal para la lucha que íbamos a entablar. Aunque era mucho lo que teníamos que aprender de las narraciones de Scott y de Shackleton, nos fué muy difícil comprender su aserción de que el uso de los skis en la Barrera era un fracaso. Por las descripciones que se daban de la naturaleza de su superficie y sus condiciones generales, nos veíamos obligados a llegar a la conclusión opuesta de que los skis eran los únicos medios que debían emplearse. No se escatimó nada para proveernos de un excelente equipo de skis, y el que se encargó de esta cuestión era hombre competentísimo en esta materia: Olao Bjaaland, cuyo solo nombre basta para acreditarlo. Cuando al salir de Noruega se trató de buscar buen sitio para los veinte pares de skis que llevábamos, no encontramos otro recurso que tenerlos en nuestro mismo alojamiento, en la cámara de proa de cuyo techo fueron colgados. Por el momento no pudimos hacer otra cosa. Bjaaland, que durante el último mes y más, había tenido que ensayarse en el oficio de marino a que no estaba acostumbrado, tornó a su antiguo empleo de constructor de skis y carpintero, cuando llegamos a la zona de los vientos favorables. Tanto skis como herrajes, habían sido entregados ya prontos por Hagen y C.<sup>ª</sup>, de Cristianía; faltaba adaptarlos, y ajustar las correas traseras a las botas de cada individuo para poder emplearlas inmediatamente que llegáramos a la Barrera. Había aparejo completo de skis para cada hombre, de modo que los que habían de quedarse a bordo podían permitirse también alguna que otra carrera de patines en los hielos de la orilla.

Para cada uno de los diez trineos construyó Bjaaland, durante el viaje, un par de cursores sueltos, para usarlos de la misma manera que los esquimales los suyos. Este pueblo primitivo no tiene, o por lo menos no ha tenido,

material a propósito para calzar sus trineos. Han superado la dificultad revistiéndolos de una cáscara de hielo. Sin duda requiere mucha práctica y paciencia acomodarse a esta clase de calza, pero cuando se acostumbra, vence este artificio a todos los otros. Como digo, yo pensaba ensayar este sistema en la Barrera: teníamos, sin embargo, confianza en que la potencia de nuestros animales de tiro nos permitiría usar los cursores de acero de nuestros trineos con toda seguridad.

En los primeros catorce días que siguieron a nuestra salida de Madera, el viento Nordeste era bastante fresco para permitirnos mantener nuestra velocidad media, o un poco más con la sola ayuda de las velas. Las máquinas descansaron, por consiguiente, y los maquinistas tuvieron tiempo para limpiarlas y pulirlas; lo hicieron sin darse tregua hasta que les parecieron suficientemente lustrosas. Nödtvedt tenía ahora ocasión de consagrarse a la ocupación que constituía su principal deleite, la de herrero; y cierto que había con que tener constantemente ocupados el yunque y el martillo. Si Rönne tenía mucho que coser, no tenía Nödtvedt menos que forjar: avíos de trineos, cuchillos, picos, barras, palancas, enganches por centenares para los perros, cadenas, y así hasta el infinito. El martilleo y chisporroteo en el yunque no pararon un momento durante la navegación hasta bien entrados en el Océano Índico. Y en la zona de los vientos del Oeste tampoco era de envidiar la suerte del herrero; no hay razón para rascarse cuando los pies descansan en tan movable base como la cubierta del *Fram*, ni es muy grato trabajar con la fragua inundada varias veces al día.

Cuando hacíamos nuestros preparativos de viaje, se oía clamar, en varias partes de nuestro país, que el casco del viejo *Fram* estaba en malas condiciones. Se llegó a decir que estaba tan averiado, que parecía una criba, y

podriéndose a pedazos. Juicios bien extraños, si se consideran los viajes que el *Fram* ha realizado en los dos últimos años. Durante veinte o veinticuatro se ha mantenido en alta mar bravamente, y en aguas que exigían resistencia particular en un navío. Ahora está en tan buenas condiciones como cuando zarpó, y puede hacer aún otro tanto sin necesidad de ninguna reparación. Los que íbamos a bordo sabíamos perfectamente antes de salir lo infundado y necio de estos juicios sobre su «podredumbre». Sabíamos también que apenas hay barco de madera flotando que no requiera de cuando en cuando el uso de las bombas. Cuando la máquina se detenía, veíamos que era suficiente hacer funcionar diez minutos cada mañana la bomba. A esto se reducían todos los achaques de nuestro barco. Lo que es el casco no tenía otra cosa. En cuanto a la arboladura, debo decir alguna cosa, y es que si no estaba todo en debida forma, hay que imputar la falta a las condiciones apuradas de nuestro erario. En el palo principal había dos velas cuadradas, cuando en realidad se necesitaban cuatro; en el botalón de foques había dos velas de estay en espacio suficiente para tres, pero era el dinero lo que no alcanzaba. Con los vientos alisios suplíamos la deficiencia de arboladura con una vela rastrera a lo largo del trinquete y otra sobre el velacho. No aseguraré que este velamen improvisado contribuyera á dar más gallarda apariéncia al navío; pero le hacía caminar, y esto era mucho más importante. Hicimos notables progresos hacia el Sur durante los días de Septiembre, y antes de mediar el mes habíamos ganado mucho camino por la zona tropical. No se sintió el calor propio de estas latitudes, por lo menos los hombres; y es regla general que se amengua mucho el calor en alta mar con el movimiento del barco. En un barco de vela, habiendo calma y con el sol en el cenit, hacía más calor del que se apeteciera; pero para esto lle-

vábamos el auxilio de máquinas, con lo que nunca faltaba algo de brisa en la cubierta; abajo, según frase de Beck, había una «calma cochina». Nuestros camarotes que, por otra parte, eran cómodos, tenían una falta, y es que carecían de portas en los costados del barco, y no se podía a causa de ello respirar allí; pero la mayor parte de nosotros no gastaba cumplimientos, y nos las arreglábamos lo mejor posible. De los dos salones, el de proa era sin duda el mejor para verano; en un clima frío, lo contrario. No nos faltaba una bocanada de aire fresco yendo por el corredor que conducía al castillo de proa; detrás ya no podía haber tan buena ventilación por la proximidad de las máquinas. Los mecánicos ocupaban, claro está, el lugar más cálido, pero la inagotable inventiva de Sundbek halló modo de perfeccionar el aireamiento del cuarto de máquinas; de suerte que no lo pasaban tan mal, a pesar de las circunstancias.

Se oye preguntar muchas veces: ¿qué es mejor, un calor extremado o un extremado frío? No es fácil dar respuesta satisfactoria; ninguna de estas dos cosas es agradable, y resulta siempre cuestión de gustos; pero a bordo, la mayoría de las personas votarían seguramente por el calor; pues aun en los días peores siempre queda el refrigerio de las magníficas noches de los trópicos. El frío intenso del día no hay que esperar se compense con una noche aún más fría.

Una ventaja cierta de los climas cálidos para hombres que han de ir siempre provistos de paquetes y ropas, es la simplificación en el vestir que en ellos se consiente. El que va ligeramente abrigado, en poco tiempo se avía.

Si hubiéramos podido pedir parecer a los perros respecto a la vida en los trópicos, nos hubieran contestado a su modo: «dejadnos volver a nuestro ambiente helado». Sus pellizas no estaban calculadas para temperaturas

de 90° F. a la sombra, y lo peor es que no las podían cambiar. Pero es una equivocación creer que estos animales necesiten a toda costa del frío para estar bien; prefieren, al contrario, estar abrigados y limpios. A pesar del calor excesivo de los trópicos, no se puede decir que llegaran a padecer con él, pues extendiendo lonas sobre todo el barco, según la disposición ideada de que ya he dado cuenta, vivían constantemente a la sombra, y en lo que nunca estuvieran directamente expuestos a los rayos del sol no había temor que les pasara ningún mal. Y prueba de que así fué nos la da el que ninguno enfermó por motivo del calor. Durante el viaje entero sólo dos bajas hubo entre ellos por enfermedad: una fué la de una perra que murió después de haber parido ocho cachorros, y es claro que el parto pudo causarle la muerte en cualquier otra circunstancia. La causa de la otra baja no pudimos saberla, pero desde luego no era de enfermedad contagiosa.

Uno de nuestros más grandes temores era la posibilidad de una epidemia entre los perros; pero, gracias al cuidado con que habían sido escogidos, no se presentó señal ninguna de ella.

En la proximidad al Ecuador, entre los alisios del Noreste y Sureste, hay un paraje que se llama el «Mar de las calmas». La posición y magnitud de esta zona varía algo con las estaciones. En el caso más feliz, ocurre que un alisio os empuja al otro; pero en la mayor parte de los casos los barcos de vela tienen que sufrir una tardanza de consideración, pues o hay calmas frecuentes o vientos tempestuosos y mudables. Nosotros llegamos en mala época del año, y perdimos el Noreste a unos diez grados al Norte del Ecuador. Si nos hubiera tocado la calma, como pensábamos, hubiéramos cruzado aquella zona con la ayuda de las máquinas, pero no había la menor señal

de ella. Por lo general, sopló un viento Sur pertinaz, y no se necesitaba que fuese muy fuerte para hacernos perder los grados de latitud Norte que importaba pasar.

La tardanza fué molesta, y otro disgusto más serio nos sobrevino, porque, caso curioso, no habíamos visto, lo que se dice, la lluvia. Generalmente se encuentra uno en estas latitudes con tremendos aguaceros que permiten recoger agua a cántaros en brevísimo espacio de tiempo. Esperábamos también nosotros aumentar de esta manera nuestro caudal de agua fresca, la cual no era tanta que no hubiera menester de una economía exagerada para prevenir la escasez. Ahora bien, esta esperanza resultó fallida, hablando en puridad. Nos dispusimos a coger un poco de agua, pero era notoriamente poca, y había que dirigir el consumo de la que quedaba con severidad rigurosa. Los perros exigían su ración cotidiana, y hubo que administrársela por cuentagotas. Nosotros no consumíamos sino la estrictamente necesaria; se abolieron las sopas de nuestra nota de manjares, porque se gastaba en hacerlas mucho del precioso líquido; y se proscribió el uso del agua dulce para el lavado. No quiere decir esto que renunciásemos a lavarnos, sino que teníamos copioso caudal de jabón que se disolvía tan bien en el agua salada como en la otra, y era útil, por tanto, para lavarnos nosotros y nuestras ropas. Si algún tiempo habíamos pasado cierto temor de que se acabara el agua, este temor desapareció relativamente pronto porque la reserva que llevamos en la lancha duró de un modo increíble. Al menos, el doble de lo que nos hubiéramos permitido pensar, y esto salvaba la situación o poco menos. En último término, si las cosas iban mal dadas, con hacer escala en alguna de las numerosas islas de nuestro camino, saldríamos del apuro.

Durante seis semanas, los perros habían permanecido atados con cadenas a los puestos previamente asignados.

Al cabo de este tiempo, algunos se habían hecho tan mansos y tratables, que nos pareció debíamos ya dejarlos sueltos. Esto les gustaría mucho, y, lo que importaba más, les daría ocasión para ejercitarse. A decir verdad, también esperamos divertirnos algo, porque no dejaría de resultar pintoresco el espectáculo de toda aquella jauría suelta. Pero antes de ponerlos en libertad, teníamos que desarmarlos, si no queríamos exponernos a ver uno o más perros perecer en el campo de batalla, lo que no podíamos permitir. A cada uno se le puso un fuerte bozal; luego le soltábamos, y aguardábamos a ver qué sucedía. Al principio, no se movían; parecía como si hubieran abandonado para siempre la idea de salir del sitio que habían ocupado tanto tiempo. Por fin, uno de ellos tuvo el feliz pensamiento de intentar dar unos pasos por la cubierta; pero nunca lo hubiera hecho; érale peligroso andar por ella. La insólita vista de un perro suelto excitaba de pronto a sus vecinos más cercanos. Una docena de ellos se arrojaban sobre el infeliz animal que había sido el primero en abandonar su puesto, y se daban gusto en hincar sus dientes en aquellas carnes pecadoras. Pero con gran chasco advertían que el gusto no era tal como lo esperaban. La condenada correa que sujetaba su hocico les impedía hacer presa en la piel: lo más que podían era arrancar unos cuantos mechoncillos de pelo a la víctima de su violento asalto. El acto de abandonar los respectivos puestos era la señal de ataque en toda la línea. ¡Qué maldito barullo se siguió por un par de horas! Los pelos volaban, pero las pieles permanecían intactas. Los bozales salvaron muchas vidas valerosas aquella tarde.

Estas peleas son la diversión principal de los perros esquimales; se entregan a este recreo con verdadera pasión, y no sería gran inconveniente si no tuvieran la costumbre particular de agruparse siempre varios contra un

solo perro, que es la víctima designada; todos van contra uno, y si se les deja, no cesan hasta que acaban con la pobre bestia. De esta manera se han perdido, a lo mejor, perros de gran valía en un momento.

Nosotros, por esto, hacíamos esfuerzos de toda especie para apagar en ellos su amor a la pelea, y los perros comprendieron muy pronto que no nos gustaban sus combates; pero tenían que habérselas con un rasgo característico de su naturaleza, que era imposible desarraigar; o por lo menos, había que temer que la naturaleza, cuando menos se esperase, reaccionara contra la disciplina. Cuando los perros quedaron en libertad, tuvieron también licencia para correr por donde quisieran durante el resto del viaje; sólo a la hora de las comidas se les ataba. Es sorprendente cómo se las arreglaban para ocultarse en cualquier rincón o agujero del navío: algunas mañanas costaba trabajo encontrar a un perro ya en día claro. No hay para qué decir que los lugares que frecuentaban eran los que menos falta hacían. Varios se habían caído varias veces en la cala de proa, cuando las escotillas estaban abiertas, pero una caída de 25 pies no parecía amedrantarlos lo más mínimo. Uno se abrió camino hasta el cuarto de máquinas, por difícil que parezca que encontrara acceso allí, y se enroscó entre los vástagos de los pistones; afortunadamente para él, la máquina no había empezado a andar cuando entró.

Terminados los primeros combates furiosos, sobrevino una calma en el espíritu de los perros. Fué fácil advertir cierto sentimiento de vergüenza y chasco en los combatientes cuando notaron que todos sus esfuerzos venían a parar en nada. La diversión había perdido su encanto principal tan pronto como vieron que había poca probabilidad de gustar la sangre.

De lo que se ha dicho, y quizás de otras descripciones de la manera de ser de los perros árticos, parece inferirse

que la única relación mutua de que sean susceptibles estos animales sea la pelea. Y no es, ni mucho menos, así. Por el contrario, con gran facilidad entablan amistades tan fuertes, que un perro no puede, lo que se dice, vivir sin el otro. Antes de ponerlos en libertad, notamos en algunos que, por una razón u otra, no parecían tan felices como debieran: eran más huraños e inquietos que los demás. Mas no le dimos atención al hecho, y nadie se preocupó de averiguar la causa. El día que los soltamos descubrimos cuál había sido la cosa que los desanimaba. Algún antiguo amigo que la suerte había querido que le tocase estar enfrente, al otro lado de la cubierta, había producido con su separación este abatimiento de su ánimo, y era conmovedor de veras ver la alegría que manifestaban al encontrarse de nuevo; eran ya otros. Claro que en estos casos se arreglaba un cambio de sitios entre los diferentes grupos para que los que se habían asociado por su inclinación propia fueran en lo sucesivo miembros del mismo tiro.

Habíamos creído llegar al Ecuador en el 1 de Octubre, pero las condiciones desfavorables del viento que tuvimos al Norte de él, nos causó un poco de retardo a nuestro cálculo, aunque no mucho. La tarde del 4 de Octubre pasamos el Ecuador, así concluía una etapa importante de nuestro viaje: el pensar que habíamos llegado a las latitudes meridionales era bastante para ponernos de humor regocijado, y pensamos que debíamos solemnizar el acontecimiento con una diversión modesta. Conforme a una antigua costumbre, el atravesar la línea se había de celebrar con una visita del Padre Neptuno mismo, cuyo papel representa en esta ocasión alguno escogido de entre los navegantes. Si durante su inspección este personaje augusto ve a alguno del que se pueda acreditar que ha pasado ya el famoso Círculo, se le entrega a la compañía para que le bauticen y afeiten. Esta operación, que no siempre se

lleva a efecto con delicadeza exagerada, produce gran diversión, y forma una novedad grata en la vida monótona de un largo viaje por mar, y seguramente muchos de los que iban en el *Fram* aguardaban con ansiedad la visita de Neptuno, pero éste no se presentó. Es que no había sitio para él en la atestada cubierta.

Nos tuvimos que contentar con una comida extraordinaria, seguida de café, licores y cigarros. El café fué servido en la parte anterior de la cubierta, en donde con retirar unos cuantos perros logramos disponer de espacio suficiente, unas cuantas varas cuadradas. No nos faltó recreo. Una orquesta de violín y mandolín, compuesta de Prestrud, Sundbeck y Beck, ejecutó varias piezas y entró en funciones por vez primera nuestro excelente gramófono. No bien había empezado el vals del «Conde de Luxemburgo», cuando apareció en medio de la reunión una bailarina, bailarina hecha y derecha, cortamente vestida y disfrazada. Esta aparición inesperada de un mundo mejor fué recibida con calurosos aplausos, que redoblaron cuando la bella hubo dado pruebas de su habilidad en el arte de la danza. Detrás de la máscara podía descubrirse el rostro de Gjertsen, pero tanto el vestido como el baile, eran femeninos sobremanera. Rønne no quedó satisfecho hasta que tuvo la dama en sus rodillas. ¡Bienaventurada ilusión!

El gramófono pasó a ejecutar un *cake-walk* americano (o baile de la rosca), y al mismo tiempo apareció en escena un negrito con fraque, sombrero de seda y... un par de zuecos. A pesar de su negrura, vimos al momento que era el segundo de a bordo bajo semejante disfraz. Su sola vista bastó para hacernos prorrumpir en vocerío y carcajadas, pero su triunfo mayor fué cuando empezó el baile. Nos divirtió infinito.

Mucho nos sirvió tener estos pasatiempos entonces pre-

cisamente, pues esta parte del viaje ponía a prueba la paciencia más que ningún otro. Tal vez éramos más bien difíciles de contentar, pero el Sureste que empezábamos a encontrar de un día a otro, a nuestro juicio, tardaba demasiado, y cuando por fin llegó no se condujo como era de creer de un viento que tiene la reputación de ser el más rápido de todos. Además de faltarle mucho para ser tan ligero como nosotros le necesitábamos, se permitía muchas irregularidades, variando de Sur a Este, pero con más tendencia al primero. Para nosotros, que teníamos que estar expuestos constantemente al impetuoso Oeste, tal viento tenía el inconveniente de aumentar la longitud occidental muchó más que la latitud meridional. Nos aproximábamos rápidamente hacia la punta Noreste de la América del Sur, hacia el cabo San Roque. Afortunadamente, pudimos evitar el acercarnos más a esta parte de tierra que se interna de manera extremada en el Atlántico. El viento por fin saltó al Sur, pero tan leve, que había que utilizar la máquina constantemente. Con lentitud, pero con seguridad al mismo tiempo, caminábamos ahora al Sur, y la temperatura empezó a ser más conforme con lo que exige el hábito y temperamento de los hombres nórdicos. Pudimos desarmar el sistema de lonas tan pesado con que nos defendíamos antes del sol de los trópicos, y no fué pequeño alivio desenredarnos de este artificio, y poder andar libremente en todas direcciones.

El 16 de Octubre, según las observaciones meridianas, nos encontrábamos cerca de la isla de la Trinidad del Sur, uno de los oasis solitarios del desierto de agua que se llama Atlántico. Pensábamos hacer rumbo a la isla por si podíamos desembarcar en ella; pero, por desgracia, el motor estaba parado a fin de limpiarlo, y esto nos impedía acercarnos de día. Dimos una ojeada fugaz a la isla, entre las

sombras, que por lo menos nos sirvió para comprobar la marcha de nuestros cronómetros.

Al vigésimo grado de latitud Sur se acababan los alisios del Sureste, y no nos pesaba vernos libres de él; al fin soplaba poco y sin violencia, y navegar contando con sólo el viento, no era el mayor mérito del *Fram*. En la parte del Océano donde estábamos ahora teníamos la esperanza de encontrar uno bueno, y lo necesitábamos para avanzar en derechura; habíamos recorrido hasta entonces 6.000 millas, pero aún quedaban por recorrer otras 10.000, y los días transcurrían con increíble rapidez. El fin de Octubre nos trajo el cambio de viento apetecido; una brisa fresca del Norte hacía caminar gallarda nuestra nave hacia el Sur, y antes de acabar el mes habíamos entrado en el paralelo 40°. Aquí entrábamos en aguas donde estábamos casi seguros de tener el viento que queríamos y del cuadrante más favorable. Desde ahora nuestra marcha era Levante a lo largo de la zona conocida con el nombre de zona del Suroeste. Esta zona se extiende entre los paralelos 40° y 50° todo alrededor de la tierra, y se distingue por la frecuente presencia de los vientos del Oeste que generalmente soplan con gran violencia. Habíamos puesto nuestra confianza en estos vientos del Oeste; si nos faltaban, nos veríamos en un verdadero pantano. Pero apenas entramos en la mencionada zona cayeron con ímpetu sobre nosotros, no muy gentilmente, por cierto, pero su efecto fué excelente, volábamos hacia el Oriente. Tuvimos que abandonar una escala proyectada en la isla de Gough; estaba el mar sumamente encrespado para aventurarnos a entrar en su angosto puerto. El mes de Octubre nos había hecho perder mucha marcha; pero ahora recobrábamos toda la distancia perdida. Calculamos que llegaríamos al Sur del Cabo de Buena Esperanza a los dos meses de salir de Madera, y así se iba verificando. El día

que pasamos el meridiano del Cabo, empezó la primera brisa regular; el mar se encrespó amenazador, y entonces nuestra magnífica embarcación dió muestra de lo que valía. Una no más de aquellas oleadas podría haber barrido nuestra cubierta en un instante si la alcanzaba, pero el *Fram* no permitió tal impertinencia. Cuando asaltaba por detrás al barco y temíamos de un momento a otro que se rompiera encima, se levantó con un movimiento elegante y la ola se contentó con escurrirse por debajo. No lo hubiera hecho más limpiamente un albatros. Dicen que el *Fram* fué construído para los hielos, lo que es ciertísimo; pero no lo es menos que cuando Colin Archer creó esta su famosa obra maestra, le dotó de condiciones marineras difíciles de igualar. Para poder esquivar los golpes de mar como el *Fram* hacía, tenía que poseer gran agilidad, lo que pudimos comprobar a cada paso. Todo el camino por la zona occidental fué de un bailoteo incesante, pero con el tiempo nos habíamos acostumbrado a esta molestia bastante pesada, aunque menos que la de vernos inundados. Quizá los que más sufrían eran los que trabajaban en la cocina, y no es cosa de juego hacer estos oficios cuando durante semanas enteras no se puede agarrar una taza de café sin temor a verla escapar de las manos. Requiere paciencia y voluntad patente a la vez; mas nuestros dos compañeros Lindströn y Olsen, que tenían a su cargo la preparación de nuestra comida en tan difíciles condiciones, tenían el dón de considerar las cosas desde el punto de vista humorístico, y esto nos valía mucho.

Por lo que mira a los perros, no hacían mucho caso de las rachas con tal que no lloviera. A la lluvia la detestaban, y cualquier manera de humedad es lo peor que puede ofrecerse a los perros árticos. Si la cubierta estaba mojada, no osaban acostarse, sino que permanecían derechos y sin movimiento horas enteras, tratando de descabezar un

sueño en posición tan incómoda. Por lo demás, no fué mucho lo que durmieron en este camino; pero en compensación, cuando el tiempo era bueno dormían día y noche sin cesar. Al Sur del Cabo perdimos dos perros; cayeron al mar una noche oscura en que el barco cabeceaba de manera tremenda. Teníamos un depósito de carbón en la parte posterior de la cubierta, a babor, que llegaba a la altura de los parapetos; los canes parece que acostumbraban a subir en él y perdieron el equilibrio. Tomamos precauciones para que no volviera a pasar lo mismo.

Felizmente para nuestros animales, el tiempo en la zona de los vientos occidentales estaba sujeto a cambios frecuentísimos. Sin duda habían pasado muchas noches sin sueño, con lluvia, aguanieve y granizo; pero, por otra parte, no tenían que aguardar mucho tiempo sin que apareciera un rayo de sol. El viento es las más veces de carácter ciclónico, saltando repentinamente de un cuadrante a otro, y estos saltos traen aparejado cambio de tiempo. Cuando el barómetro empieza a bajar, es aviso seguro de aproximarse el viento Noroeste, que es muy impetuoso y va aumentando de fuerza hasta que cesa el descenso del barómetro. Cuando ocurre esto, se sigue una pausa corta o salta el viento súbitamente hacia el Suroeste, y sopla de este cuadrante con gran violencia creciente, mientras el barómetro sube rápidamente. El cambio de tiempo va acompañado casi siempre de serenidad en el cielo.

Circunstancia que aporta elemento peligroso a la navegación en las latitudes en que nos hallábamos, es la posibilidad de chocar con un banco de hielo en la oscuridad o con el mal tiempo; porque ocurre algunas veces que estos monstruos siniestros van a la deriva en sus carreras vagabundas hasta donde nos hallábamos y más al Norte; aunque la probabilidad de chocar no es en sí muy grande, y puede reducirse a un mínimo adoptando las debidas

precauciones. Por la noche un vigía experto y atento sería siempre capaz de ver la blancura del hielo a una distancia muy grande. Desde el tiempo en que habíamos calculado con alguna probabilidad el encuentro de los bancos de hielo, observábamos la temperatura del agua todas las noches y cada dos horas.

Como la isla de Kerguelen está situada casi directamente en el camino que pensábamos seguir, decidimos por varias razones hacer escala en ella y visitar la estación ballenera noruega que allí hay. Ultimamente muchos de los perros habían empezado a enflaquecer y parecía que esto fuera debido a no tener suficientes grasas en su alimento; en la Isla de Kerguelen habría ocasión muy probablemente de adquirir la grasa que necesitábamos. En cuanto al agua, si es cierto que teníamos solamente la precisa, consumiéndola con parsimonia nada nos perjudicábamos con llenar allí los depósitos. Yo esperaba también poder encontrar tres o cuatro hombres más, pues el *Fram* iba poco bien equipado con los sólo diez hombres que se habían alistado para hacer un viaje muy distinto del que en realidad se iba a cumplir, pues se pensaba que no tenía otro objeto que doblar el Cabo de Hornos a Buenos Aires.

Otra razón para la visita proyectada es que constituiría un agradable esparcimiento. Ahora podíamos bogar con toda la celeridad posible, y el viento del Oeste nos ayudaba maravillosamente; una brisa recia sucedía a otra, sin que por ello el tiempo fuera excesivamente borrascoso. Nuestro camino diario por entonces llegaba a ciento cincuenta millas; en un día hicimos ciento setenta y cuatro; fué la jornada más hermosa de todo el viaje, y no floja hazaña para un barco como el *Fram*, tan levemente aparejado y de casco tan cargado.

La tarde del 28 de Noviembre divisamos tierra. Era

una cumbre pelada y rocosa que, por lo que se deducía de nuestras observaciones, debería ser la isla llamada Cabo de Bligh, que está situada unas cuantas millas más allá de la isla de Kerguelen; pero como el tiempo no era muy claro y no conocíamos los canales, preferimos mantenernos a alguna distancia aquella noche. A la mañana siguiente aclaró el tiempo y podíamos arribar con cuidado. Hicimos rumbo por el canal Real, donde suponíamos que estaría situada la estación ballenera. Caminábamos admirablemente impulsados por la fresca brisa de la mañana, y ya íbamos doblando el último cabo de la isla cuando de repente sobrevino una racha; una cortina de lluvias nos ocultó aquella tierra desnuda e inamable, con lo que se nos presentaba ocasión de escoger entre esperar allí por tiempo indefinido o continuar nuestro viaje. Sin vacilar mucho nos decidimos por lo último. Era, en verdad, alentador el poder comunicar con otros hombres, y en particular compatriotas, pero nos interesaba más acabar con las 4.000 millas que faltaban para llegar a la Barra lo más pronto posible. Luego se vió que habíamos escogido bien. Diciembre nos trajo un viento hermoso, aún más fresco que el de Noviembre, y hacia mediados del mes habíamos ya recorrido la mitad de la distancia entre la isla de Kerguelen y nuestro punto de destino. Reparábamos las fuerzas de nuestros perros, dándoles de cuando en cuando abundante manteca que les surtía efecto maravilloso. Nosotros no padecimos ningún mal; gozábamos de la salud más completa, y nuestros ánimos se esforzaban según nos acercábamos a nuestro objetivo.

Nuestro estado de salud en tan notables condiciones de bondad, durante todo el viaje, debe explicarse principalmente por la excelencia de nuestras provisiones. Mientras duró el viaje de Noruega a Madera habíamos vivido lautamente, comiendo cochinitos que habíamos lle-

vado a bordo; pero acabado este regalo, hubimos de contentarnos con carne en conserva, cambio que no nos contrarió mucho, porque la teníamos muy sabrosa y excelente.

Había servicio separado para los dos camarotes, pero la comida era la misma, excelente para todos. A las ocho el desayuno, que consistía en pasteles americanos recientes con mermelada o jamón, queso, pan reciente y café ó cacao. La comida, por lo general, se componía de un plato de carne y dulce. Como ya se ha dicho, no podíamos permitirnos el gusto de tener sopa todos los días, por la gran cantidad de agua que se requería; la teníamos sólo los domingos. El segundo plato consistía, de ordinario, en frutas de California. Nuestro propósito era usar frutas, legumbres y jamón á todo pasto, que es indudablemente el mejor medio para evitar la enfermedad. A la comida no bebíamos más que jarabes y agua. Los miércoles y sábados nos permitíamos un vaso de licor. Sé por experiencia qué deliciosa es una taza de café cuando ha de entrar uno a hacer guardia y velar durante la noche. Por muy soñoliento y entumecido que se encuentre uno, un sorbo de café caliente le vuelve otro hombre en mejor estado; así que el café en las guardias nocturnas fué institución permanente a bordo del *Fram*.

Cerca de Navidad nos aproximamos al meridiano 150° en la latitud 56° S., lo que suponía no más de 900 millas antes de encontrar las masas de hielo que esperábamos. Nuestro magnífico viento del Oeste, que nos había impelido durante semanas enteras y librado de toda ansiedad sobre si llegaríamos demasiado tarde, ya había cesado por completo. Efecto de este cambio tuvimos que luchar varios días con calmas y vientos contrarios. El día antes de Nochebuena nos trajo lluvias y rachas del Suroeste que no nos beneficiaron gran cosa. Si habíamos de feste-

jar, como queríamos, la Navidad, buen tiempo era lo que necesitábamos, pues de otra suerte, el incesante cabeceo del barco aguaba nuestras diversiones, y no nos faltaba otra cosa que tener que celebrar la Nochebuena con tormentas, viento contrario y otras amenidades por el estilo; peores cosas habían ocurrido antes. Por otra parte, no había de nosotros quien no suspirase por un poco de esparcimiento: nuestra vida había sido demasiado monótona y vulgar por mucho tiempo; pero, como antes decía, la víspera de Nochebuena no prometía nada de halagüeño. La única señal de que se acercaba un día de fiesta era que Lindström, a despecho del infernal movimiento del barco, estaba confeccionando diligentemente las tortas de Navidad. Insinuámosle la idea de que nos las repartiera según iban haciéndose, porque es bien sabido que son mejor recién salidas del horno, pero Lindström no quiso escucharnos. Se eclipsaron hasta que él quiso, bajo cerradura y llave, y hubimos de contentarnos con el olor.

La Nochebuena llegó con tiempo mejor y mar más tranquilo que el que habíamos visto hacía algunas semanas. El barco caminaba ligero y nada nos impedía los preparativos de la Navidad. El día anterior fué ocupadísimo. La cámara de proa fué lavada y fregoteada hasta que la pintura de Ripolin y los cobres compitieron en brillo deslumbrador; Rönne adornó su obrador con gallardetes, y la antigua salutación de «Felices Pascuas» nos recibía en un transparente colocado sobre la puerta del salón. Por su parte Nilsen no se descuidaba en manifestar sus talentos envidiables de decorador. El gramófono fué colocado en mi camarote sobre una plataforma que pendía del techo. El concierto de piano, violín y mandolina que se había proyectado, hubo que dejarlo porque el piano estaba desafinado.

Los varios miembros de nuestra pequeña comunidad

aparecieron uno tras otro, vestidos y ataviados en forma tal que no había quien los conociese. Las caras regordetas aparecían limpias de barbas, y esto acusaba de manera más pronunciada las diferencias de facciones. A las cinco se paró la máquina, y todos los miembros de la tripulación se reunieron en la cámara de proa, a excepción del timonel. Nuestros camarotes tenían un aspecto mágico a la mansa luz de las lámparas multicolores, y todos disfrutábamos el humor propio de la festividad, sin faltar uno. La decoración enaltecía á los que la habían llevado a cabo, y a los que habían proporcionado lo conducente a ella, como los Sres. Schroer y el propietario del banco ostrero de Cristianía, Ditley-Hansen.

Tomamos asiento en torno a la mesa que estaba colmada de las obras maestras culinarias de Lindström. Yo me deslicé bajo las cortinas de mi camarote un momento, y puse el gramófono en marcha. Harold cantó el «Julio Feliz.»

No dejó el canto de producir sus efectos: era difícil verlos en la modesta luz, pero yo me figuro que en aquella compañía de hombres varoniles que se sentaba alrededor de la mesa apenas había alguno a quien no asomasen las lágrimas en los ojos. Los pensamientos de todos llevaban el mismo rumbo: volaban á la patria, al viejo país nórdico, y no otra cosa deseábamos sino que las personas que dejábamos no estuvieran peor que nosotros. El sentimiento melancólico cedió paso a la alegría y buen humor; en el curso de la comida rompió el fuego uno de nuestros camaradas con una canción improvisada que tuvo sin igual éxito. En cada verso se ponían de relieve, con más o menos intensidad, los defectillos de cada uno de los presentes, y entre verso y verso aparecían comentarios en prosa. Tanto en el pensamiento como en la forma, alcanzó el autor el intento de su trabajo, el cual no

era otro que el de poner en movimiento los músculos risorios.

En la cámara de popa se había instalado una mesa de café bien provista, en que figuraba sobre todo la copiosa obra de repostería de Lindström con un gigantesco *Kransekake*, o pastel Real de Hansen, descollando en medio de las demás cosas. Mientras nos dedicábamos a hacer el debido honor a todas aquellas golosinas, andaba Lindström afuera muy solícito. Acabamos el café, y nos sorprendió la gloriosa aparición de un árbol de Navidad. Era artificial, pero tan perfectamente imitado, que parecía recién cortado del bosque. Era asimismo regalo de los señores Schroer.

Luego vino la distribución de los regalos de Navidad. Entre los muchos amigos cariñosos que se habían acordado de nosotros, debemos mencionar a las Juntas de Señoras de Horten y Fredrikstadt, y a las telefonistas de Cristianía. Todas tienen derecho a nuestra más ferviente gratitud, por haber contribuido a hacer de nuestra Navidad lo que fué un recuerdo magnífico del largo viaje.

Hacia las diez de la noche las candelas del árbol de Navidad se iban consumiendo y la fiesta tocaba a su término. Había sido feliz desde el comienzo hasta el fin, y teníamos que estar dispuestos cuando nuestros deberes de cada día nos llamasen.

En esta parte del viaje que nos quedaba por hacer, el de la región entre el Continente Australiano y la zona Antártica de los hielos, estábamos prontos a sufrir toda clase de pruebas por las malas condiciones del tiempo. Habíamos leído y oído tanto de lo que otros tuvieron que afrontar en estas aguas, que involuntariamente las relacionábamos con todos los horrores que pueden sobrevenir a un marino. Y no porque el barco nos inspirara desconfianza: le conocíamos sobrado para pensar que muy malo

tenía que ser el temporal que lograra averiarlo. Lo que nos espantaba era la tardanza.

Mas ni ésta nos afligió ni ningún otro mal: el medio día de Navidad tuvimos cabalmente lo que se necesitaba para animarnos: un viento fresco del Noroeste, lo suficientemente fuerte para hacernos caminar de la mejor manera hacia nuestro destino. Después subió un poco hacia el Oeste, y perseveró casi toda la semana de Navidad hasta el 30 de Diciembre, que llegamos al meridiano  $170^{\circ}$  E., y al paralelo  $70^{\circ}$  S. Con esto habíamos avanzado lo bastante al Este, y podíamos empezar ahora el rumbo hacia el Sur; apenas habíamos puesto proa en esta dirección cuando una recia brisa del Norte sustituyó al viento anterior. No se podía pedir más; de esta forma no tardaríamos mucho en recorrer los grados de latitud que nos faltaban. Nuestros fieles compañeros de la zona Occidental, los albatros, dejaron de verse, y pronto empezaríamos a contemplar los primeros representantes de la fauna alada de Antártica.

Después de examinar con atenta consideración las experiencias de nuestros predecesores, se decidió que nuestro rumbo se encaminaría de modo que cruzáramos el paralelo  $65^{\circ}$  en la longitud  $175^{\circ}$  E. Lo que teníamos que hacer era ganar lo antes posible el cinturón de bancos de hielo que interrumpe el camino del Mar del Ross, al Sur, y que está abierto siempre en el verano. Muchos barcos se han tenido que detener lo menos seis semanas ante este cinturón de hielos; otros lo han atravesado en pocas horas. Nosotros, sin vacilar, preferimos imitar a los últimos, y por consiguiente, emprendimos los que los más afortunados indicaron.

Por lo demás, la anchura del cinturón de hielos puede estar sujeta a algunos cambios fortuitos; pero parece, sin embargo, que, por lo general, la región comprendida entre los  $175^{\circ}$  y  $180^{\circ}$  de longitud ofrece las mayores fa-

cilidades para ser atravesada rápidamente; de todos modos, más allá de esta longitud no se debe aventurar nadie. A medio día de la víspera de Año Nuevo estábamos en la latitud  $62^{\circ}, 15'$  S. Así que al terminar el año nuestra rapidez había sido más de lo que se podía creer. Como los años anteriores, el que terminaba había tenido sus triunfos y sus fracasos; pero lo principal era que a su término nos encontrábamos lo más cerca posible de donde según nuestros cálculos debíamos estar, y sanos y salvos. Convenidos de ello, dimos nuestro adiós al 1910 con toda cordialidad, y brindando aquella noche ante un vaso de vino de palma, no sin desearnos toda ventura posible para el 1911.

A las tres de la mañana del primer día del año, el oficial de guardia me llamó para anunciarme que estaba a la vista el primer banco de hielo. Subí para verlo. Allí estaba lejos de la dirección del viento, brillando como un alcázar a los rayos matutinos del sol. Era una mole grande, aplastada, de la forma típica antártica. Parecerá quizá paradójico si digo que saludamos la vista de los hielos con satisfacción y alegría: un banco de hielo es, por lo general, lo más impropio para alegrar el corazón del marino, pero nosotros no nos fijábamos en los peligros que ofrece entonces. El encuentro con el tremendo coloso tenía otra significación que inspiraba nuestro interés: la de que la barrera de los hielos no debía estar lejos. Todos como un solo hombre suspirábamos por llegar a ella, pues sería una gran mudanza en la vida monótona que por tanto tiempo habíamos llevado y de la que empezábamos a cansarnos un poco. Sólo el poder andar algunos pasos sobre un hielo flotante nos aparecía suceso de importancia, y no menos nos regocijaba la perspectiva de poder dar a nuestros perros una buena ración de carne de foca, y nosotros mismos no teníamos reparo en introducir alguna variación en nuestro régimen alimenticio.

El número de bancos de hielo aumentó durante la tarde y la noche, y con tales vecinos nos hubiera convenido tener la luz del día durante las veinticuatro horas. El tiempo no podía ser mejor, despejado y bello, con un viento poco fuerte, pero favorable. A las ocho de la tarde del 2 de Enero atravesamos el Círculo Antártico, y una hora o dos más tarde el vigía anunció la zona de los hielos enfrente. Con el tiempo que hacía no parecía que hubiera de estorbarnos demasiado; los hielos flotantes aparecían reunidos en largas hileras con anchos canales de agua libre entre ellas. Aceleramos el paso hacia ellos. Nuestra posición era entonces long. 176°, E., y lat. 66°,30' S. De repente los hielos se apelotonaron, la cubierta del barco quedó lisa de nuevo, y después de dos meses de incesantes fatigas pudimos volver a movernos libremente o poco menos, lo que venía a ser una proeza.

A las nueve de la mañana del siguiente día se nos presentó por primera vez ocasión de cazar focas; una enorme, de las llamadas de Weddell, apareció á la vista en un hielo flotante frontero á nosotros. Vió cómo nos acercábamos con perfecta calma, pensando que no valía la pena de moverse una pulgada hasta que una bala de rifle la convenciera de lo serio de su situación. Entonces trató de lanzarse al agua, pero ya era tarde. Dos hombres estaban ya preparados en el témpano flotante, y no dejaron perder la estimable presa. Al cabo de un cuarto de hora, estaba en la cubierta de nuestro buque, desollada y partida por manos hábiles; esto nos proporcionó de un golpe lo menos cuatrocientas libras de carne para los perros, sin contar numerosas y excelentes raciones para los hombres. Repetimos la operación tres veces en aquel mismo día, con lo que dispusimos de más de una tonelada de carne fresca y de grasa.

Casi no es menester decir que aquel día hubo gran

fiesta a bordo. Los perros hicieron cuanto pudieron por aprovecharse de la ocasión; comieron, para decirlo de una vez, hasta que sus patas no podían con ellos, y les concedimos este hartazgo con plena conciencia de que lo merecían y no podía perjudicarles. En cuanto a nosotros, claro es que observamos más moderación, pero el festín fué pronto despachado. Las tajadas de foca tenían muy fervorosos partidarios ya, y aún se atrajeron más. La sopa de foca, en que nuestras excelentes legumbres parecían aumentar de mérito, aún creo que obtuvieron más estimación.

Las primeras veinticuatro horas después de nuestra entrada en los hielos, estaban tan disgregados, que pudimos seguir nuestro camino y mantener nuestra velocidad, en realidad, todo el tiempo. En los dos días siguientes no fué tan llano. A veces las hileras de témpanos se cerraban del todo y teníamos que dar la vuelta. Pero no se puede decir que el estorbo fuera demasiado; siempre ofrecían pasos suficientemente amplios que nos permitían seguir. Durante el 6 de Enero cambió la situación; los hielos se juntaron más, y los canales se estrecharon. A las seis de la tarde se veía el mar libre hasta donde alcanzaba la vista, en todas direcciones. Nuestras observaciones del día dieron por resultado: lat., 70° S.; long., 180° E.

Nuestro paso por entre los hielos había sido una excursión de recreo de cuatro días, y tengo la sospecha de que muchos de entre nosotros miraban atrás con el secreto pesar de no vagar ya más por aquellas tranquilas aguas que separaban los témpanos flotantes, cuando el encrepamiento del mar libre de Ross diera al *Fram* nueva ocasión de ostentar sus condiciones marineras.

Pero también esta última parte del viaje había de ser favorecida por la fortuna. Estas aguas, poco conocidas relativamente, no tenían terrores que oponernos. El tiempo

seguía incomparablemente bello. No hubiera podido ser mejor en una excursión estival por el Mar del Norte. Bancos de hielo puede decirse que no los había; unos cuantos témpanos flotantes, sumamente pequeños, es todo cuanto vimos en los cuatro días que duró nuestro paso por el Mar de Ross.

Hacia el medio día del 11 de Enero, un brillo muy notable del cielo austral anunciaba que no estaba lejos el objetivo por el que habíamos luchado durante cinco meses. A las dos y media de la tarde llegamos á la vista de la Gran Barrera de los Hielos. Se iba levantando gradualmente de sobre la superficie del mar, hasta que se nos apareció frente a frente con toda su imponente majestad. Es difícil dar con la pluma idea de la impresión que esta gigantesca muralla de hielo produce en el observador que por primera vez la encuentra. Es cosa indescriptible, pero lo que se comprende muy bien es que esta muralla de cien piés de elevación haya sido considerada por una generación entera como obstáculo insuperable que cierra el camino hacia el Sur.

Sabíamos que la teoría de la impregnabilidad de la Barrera ya hacía tiempo que había sido desechada; había una entrada hacia el reino desconocido situado más allá. Esta entrada, que es la Bahía de las Ballenas, debía hallarse, según las descripciones, á unas cien millas al Este de la posición en que estábamos. Nuestro viaje habíase mudado hacia el Este efectivo, y durante una travesía de veinticuatro horas a lo largo de la Barrera, teníamos todo motivo para maravillarnos de esta obra gigantesca de la Naturaleza. No sin cierto sentimiento de estupor, mirábamos hacia adelante, al llegar al puesto que buscábamos. ¿En qué estado lo encontraríamos? ¿Qué pruebas teníamos de que desembarcaríamos en él convenientemente?

Pasaban uno tras otro los accidentes de la costa, pero

nuestros ojos ansiosos no encontraban más que la muralla vertical dicha. Por fin, la tarde del 12 de Enero se abrió. Esto estuvo de acuerdo con lo que esperábamos; estábamos ahora en la longitud  $164^{\circ}$ , el punto mismo en que nuestros predecesores habían encontrado acceso anteriormente.

Teníamos ante nosotros una gran bahía, tan internada en tierra, que era imposible ver su fin desde la atalaya; pero por el momento no había medio de entrar en ella. La bahía estaba llena de hielos flotantes grandes, verdadero mar de hielo recientemente despedazado; seguimos, pues un poco más hacia el Este, aguardando se modificara aquella superficie. A la mañana siguiente volvimos, y después de unas cuantas horas, los hielos empezaron á moverse. Bogaban uno en pos de otros, y pronto dejaron paso libre.

Cuando hicimos rumbo a la bahía, vimos claramente que podíamos muy bien desembarcar. Sólo faltaba escoger el mejor sitio para efectuarlo.

## CAPÍTULO V

### SOBRE LA BARRERA

Habíamos, pues, llegado el 14 de Enero, un día antes de lo que habíamos calculado, a este vasto y misterioso prodigio de la Naturaleza que se llama la Barrera. Uno de los más difíciles problemas de la expedición estaba resuelto: el de transportar nuestros animales de tiro en condiciones de salud al campo de operaciones. Habíamos embarcado 97 perros en Christiansand; su número había aumentado ahora hasta 116, y, en realidad, todos podían servir para el viaje final al Sur.

El otro problema de consideración que se nos presentaba ahora era el de encontrar un lugar a propósito en la Barrera donde acampar. Mi designio había sido llevar todos nuestros aprestos y provisiones bastante adentro para asegurarnos contra el riesgo de que la Barrera estuviera sujeta al desgaste, lo que ocasionaría el que impensadamente nos encontráramos en las aguas del Pacífico.

Por esto había fijado yo en unas diez millas la distancia de la orilla de la Barrera á que debíamos situarnos. Pero aun nuestra primera impresión acerca del terreno parecía indicar que nos podíamos ahorrar una gran parte de este transporte prolijo y enojoso. A lo largo de su margen presenta la Barrera una superficie lisa y llana; pero en lo interno de la bahía sus condiciones eran enteramente distintas. Desde la misma cubierta del *Fram* podíamos observar grandes asperezas de la superficie en

todas direcciones; enormes prominencias del terreno con cavidades entre ellas que se extendían por todas partes. La altura mayor se veía al Sur en forma de una loma alta y combada, que representaba tener una elevación de 500 pies sobre el horizonte. Pero se podía suponer que aquella loma continuaba más allá de lo que nuestra vista podía alcanzar.

Nuestra hipótesis original de que esta bahía debía estar asentada en tierra firme, parecía, pues, confirmarse inmediatamente. No tardamos mucho en amarrar el buque a una punta de hielo previamente determinada que se extendía más de milla y cuarto del borde de la Barra. Todo se había dispuesto con tiempo sobrado. Bjaaland había preparado nuestros skis, y cada uno se había ajustado su par correspondiente. Los botas de los skis se habían ensayado algunas veces con un par de calcetines y otras con dos. Resultaba, después de todo, que las tales botas eran pequeñas. Conseguir que un zapatero las haga espaciosas, es, á mi juicio, de imposibilidad absoluta. Sin embargo, con dos pares de calcetines podíamos en toda ocasión andar por las cercanías del barco. Para jornadas largas teníamos las de aquel tejido especial de lona que he mencionado ya.

Del resto de nuestros avíos sólo me falta nombrar las cuerdas alpinas que estaban preparadas hacía algún tiempo. Eran de treinta yardas de largo y hechas de muy fino torzal, suave como seda, de uso particular para bajas temperaturas.

Después de una breve comida, cuatro de nosotros salimos. Esta primera excursión ofrecía mucha gravedad, como que de ella dependía gran parte del resultado. El tiempo era magnífico, tranquilo, con brillante claridad solar y unas nubecillas ligeras como plumas en el azul pálido y bello del cielo, y cierta templanza en el aire que

se sentía aun caminando por el inmenso campo de hielo. Allí había focas echadas en los témpanos por todo el espacio que dominaba la vista, como grandes y aplastadas montañas de carne; sustento bastante para nosotros y nuestros perros, aunque hubiéramos de permanecer allí varios años.

El camino era ideal; nuestros skis se deslizaban fácil y agradablemente por la blanda nieve recién caída. Pero ninguno de nosotros se hallaba suficientemente ejercitado después de cinco meses de navegación; así que nuestro paso no era muy veloz. Después de media hora de marcha, llegamos al primer punto importante, aquel en que se unen el mar de hielo y la Barrera. Esta unión obsesionaba nuestros cerebros. ¿Cómo sería? ¿Quizá una pared perpendicular de hielo por la que habíamos de izar nuestras cosas con la ayuda de ganchos?, ó tal vez una grieta honda, peligrosa, que no podíamos pasar sin dar un largo rodeo? Algo así esperábamos que hubiese. Este monstruo terrible, descomunal, no había de entregarse á nosotros sin algún género de resistencia.

¡Barrera misteriosa! Todos los relatos sin excepción, desde los tiempos de Ross hasta los nuestros, han hablado de esta extraña formación natural con supersticioso temor. Es como si entre líneas advirtieran: «¡Alto! ¡No pases! ¡Que es la Barrera Sagrada!»

A la una, á las dos, á las tres. Un brinco, y ya estaba salvada la Barrera.

Nos mirábamos unos a otros y sonreíamos; tal vez el mismo pensamiento bullía en la mente de todos. El monstruo había empezado a perder algo de su misterio; el terror, algo de su fuerza; lo incomprendible empezaba a ser comprendido fácilmente.

Sin golpe ni estruendo habíamos entrado en nuestro reino. La Barrera tenía en este paraje veinte pies de al-

tura, y la juntura entre ella y el canal de hielo estaba completamente llena de nieve apelonada; así que la subida tomaba la forma de una pendiente pequeña y suave. Este punto, pues, no había de ofrecernos resistencia ninguna.

Hasta allí habíamos avanzado sin emplear una cuerda. El mar de hielo sabíamos que no había de presentar dificultades imprevistas; pero cómo estarían las cosas más allá de la Barrera, era ya otra cuestión; y como creíamos que mejor sería tener una cuerda antes que caer en un barranco después, nuestro primer avance lo hicimos llevando una cuerda los dos delanteros.

Seguimos en dirección oriental por un pequeño valle formado por el monte «Nelson», a un lado, y el monte «Rönniken», al otro. No se figure el lector por nombres tan pretenciosos que caminábamos entre cordilleras gigantescas. Los montes Nelson y Rönniken no son más que unas antiguas abolladuras del terreno, determinadas por la presión que las poderosas masas de hielo de los primeros días ejercieron con espantosa fuerza, sin encontrar estorbo ni resistencia hasta llegar a este lugar en que se encontraron con un poder superior que las hendió y desmenuzó y puso límite a sus progresos. Debió ser una colisión espantosa, como en el fin del mundo; pero ahora todo había concluído; paz, ambiente de paz infinita es lo que allí se respira. Nelson y Rönniken eran sólo dos veteranos retirados. Y considerados como obra de simple presión de los hielos, eran enormes, con su altura de cien pies. En el valle, la llanura que rodeaba al Nelson era muy lisa, y la del Rönniken apenas mostraba alguna pequeña arruga, hendidura y hoyo. Nos aprovechamos con cautela; no era fácil ver su profundidad, y sí tenía alguna conexión invisible con el Nelson al otro lado del valle. Pero no sucedía tal. Examinada más de cerca la profun-

da hendidura, se vió que tenía sólidos y macizos cimientos. Entre las lomas, la superficie era perfectamente lisa, y ofrecía un sitio excelente para un campo de perros.

El capitán Nilsen y yo habíamos elaborado una especie de programa de la tarea que había de realizarse, y en él se decidía que los perros fueran inmediatamente conducidos á la barrera, encargándose de ellos dos hombres. Elegimos aquel sitio para este efecto. Aquellos tesos contaban la historia del paraje con suficiente claridad; no teníamos que temer género ninguno de accidentes allí. El sitio tenía, por añadidura, la ventaja de poderse ver desde allí el barco, y siempre había así comunicación con los de á bordo.

De allí torcía el valle ligeramente hacia el Sur. Después de haber marcado el sitio en que había de plantarse nuestra primera tienda, continuamos nuestras investigaciones. El valle ascendía nuevamente y alcanzaba la altura de cien pies. Desde ella teníamos una vista excelente sobre el valle que habíamos recorrido y sobre todos sus alrededores. Al Norte se extendía la barrera á nivel y recta, al parecer sin interrupción, y terminaba al Oeste en la pendiente a plomo del Cabo de Cabeza de Hombre, que formaba el límite de la parte interna de la bahía de las Ballenas, y proporcionaba un pequeño rincón abrigado con espacio suficiente para nuestro barco. Allí, el total de la parte interna de la bahía estaba limitado por hielos, y nada más que hielos blancos y azulados hasta donde la vista alcanzaba. Aquel sitio debía ofrecer maravillosos juegos de luz y color después, según nos parecía, y así era.

El cerro en que estábamos no era muy vasto, unas doscientas yardas creo yo, y en muchos lugares estaba barrida la nieve por el viento, de modo que se veía el hielo azul mismo. Pasamos sobre él y nos encaminamos a

las Termópilas, que se extendían en dirección meridional desde el cerro, y después de un ligero declive terminaban en una gran llanura rodeada de alturas por todas partes, así que formaban como una cuenca. La prominencia que recorriamos y bajaba hasta la cuenca, estaba quebrada en muchos sitios, pero sus grietas eran angostas y casi enteramente llenas de nieve blanda, por lo que no eran peligrosas. La cuenca nos pareció bien abrigada y defendida y de toda seguridad; aquella faja de hielo era, con excepción de dos pequeños montículos de forma de pilas, toda llana y libre de hendiduras.

La atravesamos y subimos al cerro que se erguía mansamente hacia el Sur. Desde su cumbre todo era liso y llano como no habíamos visto nada; cuanto se diga es poco. Durante algún tiempo continuamos a lo largo del cerro en dirección Este, sin encontrar sitio conveniente para nuestro propósito. Nuestros pensamientos se volvieron entonces hacia la cuenca de que he hablado como el sitio más abrigado que habíamos visto.

Desde la altura en que ahora estábamos podíamos mirar hacia la parte Sureste de la Bahía de las Ballenas. Contrastando con aquella parte de hielo básico a que habíamos amarrado, lo interno de la Bahía parecía estar formado por hielo comprimido. Pero tuvimos que dejar para más tarde el examen detenido de aquella parte. A todos nos pareció bien la cuenca, y convinimos en escogerla para nuestra futura morada. Volvimos, pues, y no nos costó mucho acertar con la llanura, siguiendo nuestras propias pisadas.

Haciendo un examen completo del suelo, y discutiendo las varias probabilidades que se presentaban, llegamos a concluir que el lugar de emplazamiento de la barraca habríamos de buscarlo en la pequeña altura que se levantaba hacia el Este. Nos parecía que allí estaríamos más

abrigados que en cualquier otra parte, y no nos engañáramos. Mucho nos animó el ver que habíamos escogido el mejor lugar que ofrecía la Barrera. En el sitio en que había de emplazarse la barraca plantamos una pértiga de ski, y regresamos.

Las buenas noticias que llevábamos de haber encontrado un sitio favorable para la barraca produjeron naturalmente gran satisfacción a todos; pues todos sin decir nada habían temido tener que verificar un largo y enojoso transporte a la Barrera.

La vida hervía entre aquellos hielos. Adondequiera que nos dirigíamos veíamos grandes rebaños de focas, Weddells y cangrejas. El gran leopardo marino que habíamos visto una vez en los hielos flotantes no se veía por allí, ni encontramos durante nuestra estancia entera en la Bahía de las Ballenas ningún ejemplar de esta especie, ni tampoco la foca de Ross. No se veían muy frecuentemente pingüinos; sólo alguno que otro; eran de gran valor para nosotros. Los pocos que habíamos visto pertenecían a la raza de Adelia casi todos. Cuando trabajamos en la faena de amarrar el barco, apareció de improviso una bandada de estas aves, tanto en el agua como en el hielo. Miraban en torno suyo como sorprendidas un momento; ni barcos ni hombres frecuentaban mucho aquellos lugares, pero parecía como si su asombro cediera ante la curiosidad de ver lo que estábamos haciendo. Se posaron con toda calma y se dedicaron a estudiar nuestros movimientos. Sólo alguna que otra vez gruñían un poco y daban una vuelta por entre los hielos. Lo que les interesaba especialmente era nuestra tarea de abrir hoyos en la nieve para poner los anclones de los cables que sujetarían la barraca. Se apiñaban en el sitio donde se practicaba este trabajo, metían la cabeza en todas partes y miraban con muestras del más vivo interés. No da-

ban, en cambio, ninguna de temernos, y a los más dejamos en paz. Pero algunos tenían que ser sacrificados, los necesitábamos para nuestra colección.

Aquel mismo día tuvo lugar una cacería de focas animadísima. Tres cangrejeiras habían osado acercarse a nuestro barco y las designamos para aumentar nuestro acopio de carne fresca. Escogimos dos de los mejores cazadores y nos aseguraran la presa; acercáronse con el mayor cuidado, aunque no era necesario, porque las focas estaban completamente inmóviles. Se arrastraron hacia adelante a la manera de un Piel roja, con la cabeza y el cuerpo encorvado; cosa digna de verse; no pude menos de reírme, pero dentro de los límites de la conveniencia. Dos de las focas dormidas se estremecen ligeramente y ya no vuelven a moverse. Con la tercera ya no fué lo mismo. Con movimientos de culebra se escurre por entre la nieve con rapidez prodigiosa. Ya no se trata de tiro al blanco, sino de montería real, y el resultado es pura diversión. ¡Pum, pum!, y así sin parar. Buena cosa es tener muchas municiones; uno de los cazadores gasta todos sus cartuchos y tiene que volver por más; pero el otro se lanza en persecución de la pieza herida. ¿Cómo es posible ya contener la risa dentro de la conveniencia? Yo me estremecía a carcajadas. Siguió la caza por entre la muelle nieve; la foca delante y el cazador detrás. Pude apreciar por los movimientos del cazador que iba furioso, como quien comprendía que había hecho algo indigno de su reputación de tal. La foca iba a tan buen paso, que levantaba nubes de nieve, que, aunque muy alta y fofa, no dejaba hundir al animal; de tal modo corría. No así el cazador, que se doblaba de rodillas a cada paso, y en poco tiempo quedó a gran distancia. De cuando en cuando hacía un alto, apuntaba y disparaba. Luego nos aseguró que todos sus tiros habían dado en el blanco; yo tengo

mis dudas. De todas maneras la foca no pareció darse cuenta de ello, porque seguía con inquebrantable celeridad. Al fin el esforzado cazador se rindió y dió la vuelta. «Bestialmente difícil de matar», le oí murmurar cuando llegó a bordo. Reprimí una carcajada, pues no quería herir en lo vivo su amor propio.

¡Qué noche aquella! El sol, a pesar de lo avanzado de la hora, alumbra en lo alto de los cielos. Sobre todo el paisaje montañoso de hielos, sobre la gigantesca Barrera que corre al Sur se cierne una luz brillante blanca tan intensa que deslumbra los ojos. Pero hacia el Norte está la noche. De un gris plomizo en el mar pasa a un azul profundo según se va levantando la vista, y gradualmente se apaga hasta perderse en la claridad radiante de la Barrera. Sabemos lo que hay detrás de la noche, de esa masa negra como humo, lo hemos explorado y regresado victoriosos de la empresa. Pero ¿qué se oculta detrás de esta claridad, al Sur? Seductora, atractiva, la dama de nuestros ensueños nos aguarda. Sí, oímos cómo nos llamas; iremos y te estrecharemos en nuestros brazos, aunque tengamos que pagarlo con nuestras vidas.

El día siguiente, domingo, amaneció igualmente espléndido. Mas ahora no teníamos que acordarnos de que era fiesta. A ninguno de nosotros placía perder el día en la inacción. Nos distribuimos en dos compañías, la de exploración de costa y la de tierra. La de mar o costa formada por diez hombres, embarcó en el *Fram*, mientras aquel mismo día la compañía de exploración de tierra se comprometía a vivir en la Barrera un año o dos o lo que fuera preciso. La de costa se componía de Nilsen, Gjertsen, Beck, Sundbeck, Luis Hansen, Kristensen, Rønne, Nødtvedt, Kutschin y Nilsen. La de tierra, de Prestrud, Johansen, Helmer Hanssen, Hassel, Bjaaland, Stubberud, Lindström y yo. Lindström se había de quedar algunos

días en el barco, porque aún teníamos que tomar de él la mayor parte de nuestros víveres. En el plan se prevenía que un grupo compuesto de seis hombres acamparía en una tienda capaz para diez y seis, emplazada entre los montes Nelson y Rönniken, mientras otra de dos viviría en una tienda junto al emplazamiento de la barraca, y procedería a construir ésta. No hay para qué decir que estos dos eran nuestros hábiles carpinteros Bjaaland y Stubberud.

A las once de la mañana estábamos, por fin, prontos a partir. Teníamos un trineo, ocho perros y provisiones y avíos que pesaban en total 660 libras. Mi tiro rompió la marcha. La compañía de costa se había juntado en la cubierta para atestiguar nuestra primera salida. Ya estaba todo a punto, después de incalculables esfuerzos de nuestra parte, o mejor, después de brumar a latigazos a cada uno de los perros, conseguimos, por último, se dispusieran en hilera delante del trineo a la manera de los tiros de trineo de Alaska. Con un movimiento y estallido del látigo lo gobernamos. Yo contemplaba el barco, pues me figuraba cómo todos nuestros camaradas admiraban nuestro principio de viaje. Y aun he de confesar que temo en aquella ocasión haber engallado mi cabeza altivamente con cierto aire de triunfo. Hice mal si así fué, pues debí haber aguardado para sobrellevar con menos dificultad mi derrota, porque derrota fué y de las que hacen época. Los perros habían pasado medio año en no hacer nada, sino comer, beber y dormir, y ahora por las trazas no iban a servir para nada. Ninguno parecía comprender que había empezado una nueva era de trabajo. Después de moverse unos cuantos pasos hacia adelante se tumbaban todos como obedeciendo a una voz de mando y se miraban fijamente unos a otros. El más franco aturdimiento podía leerse en ellos. Cuando por fin conseguimos

con otra dosis de latigazos hacerles comprender lo que en realidad se le pedía que hicieran, en vez de obrar como se les mandaba huyeron cada uno por su lado en el más furioso desorden. ¡Dios nos asista! ¡Buena obra íbamos a realizar con aquellos ocho perros aquel día! Si hubiera de ser así, en el camino del Polo yo calculaba en medio de aquel barullo que tardaríamos un año justo en llegar, sin contar el viaje de regreso. Durante esta confusión dirigí una mirada furtiva al barco, pero la vista de lo que allí sorprendí me hizo retirar los ojos en seguida. Se despedazaban de risa, y gritos del más despectivo tono eran las voces de aliento que llegaban a nosotros. «Si vais de esa manera, llegaréis en Navidad»; o bien, «apretad de firme, que no se escapen». Nosotros apretamos cada vez más. La situación llegó a ser desesperada. Por fin, combinando las fuerzas de hombres y animales, conseguimos mover otra vez el trineo.

No podía, pues, llamarse nuestra primera excursión en trineo verdaderamente triunfal. Plantamos entonces nuestra primera tienda en la Barrera, entre los montes Nelson y Rönniken, una tienda espaciosa, fuerte, capaz para diez y seis hombres, con la lona que servía de piso, cosida. Alrededor de la tienda se unieron cables de alambre en triángulo, a cincuenta yardas por cada lado. Atamos a ellos los perros. En la tienda metimos cinco sacos-camas y gran acopio de víveres. La distancia que habíamos recorrido era de 1,2 millas geográficas, o 2,2 kilómetros medidos con la medida del trineo. Después de terminado este trabajo subimos al sitio designado para estación, en que plantamos otra tienda semejante, de cabida para diez y seis hombres, para uso de los carpinteros, y señalamos el lugar para la barraca. Según la disposición del terreno, acordamos poner la casa mirando al Este y al Oeste, y no a Norte y Sur, como estábamos tentados a

hacerlo, porque era creencia general que los vientos más fuertes y violentos venían del Sur. Acertamos en la decisión. El viento dominante era el que venía de Levante, y así batía en nuestra casa en la pared más pequeña y protegida. La puerta miraba a Occidente. Acabado este trabajo, señalamos el camino de la casa al campamento de abajo, y de aquí al barco, por medio de banderolas negras a cada cincuenta pasos. En este camino podíamos marchar con seguridad de un lugar a otro, sin perder tiempo, si se levantaba alguna tempestad. La distancia desde el emplazamiento de la barraca al barco era de 2,2 millas geográficas, o sea 4 kilómetros. El lunes 16 de Enero empezó activamente la obra. Unos ochenta perros, seis tiros, subieron al primer campamento con todas las provisiones y enseres que podían cargarse en los trineos, y veinte perros, de que se habían encargado Stubberud y Bjaaland, fueron cargados también por completo al otro campo. Mucho trabajo, ciertamente, nos costó los primeros días acostumbrar los perros a la obediencia. De vez en cuando trataban de sustraerse a las órdenes y caminar a su antojo, y fué empeño grandísimo el nuestro para convencerles de que éramos sus dueños efectivos; pero, a pesar de las dificultades, vencimos. ¡Pobres perros! ¡Buena ración de latigazos les tocaba en aquellos días! Nuestra jornada era muy larga; rara vez nos recogíamos antes de las once de la noche, y a las cinco de la mañana estábamos en pie. Pero no nos parecía exageradamente trabajosa; todos teníamos los mismos anhelos de que terminara pronto la obra para que el *Fram* pudiera partir. El estado del puerto no era de lo mejor. El muelle a que habíamos amarrado se despedazaba rápidamente, y fué menester poner a contribución todos los brazos para hacer en seguida otro. Quizá cuando confiábamos en poder descansar tenía que repetirse la operación, porque los hielos se rompían a cada

momento y no permitían vagancia alguna. Es trabajo que desalienta el tener que estar siempre vigilando y dormir con un ojo abierto. Mucho tenían que trabajar nuestros diez camaradas en competir con ella, pues tomaban la tarea con una calma verdaderamente extraordinaria. Siempre estaban de buen humor y preparados para una broma. Era obligación de la compañía de traer todos los víveres y aprestos que necesitáramos para invernar, sacarlos de la bodega y depositarlos en el hielo. Luego la nuestra cargaba con ellos. Este trabajo se hacía lentamente, y rara vez tenían que aguardar los unos por los otros. Durante los primeros días de trineo todos los individuos de la compañía de tierra se quedaron roncós, algunos hasta el punto de no poder hablar. El motivo era nuestro continuo vocear y gritar para hacer andar a los perros; esto dió ocasión a los del mar para ponernos el apodo de charlatanes.

Fuera de la molestia de cambiar a cada momento de fondeadero por la rotura y estorbo de los hielos, el puerto, en otros aspectos, debía considerarse como excelente. Alguna pequeña ondata sobrevenia de cuando en cuando, causando un cabeceo ingrato; pero ninguna otra cosa daba que hacer al barco. Otra gran ventaja era que las corrientes de este punto de la bahía se dirigían hacia afuera, y con esto nos libertaban de los hielos flotantes. La conducción en trineo entre la Barrera y el buque quedó a cargo de cinco hombres, para comenzar, pues los carpinteros estaban atareados con la construcción de la casa. Tenía que designarse también un hombre para custodia de la tienda, porque no podíamos emplear más de la mitad de los tiros, seis perros cada vez. Si hubiéramos enganchado los doce, no nos hubieran faltado disturbios y peleas entre ellos; por esto digo que se necesitaba uno que cuidara de los perros que quedaban sin enganchar.

Otro oficio del guardián era guisar la comida y tener cal-deada la tienda. Era empleo éste muy codiciado, y hubo que sacarlo a la suerte, lo que introdujo cierta novedad en la pesada tarea del transporte en trineos.

El 17 de Enero empezaron los carpinteros a cavar los cimientos de la casa. A causa de cuanto habíamos oído acerca de las tormentas antárticas, resolvimos tomar todas las precauciones posibles para que la casa se asentara sólidamente. Los carpinteros, en consecuencia, empezaron a cavar a cuatro pies de profundidad en el suelo de la Barrera. No era fácil el trabajo; dos pies debajo de la superficie se encontraron con un hielo duro y resbaladizo, y tuvieron que emplear los picos. Aquel mismo día, una ventolina fuerte de Levante sopló con furia, levantando torbellinos de nieve que llenaban los cimientos tan aprisa como se iban vaciando. Pero no era esto bastante para desanimar a nuestros trabajadores; armaron una pantalla de tablas, y con esto pudieron trabajar todo el día, sin que los torbellinos de nieve volvieran a estorbarlos, y al llegar la noche ya estaban cavados los cimientos. Con gente como esta no hay dificultad en hacer mucha obra. El tiempo tempestuoso nos molestó también en el trabajo de los trineos; y viendo que los aparejos del estilo de Alaska no nos tenían cuenta, fuimos a bordo y empezamos la preparación de los aparejos groenlandeses para nuestros perros. Todos trabajamos en esto. Nuestro excelente maestro de velas, Rönne, cosió cuarenta y seis aparejos en el curso de un mes. Los demás ajustamos las cuerdas e hicimos los necesarios enganches, mientras otros arreglaban los cables de alambre para la lanza de los trineos. Al terminar el día teníamos un surtido completo de enganches para todos los trineos y perros. Resultó perfectamente, y en pocos días, sin fatigarnos, quedó hecha la casa.

Nos distribuimos entonces en las dos tiendas, de modo que cinco individuos dormían en la más baja, y los dos carpinteros y yo en la otra. Aquella tarde vino a divertirnos un espectáculo interesante. Volviamos ya, cuando de repente oímos un grito de pingüino a poco trecho de la tienda. Salimos afuera en un momento. Allí, a pocos pasos de la puerta, estaba posado un enorme pingüino de la raza Emperador, haciendo reverencias y más reverencias. No parecía otra cosa sino que venía a saludarnos. Sentimos tener que corresponder a su cortesía con bien poca bondad; pero así es la vida. Su última inclinación de cabeza la dió en la sartén.

El 18 de Enero empezamos a traer los materiales para la construcción de la barraca, y tan pronto como llegaban, los carpinteros procedían a ajustarlos. No exagero en decir que todo funcionaba como una máquina bien engrasada. Un trineo tras de otro llegaban al lugar designado y descargaban su peso. Los perros trabajaban espléndidamente y sus conductores no menos, y tan pronto como venían los materiales, nuestra futura vivienda se iba levantando en los aires. Todas las partes habían sido señaladas antes de salir de Noruega, y se las iba sacando del barco en el orden en que se pedían. Fuera de esto, Stubberud mismo había construído la casa, de modo que conocía hasta la más mínima parte de ella. No es para dicha la alegría y satisfacción con que yo consideraba cuanto había ocurrido aquellos días. Con alegría, porque no se dió el más mínimo incidente en el curso de esta difícil operación; con orgullo, por hallarme a la cabeza de tal grupo de hombres, hombres en el más genuino sentido de la palabra. Todos conocían su deber, y lo cumplían.

Durante la noche cesó el viento, y la mañana apareció hermosa, con tiempo despejado y tranquilo. Era un placer trabajar en tales días. Tanto hombres como perros,

estaban animosos. En estos viajes del *Fram* a la estación de invierno cazábamos constantemente focas, pero sólo cogíamos las que encontrábamos en el camino. Nunca teníamos que ir muy lejos para tener carne fresca. Acostumbrábamos a lanzarnos de improviso sobre un rebaño de ellas; disparábamos, las desollábamos y cargábamos en los trineos, juntamente con los otros víveres y materiales de construcción. Los perros tenían un banquete aquellos días; tenían cuanta carne bullente apetecían.

El 20 de Enero ya habíamos acabado con el traslado de los materiales de construcción, y atendimos a transportar los víveres y almacenes.

El trabajo se hacía alegremente, y los viajes al *Fram* por la mañana, con los trineos vacíos, eran un verdadero recreo. Las huellas bien trilladas y endurecidas asemejaban a un buen camino vecinal de los de Noruega, más que a otra cosa. La salida era animadísima: a las seis de la mañana salíamos de la tienda y nos iban a saludar con alegría nuestros doce perros, uno por uno; ladraban y aullaban a porfía, sacudiendo y tirando de las cadenas para acercarse a sus amos, y saltando y retozando con júbilo. Luego uno salía, el primero de la fila, y saludaba a cada uno de los otros, acariciándole con golpecitos y diciéndole alguna palabra. ¡Animales incomparables! Únicos en expresar elocuentemente su alegría. Los más mimados de nuestros canes domésticos no manifiestan tanto cariño como aquellos lobos amansados. Los demás que quedaban en sus cadenas gemían y tiraban de ellas sin cesar, hasta que les tocaba la vez de ser acariciados, porque son celosos en extremo. Cuando todos habían recibido su parte de obsequios se llevaba la trailla, y entonces comenzaba de nuevo la alegre bulla. Por extraño que parezca, debo advertir que estos animales sienten amor por sus arreos; aunque debieran saber que equivalen al duro trabajar,

todos muestran grandísimo contento a su vista. Debo apresurarme a añadir que esto sucede sólo en casa, porque cuando tienen que salir a viajes largos de trineos, varía mucho la cuestión. Cuando se les engancha, empiezan los primeros apuros del día. Es imposible lograr que se estén quietos. La comida abundante de la noche anterior les había dado tal sobreabundancia de energía y alegría de vivir, que nada podía aquietarlos. Tenían como cierto gusto por el látigo, y, sin embargo, era una lástima tener que recurrir a él. Después de haber sujetado reciamente el trineo, podía ya empezarse a trabajar con una trailla de seis perros aparejados. Se pensará quizás que ahora todo iba a velas desplegadas, y que no había más que soltar las amarras y caminar derecho al barco. ¡Bien lejos de esto! Por todo el campo se habían juntado en poco tiempo un sinnúmero de objetos, tales como cajas de embalaje, materiales de construcción, trineos vacíos, etc., y desembarazarse de todo esto constituía un problema para el día después. El mayor interés de los perros se concentraba en estos objetos, y podía uno darse por nuevamente satisfecho si podía evitar que los saqueasen.

Sigamos con una de estas jornadas matutinas en trineo. Los hombres están dispuestos y los perros bien aparejados. Una, dos, tres, y partimos. Salimos como el viento, y antes de tener tiempo de blandir el látigo, se encuentra uno en medio de un montón de materiales de construcción. Los perros han satisfecho su deseo más vivo: el de poder husmear por completo aquellos materiales de la manera que es tan característica en ellos y tan incomprensible para nosotros. Mientras prosigue este proceso con grandísimo alborozo suyo, el conductor tiene que apearse del trineo, y comienza a desenredarlo de la maraña de tablas y vigas y de toda otra cosa que se en-

cuentra a mano. No está aún del todo bien, a juzgar por la expresión de su rostro. Por fin, ya está despejado de nuevo. Mira en torno suyo, y halla que no es el único que tiene que luchar con dificultades semejantes. Allí encima, entre las cajas, ve una maniobra que le hace palpar el corazón de alegría. Otro de sus antiguos camaradas se entretiene en desenredar un lío semejante y le cuesta bien de tiempo llegar a cabo de su tarea. Con sonrisa triunfante se sube otra vez al trineo y lo hace arrancar. En la Barrera, por regla general, todo va bien; no hay en ella nada que detenga a los perros, mas es muy distinto en el mar de hielo. Allí, las focas dispersas, por grupos, se calientan al sol, y con facilidad pueden interrumpir el viaje del trineo. Si una trailla de perros no bien domados siente antojo de volverse en dirección a un rebaño de estas focas, se necesita un conductor habilísimo que les haga ir por el buen camino. Por mi parte, en ocasiones tales, he tenido que recurrir al único expediente que se me ofrecía: dar la vuelta al trineo. En la nieve reciente, con el trineo volcado, lo alzaban pronto. Después, con el debido juicio, se les encarrila de nuevo, con calma, y sin apresurarse, y se alza el trineo en un piso más llano, pudiendo seguir así. Pero no siempre es uno juicioso, por desgracia. El deseo de vengar la fechoría de estos bribones indóciles, le levanta a uno la mano del látigo y le estimula a castigarlos; pero no siempre es tan fácil como parece. En tanto que uno permanece sentado en el trineo volcado, hace con su peso un sólido anclaje; pero luego, sin peso, ya no se puede, y los perros lo saben bien; mientras se azota a uno, los otros se encabritan, y el resultado no siempre es satisfactorio para el conductor. Puede darse por satisfecho si puede repetir la operación, pero hemos visto perros y trineos llegar sin su guía. Toda esta fatiga desde que comienza la mañana, hace circular la

sangre activamente, y llega uno al barco inundado de sudor, a despecho de una temperatura de — 5° F. A veces sucede que no hay tales interrupciones, y entonces se guía muy bien. Los perros más necesitan de freno que de estímulo. La milla y cuarto que hay del campamento inferior al *Fram*, se recorre entonces en pocos minutos.

Cuando salimos de la tienda la mañana del 21 de Enero, nos encontramos con una gran sorpresa. Nos creímos confundidos, nos frotábamos los ojos, que abríamos á más no poder. El *Fram* no se divisaba ya. Había estado nevando toda la noche intensísimamente. A lo que parece, este tiempo les había obligado a salir de donde estaban. Podíamos oír también el tumbo del mar pegando contra la Barrera. No perdimos tiempo. El día antes, el capitán Nilsen y Kristensen habían matado cuarenta focas y habían llevado la mitad. Nos pusimos a transportar la otra mitad. Por la tarde, cuando estábamos desollando y desuartizando los animales, volvimos a oír el bien conocido paf-paf del motor del *Fram*, y divisamos el tope de su arboladura que sobresalía por encima de la Barrera.

Pero el barco no volvió á su antiguo refugio. Un golpe de mar tremendo le había obligado á huir de él.

Entretanto, los carpinteros estaban construyendo activamente la barraca. El 21 de Enero ya estaba colocado el techo, y el resto de la obra pudo continuarse bajo cubierta, lo que era de gran comodidad para los trabajadores que en aquel tiempo tenían á su cargo la tarea más enfadosa de todas. El frío era rigurosísimo, pero nunca les oí hablar de ello. Cuando yo subía a la tienda después del trabajo del día, ya estaba uno de ellos cocinando diligentemente. La comida consistía en buñuelos y café negro y espeso. ¡Sabía a gloria! Pronto surgió competencia entre los dos carpinteros-cocineros por quién haría mejor los buñuelos. Creo que ambos servían para el caso. Por la mañana te-

níamos también buñuelos, crujientes, calentitos, deliciosos con el más exquisito café. Aun antes de salir de mi sacocama, ya venían los carpinteros a ofrecérmelo a las cinco de la mañana. No es maravilla que encontrase gusto en estar con tal compañía. Ningún individuo de los del campamento inferior tuvo que sufrir privación alguna. Wisting mismo dió pruebas de poseer en alto grado los talentos de un cocinero aventajado. Su plato especial era pingüinos y pájaros bobos en salsa de crema. Servíalos con el nombre de ptarmiganos, y era plato inolvidable.

El domingo fuimos todos a bordo, a excepción de los indispensables guardas de las tiendas de ambos campos, y lo consagramos á la diversión. Ya habíamos trabajado de veras toda la semana.

El lunes 23 de Enero empezamos a subir las provisiones. Para ganar tiempo no las llevamos directamente á la barraca, sino que las almacenamos por el pronto junto a un pequeño montículo del otro lado al Sur del Monte Nelson. Este lugar no distaba más que 600 yardas de la barraca; pero como la superficie era en aquel paraje algo áspera, nos costó mucha fatiga este viaje. En lo sucesivo, cuando el *Fram* hubiera partido, podríamos tomarlas allí para proseguir las jornadas. Resultó luego que no tuvimos ocasión para ello, de modo que nuestro principal depósito quedó allí. Llegar a este punto en trineo ofrecía al principio algunas dificultades. Los perros que estaban acostumbrados a caminar por el campamento bajo entre los montes Nelson y Rönniker, no podían comprender por qué no era igual ahora. El viaje con trineos vacíos al *Fram*, era cosa especialmente molesta. Desde allí oían los perros a sus compañeros de otro lado del Nelson, y más de una vez sucedió que fueron ellos los que quisieron imponerse, y cuando les entraba este capricho, no era fácil en modo alguno sujetarlos. Todos sin excepción lo habíamos experi-

mentado sin que escapase nadie de sufrir este nuevo trabajo que no estaba en el programa. Cuando las provisiones llegaban arriba, el guía se apeaba del trineo y ponía las cajas en orden. Empezamos colocando las de cada artículo en pequeños grupos sobre la pendiente, con lo que se podía encontrar cada cosa con facilidad. La carga era, por lo general, de 660 libras, ó sea seis cajas en cada trineo. Teníamos que subir más 900 cajas, y calculamos que las tendríamos colocadas en una semana. Todo resultó conforme a nuestro cálculo.

Al medio día del sábado 28 de Enero estaba ya en orden la barraca y acomodadas debidamente las 900 cajas. El depósito de provisiones tenía un aspecto imponente. Grandes hileras de cajas aparecían en la nieve, todas numeradas, de suerte que se encontraba en seguida la que se necesitaba, y la casa completamente terminada tal y como la habíamos visto en su lugar nativo de Bundefjord. Pero es difícil imaginarse marcos más diferentes: allí pinares y estanques; aquí hielos y no más que hielos. Ambas decoraciones eran hermosas; yo estuve un rato pensando sobre cuál me gustaba más. Mi pensamiento caminó millares de millas en un segundo, y fueron los pinares los que triunfaron en mi preferencia.

Como ya he notado, teníamos todo lo necesario para sujetar la casa al suelo de la Barrera, pero el tiempo tranquilo de que habíamos disfrutado siempre hasta aquí nos llevaba a suponer que las condiciones del terreno no habían de ser tan malas como habíamos temido. Estábamos contentos de los cimientos que habíamos hecho. El exterior de la barraca estaba alquitranado y el techo cubierto con cartón alquitranado también, de modo que se destacaba sobremanera en el fondo blanco. Aquella tarde levantamos ambos campos, y subimos a nuestro hogar definitivo «Framheim». ¡Qué impresión de bienestar, comodi-

dad y limpieza nos dió cuando entrábamos por la puerta! El linoleum brillantè, nuevo, se veía en todas partes; en la cocina, como en la sala principal. Teníamos todo motivo para sentirnos a gusto. Otro punto importante teníamos también arreglado y en menos tiempo del que yo esperaba. Nuestro camino hacia el objetivo estaba iniciado; ya empezábamos a ver un destello del alcázar de nuestro ensueño a distancia. La bella aún dormía, pero estaba cercano el beso, el beso que la había de despertar!

Alegre fué la compañía que se reunió la primera noche en la casa, y brindó por el porvenir acompañando la música del gramófono. Todos los perros crecidos habían sido traídos y sujetos a cables de hierro, extendidos en un cuadro de cincuenta yardas por cada parte. Se pensará la música que nós dieron: reunidos como estaban, ejecutaron sus conciertos bajo la dirección de algún gran cantor de otros tiempos, y, lo que es peor, conciertos nocturnos. Extraños animales, ¿qué querrán significar con sus aullidos? Empieza uno, dos, luego unos pocos más, y finalmente, todo el centenar. Por lo general, durante un concierto de éstos se sienten a su gusto. Alzan sus cabezas al aire lo más alto que pueden y aullan con todo el ardor de sus ánimos. En tanto, parecen muy preocupados y nada les perturba. Pero lo más raro es la manera como termina el concierto. Se interrumpe repentinamente a lo largo de toda la hilera, sin que se oiga a ningún rezagado, ni tampoco algo que parezca aprobación y aplauso. ¿Qué es lo que impone esta detención simultánea? Yo lo he observado y estudiado atentamente, sin llegar a ningún resultado. Se creería que era una canción aprendida. ¿Será que estos animales poseen el dón de comunicarse unos con otros? La cuestión es interesante en alto grado: ni uno de los que hemos tenido largo trato con los perros esquimales duda de que posean esta facultad. Yo he llegado a comprender

por fin sus diferentes sonidos, tanto que podría por sus voces decir lo que están haciendo, sin verlos.

Luchas, juegos, amores, etc., cada cosa tiene su s6n especial. Si quieren expresar su devoci6n y afecto por el amo, lo hacen de una manera completamente distinta. Si uno de ellos hace alguna picardía—ellos saben, por ejemplo, que no les est1 permitido entrar en un dep6sito de v6veres,—los otros que no pueden entrar corren afuera, y emiten un sonido completamente distinto de los que he mencionado. Creo que los m1s de entre nosotros habrían aprendido a distinguir estos diferentes sonos. Apenas puede haber animal m1s interesante para ser observado, o que pueda ofrecer m1s variedad al estudio, que el perro esquimal. Ha heredado del lobo, su antepasado, el instinto de defensa, el derecho del m1s fuerte, en un grado muy superior al del perro dom6stico. La lucha por la vida le ha dotado de temprana madurez y de cualidades tales como la frugalidad y resistencia en grado muy sorprendente. Su inteligencia es aguda, clara, y bien desarrollada para el trabajo a que est1 destinado por nacimiento y las condiciones en que haya de vivir. No podemos tacharle de lerdido, porque no sepa sentarse sobre las patas traseras y acudir a un terr6n de az6car que se le ofrezca; son cosas estas muy distanciadas de la ocupaci6n seria de su vida, que nunca ser1 capaz de entender o acaso con gran dificultad. Entre ellos la ley del m1s fuerte es la 6nica vigente. Cuanto mayor es su poder, m1s puede hacer cuanto se le antoja, sin que otro se lo estorbe: todo le pertenece; para los m1s d6biles no quedan m1s que las migajas. Nace f1cilmente la amistad entre estos animales, combinada siempre con el respeto al m1s fuerte. El d6bil, con su instinto de conservaci6n, busca la protecci6n del m1s fuerte; 6ste acepta la posici6n de protector, y con ello se asegura un auxiliar fiel, contando siempre con que puede haber

otro aún más fuerte que él. El instinto de la propia conservación se puede encontrar dondequiera, y así también en sus relaciones con el hombre. El perro ha aprendido a estimar al hombre como a su bienhechor, del que recibe todo lo necesario para su sustento. Afecto y respeto parecen tener su parte en estas relaciones; pero no hay duda que, examinado de cerca, el instinto de conservación es la raíz de todo. Como consecuencia de esto, su respeto por el dueño es mucho más grande que en nuestros perros domésticos, en quienes el respeto es sólo consecuencia a su temor de ser castigados. Yo podría, sin dificultad, quitar el alimento de la boca a cualquiera de mis doce perros; ninguno se atrevería a mordirme. ¿Y por qué? Por su respeto derivado del temor de que no se le diera más en la ocasión próxima, que es lo predominante en ellos. Con mis perros caseros no intentaría yo, ciertamente, lo mismo. Defenderían al punto su comida y no se arredrarían, si fuera necesario, a emplear los dientes, a pesar de que en la apariencia muestran el mismo respeto que los otros. ¿Cuál es, pues, la razón de esto? El que este respeto no tiene un fundamento tan sólido como el de la propia conservación, sino simplemente el temor del castigo. Caso tal prueba que este fundamento es notoriamente débil; el deseo del alimento supera al temor del palo, y el resultado es una dentellada.

Pocos días después, el último miembro de la partida de tierra, Adolfo Enrique Lindström, vino con nosotros, y con su llegada puede decirse que quedaron arregladas todas nuestras cosas. Había permanecido a bordo hasta entonces, encargado de la cocina, pero ya no era allí necesario. Su arte sería más apreciado entre los «charlatanes». El individuo más joven de la expedición, Karinio Olsen, cocinero también, se encargó desde aquel día de desempeñar este oficio en el *Fram*, y lo hizo con extremada soli-

cidad y competencia hasta que el barco llegó a Hobart en Marzo de 1912, donde encontró quien le ayudara: un mozo de veinte años que también trabajaba muy bien; ojalá hubiera muchos como él.

Con Lindström, pues, se resolvió del todo la cuestión de la cocina y del sustento cotidiano. El humo salía alegremente de la brillante y negra chimenea, y declaraba que ahora la Barrera estaba positivamente habitada. ¡Qué sensación de bienestar cuando al volver de un viaje en trineo veíamos aquel humo balancearse en los aires! Cosa menuda al parecer, pero bien importante para nosotros. Y no sólo la comida, sino también la luz y el aire se mejoraron con la llegada de Lindström, que entendía de estos menesteres muy particularmente. Lo primero que hizo fué poner una lámpara Lux, que producía una claridad que aumentaba en gran manera nuestra sensación de bienestar y comodidad durante el largo invierno. También nos procuró aire puro, pero en esto fué auxiliado de Stubberud. Los dos juntos se las ingeniaron para dótar del aire más puro y sano de la Barrera a nuestra vivienda en todo lo que en ella estuvimos. Ciertamente que no costó poca dificultad, pero esta no les inquietaba. La ventilación era caprichosa y expuesta a interrumpirse de vez en cuando, sobre todo, cuando el tiempo era tranquilo. Muchos fueron los expedientes imaginados por los dos para que el asunto se resolviera. Generalmente ponían un hornillo Primus debajo del tubo de aire viciado, y se aplicaba hielo en el de renovación; mientras uno de ellos con el hornillo calentaba el tubo, otro subía al techo y retiraba los pinjantes de nieve para permitir la entrada del aire en el de renovación. De esta manera se pasaban una hora sin darse por rendidos, y conseguían, finalmente, mejorar la ventilación sin que percibiéramos la verdadera causa. Sin duda, al sistema de ventilación que haya de emplearse en una

estación de invierno como la nuestra, no es cosa sin importancia, tanto para la salud como para la comodidad. He leído de expediciones cuyos individuos estaban sufriendo constantemente, a causa del frío y de la humedad y de las enfermedades consiguientes; todo debido a la mala ventilación. Si la provisión de aire puro es suficiente, el combustible da más de sí y la producción de calor es más grande. Si es insuficiente, una gran parte de combustible se pierde sin consumirse, y sobrevienen el frío y la humedad. Debe, pues, haber un medio de regular la ventilación en conformidad con estos requisitos. Nosotros usábamos únicamente la lámpara Lux en nuestra vivienda, además del hornillo de la cocina, y con esto manteníamos tan abrigado nuestro alojamiento, que los que se hallaban en los compartimientos superiores se quejaban frecuentemente del demasiado calor.

Al principio había ya lugar señalado para diez lechos en la habitación principal, pero como sólo éramos nueve, se quitó uno de ellos y se colocó en su lugar el cronómetro de péndulo. En su armario había tres cronómetros ordinarios de navío. Teníamos además seis de bolsillo que llevábamos continuamente y que contrastamos uno con otro todo el invierno. Los instrumentos meteorológicos se colocaron en la cocina, único lugar disponible.

Lindström asumió el cargo de subdirector de la estación meteorológica de Framheim y constructor de aparatos de la expedición. Bajo el techo se colocaron todas las cosas que no podían resistir un frío excesivo, como medicinas, jarabes, jamón, cremas, conservas y salsas, además de las cajas de los trineos. También se dispuso un espacio para la librería junto al techo.

La semana que empezó el 30 de Enero se empleó en traer carbón, madera, petróleo y todas nuestras existencias de pescado seco. La temperatura este verano varió

entre  $+5^{\circ}\text{F.}$  y  $-13^{\circ}\text{F.}$ , temperatura de verano poco rigurosa. Matábamos muchas focas a diario, y siempre teníamos un gran montón junto a la puerta, que constaba de un centenar de ellas, poco más o menos. Una noche que estábamos sentados alrededor de la sopa vino Lindström a decirnos que no necesitábamos ir al mar de hielo a cazarlas, pues ellas venían a nosotros. Salimos, y vimos que era verdad. No muy lejos, y en dirección a nuestra barraca, venía una cangrejera reluciente como plata a los rayos del sol. Llegó más cerca, la fotografiamos, y fuego con ella.

Cosa curiosa lo que sucedió cierto día. A mi mejor perro, Lassesen, se le había helado la pata trasera izquierda, que estaba completamente blanca. Le sucedió esto en un viaje en trineo: Lassesen era muy amigo de libertad y había creído encontrar ocasión de verse suelto sin que lo vieran. Empleaba su libertad, como la mayor parte de estos perros, para combatir, y no pudo resistir a la tentación. Había armado pendencia con Odin y Thor, y comenzaba la pelea con ellos. Durante ella, las cadenas de los otros se le enredaron a la pata y le apretaron tan fuertemente, que detuvieron la circulación de la sangre. No sé el tiempo que estaría así, pero cuando llegué vi que el perro estaba en mal estado; examinándole de cerca, vi que se le había helado. Invertí media hora en restablecer la circulación, y pude conseguirlo calentando continuamente su pata con mis manos. Al principio, cuando no sentía aún nada en ella, iba muy bien; pero luego que la sangre empezó a correr por el miembro, sentía, como es natural, dolores, y empezó a ponerse impaciente. Gemía y meneaba la cabeza hacia la parte afectada, como si quisiera decirme que encontraba la operación desagradable. No trató de morderme. La pata se le hinchó bastante después de este tratamiento, pero al día siguiente Lassesen

quedó tan bien como antes, aunque con una pequeña cojera.

Los apuntes de mi diario están por aquel tiempo redactados en estilo telegráfico. Véase cómo termina uno del mes de Febrero: «Un pingüino Emperador acaba de hacernos una visita. En la cacerola está.» No tuvo epíteto más largo.

Durante esta semana libramos a la compañía de mar del cuidado de los últimos perros, unos veinte cachorros. Hubo júbilo a bordo cuando el último de ellos dejó la cubierta, y no hay por qué extrañarlo. Con el termómetro a — 5° F., como había estado últimamente, era imposible tener limpia la cubierta, pues todo se helaba inmediatamente. Cuando todos estuvieron en los hielos llevó la tripulación a bordo sal y agua, y todo quedó limpio en poco tiempo, de modo que podía otra vez reconocerse el *Fram*. Los cachorros fueron colocados en cajas y transportados. Habíamos preparado una tienda de cabida de diez y seis hombres para alojarlos. Desde el principio renunciaron a quedarse allí, y entonces no hubo más remedio que dejarlos fuera. Todos aquellos cachorros pasaban gran parte del invierno al aire libre. En todo el trecho de la pendiente, sembrado de huesos de focas, se les veía vagar; luego buscaron otros parajes. De todos modos la tienda les sirvió de poco. Las hembras que necesitaban yacijas para parir, eran llevadas allí, por lo que se le dió el nombre de «Hospital de Maternidad». Luego se fueron colocando otras tiendas, y Framheim llegó a parecer un poblado de importancia. De las tiendas de diez y seis hombres, se emplearon: ocho para las jaurías, dos para el pescado seco, una para la carne fresca, otra para las cajas de provisiones y otra para el carbón y leña. En total, catorce. Fueron colocadas conforme a un plan previamente diseñado, y cuando estuvieron todas puestas tenían el aspecto de un campamento.

En esta ocasión los arreos de nuestros perros experimentaron alteraciones importantes, pues uno de los miembros de la expedición tuvo la feliz idea de combinar los aparejos Alaska y Groenlandia. El resultado satisfizo a todas las exigencias; en lo sucesivo usamos siempre de esta disposición, y nos convencimos de que era superior a cualquier otra forma de tiro. También pareció más cómoda a los perros mismos, y lo cierto es que trabajaban mejor y con más facilidad, sin que aparecieran nunca úlceras en ellos.

El 4 de Febrero fué un día preñado de sucesos. Como de costumbre, fuimos todos al *Fram*, guiando nuestros trineos vacíos, a las seis y media de la mañana. Cuando el primero llegó a la cima de la cumbre, empezó a agitar sus brazos y a gesticular como un loco. Yo comprendí claramente que había visto algo, pero ¿qué sería? El que le siguió hizo los mismos gestos o más exagerados, y parecía señalar hacia mí. Pero para nada servía, pues yo no podía contestarle. Entonces me tocó a mí subir a la cima, y, como es natural, no sin curiosidad. No tuve más que andar unos pasos, y todo quedó explicado. A lo largo de la margen de los hielos, detrás del *Fram*, se veía amarrada una lancha espaciosa. Habíamos hablado de la posibilidad de encontrar al *Terra Nova*, buque del capitán Scott, cuando se dirigía a la Tierra del Rey Eduardo VII, pero no disminuyó nuestra sorpresa a pesar de ello. Ahora me tocó a mí agitar los brazos, y estoy seguro de que no fui más parco que mis dos predecesores. Lo mismo aconteció con todos, según iban llegando a la cima. Lo que hizo el último no podré asegurar, pero probablemente agitaría también sus brazos como señal de sorpresa. Si un extraño nos hubiera observado aquella mañana en lo alto de la colina, nos hubiera tomado por una partida de chiflados incurables. Aquel día nos pareció largo el ca-

mino, pero al fin fuimos y oímos la explicación entera del caso. El *Terra Nova* había llegado precisamente a media noche. Nuestro vigía había bajado en aquel momento a tomar una taza de café: ningún mal había en ello, y cuando volvió a subir ya otro barco fondeaba al pie de la Barrera. Se frotaba el hombre los ojos, se pellizcaba las piernas, y trataba de convencerse por todos los medios de que estaba despierto, pero no bastaba. El pellizco en especial, según nos dijo, había sido horriblemente doloroso, y esto le hizo inferir que había en realidad otro barco allí.

El teniente Campbell, jefe de la expedición oriental que iba a explorar la Tierra del Rey Eduardo VII, vino a bordo a visitar a Nilsen. Contó que no habían podido encontrar tierra, y regresaban al Estrecho de Momurdo. De allí tenían la intención de ir al Cabo Norte y explorar aquella tierra. Inmediatamente después de mi llegada, el teniente Campbell vino a bordo y me trajo él mismo las noticias.

Entonces cargamos los trineos y guiamos hacia casa. A las nueve tuvimos el placer de recibir al teniente Pennell, al comandante del *Terra Nova* teniente Campbell y al cirujano de la expedición como primeros huéspedes en nuestro nuevo hogar. Pasamos juntos un par de horas muy agradables. Más tarde, aquel mismo día, tres de nosotros correspondimos a su visita en el *Terra Nova*, y nos detuvimos a bordo, donde nos obsequiaron con un lunch. Nuestros huéspedes nos recibieron con extremada bondad y se ofrecieron a llevar nuestra correspondencia a Nueva Zelanda.

Si hubiera tenido tiempo, me hubiera agradado mucho aprovecharme de tan valioso ofrecimiento, pero cada hora que transcurría nos hacía mucha falta. No había que pensar en escribir entonces.

A las dos de la tarde el *Terra Nova* partió de nuevo y salió de la Bahía de las Ballenas. Después de esta visita

hicimos un descubrimiento interesante. Casi todos estábamos acatarrados, pero a las pocas horas estábamos ya curados. Se presentó el resfriado con estornudos y catarro de cabeza.

El día siguiente, domingo, 5 de Febrero, los de la partida de mar fueron nuestros huéspedes. Tuvimos que recibirlos en dos sesiones, pues no podían dejar todos el buque al mismo tiempo. Cuatro comieron con nosotros y seis vinieron a cenar. No teníamos gran cosa que ofrecerles, pero les invitamos, no sólo para charlar un rato juntos, sino para enseñarles nuestro nuevo hogar y augurarles próspero viaje.

## CAPITULO VI

### VIAJES A LOS DÉPOSITOS

Era muy poco trabajo para ocho de nosotros traer del *Fram* las existencias que faltaban, y nos parecía mejor indiscutiblemente emplear algunos en otra cosa cualquiera. Y así se decidió que cuatro las sacaran a la costa y los otros cuatro se dirigieron al paralelo 80° S., lo uno con el fin de explorar las cercanías, lo otro para empezar a transportar provisiones más al Sur. Este arreglo nos daba ocupación bastante a todos. Los cuatro que habían de continuar trabajando en el campamento, o sea Wisting, Hassel, Stubberud y Bjaaland, tenían lo suficiente para cargar sus trineos ahora. Los demás nos afanábamos por dejar todo listo. Para ello estaba dispuesto todo, pero aún no teníamos experiencia ninguna de lo que era un largo viaje, y esto es lo que íbamos a emprender entonces.

Se fijó nuestra marcha para el viernes, 10 de Febrero. El 9 fuí yo a bordo para despedirme, pues era de esperar que el *Fram* a nuestro regreso se hubiera dado a la vela. ¡Tenía tanto que agradecer a todos estos animosos compañeros! Sabía yo que les era doloroso a todos, puedo decir que sin excepción, separarse de nosotros en la ocasión más interesante, y lanzarse al mar para luchar durante meses enteros con el frío y las nieblas, los hielos y las tempestades, y luego repetir el mismo viaje al año siguiente cuando vinieran a buscarnos. Su misión era pe-

nosa, pero ninguno se quejaba. Habían prometido hacer cuanto les fuera dable para conseguir el objetivo común, y por esto todos se sometían al cumplimiento de su deber sin murmurar. Dejé órdenes escritas al capitán Nilsen en su calidad de comandante del *Fram*, cuya substancia viene a ser que llevase a cabo la ejecución de nuestro plan en la manera que él creyese mejor. Ya sabía yo a quién daba mis órdenes, y que el *Fram* estaba seguro en sus manos.

El teniente Prestrud y yo hicimos una excursión al Sur para encontrar un lugar a propósito por el que pudiéramos subir a la Barrera del otro lado de la Bahía. El mar de hielo estaba muy llano en tanta distancia; sólo unas pocas grietas se veían en alguna que otra parte. Más arriba de la Bahía se encontraban, cosa bien extraña, largas hileras de colinas; pero ¿qué importaba? Este sitio estaba muy protegido del mar, de modo que tales formaciones no podían achacarse a su acción. Esperábamos tener ocasión de investigar más detenidamente su naturaleza, pero ahora no teníamos tiempo. El camino más breve y directo hacia el Sur era el que llevábamos. La bahía no era ancha aquí. La distancia de Framheim a esta parte de la Barrera venía a ser de tres millas. La subida no era difícil: con excepción de unas pocas hendiduras, facilísima. No se tardaría mucho en remontarle, excepto en la parte escarpada. Su altura era de 60 pies, y nos inspiraba curiosidad sobre lo que se vería desde allí. Hasta ahora no habíamos dirigido una mirada total a la Barrera, hacia el Sur. Ahora se nos presentaba la ocasión de hacerlo por primera vez. Cuando lo hicimos no nos sorprendió lo que vimos: una llanura interminable que se perdía en el horizonte del extremo Sur. Podíamos ver, bien fácilmente, que la fila de montículos mencionada serviría para indicarnos la dirección en los viajes sucesi-

vos. La marcha era excelente: una capa ligera de nieve recién caída revestía la áspera superficie y resultaba muy ventajosa para nuestros patines. Aquella disposición del suelo nos hizo ver al punto que nuestros skis eran los más a propósito para aquel terreno a nivel, por ser largos y estrechos. Habíamos encontrado lo que nos convenía: la subida para nuestros viajes al Sur y una ruta amplia y despejada. Señalamos este paraje con una bandera y lo bautizamos con el nombre de «Punto de partida». Al volver encontrábamos en el camino mismo rebaños de focas dormidas que no se daban cuenta de nuestro paso lo más mínimo. Si al subir las despertábamos levantaban la cabeza un poco, nos miraban un instante y se volvían a echar del otro lado para tornar a dormir. Era de toda evidencia que aquellos animales de los hielos no tenían enemigos allí, pues algo hubieran mostrado su alarma si, como sus congéneres del Norte, hubieran tenido algo que temer.

Aquel día empleamos vestidos de pieles por primera vez, hechos de piel de reno cortados a la manera de los de los esquimales, pero resultaban demasiado calientes. Las experiencias sucesivas nos demostraron esto mismo. En temperaturas muy bajas estos vestidos son lo mejor, sin comparación, pero no en el Sur, pues generalmente no experimentábamos fríos muy rigurosos en nuestros viajes en trineo. En las pocas ocasiones que hizo frío, que se pudiera llamar tal, llevábamos siempre estas pieles. Cuando por la noche volvíamos de nuestras exploraciones no teníamos necesidad de usar baños turcos.

El 10 de Febrero, a las nueve y media de la mañana, salió la primera expedición al Sur. Eramos cuatro individuos, con tres trineos y diez y ocho perros, seis por cada trineo. La carga de cada uno ascendía a 550 libras de víveres y avíos para el camino. No podríamos decir, ni

aproximadamente, la duración del viaje, pues todo nos era desconocido. Lo principal que llevábamos en los trineos era pemmican de perros para los depósitos, 350 libras en cada trineo. También tomamos cierta cantidad de carne de foca cortada en lonjas, grasa, pescado seco, chocolate, margarina y galletas. Llevábamos diez largas cañas de bambú con banderolas negras para señalar el camino. El resto de nuestro equipo consistía en dos tiendas de tres hombres cada una, cuatro sacos-camas individuales y los utensilios necesarios para cocinar.

Los perros iban muy animados, y salimos de Framheim a todo galope. A lo largo de la Barrera fuimos perfectamente, pero al bajar al mar de hielo teníamos que pasar por entre numerosas lomas enormes, y el suelo era allí de superficie desigual, lo que produjo sus consecuencias: primero un trineo, luego otro volcaron, pero sin daño ninguno; teníamos bien probados nuestros aparatos, y esto era una ventaja siempre. Tuvimos que pasar otra vez bastante cerca de rebaños de focas numerosos que nos causaban gran tentación. Los perros querían salir a un lado y otro, galopando en dirección a ellas, pero ahora tenían bastante carga, y pronto se cansaban de aquellos esfuerzos con que no habían contado. En la bahía se divisaba el *Fram*. Los hielos le habían dado paso enteramente de modo que estaba junto a la margen misma. Nuestros cuatro compañeros, que habían de quedar en Framheim, nos acompañaron; en primer lugar, necesitaban vernos en camino, y además querían proporcionarnos el refuerzo de otro individuo, porque se imaginaban que el pasar la Barrera nos había de resultar dificultosillo. Finalmente, venían a cazar focas. Había buen acomodo para ello; adondequiera que mirábamos las veíamos gordas, pesadas.

Había designado para la dirección de la brigada de

Framheim a Wisting, y les había encargado bastante tarea. Tenían que traer el resto de las provisiones del barco y construir un callejón ancho y espacioso hacia la pared occidental de la barraca para no tener que ir de-rechamente por los hielos a la cocina. Esta galería podía servir también para taller de carpintería, pero no habían de olvidarse nunca de la caza de focas. Era muy importante para nosotros tenerlas en suficiente cantidad para que nunca padeciéramos escasez de ellas, tanto hombres como perros, con tantas como había. Si llegáramos a padecer falta de carne fresca durante el invierno, nuestra sería la culpa.

Mucho nos valió tener quien nos ayudara a subir la pendiente; aunque era muy corta, nos costaba mucha dificultad; pero teníamos suficientes perros, y aparejando los que fueran menester podíamos subir los trineos. Me gustaría saber lo que pensaban a bordo. Ya podían ver el trabajo que nos había costado subir allí; ¿qué les parecería cuando nos vieran en lo alto de la meseta? No sé si recordarían el dicho aquel de que «la práctica hace maestros».

Detuvimos en el punto de partida donde nos habíamos de separar de nuestros camaradas. Ninguno se mostró sentimental en demasía. Un fiel apretón de manos, y adiós. El orden de nuestra marcha era como sigue: Primero Prestud en sus skis para mostrar la dirección y alentar a los perros. Siempre íbamos mejor cuando alguno marchaba delante. Luego, Helmer Hanssen. Este se encargó en todos los viajes de conducir el primer trineo. Yo le conocía muy bien, de excursiones que habíamos hecho juntos, para juzgarle por el guía más excelente que yo había visto. Llevaba la brújula modelo en su trineo y la contrastaba con la dirección de Prestud. Tras de él iba Johansen con otra brújula. Por último, seguía yo con medida

de trineo y brújula. Preferí tomar el último trineo, porque me permitía ver cuanto sucedía. Por mucho cuidado que se tenga, es imposible evitar que se caiga alguna cosa de un trineo en marcha. Si el que va el último tiene atención a estas cosas, se suprimen muchos inconvenientes. Podría recordar muchas cosas de no poca importancia que caían en el curso de estos viajes y que el último las recogía. El trabajo más pesado era naturalmente el que correspondía al que abría la marcha. Tenía que despejar el camino y guiar sus perros hacia adelante, y los demás sólo seguirle. Este honor merece, pues, el que desempeñó esta misión desde el primero al último día, Helmer Hanssen.

La posición del «precursor» no es muy envidiable. Se libra, eso sí, del barullo de los perros, pero se aburre inmensamente de ir solo y sin fijarse en cosa alguna. Su única diversión, algún que otro trallazo, gritos de «un poco a la derecha», «un poco a la izquierda». No son estas sencillas palabras lo que divierten tanto como el tono de voz en que se profieren. De cuando en cuando llega el grito de una manera que hace creer que está muy satisfecha del desempeño de su tarea la persona de quien parte; pero otras emite un murmullo que parece va seguido de alguna exclamación como ¡demonio!, o cosa semejante. Es que no es fácil caminar por donde no hay señales de camino. Imaginaos una inmensa llanura que hay que atravesar rodeados de espesa niebla; hay una calma absoluta; la nieve cae mansamente, sin violencia. ¿Qué hacer? Un esquimal puede salir del paso, pero nosotros no sabemos cómo. Si nos desviáramos a derecha o a izquierda, ocasionaríamos al guía de los perros, con la brújula en la mano, incesante molestia. Aunque el que la lleva sabe perfectamente que el que abre la marcha no puede hacerlo mejor, y aunque sabe que él mismo tampoco, sin

embargo, se incomoda a veces y sufre con la idea de que el guía, tan de fiar y del todo inocente, dé aquellos rodeos para molestarle a él; y por eso, como decía, las palabras «un poco a la izquierda», implican una exclamación de contrariedad como respuesta. Yo he experimentado los dos cargos. El de guía de los perros hace pasar mejor el tiempo. Tiene los perros a quienes atender, y tiene que ver que todos trabajan y ninguno se rezaga. Otras muchas cosas de la trailla reclaman su atención, y no ha de descuidar tampoco el trineo mismo. Si no lo hace, cualquier pequeña desigualdad del suelo puede hacer volcar a los *cursores* antes de que lo note. Y dar la vuelta a un trineo trabucado, que pesa sus ochocientas libras, no es cosa de juego. Por eso, antes de correr tal riesgo, tiene cuidado de lo que lleva por delante.

Desde el punto de partida se va alzando la Barrera muy suavemente, hasta llegar a una loma que la atraviesa, y luego queda completamente a nivel. Al llegar a la loma hicimos alto otra vez. Nuestros camaradas se habían marchado a sus trabajos, pero en la lejanía aún se ve al *Fram* con su marco de hielos refulgentes y blanco-azulados. Hombres somos no más: lo incierto limita siempre nuestros planes. ¿Nos encontraremos otra vez? Y, en caso afirmativo, ¿cómo nos encontraremos? Mucho tiempo ha de pasar antes de que volvamos á ver el barco. El potente Océano, por una parte; por otra, la región desconocida de los hielos. ¡Tantas cosas pueden ocurrir! Su bandera flota, nos manda su último adiós y desaparece. Ya estamos en camino al Sur.

La primera excursión por el interior de la Barrera fué, sin duda, altamente sugestiva. La tierra desconocida en absoluto y nuestros arreos sin ensayar. ¿Con qué clase de terreno nos las tendríamos que haber? ¿Seguiría aquella planicie ilimitada, sin obstáculos de ninguna clase, e

nos presentaría la Naturaleza dificultades insuperables? ¿Habíamos acertado al suponer que los perros eran los mejores medios de transporte en estas regiones, o hubiéramos hecho mejor en llevar renos, caballos, motocarros, aeroplanos u otra cosa cualquiera? Avanzábamos a paso seguido; la marcha era perfecta. Los pies de los perros hollaban una capa delgada de nieve blanda, lo suficiente para asegurar sus pisadas.

El tiempo no fué del todo conforme á lo que hubiéramos deseado en una región desconocida. Cierto que era tranquilo y suave, y agradaba caminar con él; pero la luz no era buena. Una bruma grisácea, que es la luz más desagradable que haya, después de la niebla, inundaba el paisaje en que se confundían la Barrera y el cielo. No se veía el horizonte. Esta bruma grisácea, que diríamos hermana menor de la niebla, es en extremo desagradable. No se puede con ella ver nunca lo que nos rodea con seguridad. No hay sombras; todo parece igual. Con luz como ésta, es mala cosa caminar el primero; no se ven las desigualdades del terreno hasta que está uno encima de ellas, lo que causa frecuentes caídas o esfuerzos desesperados para tenerse en pie. Para los conductores es mejor, porque pueden apoyarse con una mano en el trineo; pero les es igualmente preciso poner atención a los accidentes del terreno para evitar que los trineos vuelquen. Es peligrosa también para los ojos esta luz, y muchas veces acarrea ceguera de nieve, lo que se debe no sólo a la excesiva tensión de los ojos, sino a la falta de cuidado. Hay demasiada tendencia a levantar las gafas para la nieve hacia la frente, sobre todo si son oscuras. Nosotros, con todo, siempre estuvimos en este particular muy bien; sólo alguno que otro sufrió un levísimo ataque de esta dolencia, que, cosa curiosa, tiene algo de común con el mareo. Si se le pregunta a uno que tiene mareo si lo siente, de

diez casos nueve responderán que no, que sólo notan un pequeño malestar en el estómago. Lo mismo, poco más o menos, sucede con esta ceguera de la nieve. Si uno regresa a su tienda con los ojos inflamados, y se le pregunta si padece esta ceguera, casi se dará por ofendido. «¿Ceguera de nieve? ¿Cómo es posible? No tengo más que una pequeña molestia en los ojos.»

Aquel día recorrimos diez y siete millas sin esfuerzo. Teníamos dos tiendas, y dormimos dos en cada una. Estaban hechas para tres, mas para cuatro resultaban pequeñas. No se cocinó más que en una, tanto por economía y por poder llevar más al depósito, como porque era innecesario con aquel tiempo tan benigno.

En esta primera excursión, como en los viajes a los depósitos, nuestros preparativos matinales eran muy prolijos. Nos levantábamos a las cuatro, pero hasta las ocho no nos poníamos en camino. Yo probé algunos medios de remediar esto, pero sin éxito. Es natural preguntar cuál era la causa, y mi respuesta sincera no puede ser otra que nuestra falta de habilidad. En los viajes a los depósitos el mal no era muy grande; pero en el viaje principal había que trabajar mejor y sin tregua.

Al día siguiente recorrimos las diez y siete millas prefijadas en seis horas, y plantamos el campo en las primeras de la tarde. Los perros estaban bastante cansados, como que todo el día les había tocado ir subiendo. Desde una distancia de veintiocho millas podíamos ver abajo la Bahía de las Ballenas; esto prueba lo considerable de nuestra subida. Calculamos que nuestras tiendas aquella noche se hallaban a 500 pies sobre el nivel del mar. Nos sorprendió que tanto hubiéramos ascendido, y a la verdad no debía, pues ya le habíamos calculado esta altura de 500 pies cuando le vimos por primera vez desde el extremo de la Bahía. De todos modos, tenemos la mayor parte

de la gente propensión fuerte a establecer teorías y a inventar algo nuevo. Lo que los otros hayan visto no nos interesa, y en aquella sazón nosotros (digo nosotros porque yo era uno de ellos) nos aprovechamos de la ocasión para proponer una nueva teoría: la de que algún iceberg desgajado de la meseta antártica se había ido deslizando hasta allí, formando aquella pendiente. Nos veíamos con los ojos de la imaginación ascendiendo gradualmente hasta la cima, evitando así una fatiga laboriosa de trepar entre montañas.

El día había sido muy cálido,  $+ 12^{\circ},2$  F., y yo me vi precisado a quitarme todo abrigo, excepto la ropa interior indispensable. Puede averiguarse cuánta ropa llevaría yo por el nombre que di a la pendiente: «Colina del Chaleco.» Había una niebla espesa cuando volvimos a la mañana siguiente, en gran manera desagradable. Toda pulgada que avanzamos por allí era en terreno virgen, y teníamos que ir a ciegas. Aquel día nos pareció que íbamos a rodar. A la una se anunció tierra enfrente de nosotros. De los gestos que hacían los de enfrente inferí que algo había allí extraordinario. No vi absolutamente nada, pero no es extraño; mi vista no es muy buena, y la tierra anunciada no existía.

Levantóse la niebla, y apareció la superficie algo interrumpida. La tierra imaginaria continuó viéndose hasta el día siguiente, en que encontramos que había sido no más que un banco de niebla que bajaba. Pusímonos en camino, e hicimos veinticinco millas en vez de las diez y siete de costumbre. Ibamos ligeramente abrigados. De pieles, ni una palabra. Tuvimos que dejarlas a un lado en seguida. Un ligero abrigo contra el viento es cuanto llevábamos sobre las prendas interiores. Aquel día la mayor parte durmieron con las piernas desnudas en los sacos-camas. Al siguiente nos vimos sorprendidos por un tiem-

po clarísimo y una calma completa. Por primera vez disfrutamos de una perspectiva buena. Parecía que la Barrera continuaba hacia el Sur llana, sin ascender más. Hacia el Este había una elevación importante, probablemente hacia la Tierra del Rey Eduardo VII, según se nos figuraba entonces. En el curso de la tarde atravesamos la primera barranca que hasta entonces encontráramos. Al parecer había sido rellenada de nieve hacía mucho tiempo. Lo recorrido aquel día fueron veintitrés millas.

En estos viajes a los depósitos nos causó gran contento el tener los frascos Thermos. Al medio día hacíamos un alto y tomábamos una taza de chocolate bien caliente, y era muy agradable poder tenerlo sin incomodidad ninguna en medio de la llanura de nieve. En el viaje final al Sur no llevamos tales frascos, y, en consecuencia, nos vimos privados de esta refección.

El 14 de Febrero, después de una marcha de once millas y media, llegamos a la latitud  $80^{\circ}$  S. Desgraciadamente, no pudimos hacer ninguna observación astronómica en este viaje, pues el teodolito que llevábamos iba en mal estado; pero observaciones posteriores, hechas en varias ocasiones, nos dieron  $79^{\circ} 59'$  S., lo que no es gran error si se tiene en cuenta la niebla. Habíamos marcado la ruta en este punto con cañas de bambú y banderolas a cada quince kilómetros. Ahora bien; como no habíamos fijado la posición por observaciones astronómicas, juzgamos que las banderolas no eran suficientes, y que teníamos que buscar otros medios para marcar los parajes. Rompimos unas cuantas cajas vacías, lo que proporcionó cierta cantidad de señales, pero no las bastantes. Entonces se nos ocurrió mirar a un bulto de pescado seco en uno de los trineos, y esto nos sirvió de hitos. Me gustaría saber si alguna otra persona antes que nosotros ha tenido la ocurrencia de marcar el camino con pescado seco; lo dudo.

Tan pronto como llegamos a la latitud 80°, a las once de la mañana, comenzamos a levantar un depósito. Lo hicimos muy sólido, de doce pies de alto. El camino en aquella latitud era muy diferente del que habíamos tenido en el resto del viaje. Una nieve profunda, blanda en todas partes, nos hacía comprender que había caído en tiempo absolutamente tranquilo. Generalmente, al pasar por allí, aunque no siempre, vimos la misma nieve blanda.

Acabado el depósito y fotografiado, nos subimos a los trineos y emprendimos el viaje a casa. Fué un verdadero regalo volver sentados y conducidos en los trineos, cosa que antes no había sucedido. Prestrud se sentó al lado mío. Hañssen guiaba el primero, pero como ahora tenía que seguir la huella del viaje de ida, no necesitaba a nadie que abriera la marcha. En el último trineo llevábamos los jalones. Prestrud observaba la medida del trineo, y la cantaba a cada medio kilómetro, y entonces yo lanzaba un trozo de pescado seco a la nieve. Este método de jalonar el camino resultó superior. No solamente el pescado seco nos indicaba la ruta en muchas ocasiones, sino que además nos resultó de utilidad para el siguiente viaje en que volvíamos con los perros hambrientos. Aquel día recorrimos cuarenta y tres millas. No nos acostamos hasta la una de la noche, lo que no nos impidió estar en pie a las cuatro y en marcha a las siete y media. A las nueve y media de la noche cruzamos a Framheim después de recorrer sesenta y dos millas aquel día. La razón que tuvimos para andar tanto no fué la de ensayar nuestra rapidez, sino la de llegar a casa, si era posible, antes que el *Fram* partiera, y tener así lugar para estrechar otra vez las manos de nuestros camaradas y desearles un buen viaje. Pero cuando llegamos al borde de la Barrera vimos que, a pesar de nuestros esfuerzos, llegábamos tarde. El *Fram* no estaba allí. Esto nos causó un sentimiento

extraño de melancolía, que no es fácil de comprender. Pero pronto se impuso el buen sentido, y la alegría de haber pasado la Barrera sin daño después de tantos días, triunfó de toda otra consideración. Vimos que el barco había zarpado a las doce aquel mismo día, precisamente cuando aguijábamos más para alcanzarlo.

Este viaje para hacer depósitos fué bien suficiente para anunciarnos lo que el porvenir nos reservaba. Ya nos era lícito verlo todo de color de rosa; ya teníamos experiencia de tres factores importantes: la constitución del terreno, la marcha y los medios de tracción, y los resultados no podían ser mejores. Todo estaba perfectamente en orden. Yo había tenido siempre muy buena opinión del perro como animal de tiro, pero después de esta empresa mi admiración por estos magníficos animales llegó á la cumbre del entusiasmo. Veamos lo que mis perros realizaron en esta ocasión: El 14 de Febrero fueron hacia el Sur, once millas, con una carga de 110 libras, y recorrieron en el mismo día treinta y dos millas hacia el Norte sólo cuatro de ellos, los Tres Mosqueteros y Lassesen, pues Fix y Snuppesen se negaron en redondo a trabajar. El peso con que salieron del par. 80° fué el del trineo, 165 libras, el de Prestrud 176 y el mío 182. Añádanse a esto 154 libras que pesaban los sacos-camas, los skis y el pescado seco, y tenemos en total 677 libras, o sean 170 por cada perro. Yo creo que los perros demostraron en esta ocasión que eran bien a propósito para tirar de los trineos en la Barrera.

Además de alcanzar este brillante resultado, llegamos a otras varias conclusiones. En primer lugar, la cuestión del tiempo gastado en nuestros preparativos matinales nos advertía que en el viaje principal habíamos de ir más aprisa. Por lo menos había que ahorrar dos horas: de esto no había duda; ¿pero cómo? Yo tenía que tomarme algún

tiempo para resolverlo. Lo que requería más alteración era nuestro pesado equipo. Los trineos habían sido contruídos teniendo en cuenta condiciones más difíciles del terreno. La superficie aquí era de lo más llano, y, por consiguiente, permitía el empleo de aparatos más ligeros. Debíamos hacer por reducir el peso de los trineos, por lo menos a la mitad, y más si era posible. Nuestras enormes botas para skis necesitaban modificación completa. Eran demasiado pequeñas y demasiado tiesas cuando debían ser más anchas y más flojas. El calzado tiene consecuencias tan importantes, que el éxito de una expedición nos aconsejaba hacer lo posible por que estuviera en condiciones.

Los cuatro que se habían quedado en casa habían llevado a cabo importantísima labor. Framheim era apenas reconocible con la nueva y enorme añadidura que le habían hecho en la pared occidental. El cobertizo era de la misma anchura que la barraca, 13 pies, y medía otros 10 pies de ancho. Se le habían puesto dos ventanas y tenía un aspecto brillante y agradable a la entrada; pero duró poco, pues nuestros arquitectos cavaron un pasaje de cinco pies de ancho, alrededor de toda la barraca que se le cubrió sencillamente prolongando el alero pendiente hacia la nieve formando bóveda sobre el pasaje. Por el lado oriental se dispuso una tabla a través del alero, a la altura necesaria, y se agacharon los bordes hasta el suelo. La parte inferior de esta nueva adición del techo fué bien reformada, porque el peso de la nieve que se había de acumular en ella en el curso del invierno, probablemente sería muy grande. Este pasaje se unió con el cobertizo mediante una puerta lateral practicada en la pared Norte de la barraca. Este pasaje se construyó para almacenar en él alimentos en conserva y carne fresca, fuera de que en su ángulo oriental había un sitio muy bueno para

derretir nieve. Lindström podía sacar de allí toda la nieve limpia que necesitara, lo que no era posible fuera de casa. Teníamos unos 120 perros corriendo alrededor, que no hacían ningún beneficio a la nieve que quisiéramos sacar. Pero de la nieve que había a esta parte de la pared, Lindström no tenía que temer nada de los perros. Otra ventaja era no tener que salir con el mal tiempo, la obscuridad y el frío, siempre que necesitara un pedazo de hielo.

Ahora nos tocaba atender primeramente, puesto que empezaba el tiempo frío, a disponer las tiendas de los perros. No podíamos permitirles andar como hasta entonces por entre la nieve; si así lo hiciéramos, pronto veríamos que los dientes de los perros son tan agudos como cuchillos, y los efectos desastrosos del frío en los animales. Para precaver esto, el piso de cada tienda se ahondaba seis pies bajo la superficie de la Barrera. Gran parte de esta excavación hubo que hacerla con hachas, pues se tropezaba pronto con el hielo duro. Una de estas tiendas de perros tenía de concluida un aspecto importante cuando se la miraba desde arriba; medía 18 pies desde el piso á la punta, y el diámetro del piso era de 15 pies. Se habían hincado doce postes en el hielo del piso a intervalos iguales alrededor de la tienda, y a ellos se amarraban los perros. Desde el primer día tomaron gusto por sus alojamientos, y no sin razón, porque se encontraban bien allí. No me acuerdo de haber visto nunca escarcha en el interior de las tiendas. Gozaban de todas las conveniencias: aire, sin frío excesivo, luz y espacio suficiente. Alrededor de la tienda amontonábamos la nieve hasta la altura de un hombre. Dos días nos costó disponer ocho tiendas de perros.

Antes de salir el *Fram* dejó la ballenera en la costa por lo que pudiera suceder; si a lo mejor necesitamos un

bote, hubiera sido un mal no tener ninguno, y si no era menester, no era grande estorbo tenerlo. Fué transportada en dos trineos, arrastrados por doce perros, y se internó a alguna distancia en la Barrera. El mástil se erguía en los aires y señalaba su posición claramente.

Fuera de estos y otros trabajos, los cuatro hombres habían tenido tiempo para matar focas mientras estuvimos separados de ellos, y se veían copiosas cantidades de carne en dondequiera. No perdimos tiempo en preparar la tienda en que se había de guardar la provisión principal de carne de foca. No hubiera durado mucho si la hubiéramos dejado sin resguardar en el suelo. Para guardarla de los perros construimos una pared de siete pies de alta con voluminosos cantos de nieve. Los perros mismos vieron esta muralla de hielo, y cómo se les alejaba por entonces toda posibilidad de llegar á la carne.

No dejamos pasar largo tiempo sin ponernos en marcha otra vez. Era tiempo de volver al Sur con más víveres. Se fijó la partida para el 22 de Febrero, y antes de esta fecha teníamos mucho que preparar. Había que traer todos los víveres del depósito principal y prepararlos para el viaje. Teníamos que abrir las cajas de pemmican, sacar las latas en que estaba contenido, con cuatro raciones en cada una, cortar las latas y poner otra vez las cuatro raciones en las cajas sin llevar las latas. Hacíamos esto para economizar peso y para no tener que entretenernos en esta tarea después, con los fríos. Las latas valían para cuando navegábamos por los trópicos, pues temía yo que con el calor se deshiciera el pemmican y se derramase en la cala del barco. El abrir de las cajas y volverlas a carga nos invirtió mucho tiempo, pero se llevó a término. En el cobertizo efectuamos este trabajo.

Otra cosa que nos llevó también mucho tiempo, fué nuestro equipo personal. Se resolvió por completo la cues-

ción de las botas; los más de entre nosotros se decidieron por las voluminosas, pero en forma algo cambiada. Los menos prefieren el calzado suave y nada más. El caso no introducía gran mudanza; que todos comprendían que las botas voluminosas habrían de emplearse en el viaje definitivo cuando hubiera que marchar sobre los glaciares. Los que preferían, pues, el calzado flojo y colgar las otras botas de los trineos, podían hacerlo así si les placía. A ninguno obligué a que se pusiera botas que no fueran de su gusto; podía acarrear ello muchas molestias y responsabilidad. Así que cada uno hizo lo que quiso. Yo por mi parte preferí las botas de suelas recias, siempre que las cañas fueran blandas y suficientemente amplias para poder llevar todos los calcetines que se me antojaran. Avino bien que el que las hizo no nos las pudiera mirar ahora en Framheim, y aun después. Aplicamos el cuchillo a su obra selecta, y todo el cañamazo y una gran cantidad de cuero superfluo desapareció en un momento. Como yo no poseía grandes conocimientos en el arte zapateril, acepté con gusto el ofrecimiento de Wisting de arreglar mis botas. Cuando salieron de sus manos no había quien las pudiera reconocer. Por lo que mira a la hechura, eran tan estrambóticas, quizá, como antes de sufrir el arreglo; pero esto nada significa en comparación con lo cómodas y fáciles de llevar que resultaron: en esto se aventajaban muchos grados. Desgarró el espeso cañamazo y lo reemplazó con fuerte material impermeable; añadió enormes contrafuertes a las punteras, y las dejó holgura para muchos pares de calcetines. Además, quitó una de las muchas suelas que llenaban un espacio inútil. Parecióme ya tener calzado en que se asociaban todas las cualidades requeridas: fuertes suelas propias para aparatos Huitfeldt-Höyer Ellefsen, y, por otra parte, tan blandas, que no me oprimían el pie por ninguna parte. A pesar de estas alteraciones, mis bo-

tas hubieron de volver una vez más a manos del operador antes del viaje principal, pero entonces alcanzaron el summum de la perfección. Las de los demás experimentaron la misma reforma, y así se fué completando de día en día nuestro equipo. También se hicieron algunas alteraciones de menor cuantía en nuestro guardarropa. Hubo individuo que gustaba de llevar visera en la gorra, otros a quienes no gustaba. Uno que quería un guarda-nariz; a otro le estorbaba, y si se trataba de quién estaba en lo cierto, defendía cada uno su opinión hasta el extremo. Todas estas alteraciones eran, como he dicho, de menor cuantía; pero basándose en el juicio individual, contribuían a levantar los ánimos, y acrecentar la confianza en sí mismos. Se pusieron de moda nuevos modelos de tirantes. Yo mismo inventé uno, del que por algún tiempo anduve orgulloso, y a la verdad, tuve la satisfacción de verlo adoptado por uno de mis rivales. Pero esto acontecía pocas veces; cada uno de nosotros se preciaba de sus inventos y de ser el más original. Todo invento que se pareciese en algo a otro ya usado, no tenía mérito. Pero nos convencimos, como el labrador del adagio, de que el camino más trillado suele ser el mejor.

En la noche del 21 de Febrero ya estábamos prontos a partir de nuevo. Los trineos, que ahora eran siete, estaban cargados y producían una vista imponente. Confiados por la favorable marcha de nuestra primera excursión, pusimos demasiadas cosas en los trineos, en algunos por lo menos. El mío iba excesivamente cargado, de lo que hubo de pesarme después, o más bien, a mis animales.

El 22 de Febrero, a las nueve y media de la mañana, se puso en movimiento la caravana: ocho hombres, siete trineos y cuarenta y dos perros, y empezó la parte más trabajosa de toda la expedición. Como de ordinario, salimos bien de Framheim. Lindström, que había de quedarse

solo en casa y cuidar de todo, no se acercó, y nos envió sus adioses de lejos. Radiante de alegría, se encaminó a la barraca tan pronto como el último trineo se puso en marcha. Parecía muy satisfecho; pero yo sabía muy bien que antes de que pasara mucho tiempo daría otra vuelta para observar el horizonte. ¿Volveríamos pronto?

Había una ligera brisa, procedente del Sur, que nos azotaba de lleno, y el cielo estaba fosco. La nieve recién caída hacía pesada la marcha, y los perros tenían que esforzarse mucho para arrastrar tanto peso. Las huellas del viaje anterior no eran visibles ya, pero nos causó bastante alegría divisar la primera banderola, once millas tierra adentro. Desde ella seguíamos los hitos de pescado seco, que se destacaban vivamente entre la blancura de la nieve y que eran fáciles de ver. Plantamos el campo a las seis de la noche a una distancia de diez y siete millas. Nuestro campamento era grandioso: cuatro tiendas de a tres hombres, con dos en cada una. A dos de ellos se llevaron los avíos personales. El tiempo había mejorado durante la tarde, y por la noche el cielo estaba clarísimo.

Al siguiente día, la marcha fué más penosa y los perros tuvieron que sufrir más rigurosamente. No recorrimos más que doce millas y media después de ocho horas de marcha. La temperatura siguió razonable  $+ 5^{\circ}$  F. Se habían acabado los jalones de pescado seco, y tuvimos que atenernos en las últimas horas a la brújula solamente.

El 24 de Febrero empezó mal el día; un viento fuerte del Sureste y nevada impetuosa y densa. No veíamos nada, y teníamos que dirigirnos por la brújula. Caminar contra el viento era pesadísimo; la temperatura no más baja de  $- 4^{\circ}$  F. Transcurrió todo el día sin poder ver ninguna señal. La nieve dejó de caer al medio día, y a las tres se despejó el cielo. Según mirábamos adónde pondríamos las tiendas, percibimos una de nuestras banderolas. Cuan-

do llegamos a ella, vimos la que tenía el número 5. Habíamos numerado todos los bambúes para conocer exactamente la posición de las banderolas. Esta coincidía con la distancia recorrida, cuarenta y cuatro millas.

El siguiente día fué tranquilo y claro, y la temperatura empezó a descender — 13° F.; pero, a pesar de tan baja temperatura, el aire soplaba muy blandamente y había mucha calma. Seguimos encontrando los hitos y el pescado todo el camino, y al fin de la jornada habíamos recorrido diez y ocho millas, lo que era mucho si se tiene en cuenta lo pesado de la marcha.

Luego tuvimos un par de días de tiempo durísimo con niebla tal, que no podíamos ver en derredor gran cosa. Seguíamos los jalones casi todo el camino. Empezamos a usar del pescado seco como alimento suplementario; los perros lo tomaban con gusto. El que iba delante lo cogía y lo echaba a un lado; luego, uno de los guías salía, lo levantaba y lo ponía en su trineo. Si los perros hubieran podido lanzarse sobre él, ya podíamos prepararnos para ver tremendas peleas. Aun ahora, antes de llegar al depósito del paralelo 80°, empezaron a dar señales de extenuación, debido tal vez al frío tremendo (— 16.6° F.) y al trabajo penoso. Se les atiesaban la patas por la mañana y apenas podían caminar.

El 27 de Febrero, a las diez y media de la mañana, llegamos al depósito del paralelo 80° S. Estaba como lo habíamos dejado, sin que se formaran sobre él cúmulos de nieve, de lo que inferimos que el tiempo había sido tranquilo. La nieve que antes habíamos encontrado allí blanda, no se había endurecido con el frío. Tuvimos fortuna con el sol, y pudimos determinar exactamente la posición del depósito.

En nuestro camino por aquellas llanuras interminables, en que no se podían encontrar marcas de ningún gé-

nero, no hacíamos sino pensar en los medios de señalar nuestros depósitos para poder encontrarlos de nuevo con seguridad. Nuestra empresa dependía enteramente de este trabajo que habíamos de realizar en el otoño, de ir dejando abundancia de víveres lo más al Sur que se pudiera y en camino que pudiéramos encontrar con certeza. Si omitíamos este cuidado, nuestra empresa fracasaría probablemente. Como he dicho, habíamos discutido este asunto en su totalidad y llegado a la conclusión de que teníamos que procurar señalar nuestros depósitos formando ángulos rectos con el camino en dirección a Este y Oeste, en vez de Norte y Sur. Los jalones a lo largo de la línea del camino, fácilmente podían hacerse invisibles con la niebla si no estaban suficientemente juntos; y si uno de nosotros se desviaba, se corría el peligro de no volverlo a encontrar. Conforme, pues, con esta nueva disposición, señalamos el depósito del paralelo 80° S. con altos palos de bambú, rematados con banderolas negras. Empleamos veinte, diez a cada lado del depósito. Entre cada dos banderolas se dejaba una distancia de 984 yardas (900 metros); así que la distancia señalada a cada lado del depósito era de cinco millas y media (nueve kilómetros). A cada bambú se le pondría un número para poder determinar por este número a qué lado estaba el depósito y a qué distancia. Este método era enteramente nuevo y nunca ensayado anteriormente, y resultó en lo sucesivo de gran utilidad para asegurarnos absolutamente de la dirección. Nuestras brújulas y medidas de trineos se habían comprobado a cada parada, y podíamos fiarnos de ellas.

Arregladas estas cosas, continuamos nuestro viaje al día siguiente. La temperatura descendía bruscamente según íbamos avanzando: si continuaba así, sobrevendrían los mayores fríos antes de llegar al Polo. La superficie seguía siendo llana e igual. Parecíamos como que subíamos;

pero, como el porvenir nos enseñó, no era sino imaginación nuestra. No habíamos tenido molestias a causa de las hendiduras, y se nos figuraba que no las habíamos de temer nunca si, como parecía, la parte más resquebrajada de la Barrera era la que lindaba con el mar de hielo que ya habíamos dejado detrás. Al Sur del paralelo 80° encontrábamos la marcha más cómoda; pero los perros comenzaban ya a aterecerse y a sufrir de los pies, y costaba mucho hacerlos arrancar por las mañanas. El padecimiento de pies de que hablo, no es tan grave como el que los perros están expuestos a contraer en los mares de hielo de las regiones Articas. Lo que lo causaba eran las tiras de la capa superficial de la nieve, que, muy liviana para sostenerlos, se rompía y les cortaba los pies, y también los pedacitos de carámbano que se les metían entre los dedos; pero el perro que tiene que trabajar en el mar de hielo en primavera y en verano, está expuesto a males más graves; el hielo agudo le corta las patas y se le introduce la sal. Para evitar esto, hay que ponerles unos zuecos. Con el padecimiento mencionado, se vió que no había necesidad de estas precauciones. A consecuencia de la larga navegación, tenían los pies sumamente tiernos y no podían resistir mucho derechos. En nuestro viaje de primavera no advertimos ningún accidente de esta clase; quizá se les habían reforzado los pies durante el invierno.

El 3 de Marzo llegamos al paralelo 81° S. La temperatura era entonces de — 45.4° F., nada agradable por cierto. El cambio sobrevino demasiado bruscamente; esto nos pareció a hombres y perros. Plantamos el campamento a las tres de la tarde y entramos derechos en las tiendas. El día siguiente lo empleamos en construir y señalar el depósito. La noche fué la más fría que observamos en toda la excursión, pues la temperatura fué de — 49° F. cuando nos levantamos. Si se comparan las condiciones

de la temperatura en las regiones Artica y Antártica, se ve que es temperatura excepcionalmente baja. El principio de Marzo, como es sabido, corresponde al principio de Septiembre en el hemisferio Norte, tiempo del año en que aún dura el verano. Nos maravilló encontrar tan baja temperatura cuando aún debía durar el verano, y más al recordar yo las que Shackleton había observado en sus viajes en trineo al Sur. Al punto se me ocurrió la idea de que existía un polo local del frío máximo que se extendía por la porción central de la Barrera de Ross. Comparando esto con las observaciones obtenidas por el capitán Scott, durante su estancia en el Canal de Mc Murdo, se puede encontrar en cierta medida la explicación. Para lograrla completamente se requiere conocer también las condiciones de la Tierra del Rey Eduardo. Las observaciones que ahora está haciendo el Dr. Mawson en la Tierra de Adelia y en el límite Oeste de la Barrera, contribuirán mucho a esclarecer esta cuestión.

En el paralelo 81° S. hicimos un depósito, consistente en catorce cajas de pemmican para perros, 1.234 libras. Para señalarlo no teníamos cañas de bambú, de modo que no pudimos hacer otra cosa que romper algunas cajas y emplear sus piezas como jalones. Esto, después de todo, era mejor que no poner ninguna. Por mi parte, consideré que estas piezas de madera de dos pies de alto podían ser suficiente, si se tiene en cuenta la precipitación que yo había notado desde nuestra llegada a estas regiones. Era muy ligera considerando la época del año, primavera y verano. Si, pues, la caída de la nieve era tan poco importante en esta época, y a lo largo de la margen de la Barrera, ¿qué no sería en otoño e invierno en el interior? Como decía, mejor era algo que nada, y Bjaaland, Hassel y Stubberud, que habían de volver a las ollas de carne de Lindström, al día siguiente se aplicaron a la

tarea de clavar aquellos jalones. Como el primer depósito, éste fué jalonado nueve kilómetros por cada banda, a Este y Oeste. Para que pudiéramos saber en dónde estaba el depósito, caso de llegar a estos jalones con la niebla, todos los del Este fueron señalados con un corte de hacha. Debo confesar que me parecían insignificantes estas tablillas, que pronto se habían de perder de vista en la llanura inmensa, y la idea de que ellas tenían la llave del alcázar donde dormía la bella de mis sueños me hacía sonreír. Eran, al parecer, poco dignas de tal honor. Mientras tanto, los que habíamos de seguir al Sur no dimos más importancia a esto. El descanso de esta parada fué bueno para los perros especialmente, aunque el frío riguroso les impedía saborearlo.

A las ocho de la mañana del siguiente día nos separamos de los tres que habían de marchar al Norte. Yo tenía que enviar a casa a uno de mis perros, Odín, que tenía una úlcera espantosa (solía aparejarlo con los arrees groenlandeses), y me quedé con los otros cinco. Estos estaban muy flacos, y al parecer extenuados; pero de todos modos había que llegar al paralelo 82° S., costara lo que costara. Yo había tenido alguna esperanza de llegar al paralelo 83°, pero empecé a creer que teníamos poca probabilidad de conseguirlo. Después del 81° la Barrera empezó a ofrecer una apariencia algo distinta; en vez de la superficie completamente llana, vimos el primer día gran cantidad de pequeñas desigualdades a manera de pilas. Entonces no dimos mucha importancia a aquellas irregularidades, al parecer insignificantes, pero más tarde aprendimos a mirar mejor y a poner sobre seguro los pies cuando pasamos cerca de ellas; el primer día de pasado el paralelo 81° no advertimos nada; la marcha era excelente, la temperatura no tan mala como antes: — 27.4° F., y la distancia recorrida razonable. Al día siguiente, ya nos

dimos cuenta de lo que aquellos accidentes del terreno significaban, pues la superficie aparecía cortada por resquebrajaduras y más resquebrajaduras. No eran muy anchas; pero, en cambio, no se les veía el fondo. Después de medio día los tres perros guías de Hanssen, Helge, Mylius y Ring, cayeron en una de ellas y quedaron colgados del aparejo, y fué una fortuna que las guarniciones resistieran, pues la pérdida de estos tres hubiera sido muy sensible. El resto del tiro, cuando vió desaparecer a los tres compañeros, se detuvo en el acto. Gracias a que tenían un vivo temor a estas barrancas, se detenían en cuanto llegaban a ellas. Comprendimos entonces que estas pilas eran debidas a la compresión de los hielos, y siempre se veían grietas a su alrededor.

Aquel día fué casi todo él brumoso y fosco, con viento del Norte y nevadas de cuando en cuando. Entre los ventisqueros percibimos unas lomas altas, muy altas, formadas por compresión, tres o cuatro de ellas hacia el Este. El día siguiente, 7 de Marzo, experimentamos lo que Shackleton menciona en varias ocasiones. La mañana empezó clara y bella con temperatura de  $-40^{\circ}$  F. Poco antes de medio día empezó a soplar una brisa del Sureste, que se convirtió en ventisca durante la tarde. La temperatura subió rápidamente, y cuando a las tres plantamos el campo, quedó sólo en  $-0,4^{\circ}$  F. En el lugar de emplazamiento de nuestro campo dejamos una caja de pemmican de perros, para utilizarlo en el viaje de vuelta y señalamos el camino al Sur con astillas de tablas a cada kilómetro. Nuestro recorrido aquel día fué de doce millas y media. Nuestros perros, especialmente los míos, tenían un aspecto miserable y estaban terriblemente demacrados. Bien se veía que a lo sumo podían llegar al paralelo  $82^{\circ}$ , y luego se imponía la vuelta inmediata a casa.

Decidimos aquella noche contentarnos con llegar al

82° y luego regresar. Durante ésta última parte del viaje colócamos las tiendas frente a frente de modo que se juntaran las puertas; de esta manera podíamos enviar los víveres de una a otra, sin necesidad de salir, lo que era muy ventajoso. Esto determinó una alteración profunda en nuestro sistema de acampar y nos sugirió la idea de la mejor tienda de a cinco que se haya visto en las regiones polares. Según estábamos adormilados aquella noche en nuestros sacos-camas, pensando en cualquier cosa, nos ocurrió repentinamente la idea de que cosiendo las tiendas en la disposición en que ahora estaban, quitándole las delanteras, tendríamos una tienda que nos proporcionaría más espacio a los cinco que las dos separadas. Acogimos la idea, que dió por resultado emplear esta clase de tiendas en nuestro viaje principal, y era la mejor tienda que podía pensarse. La casualidad obra maravillas, o ghabremos de atribuir a la Providencia la procedencia de tales bagatelas?

El 8 de Marzo llegamos al paralelo 82° S., que era lo más que podía exigirse de nuestros perros. Cierto que, como luego se vió, aún fué demasiado. Estaban completamente consumidas las pobres bestias. Es el único recuerdo ingrato de mi expedición al Sur: el exceso de trabajo que recayó sobre estos magníficos animales, a quienes exigí más de lo que podían hacer. Me consuelo con pensar que casi tuve duelo de mí mismo. Dirigir un trineo de media tonelada de peso con perros cansados, no era tampoco una niñería. Y no sólo dirigirlo, sino que a veces tuve que empujarlo hasta que los perros quisieran tirar. El látigo ya hacía tiempo que no les causaba terror. Cuando intentaba emplearlo, se apiñaban todos y sacaban la cabeza cuanto podían para librarla del golpe, importándoles poca cosa del cuerpo. Muchas veces también, visto que no andaban, tenía yo que ayudarles. Entonces, dos de

nosotros empujábamos el trineo hacia adelante, mientras el tercero empleaba el látigo, asustando al mismo tiempo a los perros cuanto podía. ¡Qué duro e insensible se hace uno en tales condiciones! Yo siento simpatía natural por los animales, y procuro no hacerles daño. No conozco en mí el instinto del cazador; nunca se me ha ocurrido matar a ningún animal, no siendo moscas y ratas, como no sea por causa del sustento. Puedo decir que en circunstancias normales amaba a mis perros, que sin duda me correspondían. Pero las de ahora no eran normales o, ¿quizá sería yo el que no estaba normal? Muchas veces he pensado que era esto último. El penoso trabajo cotidiano y mi propósito de no darme por vencido, me habían hecho brutal, porque así era yo cuando obligaba a aquellos cinco esqueletos a arrastrar peso tan enorme. Aún lo siento cuando me acuerdo de Thor, un perro corpulento, hermoso, de pelo suave, cómo lanzaba aullidos lastimeros durante la marcha, cosa que nunca se oye cuando un perro está trabajando. No entendí lo que quería, ni lo entendería nunca quizá. Así había de marchar hasta que sucumbió; cuando lo abrimos para ver lo que había tenido, le encontramos todo el pecho convertido en un enorme tumor.

Las observaciones de medio día nos dieron  $81^{\circ} 54' 30''$  y, por consiguiente, proseguimos otras seis millas al Sur, y establecimos nuestro campo a las tres y media de la tarde en el paralelo  $82^{\circ}$  S. Ultimamente nos había parecido, constantemente, que la Barrera se iba alzando, y en opinión de todos, habíamos alcanzado la altura de unos 1.500 pies, remontando buena parte de la pendiente que conduce al Polo. Por mi parte, pensaba que el terreno se iba levantando hacia el Sur. Todo eran fantasías, como las mediciones posteriores nos hicieron ver.

Habíamos alcanzado la latitud más remota en este otoño, y con razón podíamos estar bien satisfechos. Deja-

mos allí 1.370 libras, principalmente de pemmican, para los perros. No hicimos nada aquella tarde más que descansar un poco. El tiempo era alegre, claro y tranquilo, — 13° F. Lo recorrido aquel día, trece millas y media.

Al día siguiente construimos nuestro depósito y lo marcamos. Se hizo de la misma manera que el del paralelo 81°, con la diferencia de que ahora las piezas de las cajas de embalaje tenían unas tiras de paño azul oscuro a la punta, que las hacía más visibles. Aseguramos más este depósito, porque teníamos certidumbre de que haría mal tiempo en el curso del invierno. Dejé allí un trineo también, vista la imposibilidad de arrastrarlo con un tiro de perros; además, un trineo de sobra en aquel punto podía ser útil algún día. Este depósito, de doce pies de alto, fué señalado con un bambú y banderola a la punta, que permitía verlo a gran distancia.

El 10 de Marzo hicimos rumbo hacia casa. Distribuí mis perros entre Wisting y Hanssen, pero poca ayuda sacaron de aquellos sacos de huesos, más bien estorbo. Los otros tres tiros se habían conservado bien. Apenas si el de Hanssen había sufrido algún daño. El de Wisting estaba considerado como el más fuerte, pero sus perros eran los más delgados. El trineo de Wisting había sido también cargado en demasía; aún pesaba más que el mío. A los animales de Johansen se les tuvo al principio por más flojos que ninguno, pero demostraron ser muy recios para correr. Sin ser corredores, siempre se las arreglaban para adelantarse algo. Parece que su divisa fuera aquello de «lo que no hagas hoy, tendrás que hacerlo mañana». Todos volvieron a casa.

Al principio pensábamos que nuestro viaje de regreso sería una especie de viaje de recreo; que iríamos montados en los trineos y sin fatiga ninguna; pero no nos sucedió como pensábamos. Los perros tenían más que sufi-

ciente trabajo con los trineos vacíos. El mismo día llegamos a un lugar donde habíamos dejado una caja de pemican para ellos, y acampamos allí después de haber recorrido veintinueve millas y tres cuartos. El tiempo era frío y crudo; la temperatura de  $-25-6^{\circ}$  F. Este tiempo acabó con la poca fuerza que les quedaba á mis perros; en vez de reposar, se estuvieron toda la noche arrimados unos á otros tiritando; daba lástima verlos. Por la mañana hubo que levantarles y ponerles de pie; no tenían fuerza para hacerlo por sí mismos. Después de caminar a tropezones un poco y cobrar algo de calor, se pusieron algo mejor, por lo menos para seguirnos. El siguiente día recorrimos veinticuatro millas y tres cuartos; la temperatura fué de  $-32-8^{\circ}$  F.

El 12 pasamos por el depósito del par.  $81^{\circ}$  S. Las grandes lomas del Este eran perfectamente visibles. Esta circunstancia nos podría valer más tarde para fijar la posición del depósito. Recorrimos aquel día veinticuatro millas y tres cuartos, siendo la temperatura de  $-39^{\circ}$  F. El 13 de Marzo empezó tranquilo y bello, pero a las diez y media de la mañana se levantó un tiempo impetuoso del Sureste con ventisqueros de nieve. Así que, para no perder las huellas que habíamos seguido por tanto tiempo, establecimos el campo hasta que pasara la tormenta. El viento aullaba y hacía presa en nuestras tiendas, pero no podía moverlas. Al siguiente día soplaba con la misma fuerza y del mismo cuadrante, y decidimos aguardar:  $-11-2^{\circ}$  F. El viento no se aplacó hasta las diez y media de la mañana del 15, que pudimos partir.

¡Qué espectáculo cuando salimos! ¿Por dónde empearíamos para poner en orden aquel caos? Los trineos, completamente cubiertos de nieve; los látigos, hierros de skis y guarniciones, destruidos. ¡Magnífica situación! Afortunadamente, teníamos gran cantidad de cuerdas al-

pinas con que reparamos las guarniciones; con correas de reserva arreglamos skis, pero los látigos no se podían remediar tan fácilmente. Hanssen, por su oficio de conductor general, necesitaba a toda costa un buen látigo; los otros no tanto, aunque era peligroso no tenerlos. De una u otra manera, se procuró un látigo que podía servir. Vi a otro armado con una vara de sujetar la tienda, que empleó hasta que llegamos a Framheim. Al principio, los perros se asustaban mucho con el látigo descomunal, pero pronto advirtieron que no era fácil acertarles con él, y no lo estimaron en un ardite.

Al fin pareció que todo estaba en orden, y entonces, únicamente quedaba subir los perros a sus lugares. Varios de ellos estaban tan indiferentes, que se dejaban caer la nieve encima, pero logramos sacarlos uno a uno y ponerlos en pie. Thor, sin embargo, se negó completamente; no hacía más que echarse y gemir. No hubo más remedio que rematarle, y como no teníamos armas de fuego, tuvimos que hacerlo con un hacha. Era lo mejor que podía hacerse; de otra manera se hubiera matado él. Wisting cogió su cadáver en el trineo para llevarlo al campamento próximo y descuartizarlo allí. El día era atrozmente frío; niebla y nieve con una brisa del Sur; la temperatura de — 14.8° F. Tuvimos la fortuna de reconocer las huellas de nuestro anterior viaje y seguirlas. Lurven, que era el mejor perro de Wisting, cayó en el camino y murió en el sitio. Era uno de los perros que habían tenido que trabajar más durante todo el camino; nunca pensó en huír el bulto; tiraba y tiraba hasta que murió.

Todo sentimentalismo hacía tiempo que se había desvanecido; nadie pensó en dar á Lurven el enterramiento que merecía. Lo que de él quedaba, huesos y pellejo, se partió y distribuyó entre sus compañeros.

El 16 de Marzo avanzamos diez y siete millas; la tem-

peratura era de — 29-2º F. Jens, uno de mis valientes «Tres Mosqueteros», tuvo que ser transportado todo el día en el trineo de Wisting; estaba demasiado débil para poder continuar el camino. Thor se destinaba a ser distribuido entre sus compañeros aquella noche, pero en atención al tumor del pecho, cambiamos de propósito. Durante la noche nos despertó un ruido espantoso. Los perros se habían enredado en feroz pelea, y nos fué fácil adivinar, por sus aullidos, que el motivo era la comida. Wisting, que siempre fué el primero en salir de su sacocama, corrió al instante al lugar del suceso, y vió que habían excavado en la sepultura de Thor, y se estaban dando un banquete con sus restos. No se dirá que eran difíciles de contentar en materia de alimento. Curiosa asociación de ideas; no pude menos de acordarme al punto de la «salsa holandesa». Wisting enterró el cadáver de nuevo, y seguimos en paz el resto de la noche.

El 17 se sintió un frío atroz de — 41-8º F. y una tremenda tormenta de nieve procedente del Sureste. Mi perro Lassesen, que había seguido los trineos suelto, se quedó atrás aquella mañana en el punto en que habíamos acampado; no lo echamos de menos hasta bien avanzado el día. En el mismo cayó Rasmus, otro de los «Tres Mosqueteros». Como Lurven, no dejó de tirar hasta que murió. Jens estaba muy mal, no podía tocar la comida, y Wisting lo cargó en su trineo. Llegamos al depósito del paralelo 80º S. aquella noche, y pudimos dar a los perros doble ración. La distancia recorrida fué de veintiuna millas y tres cuartos. La superficie había cambiado aquí durante nuestra ausencia; por todas partes se veían caballones de nieve. En una de las cajas del depósito había escrito Bjaaland un breve mensaje, y además encontramos la señal convenida con Hassel—una mole de nieve en lo alto del depósito, para indicar que habían pasado por allí, y

no había novedad.—El frío continuaba persistentemente. Al otro día tuvimos — 41-8° F. Ola y Jens, sobrevivientes de los «Tres Mosqueteros», acabaron aquel día; era una vergüenza dejarlos vivir más tiempo. Y con ellos desaparecieron de la historia los «Tres Mosqueteros». Los tres eran amigos inseparables, y todos negros casi del todo. En Flekkerö, junto a Christiansand, donde habíamos tenido los perros varias semanas, antes de embarcarlos, Ramus andaba suelto y era imposible cogerlo. Siempre iba a dormir con los otros dos amigos, y no logramos capturarlo hasta pocos días antes del embarque, y entonces era en realidad salvaje. Todos tres iban atados al puente, donde yo tenía mi trailla, y de entonces databa mi trato con ellos. El primer mes no estaban muy cortésmente dispuestos. Yo tuve que entrar en relaciones con ellos, saludándoles con un largo palo en los lomos. De esta manera me insinué en su intimidad, y llegamos a ser muy buenos amigos. Pero constituían una terrible potencia a bordo; donde se presentaban estos tres bellacos tenía que haber heridas. Tenían pasión por la pelea. Eran los perros que más corrían; en nuestras carreras con los trineos vacíos, cuando guiábamos hacia Framheim, no había quien venciera a estos tres. Yo tenía seguridad de dejar a los demás tras de mí, cuando los tenía en mi trailla.

Yo había dejado a Lassesen completamente rendido, cuando advertí que había quedado a la zaga aquella mañana, y tenía mucho pesar, porque era el animal más fuerte y diligente de todos. Júzguese, pues, de mi contento cuando le vi de repente volver, al parecer, sano y bueno. Sospeché que se había entretenido en desenterrar a Thor y dado cuenta de sus despojos. Esta comida había sido la que le volvió a la vida. Desde el paralelo 80° hizo excelente trabajo en la trailla de Wisting.

Aquel día observamos un caso curioso que nos fué de

utilidad en lo sucesivo. La brújula del trineo de Hanssen, que había sido siempre la misma exactitud, empezó de repente a marchar mal; por lo menos, no coincidía con el sol, que, afortunadamente, brillaba aquel día. Cambiamos nuestra ruta conforme a nuestras observaciones. Por la noche, cuando metimos nuestros avíos en la tienda, vimos que la caja de labor, con sus tijeras, alfileres, agujas, etc., estaba inmediata a la brújula. No era extraño que estuviera loca.

El 19 de Marzo tuvimos brisa del Sureste y — 45°,4 F. «Bastante fresca», encuentro anotado en mi diario. No mucho después de la salida de aquella mañana encontré Hanssen las huellas del viaje anterior. Tenía una vista envidiable, y veía todo mucho antes que cualquier otro. Bjaaland tenía también muy buena vista, pero no llegaba a la de Hanssen. El camino hacia casa era ya todo derecho, y pudimos ver el fin de nuestro viaje. Mientras, sobrevino una ventisca del Sureste que nos hizo detener un día; la temperatura era de — 29,2° F. El día después subió, como de costumbre, con este viento; llegamos a observar hasta + 15,8° F., en la mañana del 21. Era diferencia bien perceptible y que no nos disgustaba; ya estábamos más que cansados de soportar temperaturas de — 40°. Aquella noche hizo un tiempo muy extraño: violentos golpes de viento del Este y del Sureste, con intervalos de calma completa, como si procediera del continente.

En nuestro avance al Norte pasamos por junto a la banderola núm. 6, y por ella conocimos que estábamos a cincuenta y siete millas de Framheim. Acampamos aquella noche a treinta y siete millas de nuestros cuarteles de invierno. Habíamos pensado hacer este trecho de camino en dos jornadas, viendo lo muy cansados que estaban los perros; pero sucedió muy de otra manera, pues perdimos

las huellas antes de medio día, y al caminar nos alejamos demasiado hacia el Este y ascendimos a la ringlera de lomas antes mencionada. De súbito, Hanssen dió el alerta de haber visto algo chocante al frente. ¿Qué sería ello? Yo no sabía. Entonces tuve que recurrir a quien alcanzaba a ver más lejos que Hanssen, mi antejo. Alcé aquel excelente y viejo antejo que tantos años me había servido, y, ¡sí!, algo verdaderamente curioso había. Debía ser la Bahía de las Ballenas que mirábamos allá abajo; pero, ¿qué eran aquellas cosas negras que se movían por todas partes? «Serán nuestros compañeros que están cazando focas», indicó alguno, y a todos nos parecía lo mismo. Y luego, había tanta claridad, que era imposible engañarse. «Veo un trineo, y luego otro, y allí un tercero.» Casi se nos venían las lágrimas a los ojos al ver cuán solícitos andaban. «Ahora se marchan. No; ya están ahí otra vez. ¡Bien raro es que tanto suban y bajen nuestros compañeros!» En conclusión, todo se reducía a un fenómeno de espejismo. Lo que veíamos era Framheim con sus tiendas todas. Nuestros amigos estarían ahora tomando su sabrosa comida del medio día, de seguro, y las lágrimas que íbamos casi casi a derramar, dejarlas para mejor ocasión. Ahora podíamos mirar la situación con calma. Allí estaba Framheim, acullá el Cabo de la Cabeza de Hombre, luego el Cabo Oeste; como que nos habíamos corrido demasiado al Este. «¡Viva Framheim! A las siete y media llegamos esta noche», gritó uno. «Sí, bien puede ser», dijo otro; y salimos. Hicimos rumbo derechos al medio de la bahía. Habíamos ascendido lindamente según marchábamos a paso tan acelerado. Era más aprisa de lo que el «precursor» podía gobernar, y le vi vacilar en el trineo según pasaba a mi lado. Me pareció ver fugazmente a Hanssen que preparaba un mango de látigo; las suelas de sus pies se alzaban en demasía; yo, cuando menos lo pensaba,

caí en el trineo de Hanssen, reventando de risa, pues la situación era de lo más cómico que puede darse. Hanssen se levantaba precisamente del suelo al pasar el último trineo, y daba un salto; hombres, perros y trineos formábamos un montón a la base de la loma.

La última parte del camino fué bastante penosa. Encontramos ahora las huellas que habíamos dejado de ver en las primeras horas de la jornada: un pedazo de pescado seco, y luego otro y otro se destacaban en la nieve y nos señalaban el camino derecho. Llegamos a Framheim a las siete de la noche, media hora más pronto de lo que habíamos pensado. La marcha de aquel día fué treinta y siete millas; no tan poco para perros extenuados. Lassen fué el único de mi tiro que volvió vivo a casa. Odin, que envié por delante desde el paralelo 81° S., murió después de llegar. Perdimos en total ocho perros en este viaje: dos de Stubberud murieron inmediatamente que llegaron. Tal vez fué el frío la principal causa; creo que con una temperatura razonable todos hubieran llegado. Los tres individuos que se despidieron de nosotros en el 81° estaban sanos y salvos. Verdad es que se les acabó la comida y los fósforos el último día, pero en último extremo les quedaban los perros. Desde que llegaron habían matado, transportado, descuartizado y almacenado cincuenta focas. ¡Bonita ración de trabajo!

Lindström se había mostrado infatigable durante nuestra ausencia; todo arreglado de la manera más bella. En el pasaje cubierto que rodeaba la casa había labrado en la nieve, con su cuchillo, alacenas que atestó de filetes de carne de foca. Sólo en ellas había tajadas bastantes para todo el tiempo que pasáramos allí. En las paredes exteriores que formaban el otro costado del pasaje había hecho alacenas también, en que colocó toda clase de víveres en conserva. Todo estaba tan bien dispuesto como podía,

con sus solas manos y a oscuras. Había carne salada y tocino para nosotros, y empanadas de pescado. Si se leía el rótulo de un bote de pasta de jalea, podía asegurarse que los demás botes próximos tenían cosa análoga. Todo estaba admirablemente en fila, como batallón de soldados. Pero, ¡oh, amigo Lindström! ¿Cuánto duraría este orden?

Perfectamente. Quede este asunto archivado en mis adentros, y volvamos a mi diario. El jueves 27 de Julio encuentro este apunte: «El pasaje de los víveres nos ocasiona una confusión imposible. ¡Cuando recuerdo aquellos tiempos en que se encontraba sin necesidad de luz y al momento lo que hacía falta! Si alargabais la mano para alcanzar una torta de ciruelas, estabais seguros de encontrarla en seguida. Y así pasaba con todo lo que caía bajo la jurisdicción de Lindström; pero ahora, ¡oh cielos!, me avergüenzo de transcribir lo que me ha sucedido hoy. Con la más cándida ignorancia del estado de cosas que ahora domina, entré sin luz ninguna, pues cada cosa había de estar en su sitio. Alargué la mano, y la cerré con la esperanza de agarrar un paquete de bujías; pero el experimento ha salido vano. Lo que yo sujetaba en mi mano no podía ser en modo alguno un paquete de bujías. Por el tacto se conocía evidentemente que era algo de naturaleza lanosa. Dejé el objeto en el suelo, y recurrí al sencillo expediente de encender un fósforo. ¿Sabéis lo que era? Un asqueroso par de babuchas. ¿Y queréis saber en dónde estaban puestas? Pues estaban entre la manteca y los dulces secos. Esto era mezclar cosas que riñen de verse juntas.» Pero Lindström no era merecedor de toda censura. Por aquel pasaje entraban y salían todos corriendo día y noche, y, por regla general, a oscuras. Si por casualidad se tropezaban con algo, no estoy seguro de que se agacharan á cogerlo.

Luego había pintado el techo de la habitación de

blanco. ¡Qué agradable nos pareció cuando nos albergamos bajo él aquella noche! Nos había visto mucho antes de llegar, el pícaro, y ahora aparecía la mesa provista de toda especie de golosinas. Pero las tajadas de foca y el aroma del café era lo que nos seducía, y no fué exigua la cantidad que de esto desapareció aquella noche. ¡La casa propia!, palabra que tiene dulce sonido dondequiera que uno se halle, en el mar, como en la tierra; ¡y en la Barra! Qué comodidades nos proporcionamos entonces. Lo primero que hicimos fué secar todos nuestros vestidos de piel de reno, que estaban muy mojados. No se podía hacer precipitadamente. Había que extenderlos, para secarlos, en bandas bajo el cielo raso de la sala, de modo que no se secaran mucho de una vez.

Preparamos todo e hicimos algunas reformas en nuestros avíos para emprender un último viaje a los depósitos antes de que llegara el invierno. Esta vez el punto de destino era el 80° S., adonde habíamos de llevar como una tonelada y cuarto de carne de foca fresca. De qué enorme importancia sería para el viaje principal, poder dar a nuestros perros toda la carne de foca que pudieran comer en el paralelo 80°. Lo veíamos y sentíamos afán por llevarla. Inmediatamente empezamos a trabajar en nuestro equipo; la última excursión nos había enseñado muchas cosas nuevas. Así, Prestrud y Johansen habían llegado a convencerse de que un saco-cama doble era mejor que dos sencillos. No entraré en las discusiones que naturalmente derivan de esto. El saco doble tiene muchas ventajas, y también las tiene el sencillo; todo se reduce a cuestión de gustos. Los dos nombrados fueron los únicos que hicieron esta reforma. Hanssen y Wisting daban vueltas a una nueva forma de tiendas, y no tardaron mucho en encontrarla. Estas tiendas son tan parecidas a una casa de nieve cuanto pueden serlo; en vez de ser redondas, tienen

una configuración más oblonga, pero no tienen pared lisa, y el viento no tiene donde atacar en ellas. Nuestras prendas también sufrieron algunas reformas.

La Bahía de las Ballenas, en su parte más interior del Cabo Cabeza de Hombre al Cabo Oeste, estaba ahora enteramente congelada; pero afuera, el mar aparecía inmenso, oscuro. Nuestra casa estaba completamente cubierta de nieve. Esto aumentaba el trabajo de Lindström; la niebla no le había ayudado mucho. Esta cubierta de nieve contribuía en gran manera a mantener la barraca abrigada y caliente. Nuestros perros, que eran 107, parecían por su parte cerdos cebados para la matanza; aun los más famélicos que habían hecho el último viaje, empezaban a reponerse. Es cosa extraordinaria lo pronto que este animal engorda.

Era bien extraño ver el efecto que le hizo a los perros la vuelta del último viaje a casa. No mostraban sorpresa cuando llegaron al campamento; parecía que hubieran estado en él siempre. Es verdad que estaban más hambrientos que otra cosa. El encuentro de Lassesen y Fix fué cosa de risa; los dos eran amigos inseparables, el primero era el mandón, y el otro le obedecía ciegamente. En este último viaje dejé a Fix en casa, porque no me pareció en disposición de trabajar; había, por consiguiente, engordado enormemente, pues era atroz comedor; yo me detuve a observar su entrevista con curiosidad intensa. ¿Se aprovecharía Fix de la ocasión para hacerse él el amo? Entre tantos perros como había, era preciso algún tiempo para que pudieran reconocerse unos a otros. La escena fué conmovedora. Fix corrió derecho hacia el otro y empezó a lamerle y a manifestarle afecto grandísimo y alegría por verle. Lassesen, por su parte, asumió el aire de superioridad a que estaba acostumbrado. Sin más preámbulos, echó a rodar a su gordo amigo en la nieve y se puso encima de él un

rato, sin duda para demostrarle que él seguía siendo su señor absoluto e indiscutible. ¡Pobre Fix! Parecía enteramente alicaído. Pero esto no duró mucho; él se vengó con otro, convencido de que podía hacerlo con seguridad.

Para poder describir nuestra vida en aquella sazón, citaré una nota de un día entero de mi diario, el 25 de Marzo, sábado: «Tiempo benigno, hermoso + 6-8° F., todo el día brisa muy ligera del Sureste. Nuestros cazadores de focas, los compañeros que regresaron del 81° S., han salido esta mañana y han traído tres focas. Entre todo sesenta y dos, desde su regreso el 11 de Marzo. Tenemos ahora muy suficiente carne fresca para nosotros y nuestros perros. Cada vez nos gusta más el filete de foca. Nos gustaría tomarlo a cada comida, pero sería mejor con alguna variedad. Para desayuno, a las ocho de la mañana, tenemos generalmente pasteles calientes y jamón. Lindström sabe prepararlos de una manera que nada tiene que envidiar a las mejores casas americanas. Se nos sirve además pan, manteca, queso y café. Para comer tenemos las más veces carne de foca (introducimos bastante más carne en conserva durante el invierno) y dulces preparados como las frutas de California, tortas y jaleas. Para cenar, tajadas de foca con jamón, arándano, queso, manteca y café. Todos los sábados un vaso de vino de palma y cigarro. Debo confesar con franqueza que nunca he vivido tan bien, y el resultado es que todos estamos muy bien de salud, y me siento seguro de que el éxito coronará nuestra empresa.

»Es admirable, a la verdad, salir de noche y ver la dulce y confortable luz de la lámpara a través de la ventana de nuestra casa cubierta de nieve, y saber que hay una habitación abrigada y cómoda en la formidable y temida Barrera. Todos nuestros cachorros, tan gordos como puercos cebados, andan vagando por sus alrededores, y por la

noche vienen apiñados a la puerta. Algunos de ellos están tan gordos, que se balancean al andar, como los patos.»

Vimos la aurora austral por primera vez la noche del 28 de Marzo. Estaba compuesta de cintas y bandas que se extendían de Sureste a Norte, pasando por el cenit. La luz era verde, pálida y roja. Vimos muchas puestas de sol bellísimas, aquí únicas por la esplendidez de color. Sin duda que el fondo azul y blanco de este mágico paisaje realza mucho su belleza.

La partida para el último depósito se fijó para el viernes, 31 de Marzo. Pocos días antes, los cazadores de focas salieron al mar de hielo y mataron seis focas para el depósito. Se las limpió y despojó de todo lo superfluo para disminuir su peso. El de las seis se evaluó en 2.400 libras.

El 31 de Marzo, a las diez de la mañana, salió la expedición para el último depósito. Constaba de siete hombres, seis trineos y treinta y seis perros. Yo no fui esta vez. Tuvieron el mejor tiempo al comenzar el viaje, calma absoluta y claridad brillante. A las siete de la mañana, cuando salí de la barraca, vi un panorama tan bello que no podré olvidarlo nunca. Todos los alrededores de nuestros cuarteles de invierno aparecían envueltos en sombras profundas al nivel de la loma hacia el Oriente. Pero los rayos del sol tocaban a la Barrera por el Norte, que aparecía teñida de un rojo dorado, bañada en el sol de la mañana. Refulgía y deslumbraba contra la dentellada hilera de enormes masas de hielo que limitaban nuestra Barrera por el Norte. Un aliento de paz respiraba por dondequiera. De Framheim el humo subía mansamente en el aire, y proclamaba que el silencio de millares de años se había roto.

Los trineos estaban pesadamente cargados en su marcha al Sur. Los oí desaparecer lentamente sobre la loma desde el punto de partida. Fué tiempo tranquilo el que

siguió a nuestros trabajos preparatorios. Y no que nos estuviéramos sentados en casa sin hacer nada. Hacíamos buen uso del tiempo. Lo primero que había que hacer era ordenar nuestra estación meteorológica. En Abril pude enpezar a usar todos los instrumentos. En la cocina colgaban dos barómetros de mercurio, cuatro aneroides, un barógrafo, un termógrafo y un termómetro. Fueron colocados en un rincón bien defendido, completamente alejado del fogón. No teníamos casa todavía para los instrumentos que había que emplear al exterior, pero el subdirector iba a preparar una tan pronto como pudiera, y sus manos eran tan mañosas, que cuando la partida que fué al depósito regresó, ya estaba pronta la más linda jaula de instrumentos meteorológicos que pudiera verse, en lo alto de la colina, pintada de blanco para que pudiera resaltar de lejos. La veleta era una obra de arte, construída por nuestro competente maquinista Sundbeck. Ningún establecimiento nos la hubiera proporcionado mejor ni de más gusto. En la jaula había un termógrafo, un higrómetro y termómetros. Las observaciones se hacían a las ocho de la mañana, a las dos de la tarde y a las ocho de la noche. Cuando estaba yo en casa, yo las hacía, y cuando no, se ocupaba de esto Lindström.

La noche antes del día 11 de Abril, algo debió caer en la cocina; señal, según Lindström, de que había que esperar el arribo de los viajeros aquel día. Lo cierto es, que al medio día los divisamos allá arriba, en el llamado punto de partida. Venían corriendo a tal paso, que dispersaban la nieve a su alrededor, y en una hora estuvieron en casa. Traían mucho que contar. En primer lugar, que todo había sido debidamente colocado en el depósito 80° S. Luego nos refrieron, con grande asombro mío, que habían pasado por una porción de terreno terriblemente agrietado, á cuarenta y seis millas y media de Framheim, donde habían

perdido dos perros. Esto era muy extraño; habíamos ya pasado por aquel trayecto cuatro veces, sin que nada de particular nos estorbara el camino, y entonces, como de repente, cuando pensaban que la superficie toda era sólida como una roca, se encontraron en peligro de abismarse todos. Con tiempo oscuro se habían desviado en demasía al Oeste; luego, en vez de llegar a las lomas, como nosotros habíamos hecho antes, bajaron al valle, y allí toparon con un suelo tan peligroso, que les faltó poco para una catástrofe. Era una porción parecida cabalmente a la que he mencionado, al Sur del paralelo 81°; pero llena de pequeñas protuberancias por todas partes. El terreno era, al parecer, suficientemente sólido, y esta parte era precisamente el mayor peligro que allí había; pero, según lo estaban pasando, grandes porciones de él se hundieron junto a ellos, abriendo profundísimas barracas, suficientemente grandes para tragarse todo, hombres, perros y trineos. Con alguna dificultad salieron de aquel espantoso lugar, encaminándose a Oriente. Ahora que lo sabíamos, pondríamos seguramente el máximo cuidado para que no volviera a suceder. Mas, a pesar de todo, tuvimos posteriormente un encuentro aún más grave con aquella trampa maldita.

Un perro se quedó atrás en el camino; había sido herido en un pie, y no podía engancharse al tiro del trineo. Había caminado suelto unas cuantas millas, al Norte del depósito, sin duda, con la idea de que andaría en pos de los trineos. Pero el perro pareció echarse otras cuentas, y no se le vió más. Alguien pensó que había vuelto al depósito, donde estaría aún regalándose con las carnes de las focas tan penosamente transportadas. Debo confesar que esta idea no era muy de mi gusto; pero era muy posible que tal hubiese ocurrido, y que íbamos a encontrar de menos la mayor parte de la carne cuando la necesitá-

ramos. Pero nuestros temores, eran infundados; Cook, que así se llamaba el perro (y he decir que también teníamos un Peary), se había marchado para siempre.

Las reformas de los avíos dieron buen resultado. Por todas partes se oían alabanzas del nuevo modelo de tienda. Prestrud y Johanssen habían estado en el séptimo cielo con su saco-cama doble. Es de creer que los otros también con los sencillos.

Con esto, la parte más importante de la labor de otoño se dió por concluída. Los cimientos estaban puestos sólidamente; ahora venía el erigir el edificio. Resumiré el trabajo realizado entre el 14 de Junio y el 11 de Abril: La edificación completa de la estación de invierno, con acomodó para nueve hombres, por muchos años; acopio de carne fresca para nueve hombres y ciento quince perros, para medio año. El peso de las focas matadas ascendía a unas sesenta toneladas, y, finalmente, la distribución de tres toneladas de víveres en los depósitos de los paralelos 80°, 81° y 82° S. El del 80° contenía carne de foca, pemmican para perros, galletas, manteca, leche en polvo, chocolate, fósforos y parafina, además de una gran cantidad de avíos. El peso total de este depósito era de 4.200 libras. En el del 81°, media tonelada de pemmican para perros. En el 82°, pemmican para hombres y pemmican para perros, galletas, leche en polvo, chocolate y parafina, además de otros muchos enseres. El peso de este depósito ascendía a 1.366 libras.

## CAPITULO VII

### PREPARATIVOS PARA EL INVIERNO

¡Invierno! Me figuro que la mayor parte de las personas miran el invierno como sinónimo de mal tiempo, frío y malestar. Lo consideran con tristeza y lo aceptan por inevitable. Lo quiere así la Providencia. La perspectiva de uno o dos bñiles les halaga un poco, y esclarece algo su horizonte; pero ¡no basta!... frío, obscuridad... quita allá. ¡Venga el verano! Esto es lo que se dice. Lo que mis camaradas pensaban sobre el asunto del invierno que se aproximaba, es cosa que ignoro; por mi parte, diré que lo esperaba con placer. Cuando me detenía en la colina de nieve enfrente de la barraca, y veía la luz brillante de la ventana de la cocina, se apoderaba de mí una sensación indescriptible de gusto y bienestar. Y cuando más fosco y tormentoso fuera el invierno, más grande sería esta sensación de bienestar en nuestra abrigada casita. Veo la mirada interrogativa del lector, que parece decir: «¿Cómo no teníais temor de que la Barrera se rompiese, y quedarais flotando sobre las olas?» Contestaré a esta pregunta con la franqueza posible. Con sola una excepción, todos en aquella sazón opinábamos que la parte de la Barrera en que se alzaba la casa estaba asentada en tierra firme. Así, que el temor de una visita de las olas era completamente superfluo. Y el que pensaba que estábamos flotando, estoy persuadido de que tampoco padecía

ningún temor. Creo, por lo demás, que poco a poco fué compartiendo la opinión de todos.

Si un general se propone ganar una batalla, ha de estar siempre muy preparado. Si su adversario hace un movimiento, debe estar seguro de responderle con otro contrario; todo se ha de planear de antemano y todo debe preverse. Nosotros estábamos en una posición idéntica; teníamos que considerar de antemano lo que el porvenir nos acarrearía, y hacer nuestros preparativos, en consecuencia, mientras fuera tiempo a propósito. Cuando el sol nos dejara, y viniera la época de oscuridad, ya sería demasiado tarde. Lo que ante todo reclamaba nuestra atención y ponía en prensa nuestro cerebro, era el sexo femenino. No había paz en la Barrera para nosotros. Lo que sucedía era que toda la población femenina, once cabezas, se le había ocurrido presentarse en un estado que se suele mirar como «interesante», pero que en aquellas circunstancias no podíamos nosotros verlo así. Sin esto, teníamos ya muchas cosas en qué pensar. Pero ¿qué se le iba a hacer? Grande apuro. Once hospitales de maternidad parecían demasiados hospitales; pero sabíamos por experiencia que había que asistir a cada una aparte. Si hubiéramos colocado varias perras en el mismo sitio, comenzaría una escena terrible, cuyo fin sería comerse unas los cachorros de las otras. Porque esto había sucedido pocos días antes. Kaisa, perra colosal, blanca y negra, había cogido un cachorro de tres meses, cuando nadie la veía, y lo había devorado. Cuando acudimos, no vimos más que la punta del rabo, que ya iba desapareciendo. Así que ya poco podía hacerse. Por fortuna, quedó vacante una de las tiendas de perros, pues la trailla de Presturd se distribuyó entre otras dos, pues él, como no guiaba trineos, no necesitaba perros. Con ésta, ingeniándonos un poco, podíamos albergar dos; no había más que colocar un tabique de se-

paración. Cuando dimos la primera mano a la obra de nuestros cuarteles de invierno, ya tomamos en consideración este asunto, y erigimos un «hospital», que venía a ser como una tienda de a diez y seis; pero no era bastante. Entonces recurrimos a aquel material de que se encontraba abundancia por todas partes: la nieve. Alzamos una magnífica y amplia barraca de nieve. Además de esto, Lindström, en sus horas de ocio, había erigido un pequeño edificio, que estaba terminado cuando regresamos de nuestro segundo viaje a los depósitos. Ninguno de nosotros había preguntado para qué serviría aquello; pero ahora comprendíamos la ternura de Lindström. Con estos arreglos a nuestra disposición podíamos mirar cara a cara al invierno.

Camila, astuta y taimada raposa, se había prevenido con tiempo. Sabía lo que podía ser el parir en la oscuridad, y no le hacía gracia ninguna. Dióse, pues, mucha prisa, y llegó a tiempo de que ya estaba preparado el bizarro «hospital» para alojarla. Ahora ya podía mirar al porvenir tranquila en los últimos rayos del sol que nos dejaba; cuando la oscuridad se presentó, sus crías ya podían valerse por sí mismas. Camila, por lo visto, tenía sus intenciones al apresurarse a librar. Qué habría en el hospital que no le gustaba, no lo sabré decir; pero es lo cierto que prefería cualquier otro lugar. No era raro encontrarse con ella con ventisca atroz y una temperatura de veinte grados bajo cero, llevando un cachorro en la boca, y era que iba a buscar otro lugar. Entretanto, las otras tres, que tenían que aguardar, aullaban y gemían. Los sitios que Camila escogía no eran, por lo general, lo que se dice confortables; por ejemplo, una caja volcada de lado y expuesta por completo al viento, o detrás de un montón de tablas, con una ventilación que parecía el tiro de una chimenea de fábrica. Pero si le gustaba así, no

había más que dejarla. Si sus cachorros se quedaban solos allí, se pasaba varios días sin moverse del sitio. Nunca volvía al hospital por su gusto, era frecuente ver a Johansen, custodio de aquella grey, cargar con la madre y con todas las crías que podía de una vez, y luego hacerlas desaparecer en el hospital con palabras de ánimo.

Por entonces introdujimos nuevo orden de cosas en la cuestión de los perros. Hasta aquí no habíamos podido menos de tenerlos atados, por causa de las cacerías de focas; si se les dejaba sueltos, todo lo saqueaban. Había ciertos individuos que se distinguían especialmente en este género de fechorías, como el llamado Alcalde, a cargo de Wisting. Era cazador por naturaleza, y de nada se asustaba. Seguía a Svarten, de Hassel; pero tenía una buena condición, y es que iba siempre sola, mientras que el Alcalde siempre llevaba con él un batallón. Por lo general, regresaban con los hocicos ensangrentados. Para atajar este su recreo tuvimos que tenerlos atados, pero ahora, que ya no había focas, podíamos dejarlos sueltos. Naturalmente, el primer empleo que dieron a su libertad fué el de pelear. Pasando días, por razones imposibles de hallar, fueron naciendo sentimientos de crueldad y de odio entre algunos perros, y ahora se les ofrecía coyuntura para poner en claro quién era el más fuerte, y la aprovecharon con pasión. Pero con el tiempo sus maneras se fueron suavizando y se hizo poco frecuente el combate en regla. Los había, claro está, que no podían verse sin abalanzarse al cuello, como Lassesen y Hans, por ejemplo; pero conocíamos sus mañas y los vigilábamos. Los perros aprendieron pronto sus tiendas y los puestos que en ellas se les había asignado. Se les soltaba así que salían de mañana, y se les encadenaba por la noche cuando era hora de comer. Se acostumbraron de tal modo a este régimen, que no causaban mucho alboroto; todos se entrega-

ban plácidamente cuando la noche llegaba para dejarse atar, y cada uno de ellos conocía a su amo y su tienda y lo que de él se esperaba. Congregábanse con aullidos de júbilo en torno a sus amos, y entraban en la tienda alegremente. Su alimento era carne de foca y grasa un día, y pescado seco al siguiente; por lo común, una y otra especie de comida desaparecían en el acto, pero de cierto preferían la carne. Durante la mayor parte del invierno había restos de focas en la cuesta de la loma que se convertían a menudo en un centro de grande atractivo. Venía a ser como la plaza del mercado de Framheim, y no siempre dominaba allí la paz. Los parroquianos eran muchos y exigían no poco, así que se producían escenas muy animadas. Casi un centenar de focas se habían descuartizado y desollado allí. Como ya he dicho, habíamos construido una pared de nieve de dos varas de alta alrededor de la tienda para protegerla contra los ataques de los perros, aunque tenían tanta comida como necesitaban, y sabían además que les estaba prohibido tratar de entrar allí; quizá por el incentivo de la misma prohibición, siempre estaban lanzando codiciosas miradas en aquella dirección, y la cantidad de señales producidas por sus uñas en la pared hablaban con elocuencia de lo que pasaba cuando no estábamos vigilando. Snuppiesen, sobre todo, no se podía contener de acercarse a la pared, y como era ágil y ligera por extremo, tenía más probabilidad que los otros de llegar. Nunca se entregaba a este ejercicio por sí misma, sino que la estimulaban sus galanes Fix y Lasse; éstos eran menos activos, y tenían que contentarse con mirar. Cuando saltaba adentro de la pared, lo que sólo una o dos veces pudo conseguir, corrían ellos, aullando, alrededor. Al oír aquellos aullidos, pronto conocimos de qué se trataba, y uno fué allá armado con un palo. Se requería alguna astucia para cogerla *in fragranti*, porque

tan pronto como alguien se acercaba, sus galanes dejaban de ladrar, y ella conocía que algo grave pasaba. Su roja cabeza de zorra podía entonces verse por encima, mirando en torno suyo. Casi no hay que decir que nunca se lanzaba a los brazos del hombre del palo; pero, por lo general, no se rendía hasta que la cogían y la castigaban. También a Fix y a Lasse se les repartía algo, porque si bien aún no habían pecado, era por no poder. Ellos lo sabían y observaban el castigo de Snuppesen a distancia. La tienda en que teníamos pescado seco estaba siempre abierta; ninguno de ellos intentaba tomarlo.

El sol continuaba su carrera diaria, descendiendo cada vez más. No le vimos mucho tiempo después del último viaje a los depósitos; el 11 de Abril salió y se ocultó al punto. Venía la Pascua, y en la Barrera, como en las demás partes del globo, era justo celebrarla. Los días de fiesta entre nosotros se notaban, porque la comida era algo más que lo ordinario, no por otra señal. Ni nos vestíamos de distinto modo, ni introducíamos ninguna otra mudanza. En las noches de fiesta teníamos, por lo general, una pequeña sesión de gramófono, un vaso de vino de palma y un cigarro; pero teníamos cuidado con el gramófono, pues bien sabíamos que se gastaría pronto si lo usábamos demasiado a menudo; por eso lo sacábamos en muy raras ocasiones, pero su música nos hacía gozar más al oírlo. Cuando pasó la Pascua, un suspiro de alivio se nos escapó a todos; estos días de fiesta son siempre aburridos. Aun en los sitios que tienen más diversiones que ofrecer que en la Barrera, lo son; de suerte que aquí eran intolerablemente largos.

Nuestra manera de vivir estaba perfectamente sistematizada, y todo trabajo nos resultaba fácil y perfecto. La obra capital del invierno fué mejorar nuestro equipo para el próximo viaje en trineo al Sur. Nuestro objeto era lle-

gar al Polo; todo lo demás, secundario. Las observaciones meteorológicas proseguían a velas desplegadas y apropiadas al invierno. Hacíamoslas a las ocho de la mañana, a las dos de la tarde y a las ocho de la noche. Como éramos los precisos, no se podía mermar nada a la tarea de cada uno, y viviendo en espacio tan reducido, hubiera resultado de efecto perturbador el tener que salir a cada momento a hacerlas; no había tranquilidad nunca. Mi designio principal era que todos estuviesen a gusto y con la mayor comodidad, para que al llegar la primavera estuviéramos todos frescos y animosos en la empresa final. No que yo quisiera que pasáramos el invierno perezosamente; muy lejos de eso. Para estar contento y sano, el hombre ha de estar siempre ocupado. En consecuencia, yo esperaba que todos trabajasen activamente en las horas designadas para ello, y acabada la jornada, cada uno podía hacer lo que fuera más de su gusto. Introdujimos también cierta especie de ordenación y aseo, con arreglo a lo que permitían las circunstancias. Se convino, pues, en que cada uno de nosotros asumiría una obligación semanal de reglamento. Esta obligación consistiría en barrer el suelo todas las mañanas, limpiar los ceniceros, etc. Para procurarnos buena ventilación, sobre todo en los dormitorios, se estableció la regla de que ninguno pudiera tener otra cosa bajo su lecho que las botas que había de ponerse. Cada uno tenía dos alcayatas para colgar de ellas sus vestidos, y esto era suficiente para las prendas de uso diario; toda la ropa superflua se encerraba en nuestros sacos de cuero y se dejaban fuera. De esta manera se lograba el aseo; por lo menos, lo más sucio no nos ofendía. Pero es dudoso que por mucho escrúpulo que tenga el que dirige el orden de una casa, consiga tenerlo todo a punto.

Cada uno tenía su tarea asignada. Prestrud, ayudado

de Johansen, atendía a las observaciones astronómicas, a las del péndulo regulador. Hassel tenía jurisdicción sobre el carbón, la leña y la parafina, y tenía que cuidar de que durasen. Como administrador del carbón y leña de Framheim, recibió el título de director, y esta dignidad quizá se le hubiera subido a la cabeza si no se la hubiera asociado con el oficio de recadero. Además de recibir órdenes, tenía que entregar los géneros, y ambas cosas las hacía con distinción. Alcanzó un triunfo en apretar las clavijas a su parroquiano más gastador, Lindström, en forma tal, que en lo que duró el invierno ahorró una gran cantidad de carbón. Hanssen estaba encargado de administrar el depósito y proveer de lo que hiciera falta. Wisting los equipos y tenía que responder de que nada se tocara sin su permiso. Bjaaland y Stubberud gobernaban el cobertizo y el paraje que rodeaba la casa. Lindström tenía a su cargo la cocina, ocupación la más ingrata y penosa de la compañía. Nadie tiene qué decir mientras la comida sea buena; pero que el cocinero se equivoque y queme la sopa un día, y ya no faltarán hablillas. Lindström tenía la disposición del hombre que jamás yerra; dijeran lo que dijeran, él siempre era el mismo.

El 19 de Abril vimos el sol por última vez en el horizonte al Norte de la loma. Tenía un rojo vivísimo y como rodeado de un océano de llamas, que no desapareció del todo hasta el 21. Todo iba bien por lo que respecta a la casa; pero el cobertizo, que en un principio se había destinado para carpintería, resultaba demasiado pequeño, oscuro y frío, sin contar con que todo el tráfago pasaba por aquel lugar; de modo que tenían que interrumpir a cada paso el trabajo los carpinteros, ó dejarlo del todo muchas veces; no teniendo otro sitio para obrador más que el oscuro agujero, y había mucho trabajo que realizar. Cierto que podíamos emplear la sala principal, pero

entonces la tendríamos ocupada todo el día; y no era buen remedio emplear para esto la única habitación que nos servía para el descanso y comodidad. Ya sé que suele hacerse así, pero siempre lo he considerado como mal arreglo. Ahora no sabíamos ya qué discurrir, pero las circunstancias vinieron en nuestra ayuda una vez más. Porque, hay que decirlo también: habíamos olvidado traer una herramienta que en las expediciones polares es de uso comunísimo, la pala de la nieve. Una expedición bien equipada, como lo era la nuestra hasta cierto punto, debía poseer, al menos, una docena de palas de hierro fuertes y macizas. No teníamos ninguna. Teníamos dos cogedores, pero no nos podían servir gran cosa. Por dicha, teníamos una lámina de hierro muy buena y sólida, y Bjaaland puso manos a la obra y nos hizo doce palas de lo mejor. Stubberud arregló los mangos, que podían creerse salidos de la fábrica más importante. Esto produjo resultados muy útiles para nuestro bienestar futuro, como se verá. Si las hubiéramos traído con nosotros al empezar, habríamos limpiado todas las mañanas, de nieve, la puerta de nuestra casa, como cumple a gente aseada. Pero como no las teníamos, la nieve se había acumulado, en tal forma, delante de nuestra puerta, y antes de que Bjaaland hubiera preparado las palas, se había formado un monte que se extendía desde la entrada por toda la parte occidental de nuestra casa. Este cúmulo de nieve, que era tan grande como la casa misma, naturalmente, nos ponía de mal humor, cuando una mañana todos los individuos salimos armados con las nuevas palas a despejar el paso. Según nos deteníamos perplejos, sin saber cómo empezar, uno de nosotros, Lindström o Hanssen quizás, y ¿por qué no yo?... bien está, no importa quién fuera, uno de nosotros, digo, tuvo la feliz idea de llamar en su ayuda a la Naturaleza, y trabajar con ella y no en contra. Era nuestro

propósito cavar un obrador de carpintería en el cúmulo de nieve y ponerlo en comunicación directa con la casa. Apenas se nos ocurrió esta idea, la adoptamos unánimes. Y luego empezamos una obra de galerías que durante mucho tiempo, por una excavación llamaba otra, y no paramos hasta edificar un burgo subterráneo completo, que es quizá una de las obras más interesantes que se hayan llevado a cabo alrededor de una estación de invierno en los polos. Comencemos con la mañana en que por primera vez atacamos la masa de nieve con nuestras palas. Era un jueves, 20 de Abril. Mientras tres hombres iban a cavar derechamente en la nieve desde la puerta de la casa en dirección a Oeste, otros tres disponían la comunicación entre la casa y la masa de nieve, cubriendo con tablas (las mismas que habían servido para la cubierta de quita y pon del *Fram*) desde la mole hasta el tejado del cobertizo. La parte abierta entre la nieve y el cobertizo hacia el lado Norte se rellenó enteramente, formando una pared sólida que subía a unirse con el tejado últimamente puesto. El espacio entre ambos hacia el Sur quedó abierto como una calle de salida. Pero la fiebre de edificar que se había apoderado de nosotros nos llevaba de un proyecto ambicioso a otro; y así, convinimos en excavar un pasaje en toda la longitud del macizo de nieve que terminaría en una espaciosa choza de nieve destinada a baño de vapor. Era todo un proyecto: ¡baño de vapor en el paralelo 79° S.! Hanssen, que era constructor de chozas de nieve por oficio, se puso a la obra. La hizo sólida y la prolongó hacia abajo, de modo que cuando quedó terminada tenía 12 pies desde el suelo al techo. Con esto teníamos sobra de espacio para instalar un baño de vapor. Mientras los zapadores iban avanzando, nosotros podíamos oír el ruido de sus picos y palas acercarse cada vez más. Ya era esto mucho para Hanssen: apenas acabada la choza se puso a mirar,

yendo al encuentro de los de fuera, y cuando empezaba una cosa, poco tardaba en tenerla concluída. Se oían ya de las dos partes los golpes que se iban acercando, y el estímulo se aumentaba. ¿Se encontrarían, o estarían cavando en diferentes direcciones? El Simplon, el Monte Cenís y otras obras de ingeniería, pasaban por mi imaginación. ¡Ah si nos encontramos! Interrumpió mis meditaciones una cara radiante, que pasó por la pared precisamente cuando iba yo a hundir mi pala en ella.

Era Wisting el zapador número uno del túnel de Framhein. Razón tenía para alegrarse de escapar con la nariz ilesa. Bella era la vista de aquel pasaje largo, blanco, que terminaba en una cúpula alta, reluciente. Según cavábamos hacia adelante, teníamos cuidado de hacerlo hacia abajo, para que el techo no vacilara; pues no faltaba donde hacerlo, que la Barrera tenía profundidad de sobra.

Acabada esta obra, empezamos a hacer el taller de carpintería. Había que cavarlo a gran profundidad, porque la mole de nieve se escurría un poco hacia los lados, y así, primero atacamos la mole y luego cavábamos hacia abajo directamente, tanto, que recuerdo que descendimos hasta seis pies de profundidad en la Barrera. Se hizo el taller espacioso, con holgura suficiente para los dos carpinteros y cabida para los trineos. El banco lo labramos en el hielo mismo, cubriéndolo con tablas. Terminaba el taller en un cuartito, hacia el Oeste, donde los carpinteros guardaban las herramientas más pequeñas; una ancha gradería, practicada en la nieve y guarnecida de tablas, conducía desde la carpintería al pasaje. Acabada esta obra, los trabajadores fueron allí, y se instalaron en ella con el nombre de «Unión de Carpinteros». Allí se reformó todo lo concerniente a los trineos para el viaje al Polo. Frente a los carpinteros vino la herrería, cavada a

la misma profundidad; estaba menos ocupada. Al otro lado de la herrería, próximo a la barraca, se practicó un profundo hoyo, para recoger las aguas sucias de la cocina. Entre la «Unión de Carpinteros» y la entrada en el cobertizo, frente a la subida de la Barrera, edificamos una pequeña habitación, que en rigor merecía explicación muy detallada, pero que por falta de espacio habrá que dejar para más tarde. La subida a la Barrera, que había quedado abierta durante el progreso de todas estas obras, se cerró ahora mediante un invento que es digno también de mención. Hay muchas personas que, por lo visto, no han aprendido nunca á cerrar una puerta cuando entran o salen; de dos o tres que se juntan, veréis uno por lo menos que tiene este defecto. ¿Cuántos habría entre nosotros, que éramos nueve? No sirve pedir al que lo padezca que cierre la puerta, porque es incapaz de hacerlo, sencillamente. Todavía no tenía yo bastante trato con mis compañeros para poner en el tapete esta cuestión, y para evitar tener que tratar de ella, lo mejor era colocar una puerta que se cerrara por sí sola. Se encargó de esto Stubberud, fijando el marco de la puerta en el muro de hielo en posición oblicua, como la trampa de una bodega en nuestras casas. Ya no podía quedarse abierta la puerta; tenía que cerrarse por su propio peso. Me pareció muy bien cuando la vi terminada; estábamos seguros así contra las invasiones de perros. Cuatro escalones de hielo, cubiertos de tablas, conducían desde la puerta al pasadizo. Además de estos cuartos nuevos, conseguíamos una protección más para nuestra casa.

Mientras esta obra progresaba, el constructor de aparatos no estaba ocioso ni mucho menos; el mecanismo de relojería del termógrafo se había estropeado: el eje del tambor, según parece, estaba roto. Era esto no pequeño mal, porque este termógrafo había funcionado muy bien

en temperaturas muy bajas. El otro termógrafo seguramente había sido construido para utilizarlo en los trópicos; por lo menos, no servía cuando hacía frío. Nuestro constructor de aparatos tenía un sistema especial de manejarlos todos, con pocas excepciones. Los ponía en la estufa y atizaba el fuego. Entonces funcionaban bien, pues los ponía en condiciones de poder saber ciertamente si eran o no útiles. El termógrafo no podía emplearse con el frío. Limpiólo bien de todo el aceite rancio que se congelaba por todas partes, en las ruedas y en los ejes como cola de pescado, después lo colgó del techo en la cocina. Quizá la temperatura de este lugar podía reanimarle y hasta creer que estaba en los trópicos. De esta manera podríamos saber la temperatura del horno, y por el registro de ella calcular qué comeríamos durante la semana. Si el profesor Mohn quedaría o no satisfecho del resultado de estos arreglos, es problema que no preocupaba a nuestro constructor de aparatos y director. Además de estos instrumentos, teníamos un hidrógrafo; estamos bien provistos: pero uno de nosotros tiene que sacarlo cada veinticuatro horas a la puerta. Lindström lo limpió y lo engrasó de nuevo, y lo echó a andar. A pesar de esto, el aparato se detiene a las tres de la mañana; pero yo no vi jamás que Lindström se diera por vencido. Después de muchas cavilaciones, se puso a la tarea de construir él un termógrafo, además del hidrógrafo y del termógrafo inutilizado; esto era para él una friolera. La creación que me enseñó después me puso los pelos de punta. ¿Qué hubiera dicho Steen? ¿Qué pensaréis que era? Un bote de conserva de carne girando dentro de la caja del termógrafo. ¿No es esto un insulto a los aparatos registradores meteorológicos? Yo quedé como herido por el rayo, pensando además que me juzgaría por un tonto y quería burlarse de mí. Así que estudiaba con cuidado todos los movimien-

tos de su rostro para encontrar la clave de su fisonomía y saber si reía o lloraba. La cara de Lindström estaba realmente muy seria; si hubiera estado a la altura de la situación, creo que las lágrimas serian lo más adecuado. Pero cuando mi vista cayó sobre el tambor del termógrafo, y leí «Fábrica de Conservas de Stavanger y C.<sup>ia</sup>», no pude contenerme más. El aspecto cómico se sobrepuso a todo y me hizo estallar en carcajadas. Dominado el accidente de risa, vino la explicación. El cilindro que había antes no servía, y por eso había procurado substituirle con el bote, y funcionaba admirablemente. El termógrafo de conservas dió muy buen resultado hasta la temperatura de — 40°, pero al llegar aquí se rindió.

Nos dividimos ahora en dos compañías de trabajadores. Una de ellas tenía que cavar para extraer unas cuarenta focas que habíamos depositado a tres pies debajo de la nieve; tardamos en ello dos días. Los cuerpos de las pesadas focas, duros como pedernal, no eran fáciles de manejar. Los perros seguían con interés el curso de esta operación; todo cuerpo que se sacaba era examinado minuciosamente: pusieron en dos montones, que darían comida bastante para los perros durante todo el invierno. En tanto, la otra brigada había de trabajar bajo la dirección de Hassel en el almacén de petróleo. Los barriles que a principio de febrero estaban fuera, se habían metido ahora bajo el hielo. Se cavó a un lado y otro del almacén, y se practicó un pasadizo bajo el suelo en que estaban los barriles; al mismo tiempo se cavó en el suelo de la Barrera, a la profundidad necesaria para los barriles. Quitada la nieve, se circueña cada hoyo de una pared con una amplia entrada. El arte de Stubberud para hacer bóvedas nos fué aquí de gran utilidad, siendo de mucho acierto la puerta de arco que hizo a la entrada del almacén de petróleo. Era un encanto verla, y probablemente

no habrá habido nadie que haya tenido tan lindo depósito de petróleo como nosotros. Hassel no paró aquí; tenía la fiebre de construir en su grado más alto. Su gran proyecto de enlazar el depósito de leña y carbón con la casa por medio de un subterráneo, me dejaba sin aliento, pues me parecía obra más que humana, pero se hizo. La distancia entre estos dos puntos era de diez yardas próximamente. Hassel y Stubberud trazaron el plan, de manera que este nuevo subterráneo tocara en ángulo recto al Sur con el pasadizo que rodeaba las casas. Hecho éste, cavaron un hoyo gigantesco en la Barrera, a la distancia media entre el depósito y la casa, y luego cavaron en ambas direcciones a partir de este hoyo, concluyendo en seguida su tarea. Prestrud tenía un pensamiento: según estaba abierto el hoyo, quiso aprovecharse de la ocasión de emplazar un observatorio para su péndulo regulador, y lo hizo muy al caso. Lo construyó cavando en ángulos rectos con el pasaje, y puso su pequeño observatorio entre el depósito de carbón y la casa. Despejado de toda la nieve, el grande agujero se volvió a tapar, y entonces podíamos ir desde la cocina directamente al depósito de carbón, bajo techado. Primero seguíamos el pasadizo que rodeaba la casa; recuérdese aquel en que todas las latas de conservas estaban colocadas en orden perfecto; luego, al llegar al ángulo Sureste de la casa, se abrió este otro pasadizo que conducía al depósito de carbón. En la mitad del pasaje, a mano derecha, comunicaba una puerta con el observatorio del reloj regulador. Continuando, se encontraban unas cuantas escaleras hacia abajo, y luego terminaba en una breve escalinata que subía hasta el agujero abierto en la superficie de la nieve. Al subir por ella se encontraba uno inmediatamente en medio de la tienda de carbón. Era un trabajo muy bien hecho que honraba a sus delineantes.

Para Hassel fué muy ventajoso; ahora podía coger el carbón bajo cubierta y se libraba de tener que ir afuera.

Mas no terminaron con esto nuestras grandes obras subterráneas. Necesitábamos un aposento en el que Wisting pudiera encontrar todos los objetos de su cargo; lo que especialmente le corria más prisa, la ropa de piel de reno, que deseaba tenerla bajo techado. Pensamos, pues, en hallar espacio suficiente para alojar todo estos artículos y al mismo tiempo un taller para Wisting y Hanssen, que tenían que ajustar las piezas de todos los trineos tan pronto como Bjaaland las tuviera listas. Wisting escogió al efecto una gruesa mole de nieve que había formado alrededor de la tienda en que guardaba todos sus materiales; el lugar estaba expuesto al Noreste de la casa. El almacén de ropas, como se llamó a esta construcción, era muy grande, y procuró sitio, no sólo para todos nuestros avíos, sino también para el taller. De allí, una puerta conducía a un aposento muy pequeño, donde Wisting estableció su máquina de coser, y estuvo trabajando todo el invierno. Siguiendo en dirección Noreste, llegamos a otro aposento grande, llamado el Palacio de Cristal, en que estaban todos los patines y las cajas de trineos. En él todas las provisiones para el viaje en trineo estaban almacenadas. Por el momento entonces, esta habitación quedaba separada de las otras, y teníamos que ir afuera para entrar en ella. Más tarde, Lindström cavó un enorme agujero en la Barrera, en el lugar donde tomaba la nieve y el hielo para los usos de la cocina, que unimos con los aposentos mencionados; y de esta manera podíamos, por fin, caminar en todas direcciones bajo la nieve.

También se edificó el observatorio astronómico: se hallaba situado paralelo al Palacio de Cristal; pero parecía resentirse de cierta inseguridad y antes de poco tiempo se fué desmoronando. Prestrud, después de esto, imaginó

varios artificios; empleó primero como pedestal un tonel vacío; luego un tronco antiguo de madera. Su inventiva para hallar soportes es muy variada.

Todas estas obras estaban acabadas a principios de mayo. Faltaba una cosa sólo, que por fin también arreglamos, y era la reconstrucción del depósito. Los pequeños montones en que se apilaban las cajas no resultaban convenientes, porque dejaban entre los vacíos que formaban, espacio a propósito para que se acumulase la nieve. Se cogieron ahora todas las cajas y se dispusieron en dos largas hileras, con suficiente intervalo entre ambas, que impidieran punto de resistencia a los ventisqueros. Esta obra se terminó en dos días.

Eran éstos ya muy cortos y nos dispusimos a empezar nuestros trabajos domésticos. Las tareas del invierno se repartieron como sigue: Prestrud, observaciones científicas; Johansen, embalaje de las provisiones para trineos; Hassel se encargaba de facilitar a Lindström carbón, leña y parafina y hacer látigos, ocupación en que estaba muy familiarizado desde la segunda expedición del *Fram*; Stubberud, tenía que reducir el peso de las cajas de los trineos a la mínima cantidad, y tenía además que realizar otros trabajos. Nada había en que él no pusiera mano; así, el programa de sus tareas de invierno era algo indeterminado. Sabía yo que podía encargarse de algo más que de las cajas de los trineos, aunque no se pueda decir que esto era una bagatela. A Bjaaland se le confirió la tarea que todos mirábamos con intenso interés—la reforma de los trineos.—Sabíamos que había que disminuir una enorme cantidad de peso, pero ¿cuánta? Hansen y Wisting tenían que sujetar y trabar sus diferentes partes; esto se hizo en el Almacén de Ropas. Estos dos tenían también otras muchas cosas en su programa de invierno.

Muchos se figuran que expedición polar es sinónimo de inacción. Creo que pocos compartían este parecer en Framheim aquel invierno, y si alguno había, tuvo que modificarla. No es que las horas de trabajo fueran excesivamente largas, pues las circunstancias se oponían. Pero durante estas horas el trabajo era activísimo.

En muchos viajes anteriores en trineo había experimentado yo que los termómetros son cosas muy frágiles. Sucede a menudo que al comienzo de un viaje se rompen todos los termómetros que uno lleva, quedándose sin medios de determinar la temperatura. Si en tales circunstancias se acostumbrara a hacer pronósticos, podría uno dar la media para todo el mes con una aproximación muy grande. Los pronósticos para cada día pueden diferir algo de la realidad en más ó menos; pero, como digo, llegaría a estimar con notable acierto la temperatura media. Con esta idea inicié una especie de certamen de pronósticos. Según salíamos por las mañanas, cada uno daba su opinión sobre la temperatura del día y se asentaba en un libro. A fin de mes se recorrían todas estas notas, y el que había pronosticado con más acierto, más veces se llevaba un premio, consistente en unos cuantos cigarros. Además de ejercitarse en los pronósticos del tiempo, constituía una buena diversión para empezar el día. Cuando todos los días son idénticos, como nos ocurría a nosotros, las primeras horas de la mañana son, por lo general, tristes, sobre todo cuando aún no se ha tomado una taza de café. Puedo afirmar, desde luego, que esta tristeza matutina rara vez se mostró entre nosotros. Pero no se sabe lo que puede ocurrir, ni siempre hay plena seguridad de las cosas. El hombre más afable puede muchas veces dar una sorpresa, antes que el café haya producido sus efectos. Según esto, los pronósticos eran una gran cosa; distraían la atención de todos en momentos tan críticos. Se aguar-

daba con vivo interés la entrada de cada uno, y no se le permitía a ninguno escuchar los pronósticos de los otros hasta que hubiera dado el suyo para dejarse influir por ellos. Por consiguiente, hablaban según iban entrando, uno a uno.

«Vamos a ver, Stubberud, ¿qué tiempo tendremos hoy?» Stubberud tenía su manera propia de calcular, que yo no pude entender nunca. Un día, por ejemplo, que observaba yo su fisonomía al preguntárselo, me dijo con acento de gran convicción: «Hoy no hace calor.» Yo le di una satisfacción, asegurándole que había pronosticado bien; teníamos — 69° F. Los resultados mensuales eran muy interesantes. Por lo que puedo recordar, el mes en que más cálculos certeros se hicieron se contaron ocho, aproximados. Había quien durante largo tiempo pronosticaba acertadamente, y de repente, un día se equivocaba en 25°. Se comprobó que la temperatura media del que acertaba coincidía, salvo pocas décimas de grado de diferencia, con la temperatura media del mes; y si se tomaban las temperaturas medias de todos los calculadores, se obtenía un resultado que, en la práctica, conformaba con la realidad. Con este objeto, principalmente, instituímos estos certámenes de pronósticos. Si en lo sucesivo hubiéramos tenido la desgracia de perder todos nuestros termómetros, no resultaría tan grave la pérdida. Conviene hacer notar, que en el viaje al Sur teníamos cuatro termómetros. Se tomaban observaciones tres veces al día, y todos cuatro volvieron a casa sin averías. Wisting tenía a su cargo esta sección de las ciencias, y entiendo que la proeza que llevó a cabo de conservar ilesos sus termómetros no tiene rival.

## CAPÍTULO VIII

### UN DÍA EN FRAMHEIM

Para comprender mejor nuestra vida cotidiana, daremos ahora una vuelta por Framheim. Estamos a 23 de Junio, en las primeras horas de la mañana. Una calma completa se cierne sobre la Barrera, calma tal, que quien no haya estado nunca en estas regiones, no puede tener idea de lo que es. Subimos por el antiguo camino de trineos desde el lugar en que solía estar el *Fram*. Os detenéis varias veces en el camino para preguntaros si es verdad lo que veis: cosa tan bella no se ha imaginado nunca. Allí se ve la margen septentrional de la Barrera de Fram con los montes Nelson y Rönniker muy cerca; detrás de ellos, colina tras colina, picacho tras picacho, se levantan las formidables masas producidas por la compresión, cada vez más altas. ¡Es tan maravillosa la luz! ¿Qué es lo que produce este prodigioso resplandor? Hay claridad como de día, y eso que estamos en el día más corto del año. No hay sombras, de modo que la luna no será. Cierto que no; es una de las pocas apariciones, realmente pocas, de la Aurora Austral que nos visita ahora. Parece como si la Naturaleza quisiera honrar a nuestros huéspedes y mostrarse con sus mejores galas. Y son opulentísimas las que ha escogido. Calma absoluta; una claridad con centelleo de estrellas y ningún sonido por parte alguna. Como un río de fuego, se proyecta la luz por medio de los cie-

los, y un sonido sibilante sigue a este movimiento. Se lanza otra vez hacia adelante, tomando la forma de una faja que refulge con rayos encarnados y verdes. Detiéndose por un momento como pensando qué dirección tomará, y vuelve otra vez seguida del mismo silbo intermitente. En tal manera la Naturaleza nos ha ofrecido esta maravillosa mañana uno de sus fenómenos más misteriosos y que menos se comprenden: la luz meridional sonora. «Ahora podéis ir a casa y contar a vuestros amigos que habéis en persona y oído la luz austral, pues supongo que no dudaréis de que realmente así ha sido.» «¿Dudar? ¿Cómo puede dudarse de lo que uno ha oído con sus propios oídos y visto con sus ojos?» «¡Pues, a pesar de eso, habéis sido engañados como tantos otros!» Las luces sonoras austral y boreal no han existido nunca. Son no más que creación de propio anhelo de misterio, acompañada de vuestro propio aliento, que silba en el aire frío. ¡Adiós, sueño encantador! ¡Cómo te desvaneciste del mágico paisaje! Tal vez fué necedad mía llamar la atención sobre esto; mis huéspedes han perdido ahora gran parte de la magnificencia del misterio, y el paisaje no tiene ya el mismo encanto.

Mientras tanto subimos, dejando atrás los montes Nelson y Rönniken, y trepamos cabalmente por el primer cerro. No muy lejos se levanta ante nosotros una enorme tienda, y enfrente de ella se ven dos largas líneas oscuras. Es nuestro depósito principal, al que nos dirigimos ahora, y podéis ver que tenemos todo en buen orden, caja sobre caja, como si hubiera presidido a esta colocación un experto arquitecto. Todas señalan el mismo camino, todas ostentan un número vuelto hacia el Norte. «¿Por qué habéis escogido esta dirección particular?», es lo que ocurre preguntar. «¿Tenéis algún fin especial?» Sí, lo tenemos. Si miráis hacia Oriente, notaréis que en el horizonte

el cielo tiene un color más brillante que en ninguna otra parte. Es el día tal como ahora lo vemos. No podemos con esta luz hacer ninguna cosa. Sería imposible ver que estas cajas están colocadas con sus números mirando al Norte, si no fuera por la brillante Aurora Austral. Esta luz coloreada se va haciendo cada vez más potente. A las nueve estará en el Noreste, y podremos señalarla diez grados sobre el horizonte. No creeríais que diera tanta luz como realmente proporciona, pero es lo cierto que sin gran esfuerzo podríais leer los números y, lo que es más, los nombres de los fabricantes, que están marcados en varias cajas; y cuando la corriente de la luz se mueve hacia el Norte, aún podéis verlos con más claridad. Cierto que estas figuras y letras son grandes: dos pulgadas de altas y una y cuarta de anchas; pero parece, sin embargo, que tenemos luz diurna en el tiempo más oscuro del año; de modo que no hay aquí la oscuridad absoluta que cree la gente. La tienda que está detrás contiene pescado seco; tenemos gran cantidad de este artículo, con lo que nuestros perros no sufrirán nunca de hambre. Pero apresurémonos ya, si queremos ver cómo empieza el día en Framheim.

«Lo que hemos dejado ahora a un lado es una bandera de señal. Tenemos cinco plantadas entre el campamento y el depósito; son útiles en los días oscuros, cuando sopla el viento del Este y nieva, y allá en la pendiente del cerro veis Framheim. Ahora se ve como una sombra oscura en la nieve, aunque no está muy lejos. Los picos agudos que veis apuntando al cielo, son todas nuestras tiendas de perros. La barraca misma no se puede ver, pues está completamente cubierta por la nieve y oculta en la Barrera.

»Mas veo que habéis entrado en calor con el paseo. Tenemos que andar más despacio para no sudar dema-

siado. No hace más frío que — 51°, así que hay motivo para tener calor con el paseo. Con esta temperatura y atmósfera tranquila, como la de hoy, siente uno calor tan pronto como se mueve algo... Ese lugar llano a que hemos bajado es a modo de una cuenca; si os inclináis y miráis en torno el horizonte, podréis, con algún esfuerzo, seguir las lomas y prominencias de todo el camino. Nuestra casa está situada en la ladera a que ahora nos estamos acercando. Escogimos este sitio particular porque ofrecía, a nuestro parecer, mas protección, y ha resultado así. El viento que hemos tenido casi siempre soplabá del Este, cuando era fuerte, y la pendiente ofrece contra tal viento el mejor abrigo. Si hubiéramos edificado la casa donde habían de ponerse los depósitos, hubiéramos sentido el frío más cruelmente. Ahora, cuidado al acercarnos a casa, no nos oigan los canes. Tenemos unos ciento veinte; si empiezan a alborotar, adiós paz de las mañanas polares. Ahora que estamos aquí, y con tal luz, podréis ver las cercanías. Decís que no veis la casa. Cierto que no; la chimenea que se destaca de entre la nieve es todo lo que sobresale de la Barrera. Esta puerta de trapa por donde entramos se podía confundir con alguna pieza suelta del maderamen tirada en la nieve; mas no: es la entrada del camino de nuestra casa. Debéis deteneros un poco antes de bajar a la Barrera. Todo es reducido de proporciones en las regiones polares; no nos podemos permitir exageraciones. Ahora habéis de bajar cuatro pasos, con cuidado, porque son algo altos. Por fortuna, llegamos para ver el principio de la jornada. Veo que la lámpara del pasadizo no está encendida, prueba que Lindström no ha salido. Agarraos de los faldones de mi blusa, y seguidme. Este es el pasaje que por entre la nieve conduce al cobertizo. ¡Oh! Dispensad, ¡cuánto lo siento! ¿Os habéis lastimado? Se me había olvidado advertiros que tuvierais

cuenta con el umbral de la entrada del cobertizo. No es la primera vez que se ha caído alguno. Es una trampa en que todos hemos caído; pero ahora ya la conocemos, y no nos hará caer más.

»Si esperáis un segundo, enciendo una cerilla, y veremos por dónde vamos. Aquí estamos en la cocina. Ahora ocultaos y seguidme el día entero, y veréis cómo es nuestra vida. Como sabéis, es la víspera de San Juan; de modo que no trabajaremos más que hasta medio día; pero podréis ver cómo pasamos la noche de fiesta. Cuando enviéis al país vuestro relato, prometedme que no lo recargaréis de tintas demasiado fuertes. Adiós, hasta en seguida.»

Br.r.r.r.r. Es el reloj despertador. Espero, espero y sigo esperando. En mi casa estaba acostumbrado a oír ese ruido que acompaña a un par de pies descalzos en el pavimento, y luego un bostezo o cosa por el estilo. Aquí no se oye nada. Cuando Amundsen me dejó, se olvidó de decirme en dónde podría ponerme que estuviera mejor. Procuré seguirle a la sala principal; pero aquella atmósfera..., quita, quita. Bien se ve que duermen nueve hombres en una habitación de 19 pies de larga por 13 de ancha; no necesito que me lo diga nadie. Sigue el silencio. Tengo derecho a creer que usan el despertador para imaginarse que se levantan. Aguardo un minuto aún. «¡Lindtrom! ¡Lindtrom!» Él responde por Lindtrom, y no Lindström. «¡Vamos, hombre, ya estáis levantado! Se retrasa bien el reloj.» Este que habla es Wisting; conozco su voz como si estuviera en nuestro país. Wisting fué siempre madrugador como una alondra. ¡Golpe tremendo! Fué Lindström, que se cayó de la tarima. Si ha tardado en levantarse, en cambio no es muy prolijo en vestirse. ¡Una, dos, tres! Ya está en la puerta, con una lámpara pequeña en la mano. Eran las seis ya. Tenía buen aspecto, gordo

y carilleno, como cuando le vi la última vez. Va vestido de azul, con un gorro de punto en la cabeza; querría saber para qué, pues frío seguramente no lo hace aquí. En cuanto a esto, más frío he sentido muchas veces en las cocinas de por aquí, en el invierno; así que no es por este motivo. ¡Ah, vamos!, ya sé por qué es: es que es calvo, y no quiere que se lo noten. Así son de ordinario todos los calvos; tienen horror a parecerlo. Lo primero que hace es poner fuego; el fogón está bajo la ventana, y ocupa la mitad de la cocina, 6 pies de 13 que tiene. Su manera de poner lumbre es lo primero que atrae mi atención. Aquí solemos poner astillas y encima leña con mucho cuidado; pero Lindström arma la leña a bulto, toda en un sitio. Bien está; si puede encenderla no hay más que pedir. Yo no salgo de mi sorpresa, considerando cómo se las arreglará, cuando él de repente se detiene y coge una vasija. Sin vacilar lo más mínimo, como si fuera la cosa más natural del mundo, derrama parafina sobre la leña; pero no una o dos gotas, ¡quíál, echa de lo lindo; luego saca un fósforo, y entonces comprendo cómo consigue Lindström encender lumbre. Puede afirmarse que muy bien; pero Hassel debía estar presente. Amundsen me había dicho algo de cómo se entendían en este particular los dos, pues Hassel tenía a su cargo el carbón, la leña y el aceite.

La olla de agua se había llenado la noche anterior, y no tenía más que empujar a un lado para hacer sitio a la cacerola, que no tardaría mucho en cocer con la lumbrarada que había armado. El fuego era tan vivo, que la chimenea rugía; que no era, no, escaso en el combustible nuestro excelente Lindström. Es pasmosa la prisa con que preparaba el café. Pensaba yo que el café se serviría a las ocho, y aún no eran más que las seis y cuarto. Movía el café con tal viveza, que parecía iba a desvencijar el molinillo.

Si la calidad corre parejas con la cantidad, no estará mal el café. «Lléveselo el diablo—refunfuñaba Lindström;— este molinillo no vale un comino; sería bueno para moler judías; no se tardaría tanto.» ¡Y tiene razón! Después de un cuarto de hora de pesado trabajo, tiene no más que lo preciso. Son ya las seis y media. Ya está molido el café, y ¡qué perfume! Daría cualquier cosa por saber de dónde ha podido proporcionárselo Amundsen. Entretanto, el cocinero ha tomado su pipa, y fuma plácidamente con el estómago vacío. Parece que no le perjudica lo más mínimo. ¡Bravo! Ya está hirviendo el café.

Mientras el café hierve y Lindström fuma, yo me pongo a considerar con extrañeza a qué viene tanta prisa por prepararlo. ¡Tonto de mí! Pues bien a la vista está. Va a tomarse un sorbo de café caliente recién hecho antes que los demás se levanten; ¿a qué preguntarlo? Ya preparado yo, me senté en un taburete y me puse a observarle. Otra sorpresa. Retiró la olla de café a un lado, y bajó una copa de la alacena, luego acudió a un jarro que había sobre el banco y echó en él—¿quién lo creería?—una taza de té frío. De seguir así, antes de que llegue la noche menudearán las sorpresas, pienso entre mí. Entonces empezó a interesarse profundamente por un vaso de hierro esmaltado que estaba en el vasar, sobre el fogón. El calor, que era ahora muy fuerte (miré al termógrafo que pendía del techo, y vi que registraba 84° F.), aún no parece ser suficiente para su misterioso contenido. Estaba también envuelto en toallas y paños, lo que me hizo pensar que había cogido un grave resfriado. Las miradas que de cuando en cuando dirigía al vaso, denotaban ansiedad; miraba al reloj, y parecía estar preocupado. Luego, de repente, vi su rostro iluminarse; dió un largo y no muy melodioso silbido, y salió corriendo al cobertizo. Ahora estaba realmente excitado. ¿Qué vendría después? Vuelve al punto con una

sonrisa de felicidad y con el cogedor de la basura lleno de carbón! Si antes había sentido curiosidad, ahora sentía afán. Me retiré lo más lejos posible del fogón, me senté en el suelo mismo, y fijé mis ojos en el termógrafo. Como yo me figuraba, la aguja empezó a subir con rapidez. Esto iba muy mal. Me propuse hacer una visita al Instituto meteorológico, tan pronto como regresara a mi patria, y contarle lo que mis ojos habían visto. Ya el calor resultaba intolerable en el suelo donde estaba yo sentado; ¡qué sería, oh cielos, del que estaba sentado en la chimenea! Debía estar desesperado. Iba a dar yo un grito de terror, cuando se abrió la puerta, y entró Amundsen, que venía de la sala. Dirigió una mirada atenta. Ahora estaría todo en orden; eran las siete y diez minutos. «¡Buenos días; gordo!» «Buenos días.» «¿Qué tiempo hace afuera?» «Brisa del Este y niebla cuando yo salí; pero hace ya mucho.» Oír esto, me dejó sin aliento, porque lo decía con la mayor imperturbabilidad; cuando os puedo jurar que no había salido de casa en toda la mañana. «¿Cómo os encontráis hoy? ¿Está eso?» Amundsen miraba con interés el pote misterioso. Lindström dirige también una mirada furtiva. «Si está, pero he tenido que hacer mi buena porción hoy.» «Eso parece»—contesta Amundsen, y se va. Mi interés se comparte entre lo que hay en el vaso y el regreso de Amundsen, con las discusiones meteorológicas que siguen. No tardaba mucho en volver, señal de que la temperatura del exterior no invita a estar fuera mucho tiempo. «Oigamos, pues, amigo mío—dice Amundsen, sentándose en su silla de campo.—¿Qué tiempo decíais que hacía?» Yo me pongo a escuchar con atención, porque la cosa principia a parecer divertida. «Había brisa del Este, y tan espesa la niebla como una pared, cuando salí a las seis.» «¡Caramba!, pues se ha despejado bien pronto. Ahora está tranquilísimo, y hay mucha claridad.» «¡Ah! ¡Eso es precisamen-

te lo que yo me había figurado! Me parecía que aflojaba el viento, y que asomaba claridad por el Oriente.» Así se escabulló Lindström de su aprieto; luego volvió a su vasija. La bajó de la alacena de encima del fogón y la colocó en el banco; fué quitando todos los paños hasta que no quedó ninguno. Yo no podía resistir de curiosidad, y dirigí una mirada: valía la pena. La vasija estaba llena hasta los bordes, de pasta de yema, llena de burbujas, y con todas las señales de que estaba bien batida. Ahora, comencé a mirar con respeto a Lindström. No hay repostero por acá que sea capaz de hacer un batido mejor. Eran las siete y veinticinco. Todo andaba allí a la hora.

Lindström miró con ternura una vez más su vasija. Alzó un tarro de espíritu y entró en la habitación próxima. Vi que se me ofrecía ocasión de seguirle. Allí no había que temer ningún diálogo como el anterior con Amundsen, que estaba medio dormido en su silla de campo. En la otra habitación estaba oscuro como la voz, y había una atmósfera... mejor diría diez atmósferas cuando menos. Yo seguía sentado a la puerta, y respiraba con dificultad. Lindström se dió un tropezón hacia adelante en la oscuridad, y a tientas cogió las cerillas, restregó una y encendió un hornillo de alcohol que pendía debajo de una lámpara. No era gran cosa lo que se veía con la luz del alcohol; adivinar algo sí, y más aún escuchar. Había buenos roncadores entre aquellos chicos. Uno por un lado, otro por otro, de cada rincón salían ronquidos. Haría un par de minutos que ardía el alcohol, cuando Lindström se puso a trabajar solícito, precisamente cuando la llama se acababa y quedaba el cuarto en tinieblas. Oí el golpe que dieron en el suelo el tarro del alcohol y la silla que había más cerca, y lo que siguió luego yo no lo sé, porque no estaba familiarizado con los objetos que allí había, pero muchas cosas debieron derribarse. Luego sentí un

chasquido, que no pude imaginármeme de qué era, y luego el mismo movimiento de antes contra la lámpara.

Ahora cayó sobre la silla que tenía volcada delante. Entretanto, percibí un silbido y un olor agudo de parafina. Estaba discurriendo cómo escaparía de allí, cuando de repente, como debió pasar en el primer día de la Creación, se hizo luz; pero luz que desafia a cualquier descripción; deslumbraba y hacía daño a los ojos, de brillante que era. Era blanquísima y muy agradable, cuando no se miraba para ella. No hay para qué decir que procedía de una Lámpara Lux de doscientas bujías. Mi admiración por Lindström se trocó en entusiasmo. ¡Qué no hubiera yo dado por hacerme invisible, darle un abrazo y decirle lo que de él pensaba! Pero no podía ser; porque entonces me incapacitaría para seguir viendo cómo se vivía en Framheim. Así que no me moví. Lindström intentó poner en pie lo que había derribado en su lucha por llegar a la lámpara. El alcohol, como es natural, salió del frasco cuando éste cayó, y corría ahora por la mesa. No parece que esto le produjera la menor zozobra; un refregoncillo con la mano, haciéndolo saltar a las ropas de Johansen, que estaban allí próximas. Tanto se le daba a Lindström por el alcohol como por la parafina, según se ve. Sumióse otra vez en la cocina, y volvió a salir inmediatamente con platos, tazas, cuchillos y tenedores. Su manera de poner la mesa era la más elegante de que yo tenga noticia. Si había que meter una cucharilla en una taza, no lo hacía como se hace generalmente; ponía la taza en la mesa, levantaba en alto la cucharilla y la dejaba caer dentro: el ruido que de esto resultaba era infernal, y por él empecé a comprender por qué Amundsen se había levantado tan pronto; necesitaba, a mi juicio, libertarse de este barullo. Pero al mismo tiempo, esto me ponía al corriente del excelente humor que tenían los compañeros

que aún estaban en la cama. Si hubiera ocurrido tal cosa en otro sitio, ya hubiera volado alguna bota a la cabeza de Lindström; pero aquéllos eran los hombres más pacíficos del mundo.

En tanto, había tenido tiempo de mirar a mi alrededor. Junto a la puerta donde yo me encontraba se veía sobresalir un tubo desde el pavimento. Ocurrióseme al punto que era un tubo de ventilación. Me incliné y puse la mano sobre su abertura; no se sentía el menor soplo de aire; a esto se debía la atmósfera cargada que yo había notado. Los objetos que después solicitaron mi atención fueron las tarimas o lechos, que llegaban a nueve: tres a mano derecha y seis a la izquierda. Los más de los durmientes, si se los podía considerar como tales ahora que la mesa estaba aparejada, dormían en sacos, en los sacos-camas. Debían pasar mucho calor. El resto del espacio lo ocupaba la mesa, que era larga, con asientos pequeños a los dos lados. El orden reinaba en todo; la mayor parte de los vestidos estaban colgados. Claro que había algunos en el suelo; pero es Lindström que había andado por allí a oscuras, y quizá los había hecho caer él. En la mesa, junto a la ventana, se veía un gramófono y algunas cajas de tabaco y ceniceros. El mobiliario no era copioso ni de estilo Luis XV, ni Luis XVI, pero era suficiente. En la pared de la ventana pendían unas cuantas pinturas y en la otra los retratos del Rey, de la Reina y del Príncipe heredero Olao, sacado, al parecer, de un periódico ilustrado, y pegado en cartulina azul. En el rincón, junto a la puerta, a la derecha, no había ninguna tarima, dedicándose aquel sitio a colocar las ropas, de las que unas colgaban de la pared y otras de las cuerdas extendidas de un lado a otro. Así era el tendedero, modesto en su sencillez. Bajo la mesa había algunas cajas barnizadas. ¡Dios sabe lo que tendrían!

Ahora parecía rebullir en uno de los lechos. Era Wisting, que se iba cansando del estrépito aquel que aún seguía. Lindström pasaba el tiempo frotando las cucharillas, riendo maliciosamente y mirando a los lechos. No hacía todo este ruido porque sí. Wisting, pues, fué el primero en responder y el único; por lo menos no se notaba el menor movimiento entre los otros. «Buenos días, Gordo.» «Muy buenos»—contestaba Lindström.—«¿Pensáis estaros ahí quietos hasta medio día?» «Atended a vuestras cosas primero, que si no es por mí, aún no habíais despertado.» Esta réplica era como pagarle en la misma moneda, y es evidente que Wisting no admitía chanzas. Sin embargo, todos sonreían y se hacían guiños, como manifestando que la cosa no pasaría a más. Cuando por fin Lindström hubo acabado de poner la última taza y terminó de tirar en ella la última cucharilla, pensaba yo que volvería a la cocina a sus quehaceres; pero parecía como si tuviera alguna otra cosa en qué ocuparse primero. Se levantaba, alzaba su barbilla al techo y se echaba atrás la cabeza, rímedando en un todo a un pollo que se prepara a cantar, y mugía con toda la fuerza de sus pulmones. «¡Arriba, muchachos, y darse prisa!» Ya con esto acababan sus obligaciones matinales en aquel sitio. Los sacos-camas parecieron despertar de repente a la vida, oyéndose observaciones como éstas; «¡Qué diablo de chicho!» «Cierra la puerta, charlatán», que denotaban estar ya despiertos los habitantes de Framheim. El causante de toda aquella bulla desaparecía en la cocina, radiante de alegría.

Y luego, uno tras otro, levantaban la cabeza, y no quedaba ninguno en la cama. Allí se veía a Helmer Hanssen, que había estado en el *Gjøa*: miraba como si fuera a agarrar un cable. Allí estaba Olao Olavson Bjaaland; sentía ganas de gritar de alegría a mi antiguo amigo de Holmenkollen, el campeón de la carrera a distancia, si os acor-

dáis. Y también valía como saltarín. Era capaz de saltar 50 metros, yo creo, y cayendo en pie. Si Amundsen hubiera tenido unos cuantos como él, llegaría al Polo del primer golpe. Ahora se presenta Stubberud, del que decía el *Aftenpost* que era tan hábil como tenedor de libros por partida doble. Tal como le veo yo ahora, no me hace pensar en un tenedor de libros, aunque bien puede serlo. Después vienen Hassel, Johansen y Prestrud; ya están levantados todos, y pronto empezarán el trabajo cotidiano.

«¡Stubberud!»—Es Lindström quien llama, asomando su cabeza a la puerta.—«Si queréis tortas calientes, dejad paso al aire.» Stubberud se contenta con sonreír. Manifiesta con su gesto que está seguro de tenerlas de todas maneras. ¿De qué hablaban ahora? ¿De tortas calientes? Esto ha de tener alguna relación con la linda pasta de huevo y el olor delicado y atractivo de cocción que ahora penetra por las rendijas de la puerta. Stubberud se echa a andar, y yo debo ir con él. Sí, como yo me figuraba, allí aparece Lindström en el apogeo de su triunfo, delante de la hornilla, blandiendo un utensilio, con el que da vuelta a las tortas; y en una sartén se ofrecen a la vista tres tortas de un amarillo tostado de trigo oscuro, saltando con el calor de la lumbre. ¡Cielos, qué apetito me despierta! Yo vuelvo a mi sitio para no tropezarme con ninguno y me pongo a observar a Lindström. Helo aquí: va sacando con admirable destreza las tortas calientes; hace recordar la agilidad de un malabarista; tan rápido y regular es su movimiento. El modo como maneja la masa de las tortas indica una experiencia increíble. Con la espumadera en una mano sumerge la pasta en la sartén, y con la paleta en la otra saca las tortas que están a punto, todo al mismo tiempo; ¡parece cosa más que humana!

Luego viene Wisting, saluda y coge un cubilete de estaño. Reconocido al honor, el cocinero llena el cubilete de

agua hirviendo, y el otro desaparece en el cobertizo. Pero esta interrupción distrae a Lindström de su malabarismo, y deja caer una de las tortas en el pavimento. Lindström es caluroso en grado extraordinario. No puedo poner en claro si se ha olvidado de la tal torta, o no. Juzgo que el suspiro que en aquel instante se le escapa quiere decir, poco más o menos: «Bien está; dejemos algo para los perros.»

Y luego entran todos en fila con sus respectivos cubiletes, y los llenan de agua hirviendo. Me levanto, interesado con este juego, y me deslizo tras uno de ellos hasta el cobertizo, y luego hasta la Barrera. Dificilmente me creeréis si os cuento lo que vi: todos aquellos exploradores del Polo, formando fila, se están limpiando los dientes. ¿Qué decís a esto? De modo que no son absolutamente cochinos. Por dondequiera se percibe un fuerte olor a Stomatol.

Aquí viene Amundsen. Ha estado seguramente afuera haciendo observaciones meteorológicas, pues trae el anemómetro en la mano. Le sigo por el pasadizo, y cuando nadie mira, aprovecho la ocasión para darle una palmada en el hombro, y le digo: «Bravos chicos son esos.» El sonríe nada más; pero su sonrisa equivale a un largo discurso. Entendí como si me dijera que hacía mucho, pero mucho tiempo, que estaba persuadido de ello.

Son las ocho. La puerta que comunica la cocina con el salón está abierta de par en par, y el calor circula y templó el aire fresco que Stubberud por fin hace llegar por su verdadero camino. Ahora se está mejor adentro con aire puro y templado por todas partes. Luego tiene lugar una escena muy interesante. Cuando los caballeros aquellos que se limpiaban los dientes regresaban, tenían que pronosticar el tiempo, un por uno. Esto motivaba mucha broma y diversión, y sirviéndose la primera comida del día con cháchara y buen humor. En los discursos con que

se suele terminar los banquetes, entre brindis y entusiasmo muchas veces, se compara a nuestros exploradores polares con los valerosos vikings, antepasados nuestros. No se me ocurrió tal comparación ni por un momento, al ver esta asamblea de personas, como todas las otras al verles que usaban cepillo de dientes.

Pero ahora que se arrimaban diligentemente a los platos es cuando me di cuenta de lo que podrían ser capaces, pues no es posible que nuestros antepasados los vikings embistieran con mayor energía a sus manjares que la que desplegaban estos nueve hombres.

Un rímero de tortas tras otro desaparecían como si estuvieran hechas de aire; ¡y yo que con mi candidez me había figurado que cada una serviría para una ración! Untadas de manteca y acompañadas de jamón, estas tortas se escurrían con rapidez fabulosa. No pude menos de pensar con risa en un prestidigitador que coge un huevo un momento y lo hace desaparecer inmediatamente. Si la mejor recompensa para un cocinero es ver que su labor es estimada, Lindström, a la verdad, iba bien recompensado. Las tortas se bañaban en grandes vasos de café aromático, fuerte. Pronto se notaban los efectos y se entablaba animada conversación. El primero y gran motivo que la inició fué una novela que era muy popular, y lleva por título *El expreso de Roma*. Parecióme, por lo que se decía (yo declaro con pena que nunca la he leído), que se había cometido un asesinato en este tren, y se suscitaba una discusión muy viva respecto al autor. Parece que la opinión general era que se trataba de un suicidio. Siempre había supuesto que debía ser difícil hallar asuntos de conversación en expediciones como estas, en que no se tratan más que las mismas personas constantemente; pero lo cierto es que no se daba aquí esta dificultad. Apenas se había desvanecido el expreso en la lejanía, cuando vino

volando la cuestión del lenguaje. Bien se veía que había partidarios de las dos opiniones que en la actualidad se sustentan. Por temor a herir la susceptibilidad de uno u otro bando, debería yo abstenerme de asentar lo que oí; pero debo decir, cuando menos, que el partido de la reforma concluía declarando que el *maal* (1) era el único lenguaje propio de la Noruega, mientras el otro partido mantenía este principio respecto al otro lenguaje.

Al poco rato se encendieron las pipas, y el humo del tabaco luchó con el aire fresco por quitarle la supremacía. Fumando se trató de los trabajos del día. «Yo por mi parte—decía Hassel,—tendré de sobra con proveer a ese devorador de leña durante esta festividad.» Yo asentí en mi fuero interno. Si Hassel supiera cómo se había gastado la parafina esta mañana, hubiera añadido algo así como el «esponja de aceite», me figuro yo. A las ocho y media se levantaron de la mesa Stubberud y Bjaaland. Cogieron ciertos vestidos y se los pusieron; por ellos calculé que iban afuera. Salieron sin decir palabra. En tanto los otros seguían fumando su ración matinal, y alguno hasta se puso a leer, pero a eso de las nueve todos estaban en movimiento. Se pusieron sus trajes de pieles, y se dispusieron a ir afuera. Por entonces volvían Bjaaland y Stubberud de dar una vuelta, como pude colegir de ciertas palabras suyas: «...Un frío brutal», «...nevazo tremendo junto al depósito», y cosas por el estilo. Prestrud era el único que no parecía dispuesto a salir; llegóse a un espacio libre, bajo la cama más apartada, donde había una caja; levantó su tapadera y aparecieron tres cronómetros. Al mismo tiempo tres individuos sacaron sus relojes; se con-

(1) Este lenguaje se basa en el de los distritos rurales como opuesto al lenguaje literario, que viene a ser el danés mismo. El *maal* se halla más relacionado con el antiguo noruego.—(N. del T. inglés).

trastaron, y el resultado quedó anotado en un libro. Después de contrastado cada reloj, su propietario salía afuera con él. Yo me aproveché de la ocasión para salir tras del último. Prestrud y sus relojes eran cosa harto seria para mí; yo quería saber lo que los otros harían.

Afuera había vida muy animada; por todas partes se oían ladridos de perros que procedían de las tiendas. Algunos de los que nos habían precedido en salir de casa estaban tan lejos, que no se les veía ya, y al parecer habían ido a sus respectivas tiendas; pero por las luces que llevaban podía afirmarse que estaban soltando los perros. ¡Qué bien parecían las tiendas iluminadas destacándose en el fondo oscuro del cielo tachonado de estrellas! Mas ya no se podía decir oscuro: un humilde albor se difundía y dominaba el fulgor de la Aurora austral, que había disminuído desde que la vi la última vez; seguramente tocaba a su fin. Los canes ahora empezaban a bullir, disparándose como cohetes de sus tiendas. Los había de todos colores: gris, negro, rojo, pardo, blanco y mezcla de todos éstos. Lo que me sorprendía era su pequeñez; pero, aparte de esto, eran magníficos. Lozanos y redondos, bien cuidados y asistidos, estallaban de vida. Al punto se juntaron en grupos pequeños de a dos y hasta de a cinco, y era fácil de ver que estos grupos estaban formados por amigos íntimos, encariñados enteramente unos con otros. En uno de éstos había uno en particular muy apreciado: todos le rodeaban, le lamían, le acariciaban y atestiguan completa deferencia.

Todos comían por allí sin la menor señal de hostilidad. Su principal interés parecía concentrarse en dos vastos cúmulos que se veían negrear en la proximidad del campamento, antes de llegar a él; no puedo averiguar lo que son, porque la luz no es bastante, pero creo que no me equivoco si afirmo que son focas. Debe ser difícil co-

merlas, de todos modos, porque las oigo rechinar entre los dientes de los perros. Esto puede traer algún alboroto, porque parece que no les inspira armonía la cuestión de la comida, pero no se da lugar nunca a una batalla en regla. Está presente el guardián, armado con un palo, y cuando lo enseña y da alguna voz, se separan al punto. Se ve que están bien disciplinados.

Lo que más me atraía eran los más jóvenes, y sobre todo los más pequeños. Vendrían a tener, a juzgar por el aspecto, unos diez meses. Estaban admirablemente en todos sentidos; bien se veía que habían sido cuidados desde que nacieron. Sus pieles eran sobremanera espesas, mucho más que las de los grandes. Eran en gran manera animosos y no se sometían a ninguno.

Allí están los más pequeños, como pelotas de lana; se revuelcan en la nieve y se divierten grandemente. Estoy admirado de la manera como resisten el frío; nunca había creído que tales animales pudieran vivir así en el corazón del invierno. Después me dijeron que no sólo toleraban bien el frío, sino aún mejor que los mayores; pues éstos gustaban de refugiarse en las tiendas, así que llegaba la noche, y los pequeños se negaban a entrar; preferían dormir a campo raso, como lo hicieron gran parte del invierno.

Ya habían acabado todos de soltar a los perros, y con linterna en mano, se dirigían en varias direcciones, y desaparecían, al parecer, en la superficie de la Barrera. Esperaba yo ver muchas cosas interesantes durante el día. ¿Qué hará toda esta gente? Allí está Amundsen; se ha quedado sólo al cuidado de sus perros; subamos donde él está y presentémonos a él.

«Bien venido—dice,—bien venido»; voy a presentaros algunas de nuestras celebridades. Primeramente el trío éste: Fix, Lasse y Snappesen; siempre están lo mismo; no

piensan en dejarme en paz ni un instante. Fix, aquel gris que parece un lobo, tiene más de una herida sobre su conciencia. Su primera hazaña fué en Flekkerö, junto a Christiansand, donde estuvieron los perros un mes después de su llegada de Groenlandia; allí dió a Lindström una traidora mordiscada cuando estaba de espaldas. ¿Qué os parece de un mordisco dado por esa boca?

Fix, ahora es manso, y sin gruñir consiente a su amo que le sujete las mandíbulas, y abre una bocaza, ¡Dios mío! ¡y con qué dientes! Yo me regocijo, en mi fuero interno, de no haber ido en los pantalones de Lindström aquel día.

«Si lo advertís—continúa sonriendo,—veréis que Lindström, siempre que se sienta lo hace con precaución. Yo tengo también una señal en la pierna izquierda, y muchos de nosotros tienen otras. Son varios los que le miran con respeto. Este otro es Lassesen (lo llamamos así por mimo; que su verdadero nombre es Lasse), casi negro del todo, como podéis ver. Creo que era el más salvaje de la partida cuando se les embarcó. Yo fui el que le amarré al puente con los otros dos perros míos, además de Fix, que eran ya amigos, en Groenlandia. Pero puedo decir que cuando tenía que pasar junto a Lasse, calculaba primero la distancia. Por regla general, se le veía siempre con la cabeza al suelo, lo mismo que un toro furioso. Si quería acercarme a él, no se movía lo más mínimo; le veía, en cambio, alzar el bello superior y mostrar una hilera de dientes de que Dios nos guarde. Medio mes se pasó así. Luego ya bajaba el labio superior y alzaba un poco la cabeza, como si quisiera ver a quien le llevaba la comida y el agua todos los días. Pero el camino que había de conducir a su amistad era largo y tortuoso. Días después, acostumbraba yo a rascarle las espaldas con un palo; al principio saltaba como una pelota; agarraba el palo y lo hacía trizas entre los dientes. Yo me congratulaba de que

no fuera mi mano. Cada día me acercaba un poco más, hasta que por fin me arriesgué a alargar la mano. Me dirigió una mirada feroz, pero no me hizo nada; y entonces comenzó nuestra amistad. De día en día éramos cada vez más amigos, y ahora podía ver en qué términos nos encontramos. Ultimamente está Snuppiesen, esa perra de pelo rojo oscuro; es la amiga habitual de los otros, y nunca se separa de ellos. Es la más ágil y activa de todos. Podéis ver el cariño que me tiene; siempre se la ve apoyada en las patas traseras, esforzándose por llegar a mi cara; por más que hago por apartarla, no consigo quitarla estas mañas. No tengo por ahora más perros que sean dignos de que os los presente, a no ser que os guste oír cantar. En ese caso, aquí está Urano, que es un cantor de profesión. Vamos a llevar el trío con nosotros, y escucharéis.

Acercámonos a dos perros blancos y negros que estaban echados en la nieve un poco más allá, mientras los tres saltaban y danzaban en torno nuestro. Al acercarnos a estos dos, y ver el trío, saltaron como a una voz de mando, y averigüé que habíamos encontrado el cantor... ¡Dios nos asista! ¡Qué voz tan espantosa! Se veía que el concierto se daba en honor de Lasse, y Urano prosiguió todo el tiempo que estuvimos en su vecindad. Pero luego mi atención fué repentinamente atraída por la aparición de un nuevo trío que hacía una impresión extraordinariamente favorable. Yo volví a mis compañeros para informarme más.

«Sí—continuó Amundsen»;—éstos son la trailla de Hanssen; quizá algunos de nuestros mejores animales. El blanco y negro se llama Zanko; parece algo viejo; los otros dos, que parecen salchichas con cerillas dentro, son Ring y Mylio. Como podéis ver, son no muy grandes, más bien pequeños, pero los contamos entre los mejores para trabajar. Por sus cataduras se reconoce que son herma-

nos, pues se parecen como dos gotas de agua. Ahora caminamos derechos por la masa de nieve, para ver si nos encontraríamos con más celebridades. Ahí tenemos a Karenio, Sauen, Schwarz y Lucía; pertenecen a Stubberud, y son una potencia en la guerra. La tienda de Bjaaland está al lado, muy próxima; sus favoritos están echados en ellas: Kuoen, Lap, Pan, Gorki y Jaala. Son todos perros pequeños, pero hermosos. Allí, en el ángulo Sureste, se alza la tienda de Hassel, pero no veremos ninguno de sus perros ya. Todos están afuera hacia la entrada del depósito de aceite, que es donde se les suele encontrar generalmente. La tienda más cercana es la de Wisting. Tenemos que dar una vuelta por allí para encontrar su trailla. Allí están aquellos cuatro jugando. El grande, rojo oscuro, que está a la derecha, es el Coronel, el más hermoso de todos. Sus tres compañeros son: Suggen, Arne y Brun. Tengo que contar un pequeño relato de cuando el Coronel estaba en Flekkerö. En aquella ocasión estaba en perfecto estado salvaje, rompió sus ligaduras y salió al mar. No se le encontró hasta que se encontraba a mitad de camino entre Flekkerö y el continente, adonde se dirigía probablemente en busca de un rebaño de carneros. Wisting y Lindström, que estaban encargados de los perros, montaron en un bote, y por fin lo cogieron, pero tuvieron que bregar no poco antes de conseguir embarcarlo. Después, Wisting tuvo que perseguirlo a nado, pero no recuerdo cuál fué el resultado. De estos perros esperábamos gran provecho. Allí se ve la tienda de Johansen, en el rincón: poco es lo que hay que decir de mis perros. El principal es la Camila, excelente madre que pare con gran facilidad; de ordinario la acompaña un batallón entero.

«Creo que estaréis ya hartos de perros; así es que, si no hay inconveniente, os mostraré la parte subterránea de Framheim y lo que en ella sucede. Debo agregar que es-

tamos orgullosos de esta obra, y encontraréis que no nos falta motivo. Empezaremos con Hassel, pues su departamento es el más próximo.»

Vamos en dirección de la casa, pasado el límite occidental, y llegamos en seguida a un edificio que parece un henil. Debajo, al pie, hay una puerta de trapa ancha. En la base se ha hecho una pequeña mole, y por ella corre una cuerda sujeta a un cabo de la puerta. Al otro lado cuelga un peso, pocos pies por encima de la nieve. «Ya estamos en la sección de Hassel, me dice mi acompañante. Lo mejor es que no nos haya visto, pues me reputaría por algo chiflado.» ¿Esto es lo de Hassel?—me pregunto a mí mismo.—¿Y qué es lo que hace aquí ese hombre? Estamos en los mismos cimientos de la Barrera.» «¿No oís ese ruido? Pues es Hassel, que está serrando leña.

Amundsen se inclina y levanta la pesada puerta fácilmente, gracias al contrapeso. Anchos escalones de nieve conducen hacia abajo, muy hacia abajo, a la Barrera. Dejamos la puerta abierta, para podernos aprovechar de la poca luz diurna que hay. Mi huésped va delante y yo le sigo. Después de bajar cuatro o cinco escalones, llegamos a una puerta cubierta con una cortina de lana; la descorremos a un lado. El sonido que llegaba a nosotros como un murmullo tenue, se hace ahora más agudo, y claramente se percibe que lo causa la sierra. Entramos en un aposento largo y estrecho, excavado en la Barrera. En un sólido armario de nieve se ven barriles y más barriles, colocados en orden admirable; si estuviesen llenos de parafina, encontraría yo disculpa a la prodigalidad de Lindström para encender fuego por las mañanas. Hay allí parafina bastante para varios años. En medio de la habitación cuelga una linterna ordinaria, protegida por red de alambre. En un cuarto claro, cierto que no daría mucha luz, pero en medio de estas blancas paredes brilla como

el sol. En el pavimento arde un hornillo Primus. El termómetro que pende a poca distancia del hornillo marca — 5° F: de modo que Hassel no puede quejarse de calor, pero tampoco necesita más, visto que está aserrando. Acercámonos a Hassel: parece que tiene mucho que hacer, y asierra tan activamente que hace volar una nube de serrín. «Buenos días» «¡Muy buenos!» Y el serrín no cesa de salir. «Parece que hay mucho que hacer.» «Mucho.» La sierra no cesa de funcionar con rapidez alarmante. «Si he de acabar antes que comience la fiesta, tengo que darme prisa.» «¿En qué estado se encuentra la provisión de carbón?» Esta pregunta produce efecto. La sierra se detiene instantáneamente, la alza y cuelga de la pared. Yo aguardo lo que pase con viva ansiedad. Algo insólito vamos a saber ahora. Hassel mira en torno suyo, con exquisita precaución; se acerque a mi huésped y cuchichea con él, siempre cauteloso. «He gastado veinticinco kilos en la última semana.» Respiro. Esperaba que sería más grave la cosa. Con cierta risa de satisfacción, Hassel reanuda su tarea interrumpida, y creo que no habrá ya nada que le detenga. Lo último que vi, al volver a la puerta, fué a Hassel circundado de una aureola de serrín.

Volvimos a la superficie de la Barrera; al tocar con el dedo, la puerta se mueve y cae sin ruido en su sitio. Vi que Hassel era capaz de algo más que aserrar leña de haya. Fuera estaban sus perros expiando todos sus movimientos: Mikkel, Røeven, Masmás y Else. Todos parecían estar perfectamente. Ahora íbamos a ver a los otros.

Llegamos a la entrada de la barraca y alzamos la puerta; luz deslumbradora hirió mis ojos. En la pared de la escalera que conducía desde la superficie al fondo se había excavado un hueco para alojar una caja de madera, forrada de hoja de lata reluciente; dentro había una pequeña lámpara que producía luz tan potente. Pero

su brillo era multiplicado por la blancura de las paredes, que eran de hielo y nieve por todas partes. Ahora podía mirar en derredor por primera vez, pues cuando entré por la mañana estaba oscuro. Allí empezaba la galería de nieve que conducía al cobertizo; lo comprendí por el umbral con que rocé. Pero enfrente, ¿qué habría? Bien se veía que el pasadizo seguía; pero ¿adónde llevaba? Sumergidos en aquella luz brillante, lo demás del túnel parecía oscuro por completo.

«Vamos a ver, antes que nada, a Bjaaland.» Dichas estas palabras, mi compañero se inclina y entra por el oscuro pasadizo. «Mirad a la pared de nieve, bajo nuestros pies; ¿veis la luz?» Mis ojos se iban acostumbrando gradualmente a la oscuridad de la galería, y podían ver una luz verdosa hacia la pared que me señalaba. Luego mis oídos percibieron un ruido monótono que venía de abajo.

«¡Cuidado con los escalones!» Cierto que lo tendría; ya me había dado un golpe esta mañana, y no quería más. Inmediatamente descendimos aún más en la Barrera, por escalones de nieve anchos, firmes y cubiertos de tablas. De repente se abrió una puerta en la pared de hielo. Entramos en las dependencias de Bjaaland y de Stubberud. Este lugar podría tener unos 6 pies de alto, 15 de largo y 7 de ancho. En el suelo hay masas de virutas que contribuyen a tener abrigado y agradable el local; a un cabo de éste se ve un hornillo Primus con una caja grande de hoja de lata encima, de la que sale vapor. «¿Qué tal va eso?» «Muy bien; estábamos ahora mismo ajustando los calzadores de los trineos. He hecho un cálculo del peso aproximado, y entiendo que podrán rebajarse a 48 libras.» Me pareció casi increíble. Amundsen me había dicho en el camino que los trineos pesados podrían tener 165 cada uno. Y ahora Bjaaland iba a disminuirlos hasta 48, a menos de un tercio de su peso primitivo. En la pa-

red había armarios y ganchos donde colocar las herramientas. El banco de carpintería de Bjaaland era bastante macizo, labrado en la nieve y guarnecido con tablas. A lo largo de la pared frontera había un banco de cepillar, igualmente macizo, pero más corto que el primero. Era el de Stubberud, seguramente. Este no estaba hoy allí, pero se veía que tenía a su cargo cepillar las cajas de los trineos y aligerarlas. Una estaba ya acabada. Me acerqué a verla: encima de una pequeña cubierta de aluminio se leía: «Peso inicial, 9 kilos; reducido, 6.» Comprendí que esta disminución de peso era cosa que importaba mucho a gente que tenía que hacer un viaje en trineo, de tanta consideración como el que proyectaban. Una sola lámpara proporcionaba toda la luz que allí había, bastante buena, por cierto. Nos despedimos de Bjaaland. Tengo por cierto que la reforma de los trineos estaba en las mejores manos.

Seguimos nuestro camino hacia el cobertizo, y en él encontramos a Stubberud. Estaba ocupado en limpiar y poner en orden las cosas para la fiesta. Todo el vapor que venía de la cocina cuando se abría la puerta, se había condensado en el techo y en las paredes, bajo forma de escarcha de varias pulgadas de grosor. Stubberud la quitaba con una larga escoba. Todo tenía que estar bien limpio para la víspera del solsticio de invierno; bien a la vista estaba. Entramos. La comida estaba preparándose, cocinando y zumbando. El piso de la cocina estaba fregado y el linoleum que lo cubría brillaba agradablemente. Lo mismo se veía en la sala principal; el linoleum y el tapete americano de la mesa corrían parejas en elegancia. El aire era purísimo. Los lechos muy aseados, y las sillas colocadas en sus sitios. Aún no había nadie.

«Habéis visto una parte no más de nuestros palacios subterráneos, pero creo que debemos salir arriba a dar

una vuelta primero y ver lo que nos parezca; seguidme.» Pasamos por la cocina y subimos unos cuantos escalones practicados en el hielo, levantamos la puerta levadiza, y arriba. Con ayuda de una pequeña lámpara eléctrica podíamos mirar en torno nuestro. Lo primero que mis ojos vieron fué la librería. Era la Biblioteca de Framheim, que me causó tan agradable impresión como todo lo demás: los libros estaban numerados de 1 a 80 en tres estantes, con su catálogo al lado: la di un vistazo, y vi que había libros para todos los gustos. «Bibliotecario, Adolfo Enrique Lidström», leí al final del catálogo. De modo que también era bibliotecario aquel hombre de tan múltiple capacidad. Largas filas de cajas se veían allí, llenas de arándano, jamón, jarabes, crema, azúcar y conservas en vinagre. En un rincón vi apariencia de una cámara oscura; una cortina impedía la entrada de la luz, y parecíanse allí cubetas de revelador, probetas graduadas, etc. A todo se le daba mucho y buen empleo. Todo lo vimos y bajamos otra vez para continuar nuestra inspección.

Tan pronto como llegamos al cobertizo entró Lindström con un gordo cubo de hielo; comprendí que iba a emplearlo en la fabricación del agua. Mi compañero se había armado de una linterna grande y potente, con la que nos disponíamos a empezar nuestros viajes subterráneos. En la pared Norte del cobertizo había una puerta, por la que entramos a un pasaje edificado junto a la casa, tan oscuro como una tumba. La linterna había perdido su poder iluminador; ardía con una luz mortecina, mansa, que parecía no poder pasar más allá del cristal. Yo extendía mis manos hacia delante. Mi acompañante se detuvo y me dió una lectura sobre el orden y maravilloso aseo que había logrado al instalarse entre ellos. Yo escuchaba con gusto, pues ya había visto lo bastante para poder certificar la verdad de lo que me decía, sin titubear. Pero en el lugar

en que estábamos ahora, tenía que creerle por su palabra, pues todo estaba oscuro como el alquitrán. Estábamos a punto de reanudar nuestra marcha, y yo me sentía tan seguro, por lo que acababa de oírle leer sobre el orden y compostura que en todo reinaba, que me desasí de la blusa de mi huésped a que hasta entonces había ido agarrado. Nunca lo hubiera hecho; no bien di un paso, ¡cataplúm!, caí cuan largo era. Había pisado una cosa redonda, algo que me hizo caer; al caer, eché mano a otra cosa, también redonda, y me agarré convulsivamente a ella. Quise convencerme de qué eran aquellos objetos que abundaban en el suelo de tan ordenada casa. El resplandor de la linterna, aunque tan débil, bastó a sacarme de dudas; lo que yo tenía en mis brazos era un queso de bola; lo tiré al suelo, por amor al orden y aseo; me incorporé y miré hacia los pies. ¿Qué era lo que me había hecho tropezar? ¡Un queso de bola, si es que no era otro de la misma familia! Empecé a formarme opinión propia del aseo reinante en la casa, pero no dije nada. Sólo quería saber por qué no fué él el que cayó sobre los quesos, pues que me precedía. ¡Bah!, me contesté, él sabe qué clase de orden es el que aquí reina.

En el extremo oriental de la casa, el pasadizo estaba brillantemente iluminado por la ventana exterior que caía a esta parte. Ahora podía ver más claramente en dónde estaba. Frente a la ventana, en la parte de la Barrera, que aquí formaba la otra pared del pasadizo, había sido excavado un gran hoyo. Nada se veía en él, sino negra oscuridad. Mi compañero conocía el camino, de modo que yo podía fiarme en él; pero si hubiera ido solo, no me hubiera atrevido a pasar adelante. El hoyo se extendía por el interior de la Barrera, y, finalmente, formaba un vasto aposento con techo abovedado. Una pala y un hacha es cuanto vi en el suelo. ¿Qué servicio tendría aquello? Todo

el hielo y nieve que aquí falta ha ido a parar a nuestro depósito de agua. Estaba aquí, pues, la cantera de Lindström, de la que cortaba el hielo y la nieve durante los meses de invierno para guisar, beber y lavar. En una de las paredes junto al suelo había un agujero del tamaño preciso para permitir a un hombre pasar a gatas.

«Ahora tenéis que encogeros y seguirme. Vamos a visitar a Hanssen y a Wisting.» Y mi compañero desapareció como una culebra a través del agujero. Yo me eché al suelo veloz, como un relámpago, y le seguí. No me hubiera gustado quedar solo entre aquellas tinieblas. Me las arreglé para coger una de sus pantorrillas y no la solté hasta que vi la luz por el otro lado. El pasadizo por donde nos arrastrábamos era igualmente estrecho en toda su longitud, y nos obligaba a apoyarnos en las manos y en las rodillas; por fortuna, no era largo. Terminaba en una habitación amplia y cuadrada. Una mesa baja se levantaba en medio de la habitación, y, sobre ella, Helmer Hanssen estaba ocupado en ajustar los trineos. La habitación parecía mal alumbrada a pesar de tener una lámpara y bujías. Visto el motivo, encontré que obedecía a la gran cantidad de objetos oscuros que había en aquel lugar. Junto a una de las paredes estaban las ropas, inmensos rimeros de vestidos de pieles. Sobre ellos habían extendido mantas para protegerlos de la escarcha que se había formado en el techo y casi encima. Contra la pared opuesta se veía una hilera de trineos, y al terminar frente a la puerta, montones de ropa de lana. La tienda más surtida de Cristianía hubiera envidiado esta cantidad de existencias. Allí se veían chaquetas de Islandia, almillas, elásticos de enorme espesor y de todas dimensiones, calcetines, guantes, etcétera. En el ángulo formado por esta pared y la otra en que estaban los trineos, es donde se veía el agujero por donde habíamos entrado. Más allá de los trineos, en la

misma pared, había una puerta con una cortina, de la que venía un extraño zumbido. Yo me interesé vivamente por saber qué podía ser, pero antes tenía que oír lo que estaban hablando los dos.

«¿Qué pensáis de los ajustes ahora, Hanssen?»

«Que van muy bien; por lo menos mejor que lo estaban antes. Mirad cómo los remates son puntiagudos.»

Me incliné hacia adelante para ver qué era lo que habían enmendado, y, debo decirlo, me sorprendió lo que vi; porque, ¿cómo es posible? Dejar puntiagudos los cabos de las amarras, es cosa de que todo marinero ha de tener mucho cuidado. Sabe que si el cabo no está bien rematado, de poco sirve que se ponga la amarra. Así es, que es regla general que los cabos sean lo más puntiagudos posible. Cuando miré al que les tenía ocupados, ¿qué pensaréis que vi? Pues vi el remate de la amarra clavado con una pequeña tachuela como las que se usan para sujetar los rótulos. «¡Bella cosa para llegar al Polo!» Esta observación final de Hanssen era, sin duda, la más benigna expresión del juicio que le inspiraba aquella obra. Vi cómo se ponían los nuevos cordajes, y asentí por completo al parecer de Hanssen, de que harían su oficio. Y no era un trabajo liviano este ajuste de los trineos a la temperatura de — 15° F., que el termómetro indicaba; pero Hanssen, ni parecía reparar en ello.

Había oído que Wisting también tomaba parte en esta obra, pero no se le veía. ¿Dónde estaría? Mis ojos buscaron involuntariamente la cortina tras de la cual se percibía aquel zumbido de que hablé. Me faltaba poco para reventar de curiosidad. Por fin, la cuestión de los ajustes parece abandonarse, y mi compañero muestra intención de salir. Deja su linterna, y va hacia la cortina. «¡Wisting! ¿Está?» «Sí»; la respuesta parece venir de lejos. Cesa el zumbido y la cortina se descorre. Entonces se me ofrece

a la vista el espectáculo que más me ha impresionado de todos en aquel día tan lleno de acontecimientos. Es Wisting, que está en medio de la Barrera trabajando con su máquina de coser. La temperatura en el exterior es ahora de  $-60^{\circ}$  F. Esto me parece que requiere alguna explicación. Acérome a la entrada para ver mejor; ¡caramba! Aquí hace un bochorno tropical. Miro el termómetro; marca  $+50^{\circ}$  F. Pero, ¿cómo puede ser? Wisting cosiendo en una celda de hielo a  $+50^{\circ}$ . Yo sabía desde la escuela que el hielo se funde a  $+32^{\circ}$  (1). Si aquí rige esta ley misma, estará sentado bajo una ducha. Entro directamente; el cuarto de costura no es muy espacioso; unos seis pies por cada lado. Además de la máquina de coser, de novísimo modelo, contiene la habitación cierto número de instrumentos, brújulas y demás, sin contar con la tienda amplia que está cosiendo ahora. Pero lo que más me interesa, es saber cómo se las compone para esquivar la ducha que le amenaza. Ahora lo veo. El recurso es de lo más ingenioso. Ha cubierto las paredes y el techo con lonas y latas dispuestas de tal modo, que el agua del deshielo va a parar toda por el mismo camino, a reunirse en una tina que está debajo. De esta manera recoge agua para lavar, que es artículo inapreciable en estas regiones... ¡lo que él discurre! Después he oído que casi toda la ropa destinada al viaje al Polo se está haciendo en esta celda de hielo. Perfectamente; con hombres como éstos, no creo que sea mucho el mérito de Amundsen en llegar al Polo. Merecería un castigo si no lo consigue.

Acabamos allí, y probablemente habíamos ya visto todo. Mi guía va a la pared donde se amontonan los ves-

---

(1) Casi parece innecesario advertir que aquí, como en el resto de la obra, se habla de grados Fahrenheit, en que el  $32^{\circ}$  coincide con el 0 de los centígrados.—(N. del T.)

tidos y empieza a registrarlos. «Los examinaré detenidamente, me dijo; no es muy divertido esto.» Me siento, pues, en el rintero de trineos de la pared de enfrente, y me pongo a repasar en la memoria lo que he visto; cuando, de repente, el otro se echa de cabeza como quien va a zambullirse, y desaparece entre los paquetes de pieles. Yo salto y me adelanto por entre los rinteros de vestidos, pues empiezo a sentirme extraviado en aquel mundo misterioso. En mi precipitación voy a chocar con el trineo de Hanssen, que cae de la mesa. Hanssen mira alrededor furiosamente. Gracias a que no puede verme. Su mirar es como el del que va a asesinar. Me escurro por entre las ropas y, ¿qué es lo que veo? Otro agujero en la pared, otro callejón bajo, oscuro. Cobro valor, y penetro por él. Este túnel es más alto que el otro y puedo caminar por él encorvado hasta la mitad. Afortunadamente, la luz que viene de enfrente me permite continuar mi camino, no completamente a oscuras. Salgo a otro amplio aposento de las mismas dimensiones, poco más o menos, que el anterior, llamado el Palacio de Cristal, según me entero después. El nombre es adecuado, pues el cristal centellea por todas partes. Al pie de una pared hay unos cuantos pares de skis; hay también cajas, amarillas unas y otras negras. Ya sé lo que significan, después de mi visita a Stubberud. Las amarillas son las cajas primitivas, y las negras las reformadas. Nada se descuida entre esta gente. Por lo demás, para la nieve es mejor color el negro que el amarillo pálido; las cajas harán efecto más agradable a la vista, y se verán mejor a distancia. Si ocurriera que las señales faltan, no necesitan más que romper una caja y hacer de ella cuantas señales negras precisen, que se destacarán más fácilmente en la nieve. Las cubiertas de estas cajas me llamaban la atención. No son más grandes que las cubiertas de los botes de leche ordinarios, y tie-

nen la misma forma. Van sueltas como las dichas cubiertas, y se pueden colocar de la misma manera. Al punto se me ocurre una cosa. Cuando yo estaba sentado sobre uno de los trineos del taller de Hanssen, solté unas cuantas piezas de cable de alambre fijos a un lado y otro del trineo. Había ocho en cada costado, el número que hacía falta. Son los amarres para cuatro cajas, y apenas puede haber más en un trineo. Los cables de un costado terminaban en un ojal; y en el otro, en puntas delgadas. Claro se ve que son cuatro para cada caja. Si se cruzan y estiran estos cabos alrededor de la tapadera, quedarán tan firmes las cajas como si estuvieran atornilladas y se podrán destapar fácilmente cuando se quiera; esta ingeniosa disposición sirve para ahorrar mucho tiempo.

Ahora veo a Johansen en medio del Palacio empaquetando. Parece como si tuviera que resolver un gran problema; tan absorto está. Delante de él se ve una caja medio llena, marcada así: «Trineo n.º V., caja n.º 4.º» Nunca he visto contenido más singular, pemmican y embutidos. Las piezas de pemmican son cilíndricas, de dos pulgadas de largo, y cuatro y tres cuartos de diámetro. Empaquetadas, dejan entre sus intersticios una figura como de estrella cada cuatro. Estos intersticios se colman con un embutido, que entra derecho hasta el fondo y es exactamente de la altura de la caja. Pero veamos qué embutido; precisamente hay uno ahí que tiene desgarrada la envoltura. Me acerco, y lo miro. ¡Vaya una picardía! ¿Pues no han metido leche en polvo, como si fuera de matute? De este modo se utiliza todo el espacio de la caja. Los intersticios que forman las piezas cilíndricas del pemmican con las paredes de la caja, son naturalmente, la mitad de grandes que las demás y no admiten los embutidos de leche en polvo; pero que nadie se imagine por eso que van a quedar sin empleo estos vacíos. Están llenos de pedaci-

tos de chocolate. Cuando las cajas están cargadas, quedan llenas como si fueran de madera maciza. Ahí está otra terminada. Voy a ver lo que contiene. Según se indica en la cubier-a, 5.400 galletas. Dícese que los ángeles están dotados de una paciencia especial, pero debe ser una niñería si se la compara con la de Johansen. No queda una fracción de pulgada por llenar en esta caja.

El Palacio de Cristal recuerda ahora poderosamente un almacén de ultramarinos: pemmican, galletas, chocolate y embutidos de leche desparramados por todas partes. En la otra pared, enfrente a los skis, hay una abertura. Veo a mis compañeros salir por ella, pero esta vez me decido a vigilarle. Sube dos escalones, empuja la puerta levadiza, y helo allí en la Barrera, y yo con él. La puerta vuelve a dejarse como estaba, y ahora nos tropezamos con otra puerta moderna de deslizamiento que conduce al almacén de ropas. Me vuelvo hacia mi huésped para darle las gracias por el viaje circular tan interesante en que me ha acompañado por la Barrera, manifestándole mi admiración por todas aquellas soberbias obras de ingeniería que he visto, etc. Él corta el flujo de mis palabras advirtiéndome que aún no las hemos visto casi. Si hemos subido, ha sido por evitarme el tener que andar otra vez a gatas. «Ahora vamos—añade—a continuar nuestro viaje subterráneo.» Veo que no puedo evadirme, aunque ya empiezo a cansarme de estos túneles. Mi huésped parece adivinar lo que estoy pensando, y agrega: «Tenemos que verlo ahora, que es cuando están trabajando mis camaradas, pues luego no tendría el mismo interés.» Veo que tiene razón; me levanto y le sigo.

Pero el destino lo quiso de otro modo. Así que salimos a la Barrera, Hanssen se nos presenta con su trineo y seis perros enjaezados recientemente. Mi compañero me dice al oído con urgencia: «Montemos; allí esperaré»,

cuando el trineo parte, con paso terrible, llevándome sin que Hanssen se dé cuenta.

Al caminar íbamos tan rápidamente, que la nieve nos azotaba el rostro. Hanssen regía con su mano los perros muy diestramente, como podía verse; pero daba mucho que hacer aquella salvaje cuadrilla. A mis oídos llegaban especialmente los nombres de Hók y Togo, que por lo mismo tenían perversas intenciones. De repente dejaron atrás a sus compañeros, y todos se atascaron; pero no lograron nada, porque el látigo, manejado hábilmente, zumbaba en sus orejas constantemente. Aquellos dos redonditos de que he hablado, que vi en la loma, Ring y Mylio, eran los delanteros; eran también alocados, pero no se salían de su sitio. En la trailla iban también Hai y Rap. Este, que tenía la oreja hendida, hubiera gustado mucho de enredarse en una pendencia, ayudado de su amigo Hai, con Hók y Togo; pero estaba el látigo, amenazaba y silbaba entre ellos sin misericordia, y los hacía portarse como buenos chicos. Tras de nosotros, unas cuantas varas, venía Zanko. No iba con los otros, según parece, por no tener guarniciones. Mientras tanto, subíamos a galope la colina, y pasamos ante la primera bandera. La luz del día cambiaba ahora de un modo notable. Eran las once, y la corriente de luz había avanzado gran trecho por los cielos en dirección al Norte. Los números y señales de las cajas se veían fácilmente.

Hanssen guió diestramente por entre las filas de cajas e hizo alto. Nosotros descendimos del trineo; él estuvo un momento aún mirando en derredor, luego volcó el trineo. Supuse que lo había hecho para impedir que los perros tiraran cuando él volviera las espaldas. A mi juicio, era poca prevención aquella. Subí sobre una caja y me dispuse a esperar los acontecimientos. El primero que vino fué Zanko. Hanssen se había apartado un poco del ca-

mino, con un papel en la mano, como para examinar las cajas que encontraba a su paso. Zanko se había encontrado con sus amigos Ring y Mylio, y el encuentro fué muy cordial por ambas partes. Aquello era más de lo que Hók podía aguantar, y sin más, salió como un cohete, seguido de su amigo Togo. Hai y Rap no perdían nunca ocasión como ésta, y se mezclaron con ardor en la contienda. «¡Basta ya; canallas!» A esta advertencia de Hanssen, seguían los chasquidos del látigo. Zanko, que estaba libre, se había conservado sereno para darse cuenta del peligro; sin vacilar lo más mínimo, salió para Framheim, corriendo como una exhalación. Si los otros advirtieron o no la fuga del sexto combatiente, o si se dieron cuenta de las amenazas de Hanssen, es cosa que yo no puedo decidir; lo cierto es que se separaron unos de otros, y como si obedecieran a una señal, empujaron también la fuga. El trineo volcado no les embarazaba lo más mínimo; corrieron como el viento por la pendiente, y desaparecieron por donde estaba plantada la primera bandolera. Hanssen no gastó mucho tiempo en tomar su partido; pero, ¿de qué le servía ya? Corrió cuanto pudo, sin duda, hasta llegar a la banderola; pero ya los perros con el trineo detrás llegaban a Framheim, donde se detuvieron.

Yo me volví con calma, bien satisfecho de este experimento, que sin contar con él había presenciado. Encontré a Hanssen en la llanura, encaminándose al depósito por segunda vez; parecía en gran manera enfurecido, y la manera como blandía el látigo no prometía nada tranquilizador para los lomos de los perros. Zanko estaba ya aparejado para el tronco. A mi regreso a Framheim no vi á nadie; me deslicé, pues, por el cobertizo, y esperé ocasión para meterme en la cocina, que no estaba muy distante. Bufando y resoplando como una locomotora, venía tambaleándose Lindström por el pasaje que rodeaba la casa. Traía

en sus brazos otra vez el gran cubo lleno de hielo, y de su cuello pendía una lámpara eléctrica. Para abrir la puerta de la cocina no hizo más que empujar con la rodilla; se coló dentro; la casa estaba desierta. Ahora, pensaba yo; se me ofrece buena conyuntura para ver lo que hace Lindström cuando está solo. Dejó en el suelo el cubo de hielo, y poco a poco fué llenando la olla del agua que estaba al fuego, luego miró al reloj: las once y cuarto; está bien. La comida estará a punto a su hora. Soltó luego un largo y profundo suspiro, luego entró en la sala y llenó y encendió su pipa. Hecho esto, se sentó y cogió un muñeco que había encima de un pesa-cartas; alegrósele el semblante tanto, que se le podía muy bien conocer su contento. Dió cuerda al muñeco y lo puse encima de la mesa; el muñeco empezó a dar volteretas sin parar; ¿y Lindström? Lindström reía y reía a carcajadas, gritando de cuando en cuando: «¡Bravo! ¡Olava! ¡otra vez!» Yo miré al muñeco con atención, y era ciertamente algo desconunal. Tenía la cabeza de vieja (vieja solterona, por las señas), con el pelo pajizo y una quijada colgándola, unido todo a una expresión amorosa y lánguida; tenía un vestido de cuadritos blancos y rojos, y cuando se ponía cabeza abajo, producía, como es natural, un revuelo muy pintoresco con los vestidos. La figura aquella había sido primero de titiritero, pero aquellos ocurrentes exploradores del Polo lo habían transformado en aquella espantosa visión. Repetido el experimento, no pude reprimir yo una carcajada tampoco; pero Lindström estaba tan profundamente entretenido, que no me oyó. Después de divertirse como unos diez minutos de esta suerte, se cansó de Olava y la volvió a poner en el pesa-cartas. El muñeco quedó aún haciendo reverencias y cabezadas, y ya no se le volvió a hacer caso.

Después, Lindström había ido a su tarima y estaba

medio recostado en ella. Ahora, pensaba yo, irá a dormir un poquito antes de comer; pero no, se levantó otra vez en seguida con una baraja usada en la mano. Volvió a su sitio y empezó a hacer un solitario, calmoso y grave. No le llevó mucho tiempo, y debía ser no muy complicado, pero respondía a su objeto. Veíasele el contento cuando acertaba con el sitio propio de la carta. Por fin quedaron todas en orden y el juego acabado. Aún estuvo un rato más sentado, gozando con la vista de la distribución de las cartas; luego las cogió todas con un suspiro y murmurando: «¡Si llegará al Polo, con seguridad y primero que nadie, que es más!» Tornó las cartas al cajón de su tarima, y parecía estar satisfecho de sí mismo.

Luego se reanudó el proceso de aparejar la mesa, pero con menos ruido que por la mañana; no había nadie a quien molestar ahora. A las doce y cinco minutos sonó una campana como las de a bordo, y no mucho después empezaron a llegar los comensales. No se entretuvieron mucho en arreglarse, sino que se sentaron a la mesa al punto. Los platos no fueron numerosos: una sopa espesa y oscura, de foca, con toda clase de ingredientes; carne de foca cortada «en dados pequeños»; debía ser la fórmula; pero no hay que engañarse: aquí eran «dados grandes» con patatas, zanahorias, col, nabos, guisantes, apio, ciruelas y manzanas. Me gustaría saber cómo llaman los cocineros de por acá á tal plato. Dos grandes jarras de jarabe y agua se veían también en la mesa. Otra sorpresa: yo creía que una comida así sería silenciosa; mas me engañaba. Todo el tiempo se lo pasaban hablando, y la conversación versaba principalmente sobre lo que habían estado haciendo por la mañana. Para postre hubo ciruelas al natural. Luego aparecieron las pipas y los libros.

A eso de las dos, todos dieron nuevas señales de vida. Sabía yo que no tenían que trabajar por la tarde por ser

víspera de San Juan; pero la costumbre tiene esto. Bjaaland se levantó aprisa y preguntó a quién le tocaba el primer turno. Tras de varias preguntas y respuestas, se acordó que a Hassel. No sé de qué se trataba, pero les oí hablar de uno ó dos hornillos Primus, y decir que media hora es lo más que uno podía estar, sin que de esto pudiera sacar nada en limpio. Necesitaba, pues, seguir a Hassel, que era el primero que iba en pos de él. Los demás volvieron á su sitio; sólo en la cocina podría creerse deshabitada la Barrera.

A las dos y media, Bjaaland, que había salido, volvió anunciando que ya estaba todo hecho una nube de vapor. Yo miré a Hassel, que pareció animarse extraordinariamente con estas palabras. Luego empezó a desnudarse. ¡Qué cosa más extraña!—pensaba yo.—¿Para qué lo hará? Entonces empecé á discurrir como si yo fuera un Sherlock Holmes: primero, Bjaaland que sale. Ya tenemos un dato. Después, vuelve otro. Hasta aquí el proceso no falla; pero luego viene el tercer término: *Ya está todo convertido en una nube de vapor.* ¿Qué significación tienen estas palabras? Ese hombre, que ha salido, si no a la Barrera, a una masa de nieve apelmazada, vuelve diciendo que ya está todo convertido en vapor. Parece ridículo y absurdo. Mando a Sherlock Holmes al diablo, y me pongo a observar a Hassel con interés creciente, si continúa despojándose... Siento como rubor, y hasta desvío la cabeza; pero he aquí que no prosigue; luego toma una toalla, y vamos afuera de la puerta del cobertizo, que es hasta donde yo podía seguirle, a lo largo del túnel. Mas allí empezamos a notar, efectivamente, la presencia del vapor, que se va espesando cada vez más. El túnel se llena tanto, que no veo nada. Pienso con sentimiento en la cola del Anorak de Amundsem, que tan útil me ha sido en todas ocasiones; pero ahora no hay nada adonde poderme

agarrar. Lejos, entre la niebla, percibo una luz, y me encamino a ella con cuidado. Antes de saber dónde estaba, me encontré en el otro cabo del pasadizo, que comunicaba con un aposento espacioso, cubierto de escarcha y cerrado en la parte superior por una enorme cúpula de hielo. El vapor era molesto e impedía ver la habitación. Mas ¿qué había sido de Hassel? No vi más que a Bjaaland. De repente se despejó la niebla por un momento, y pude ver una pierna desnuda, que desaparecía dentro de una gran caja negra, y poco después la faz sonriente de Hassel, que salía por encima de la caja. Sentí un escalofrío, pues parecía que le hubieran decapitado. Mas, considerándolo bien, aquella fisonomía era bien risueña; no era de creer que estuviera separada la cabeza del tronco. Luego el vapor empezó a despejarse aún más, y por fin, pude ver con claridad de qué se trataba. ¡Cosa de risa! Ahora todo era fácil de comprender. Pero creo que le hubiera costado un sentido a Sherlok Holmes tener que explicar el suceso, si de repente, y con los ojos tapados, le hubieran transportado a la Barrera Antártica, para estar en mis condiciones. Hassel estaba metido en uno de esos baños de vapor americanos, de doble pared. El cuarto de baño, que me había parecido tan espacioso y elegante visto a través de la nube de vapor, no era más que una insignificante choza de nieve. El vapor se recogía en el baño, y mirando a la cara del bañista, se comprendía que ya iba siendo excesivo el calor. La última cosa que vi fué cómo Bjaaland inyectaba aire a gran presión en los dos hornillos Primus que estaban colocados debajo del baño, y luego desaparecía. ¡Qué lección de mímica hubiera aprovechado un actor, con estudiar la cara que estaba ante mí! Primero, una expresión de placer y de bienestar con los más brillantes rasgos; después, la placidez iba disminuyendo hasta trocarse en seriedad. Pero no duraba ésta

mucho: un temblor del ala de la nariz indicaba pronto que el baño empezaba á ser poco grato. El color de la tez se amorataba, los ojos se abrían desmesuradamente, y todo hacía presentir una catástrofe.

Mas ésta vino en forma muy diferente de la que se esperaba. De repente y sin ruido ninguno se levantaba el baño, y el vapor se desparramaba, dejando un suave y blanco velo como una estela. No se veía nada más; oí las llaves de los hornillos que se cerraban. Tardó como unos cinco minutos en desaparecer el vapor, y entonces apareció ante mi vista Hassel, tan nítido como una moneda de plata recién acuñada y vestido con sus mejores ropas para la fiesta de la víspera de San Juan. Yo me aproveché de la ocasión para examinar de cerca el primero y tal vez el único baño de vapor que existía en la Barrera Antártica. Estaba, como todas las cosas que allí había, ideado muy ingeniosamente. Consistía en una caja alta, sin fondo, con un agujero por donde meter la cabeza, en la cima. Las paredes eran dobles, y estaban hechas de una materia impermeable que dejaba entre ambas un espacio de una pulgada por donde el aire circulaba. Esta caja descansaba sobre una plataforma que se alzaba unos dos pies sobre la superficie de la nieve. La caja se ajustaba a una ranura, y así quedaba herméticamente cerrada. En la plataforma que había bajo el baño había una abertura rectangular, forrada con goma, y a esta abertura se ajustaba perfectamente una caja de hoja de lata. Debajo de esta caja estaban los dos hornillos Primus, y ahora se comprenderá por qué Hassel sentía tanto calor. De la cima de la garita pendía un bloque con una cuerda sujeta, cuyos cabos se amarraban, el uno, al borde superior del baño, y el otro, en el interior del baño mismo. De esta manera el bañista puede por sí alzar el baño sin ayuda de nadie, y salir de él cuando el calor resulta ex-

cesivo. La temperatura en el exterior de la pared de nieve era de — 65° F. Luego supe que Bjaaland y Hassel habían construido este baño ingenioso.

Vuelvo a casa, y veo que todos, o casi todos, hacen uso del baño de vapor. A las cinco y cuarto ya lo han tomado todos y se visten sus trajes de pieles, señal evidente de que van a salir. Voy tras el primero que deja la casa; va provisto de una linterna, que por cierto es bien necesaria. Ha cambiado el tiempo: un viento del Suroeste se levanta repentinamente, y el aire se cuaja de nieve; no porque nieve efectivamente, pues se ven las estrellas en el cenit, sino porque el viento hace presa en la caída y levanta ventisqueros. Hay que conocer muy bien el paraje para poderse orientar. Hay que ir a tientas, pues es imposible tener abiertos los ojos. Yo me coloqué a sotavento de un cúmulo de nieve, y aguardé a ver qué sucedía. A los perros parecía que no molestaba el cambio de tiempo; algunos estaban enroscados con la nariz junto al rabo, sobre la nieve. Otros corrían por todas partes. Los hombres fueron llegando uno a uno, todos con linterna en mano. Al llegar al sitio en que estaban los perros, cada uno se vió rodeado de los suyos, que le seguían a la tienda con alegres ladridos. Pero no sucedió todo completamente en paz; en la tienda de Bjaaland un rumor apagado, que llegaba hasta donde yo estaba, me hizo mirar al interior. Allí, muy por bajo de la superficie, debía estar abrigado. Todos los canes formaban un pelotón; unos mordían, otros gruñían y aullaban. En medio de esta masa de perros enfurecidos, vi una figura humana que se agitaba con un paquete de collares en una mano, y con la otra repartiendo golpes a un lado y otro. Yo temía por mis pantorrillas. Pero la figura humana que veía no hay duda que dominaba allí, y poco a poco el rumor se fué apagando y todo quedó en calma. Atados los perros, quienes estaban a

cargo de ellos iban al depósito de la carne y tomaban una caja de carne de foca, hecha lonjas, que estaba en el muro, lejos del alcance de los perros. Esta carne la habían cortado por la mañana dos hombres, a quienes les tocaba por turno establecido diariamente para este menester. Servida la ración a los perros, quedó el campamento a la hora y media tan tranquilo y pacífico como lo había encontrado de mañana. Viento frío de — 65° F. y de velocidad de veintidós millas por hora, procedente de Suroeste, azotaba la Barrera y arremolinaba la nieve a gran altura sobre Framheim; pero los perros permanecían en sus tiendas, hartos de comida y contentos, sin sentir nada del mal tiempo.

En la barraca se hacían preparativos de fiesta, por los que podía apreciarse lo bien que allí se estaba. ¡Qué contraste entre el viento que bramaba, la nieve que azotaba, el frío intenso y la absoluta oscuridad del ambiente, con lo que en la casa se disfrutaba! Todo estaba lavoteado, y la mesa alegremente adornada. Banderitas noruegas en todas partes, en la mesa, en las paredes. La fiesta empezó a las seis, y todos los «Vikings» entraron alegremente. Lindström se había excedido a sí mismo. No había más que pedir. Lo que especialmente admiraba yo en él era sus habilidades y su largueza: en todo el tiempo que pude observarle no vi en él el menor indicio de tacañería, y más lo admiré ahora que se presentó con sus «pasteles de Napoleón». Debo deciros que estos pasteles se servían después que ya se había puesto cada uno la cuarta parte de una tarta de ciruelas. Los pasteles eran deliciosos a la vista: la más delicada pasta de hojaldre, con capas de vainilla y crema. A mí se me hacía la boca agua. ¡Y qué tamaño tenían! ¿Se repartirían cada una de esas montañas de pasteles por persona? Una de ellas, bueno... Si es que habían de comerse después de la tarta que se había

dividido en ocho partes, dos enormes platos, con cuatro en cada uno. ¡Cielo santo! Uno de los Vikings había iniciado el ataque, y ya estaba dando cuenta de una de aquellas montañas. Todos siguieron el mismo camino, sin que quedara migaja de las ocho. ¿Qué iba yo a decir de hambre, miseria y frío cuando volviera a mi país? Mi cabeza daba vueltas. Había tantos grados por encima del cero allí dentro como por bajo en el exterior. Miré hacia la tarima de Wisting, donde colgaba un termómetro:  $+ 95^{\circ}$  F. Los Vikings no se hacían caso de estas bagatelas y seguían con los «Napoleones» impertérritos.

Pronto los opulentos pasteles quedaron relegados a la historia, y aparecieron los cigarros. Todos sin excepción se permitían el lujo de fumarlos. Hasta la presente no habían dado grandes pruebas de abstinencia; quería yo saber si sucedería lo mismo respecto a las bebidas fuertes, pues había oído que el alcohol en las expediciones polares es un elemento nocivo, por no decir peligroso. «Pobres chicos, pensaba yo, esto será el motivo de que les gusten tanto los pasteles. Todo hombre ha de tener un vicio por lo menos. Privados del placer de las bebidas, tienen que ser golosos.» Todo se explicaba fácilmente, y yo sentía lástima de ellos. Me maravillé de ver qué impresión les hacían los «Napoleones». Parecían algo abatidos; sin duda, se requería algún tiempo para sosegar los pasteles.

Lindström, que parecía sin disputa el más alerta de todos, entró y empezó a despejar la mesa. Esperaba yo que ahora se tumbarían todos en sus tarimas para hacer la digestión. Pues nada de eso; no se les había ocurrido tal cosa. Seguían sentados, y como esperando alguna otra cosa. Sería, claro está, el café. Lindström volvía ya con tazas y jarros. Una taza de café era precisamente lo que faltaba detrás de tal manjar.

«¡Stubberud!—era la voz de Lindström que llamaba a distancia.—¡Date prisa, antes de que se caliente demasiado!» Corrí tras Stubberud para ver qué cosas eran las que había que cuidar que no se calentaran; pensé si sería algo que traían de fuera, ¡Dios mío! Allí veo a Lindström extendido sobre el vientre allá arriba alargando por la portezuela—¿qué diréis?—una botella de Benedictino y otra de ponche, blancas ambas del hielo. Ahora veríamos cómo nadaban los peces, o mejor, cómo se ahogaban. Nunca he visto sonrisa de más contento que aquella con que Stubberud recibió las botellas, ni más ternura y cuidado para recogerlas que el que a ellas se les dispensó desde la cocina a la sala. Yo estaba conmovido; ¡qué bien sabían aquellos señores cómo se sirve el licor! «Sírvasse frío»—decía en el rótulo de la botella de ponche. Puedo asegurar a P. A. Larsen que aquella vez fué seguida a la letra su prescripción. Luego sacaron el gramófono, y se me comunicó la alegría con que fué recibido. Mostraban mucho placer por este recreo, y todos tenían música a su gusto. Se convino en felicitar al cocinero por su trabajo y honrarle con la elección de la primera pieza que fué el «Tarara-bum-deay», a que siguió el «Vals de los Apaches».

El programa de Lindström se terminó con un recitado humorístico. Mientras tanto, permanecía él a la puerta sonriendo beatíficamente; le entusiasmaba aquello. Prosiguió la música, y hubo piezas a gusto de cada uno. Algunos números se dejaron para lo último, porque eran del gusto de todos. Primero se puso un aria de los *Hugonotes*, cantada por Michalowa; prueba que los Vikings entendían de música. Estaba muy bien cantada. «Pero vamos a ver—gritó una voz impaciente.—¿no nos pondrán esta noche Borghild Bryhn?» «Ahora va», le contestaron. Y empezó el canto de Solveig. Lástima que no

estuviera presente Borghild Bryhn; creo que los aplausos más entusiastas no le hubieran conmovido tanto como la manera en que fué recibida su canción aquella noche. Al desprenderse las notas claras y puras por la estancia se iban poniendo graves las caras de todos; sin duda las palabras del poema les conmovían a aquellos hombres que en la oscura noche invernal en el vasto desierto de hielo se encontraban millares de leguas lejos de cuanto amaban. Así pensaba yo; pero era la amable melodía ejecutada con maestría y hermosas condiciones naturales, lo que ensanchaba sus corazones. ¡Cómo se notaba el bien que les hacía! Parecía que temían oír sus propias voces después. Por fin uno de ellos no pudo perseverar silencioso. «¡Por mi vida! ¡Qué bien cantado!—exclama,—sobre todo al final. Tenía algún temor de que la cantante diera demasiado alta la nota final, a despecho de la maestría con que dominaba la voz, lo que era una injuria; pero, al contrario, ha dado la nota tan suave, pura y plena, que es bastante para enternecer a cualquiera.» Y luego el entusiasta crítico nos contó que una vez había oído la misma canción, pero con resultado diferente. «Iba muy bien—nos decía,—hasta llegar al final. Entonces se le vió al cantor ensanchar su poderoso pecho como para recoger aliento, y produjo una nota tan aguda como las que derrumbaron los muros de Jericó.» Se retiró después el gramófono. Ya parecían todos satisfechos.

Luego, a las ocho y media, creí yo que sería hora de ir a la cama. Había durado bastante la fiesta, con su comida, bebida y música. Pusiéronse todos en pie, y se oyó el grito de «vengan el arco y las flechas». Ahora, me decía yo, retirándome a un rincón en donde colgaban ropas, empieza a producir efecto el alcohol. Sin duda que algo extraordinario sucede, pues se les ve tan animados. Uno de ellos va detrás de la puerta y coge un pequeño disco

de corcho, y otro saca de su camarote un estuche de flechas. Se trata, pues, de tirar al blanco como nuevo entretenimiento. Se cuelga el disco de la puerta de la cocina que da al cobertizo, y el que ha de tirar primero se coloca al final de la mesa, a una distancia de tres varas. Empieza entonces el certamen de tiro entre risas y algazara. Hay tiradores de tres clases: buenos, malos y medianos. Ahora se presenta el campeón: tal puede juzgársele por la actitud resuelta con que coge la flecha y la dispara; sin duda que dará en el blanco. Es Stubberud; de cinco flechas que lanza, dos dan en el punto y tres cerca. El que sigue es Johansen; no es mal tirador, pero no hace los blancos que el otro. Después entra Bjaaland; ¿me admirará que sea tan hábil en este juego como lo es con los patines? Se coloca, como los otros, al final de la mesa, pero se adelanta de una manera descomunal: lo hace para calcular bien. Su distancia al blanco es apenas de vara y media. Dispara bien; sus flechas describen un gran arco, que es lo que se llama alta trayectoria. Muchos aplausos. La trayectoria resulta demasiado alta y las flechas van a dar encima de la puerta. Hassel apunta «con cálculo»; pero no es fácil entender como calcula. Por de pronto no apunta al disco; si sus cálculos se refieren a la puerta de la cocina, entonces bien están. Si Amundsen «calcula o no», poco importa; lo cierto es que marra todos los tiros. Poco más o menos sucede con Wisting. Prestrud, un término medio. Hanssen apunta como un tirador de oficio, disparando con gran fuerza; sin duda se imagina que está cazando moscas. Todos los blancos se registran cuidadosamente en un libro, y se adjudican los premios en consecuencia.

Lindström, mientras tanto, ejercita su paciencia; su tarea cotidiana ha terminado. Además de las cartas, le interesa observar el juego del blanco, y hace reflexiones

sobre todo. Luego se levanta con rápida resolución; tiene que realizar un menester, que es cambiar la lámpara grande que pende del techo por dos pequeñas, y el motivo de cambiarlas es que el calor de la lámpara grande resulta excesivo para las tarimas o camarotes superiores. Esta operación es una manera amable de avisar que ha llegado, para algunos, la hora de retirarse. La sala parece oscura ahora que se ha apagado aquel verdadero astro que pende del techo; las dos lámparas pequeñas encendidas son bastante buenas; pero, con todo, parece que hemos dado un salto atrás, a la época en que no había más alumbrado que las antorchas de pino.

Poco a poco, los Vikings se van retirando a descansar. Mi descripción de cómo se pasa un día en Framheim sería incompleta si no incluyera también esta escena: «El principal orgullo de Lindström—me han dicho—consiste en ser el primero en acostarse; sería capaz de sacrificar cualquier cosa para mantener esta supremacía.» Por lo general, no le es difícil realizar su deseo, porque ninguno trata de adelantársele; pero esta noche no ocurre así. Stubberud estaba ya muy adelantado en la operación de desnudarse cuando entraba Lindström, y pareciéndole que se le presentaba ocasión de ir a la cama el primero, retó al cocinero. Lindström, que no había advertido la verdad del caso, aceptó el reto, y entonces empezó la porfía, que los demás azuzaban. Stubberud, que estaba ya pronto, salta a su cama, que está por encima de la de Lindström, cuando de repente nota que le agarran por una pierna y tiran de él hacia atrás. Lindström se aferra a su presa, gritando con voz plañidera: «¡Aguarda, hombre, a que me desnude yo también!» Es como si uno que lucha con otro le dice: «¡Aguarda que te agarre yo antes!» Pero el otro no se convence, pues está determinado a vencer. Entonces Lindström le suelta; rompe sus tiran-

tes, pues no tiene tiempo para más, y se zambulle de cabeza en su cama. Stubberud empieza a protestar; que aquello no está bien, pues no se había desnudado, y así sucesivamente. «Poco importa—replica el otro.—De todas las maneras, yo he sido el primero.»

La escena fué seguida con gran diversión y gritos de aliento, y terminó con un huracán de aplausos cuando Lindström desapareció en su camarote sin desnudarse. Pero no acabó aquí la cosa, porque este salto fué seguido de un espantoso crujido, que pasó inadvertido con la excitación del momento, para él como para los demás. Pero luego vinieron las consecuencias. El cajón que había a lo largo de su tarima, en que guardaba una multitud de cosas, se había caído y desparramado por la cama armas de fuego, municiones, discos del gramófono, cajas de herramientas, de dulces, pipas, latas de tabaco, ceniceros, cajas de cerillas, etc., y no quedaba sitio para él. Tuvo que levantarse otra vez, y su derrota fué doble. Reconoció, avergonzado, que Stubberud era el que había ganado. «Pero será la última vez»—añadió. Uno tras otro, se fueron retirando todos; se sacaron libros y alguna que otra pipa, y de esta manera se pasó la última hora. A las once justas se apagaron las lámparas, y terminó la jornada.

Inmediatamente mi huésped sale a la puerta, y yo le sigo. Le había dicho que me despediría de él esta noche, y va acompañándome. «Os conduciré hasta el depósito—me dijo;—el resto del camino podréis ir por vos mismo.» El tiempo ha mejorado notablemente, pero está oscuro, horriblemente oscuro. «Así, que si queréis encontrar el camino más fácilmente—me dice,—llevaré mi trío. Si los perros no lo ven, pueden husmearlo.» Soltados los tres perros, que extrañaban evidentemente qué significaba aquello, a aquellas horas, puso un farol en un poste de madera, y salimos. Sin duda, los perros estaban acostum-

brados a ir por aquel camino, porque, sin vacilar, se dirigieron por él al depósito.

«Bueno —dice mi compañero.—No es maravilla que conozcan el camino. Lo recorren todos los días por lo menos una vez, y muchos días dos y tres. Somos tres también los que marchamos siempre en esta dirección: Bjaaland, Stubberud y yo. Como habéis visto esta mañana, esos dos salieron a las ocho y media, con propósito de estar de vuelta a las nueve y ponerse a trabajar. Es tanto lo que tenemos que hacer, que no podemos perder un minuto. Por eso dan este paseo al depósito y vuelven a esa hora, y yo hago lo mismo, generalmente. Los demás empezaron el invierno con la misma resolución; a todos les entusiasmaba el paseo matutino; pero este entusiasmo no duró mucho, y ahora somos los tres los únicos entusiastas que quedan. Mas con lo corto que es el camino, unas 650 yardas, no nos aventuraríamos a recorrerlo sin esas señales que veis puestas y sin nuestros perros. Yo llevo a menudo una linterna también; pero cuando hace el frío de esta noche, se hiela la parafina y se acaba la luz. Perderse aquí sería asunto muy serio, y no hay necesidad de correr ese riesgo.

»Aquí tenemos el primer poste de señales; hemos tenido suerte en llegar derechos a él, los perros caminan en derechura al depósito. Otra razón para tener cuidado con este camino, es que hay un hoyo enorme de 20 pies de profundidad al lado de un montículo en aquella pendiente, donde recordaréis que está la última bandera. Si se perdiera uno del camino, podía caerse en él, y hacerse daño.» Pasamos junto a la segunda señal. «Las dos siguientes son más difíciles de divisar, pues están muy bajas; y yo espero muchas veces y llamo a los perros para descubrir el camino, como voy a hacer ahora, por ejemplo. Es imposible ver nada si se tuerce uno a un lado u otro; por

eso hay que aguardar y dejar que los perros ayuden. Sé exactamente el número de pasos entre cada señal, cuando llego a este número, me detengo y examino el terreno. Si hay algo que no conozco, doy un silbido y los perros vienen al punto; ahora veréis.» Dió al decir esto un largo silbido. «No tardarán mucho en estar aquí. Ya los oigo.» Era verdad, los perros venían corriendo, entre la oscuridad, derechos a nosotros. «Para que vean que necesitamos encontrar el camino del depósito, empecemos a caminar.» Así lo hicimos; tan pronto como los perros lo vieron echaron a andar hacia adelante, pero con paso que nos permitía seguirlos, y pronto, en pos de ellos, alcanzamos la última señal.

«Como veis, mi linterna se está apagando; cuento, pues, con que me perdonaréis si no os acompaño más allá; sabéis el camino, de todos modos.»

Con estas palabras nos separamos, y mi huésped se volvió seguido de su fiel trío, mientras yo...

## CAPÍTULO IX

### EL FIN DEL INVIERNO

El día siguiente al del solsticio de invierno, empezó a deslizarse el tiempo más tranquilamente que antes. Había pasado el período de los días más oscuros, y el sol se iba acercando cada vez más. En medio del tiempo más oscuro, Hassel entró una mañana anunciando que Else tenía ocho cachorrillos. Seis eran hembras, por lo que inmediatamente se les cumplió su destino; las matamos y se las dimos a sus congéneres, que las apreciaron sobre manera. Casi ni las masticaron, se las tragaban enteras. Prueba de que las encontraron muy de su gusto, es que, al día siguiente, los restantes también desaparecieron.

El estado del tiempo que se avecinaba nos sorprendió grandemente. En todos los sitios de las regiones antárticas de que teníamos noticia, resultaba que las condiciones del tiempo eran muy irregulares siempre. A bordo del *Belgica*, en el mar de hielos, al Oeste de la tierra de Graham, siempre tuvimos tiempo áspero e ingrato. De la estancia de Nordenskjöld, en las regiones Oeste de la misma tierra, se tienen las mismas noticias. Tormentas y más tormentas, sin cesar. Y de las varias expediciones inglesas que han visitado el Estrecho de McHardo, alcanzamos análoga información: vientos continuos. Ahora sabemos que mientras nosotros vivimos en la Barrera con tiempo esplendísimo, calmas o brisas ligeras, Scott y sus com-

pañeros en sus cuarteles de invierno, a unas cuatrocientas millas de nosotros, padecieron frecuentes tempestades que estorbaban grandemente su empresa.

Yo esperaba que la temperatura se mantendría alta, pues durante el invierno veíamos muy bien el cielo oscuro sobre el horizonte del mar. Cuando el estado del aire era favorable, era sumamente visible el cielo oscuro y pesado que se cernía sobre el mar, sin que se pueda dudar de que el mar de Ross permanecía libre todo el año en una vasta extensión. Y, sin embargo, la temperatura descendió mucho, y sin duda la temperatura media mostrada por nuestras observaciones de todo el año, fué la más baja que se recuerde. Nuestra temperatura mínima el 13 de Agosto de 1911, fué de  $-72.2^{\circ}$  F. Durante cinco meses del año tuvimos que soportar temperaturas inferiores a  $-58^{\circ}$  F. La temperatura subía con todos los vientos, excepto con el Sureste, que más bien la hacía bajar.

Observamos la Aurora Austral muchas veces, pero en el apogeo de su magnificencia pocas. Era de todas las formas imaginables, siendo la más común la de bandas como cintas. La mayor parte de las auroras eran matizadas de verde y púrpura.

Mi hipótesis sobre la solidez de la Barrera, o lo que es lo mismo, que se asienta en tierra firme, parecía confirmarse en todos sus puntos por nuestras observaciones durante los doce meses que estuvimos en ella. Durante el invierno y la primavera, las masas de hielo empujaban contra la Barrera, produciendo lomas determinadas por la compresión, de hasta cuarenta pies de altura. Esto pasaba a milla y cuarto, no más de nuestra casa, sin que advirtiéramos sus efectos de repercusión lo más mínimo. En mi opinión, si la Barrera hubiera sido una masa flotante, el efecto del violento choque producido en sus márgenes no sólo se hubiera notado, sino que hubiera sacudido nuestra

casa. Mientras ésta se construía, Stubberud y Bjaaland oyeron un ruido profundo a lo lejos, pero no sintieron nada. Durante toda nuestra estancia nunca oímos ruido ninguno ni sentimos el menor movimiento en este lugar. Otra prueba muy buena sería la que nos proporcionó el ancho teodolito que usaba Prestrud. No lo podía poner junto a cosa ninguna que alterase su nivel; hasta el más leve cambio de temperatura lo hacía variar. Instrumento tan sensible no podía menos de haber acusado alguna inclinación en la Barrera, si ésta fuera flotante.

El día que entramos por primera vez en la Bahía, se rompió un pequeño trozo de su cabo occidental. Durante la primavera, los hielos flotantes comprimieron parte insignificante de uno de los muchos salientes de la margen de la Barrera. Salvo estas excepciones, la dejamos como la habíamos encontrado, enteramente intacta. Los sondeos que mostraban un rápido alzamiento del fondo, según se iba acercando el *Fram* al Sur, a lo largo de la Barrera, son también clara señal de que la tierra firme estaba próxima. Finalmente, la constitución misma de la Barrera parece ser la prueba más concluyente. No se levantaría hasta 1.100 pies, que es lo que se alzaba, según nuestras medidas, desde Framheim hasta un punto distante treinta y una millas al Sur, sin tener un apoyo en la tierra.

Seguimos trabajando en los preparativos de los trineos con diligencia febril. De largo tiempo estábamos convencidos que si queríamos hacer el máximo esfuerzo y aprovechar de la mejor manera el tiempo, teníamos que dejar concluidos para mediados de Agosto todos los preparativos del equipo de uso general. Los de uso particular podíamos despacharlos en horas de descanso. En la primera quincena de Agosto empezamos a ver terminados nuestros trabajos. Bjaaland había acabado ya los cuatro trineos. Eran de una labor perfecta, concluida en el curso del in-

vierno, muy ligeros y muy fuertes. Tenían la misma longitud que los primitivos, unos 12 pies, y no estaban guardados de llantas. Tendríamos un par de trineos de los antiguos, que trajimos en el *Fram*, calzados con fuertes chapas de acero, que podrían emplearse si el terreno y la marcha así lo requerían. El peso aproximado de los nuevos trineos era de 53 libras; habíamos, pues, ahorrado 110 libras por trineo.

Cuando Bjaaland terminó con ellos, se los llevó al «Almacén de Ropas». El modo como Hausen y Wisting ajustaron sus varias piezas, fué otra garantía de su bondad; pues la única manera de que uno pueda esperar que su obra remate con cuidado y éxito, es que la realicen los mismos que tienen que usar las cosas necesarias al efecto; ellos conocen a lo que se arriesgan. El trabajo de que hablamos era apropiado, no sólo para llegar al punto que nos proponíamos, sino para volver sanos y salvos de él. Cada pieza que había que ajustar se examinaba primero cuidadosamente y se ensayaba. Todos los amarres quedaban tirantes y tensos, cuidando de que coincidieran con sus respectivos sitios. Y por último, el amarre se cerraba de tal forma, que era necesario emplear un cuchillo o un hacha para deshacerlo si era preciso. No había peligro de que se desatara con los dedos. Un viaje en trineo, tal como el que pensábamos hacer, era empresa muy seria, y los trabajos preparatorios tenían que serlo también.

No era taller abrigado ni cómodo el que ocupaban los que se dedicaron a este trabajo. El almacén de ropas fué siempre el sitio más frío, a causa de la corriente a que daba paso. Había en él una puerta que comunicaba con el exterior, y un pasadizo abierto que conducía a la cocina. Esto promovía el paso constante de una cantidad de aire fresco, si bien no fuera muy grande, pero no se necesitaba mucho para hacerse sentir cuando la temperatura de las

inmediaciones descendía a — 75° F., y cuando había que trabajar con los dedos sin abrigar, siempre había allí temperatura inferior a la del punto de congelación. Para conseguir que los amarres fueran flexibles al ajustarse, empleaban un hornillo Primus, puesto en una piedra junto adonde ellos estaban trabajando. Muchas veces admiraba su paciencia cuando los observaba; más de una los vi trabajando con las manos sin abrigar horas enteras, a la temperatura de — 22° F. Pase para poco tiempo; pero durante el período más frío y oscuro del invierno, días y días trabajar, como ellos hacían, es prueba rigurosísima de resistencia. Los pies, principalmente, les debían hacer sufrir, sin que valga usar uno u otro calzado, cuando hay que estar mucho tiempo con él. Si acaso, las botas de suela de madera encuentro yo que son mejores, aquí como en otras partes, para estar con el frío, ocupado en trabajos sedentarios; pero no se sabe por qué los inquilinos del almacén de ropas no tenían simpatía por este género de calzado, y continuaron trabajando todo el invierno con el de piel de reno y de foca. Preferían golpear en el suelo, a reconocer la superioridad incontestable de las suelas de madera en las condiciones de que hemos hablado.

Cuando los trineos estuvieron acabados, fueron numerados de uno a siete, y guardados en el departamento de las ropas. Los tres antiguos que habíamos de usar fueron contruídos para la segunda expedición del *Fram*. Eran sumamente fuertes, y claro que más pesados que los nuevos. Fueron armados con el mayor cuidado, y se examinaron atentamente sus ligaduras y ajustes, sustituyéndose lo que parecía necesario. Las zapatas de acero se quitaron de uno, pero se dejaron en los otros dos, por si se necesitaban en los terrenos a que estaban destinados.

Además de esta obra de ajuste, tenían otras muchas cosas que hacer. Cuando Wisting no estaba ocupado con

los trineos, ya se estaba oyendo el zumbido de su máquina de coser. Tenía mil cosas que hacer en su cuarto de costura, y allí se estaba todo el día hasta bien entrada la noche. No se dejaba ver hasta que empezaba el ejercicio del tiro al blanco, a las ocho y media de la noche, y si no fuera por el empeño que tenía en que se le considerase como un buen tirador en estos certámenes, apenas se le veía ni aun en estas distinciones. Su tarea más importante era la reducción de cuatro tiendas de a tres en dos. No era fácil manejar aquellas tiendas tan grandes en el pequeño agujero que designábamos con el nombre de cuarto de costura; no hay para qué decir que usaba la mesa en dicha habitación para cortar; pero no deja de ser un misterio la manera como se las arreglaba para hacer las costuras derechas cuando se sentaba en su zaquizamí. Preparábame para ver las tiendas de más curiosa apariencia que pueden imaginarse, cuando de pronto se sacaron ya hechas y se plantaron al aire libre. Pensaré cualquiera que el suelo de una iría cosido a las paredes de la otra, mas no sucedía así. Cuando las instalamos nos parecieron muy bien; se hubiera dicho que habían sido confeccionadas en un vasto taller de velas, y no de un montículo de nieve. Sastres como éstos, son de inestimable utilidad en expediciones como la nuestra.

En la segunda expedición del *Fram* se usaron tiendas dobles; y como, naturalmente, no hay nada tan bueno y práctico como lo que no se ha ensayado todavía, estas dobles tiendas fueron alabadas y ensalzadas hasta el cielo. Por mi parte, admito que una casa con dobles paredes es más caliente que con sencillas; pero no hay que perder de vista tampoco el que son doblemente pesadas, y en trance como aquel, que teníamos que tener en cuenta hasta el peso de un pañuelo de bolsillo, se comprenderá que la cuestión de las tiendas de dobles paredes había de exami-

narse muy bien, hasta resolernos a emplearlas. Había yo pensado que con las dobles paredes se evitaría tal vez algo de la escarcha, que tan molesta suele ser por lo general en las tiendas, y que no es cuestión baladí. Así, que si las paredes dobles de una manera u otra impedían esto o mejoraban esta condición, reconocería las ventajas de su empleo, porque el peso cada vez mayor de la escarcha depositada diariamente sería igual al exceso de peso de la doble tienda. Esta clase de tiendas está hecha de modo que la tienda exterior es rígida y la interior flotante. Discutido el asunto, resultaba que el depósito de escarcha se formaba tan pronto en una tienda doble como en una sencilla, de modo que su utilidad venía a ser bastante dudosa. Si su objeto era no más que tener algunos grados de calor más en la tienda, creía yo que era mejor sacrificar esta comodidad a la disminución de peso. Además, teníamos tal abundancia de medios para calentarnos con los sacos-camas, que no era de temer sufriéramos por esta causa.

A esta cuestión se enlazaba otra como resultado de nuestras discusiones: la de saber cuál era el color más útil para una tienda. Pronto convinimos en que los oscuros, por varias razones; en primer lugar, por el descanso y alivio de los ojos. Bien de sobra conocíamos el consuelo que ofrece entrar en una tienda oscura después de viajar todo el día por la superficie deslumbradora de la Barrera. Luego el color oscuro haría más caliente la tienda cuando hiciera sol, cosa muy de tener en cuenta. Esto lo puede experimentar cualquiera yendo con ropa negra al sol y cambiándola después por blanca. Y por último, la tienda oscura sería más fácil de ver sobre la superficie blanca que una clara. Discutidas todas estas cuestiones, y admitida la superioridad de las tiendas oscuras, insistimos aún más, toda vez que todas las tiendas que

teníamos eran de color elaro, por no decir blanco, y no se veía la posibilidad de convertirlas en oscuras. Es verdad que teníamos unas cuantas varas de gabardina oscura como la empleada en los vestidos contra el viento, pero ya se había destinado toda para otras cosas, así que esto no nos sacaba de apuro. Pero, dijo uno, y por cierto con tono más vivo: «¿No tenemos tinta y polvos para hacerla con que teñir nuestras tiendas de color oscuro?» ¡Vaya si la teníamos! Reímonos con indulgencia; la cosa era tan llana, que era casi una simpleza mencionarla; pero, á pesar de todo, perdonamos la simplicidad de nuestro camarada y establecimos obrador de tintorería. Wisting aceptó el empleo de tintorero como añadidura a sus demás ocupaciones, y lo hizo tan bien, que en poco tiempo tuvimos dos tiendas teñidas de azul que antes habían sido blancas.

Tenían muy buen aspecto, sin duda, recién teñidas, pero había que saber si lo tendrían también dos meses después de ser empleadas. La opinión general era que volverían a su color primitivo o más bien a su carencia de color. Había que inventar otros remedios. Estando cierto día tomando café, después de acabada la comida del medio día, sugirió uno, de repente, esta idea: «¿Qué tal si tomáramos las cortinas de nuestros camarotes y forráramos con ellas las tiendas?» La risa que esta vez se apoderó de la compañía, según dejábamos las tazas en la mesa, era casi de lástima. Nadie dijo nada, pero era como si hubieran dicho con su silencio: «¡Vaya con lo que viene ahora éste, como si no se nos hubiera ocurrido hace tiempo!» La proposición fué, sin más, aceptada, y Wisting tuvo que cargar con otra tarea prolija más. Las cortinas de nuestras tarimas eran de color rojo oscuro y muy ligeras; se cosieron unas a otras, y por fin, se adaptaron al exterior de una tienda, pues no hubo para más;

pero recordamos aquello de que «a falta de pan, buenas son tortas», y hubimos de satisfacernos con ella. La tienda roja, una vez plantada, fué del agrado de todos; podía verse a algunas millas de distancia sobre la nieve. Otra ventaja importante era que protegería y conservaría la tienda principal. Por dentro, la combinación del rojo y del azul era a propósito para producir una sombra agradable. Otra cuestión que se ofrecía era cómo se protegería de un centenar de perros sueltos no más juiciosos que otros de su clase. Si la tienda se tornaba tiesa y quebradiza, podía ser saqueada por ellos en un santiamén. Y las preguntas que promovían nuestras tiendas eran innumerables: esperámos a que estuvieran listas del todo, lo menos ciento veinte días. Conseguí de Wisting que hiciera dos defensas o guarda-tiendas. Estas guardas consistían en una pieza de gabardina lo suficientemente larga para poderla extender alrededor de la tienda y sirviera de cercado que impidiera a los perros ponerse en contacto con las tiendas; estas guardas tenían presillas que permitían extenderlas sobre palos de patinaje. Cuando estuvieron acabados, nos parecieron muy bien, pero no llegaron a utilizarse nunca, porque tan pronto como nos pusimos en viaje, encontramos un material que era mucho más adecuado y que nunca llegaría a faltarnos: la nieve... ¡qué tontos! Por supuesto, que todos lo habíamos pensado, pero ninguno lo había querido decir. Este era nuestro lenguaje que, como se ve, contra nosotros mismos iba. Las guardas se destinaron a material de reserva, que podía utilizarse para otros muchos usos.

Tenía Wisting, además, que hacer ropa contra el viento para cada uno de nosotros. La que habíamos llevado resultaba demasiado pequeña, pero lo que él hacía nunca se quedaba corto. Los calzones míos tenían amplitud para dos más como yo; pero así es como tenían que ser. En

estas regiones se ve pronto que las cosas amplias son calientes y cómodas, al paso que lo que es muy ajustado (si se exceptúan las botas) viene a ser incómodo. Se suda en seguida, con lo que se estropean los vestidos. Además de los calzones y la blusa, hizo calcetines del mismo material contra el viento. Experimenté que estos calcetines, que se llevaban con otros, tenían un efecto aislador. Las opiniones se dividían por extremo en este particular; pero debo confesar, lo mismo que mis cuatro compañeros de viaje al Sur, que nunca he hecho una excursión de importancia sin ellos. Si se mojaban, era fácil tenerlos secos, fuera el tiempo que quisiera. No conozco material ninguno que se seque tan pronto como esta tela contra el viento. Además, protegían los otros calcetines contra desgarramientos, y los hacían durar mucho más de lo que de otra manera hubieran durado.

Como prueba de lo mucho que nos agradaban a los que tomamos parte en el viaje largo en trineo estos calcetines, debo contar que cuando llegamos al depósito del 80° S., en la excursión a casa, nótese bien, es decir, cuando ya estaba ultimado el viaje, encontramos algunos sacos con varias prendas de vestir. En uno de éstos había dos pares de calcetines a prueba de viento, y, sin duda, el saco debía pertenecer a uno de los adversarios de este artículo, y puede cualquiera figurarse que no faltó con ello diversión. Todos los necesitábamos, todos, sin faltar uno. Los dos afortunados cogieron su par, y lo escondieron como si fuera el más valioso tesoro. No puedo adivinar lo que querían hacer con ellos, pues íbamos adonde tantos había, pero este ejemplo prueba lo bien que habíamos aprendido a apreciarlos.

Los recomiendo fervientemente a los hombres que hayan de emprender expediciones semejantes. Pero debo añadir que tendrán que tomarse la molestia de quitarse

todas las noches el calzado; si no lo hacen así, claro que la escarcha se deshace en estas horas, y por la mañana aparece empapado todo. En este caso, no le echéis la culpa a los calcetines, sino a vosotros mismos.

Luego vino la vez de la ropa interior; no había nada en la sección de corte y confección que no estuviese bajo la jurisdicción de Wisting. Entre nuestros artículos de medicina teníamos dos largos paquetes de preciosa franela ligera, y con ella hicimos ropa interior para nosotros. La que habíamos traído de nuestro país estaba hecha de un género de lana muy espeso, que temíamos resultara demasiado caliente. En cuanto a mí toda la que llevé en mi viaje, era obra de Wisting, que es la que más me satisfizo. Y a todo esto hay que añadir que tenía que forrar los sacos-camas, y coserlos y ajustarlos. Hay personas que parece que sirven para todo, y tener hechas las cosas sin que el tiempo les apure.

Hanssen lo tenía bien ocupado, hábil e industrial como era. Tenía pericia en todo lo relativo a los trineos, y sabía con exactitud cuanto había que hacer. Donde él ponía la mano se podía tener confianza; no dejaba nada al azar. Además de ajustar los trineos, tenía otras muchas cosas que hacer. Una, preparar todos los látigos que se necesitaban, dos para conductor, o sean catorce entre todos. Stubberud se encargaba de procurar los mangos. Después de consultada la «Unión de Carpinteros», escogí los mangos hechos de tres tiras delgadas de hickoria (1), pues pensaba que si se trababan fuertemente y se las revestía de cuero, harían un mango tan fuerte como podía apetecerse. Me parecía que un mango compuesto de tres piezas de madera se doblaría y cedería antes que romperse. Sabíamos por experiencia que un mango sólido de látigo no

---

(1) Madera del *Carya Alba*.—(N. del T.)

dura mucho. Se dispuso, pues, que hiciera los mangos Stubberud y se entregaran a Hanssen.

Las cuerdas de los látigos fueron hechas por Hassel, en el curso del invierno, según el modelo esquimal. Eran cilíndricas y pesadas, como tenían que ser, y peligrosas de abordar cuando las manejaba una mano experta. Hanssen recibió aquellas partes diferentes para unir las y hacer el látigo con ellas. Como siempre, lo hizo con exquisito cuidado. Se pusieron tres fuertes cuerdas en cada mango, y se las cubrió de piel nuevamente. Hanssen no tenía preferencia por el mango de triple hickory, pero se encargó de arreglarlos también, sin oponer dificultad. Cierta que notamos por entonces que, contra su costumbre, invertía horas, después de cenar, en estar con Wisting. Algo me extrañó, pues sabía que Hanssen era muy aficionado a jugar al wisth después de cenar, y no perdía ocasión de hacerlo cuando estaba de más. Sucedió que una noche explicaba mi sorpresa sobre el particular, y Stubberud me contestó al punto: «Pero si es que está haciendo mangos.» «¿Mangos de qué?» «De látigos.» Y Stubberud añadió: «Los que yo hago de madera sí que puedo garantizarlos. No puede haberlos más fuertes ni más recios.» Era fácil de ver que estaba preocupado. En esto quiso el diablo que entrara Hanssen con un hermoso y enorme látigo en la mano. Yo, como es natural, di a conocer mi extrañeza: «¡Cómo! ¿más látigos?» «Sí—me contestó;—no tengo fe en los que se están haciendo ahora. Este que traigo aquí me merece toda confianza.» Debo confesar que me pareció bien. Todo el mango estaba cubierto, de modo que no se veía de qué estaba hecho interiormente. «¿Pero estáis seguro que será tan fuerte como los otros?»—me aventuré a objetar yo.—«Ah, enc uanto a eso—respondió,—yo estoy pronto á probarlo con cualquiera de los otros.» No dijo más, ni era necesario; ya se

sabía lo que quería decir de los otros látigos. No tuve tiempo de observar el efecto de esta terrible expresión, pues una voz bien conocida dijo: «Bien, ahora lo vamos a ver.» Miré en torno mío, y vi a Stubberud apoyado sobre la mesa, con todas las señales de haberse ofendido con las palabras de Hanssen, que tomó como agravio personal. «Si os atrevéis a arriesgar vuestro látigo, vamos.» Tomó uno de los látigos de triple mango del cajón de su camarote, y lo cogió en actitud de desafío. Buen principio; todos miramos a Hanssen, que había avanzado en demasía para volverse ahora atrás; no había más remedio que combatir. Tomó su arma en la mano, y entró en la «arena». Ajustáronse las condiciones, que fueron aceptadas por ambas partes, o sea combatir hasta que uno de los mangos quedara roto. Luego empezó el duelo de látigos. Los adversarios estaban muy graves. Una, dos, tres, y cayó el primer golpe, mango contra mango. Los combatientes habían cerrado los ojos, y aguardaban el efecto; cuando los abrieron, no pudieron reprimir su sorpresa: los mangos estaban intactos. Entonces cada uno se entusiasmó con su mango, y menudearon los golpes. Stubberud, que había estado apoyado de espaldas a la mesa, se excitó en seguida con el efecto inesperado; tanto, que cada vez que levantaba el arma daba al borde de la mesa, sin que él lo sospechara, un golpe resonante. No sé cuántas veces repitieron el asalto, hasta que se oyó un crujido y a continuación estas palabras: «Ya podéis ver, compañero.» Al dejar Stubberud el palenque, miré a Hanssen. Seguía en el campo de batalla, contemplando su látigo, como un lirio tronchado. Los espectadores no habían estado en silencio, sino que siguieron el combate con excitación, en medio de risas y vocerío: «¡Así, así, Stubberud; no rendirse!» «¡Bravo, Hanssen; buen golpe es ese!»

Los látigos, en lo sucesivo, resultaron muy buenos; no

que duraran todo el viaje, pero sirvieron todos mucho tiempo. Los mangos de látigos son artículo que con facilidad se acaba; si no se usara más que la cuerda, serían eternos; pero, por lo general, nadie se conforma con usarla sólo. Cuando se emplea «la confirmación», como decíamos nosotros, es cuando se rompe el mango. Se emplea la confirmación cuando algún pecador se porta mal y se rebela. Consiste en aprovechar la primera ocasión en que el trineo se detenga, en ponerse entre los perros, sacar al rebelde y repararle los lomos con el mango. Con estas confirmaciones, si se repiten á menudo, se gasta pronto una partida de mangos.

Se convino también en que Hanssen arreglase gafas a la manera esquimal, y él se puso a ello; mas luego resultó que cada uno había ideado un modelo que era mucho mejor. Hanssen se dió por vencido, y cada uno hizo sus propias gafas.

La obra principal de Stubberud fué reducir las cajas de los trineos, y lo consiguió, pero no sin mucho trabajo. Fué más de lo que cualquiera hubiera creído. La madera tenía muchos nudos, y había que trabajarla las más veces contra el grano; el cepillarla era bastante difícil y lento. Mucha fué la que cepilló, pero podía «garantizarla», como él decía. Los costados quedaron rebajados a muy pocos milímetros de espesor, por lo que hubo que reforzarlos con aluminio.

Además de rehacer los trineos, Bjaaland tenía que arreglar los skis. Para ajustar las botas enormes que teníamos que llevar, los ajustes Hiutfeldt tenían que haber sido más anchos de lo que son ordinariamente, de modo que Bjaaland tuvo que cambiar todos los nuestros. Con los correaes de los skis pasaba lo mismo que con las gafas; cada uno tenía su modelo. Yo encontré los que Bjaaland ajustó a sus botas tan eficaces, que no dudé en en-

cargar otros semejantes para las mías; y se ha de decir en honor suyo y en honor del que los hizo, que eran superiores y que me sirvieron durante todo el viaje. Venían a ser, después de todo, una modificación del sistema primitivo, pero con ayuda de corchetes y ojales podían quitarse y ponerse en un instante; y esto es lo que principalmente requerían nuestros patines: que se ajustaran al pie tan firmemente como a tornillo y se pudieran quitar en seguida, porque los teníamos que sacar muchas veces durante el viaje; si se les dejaba puestos una sola noche, estaban inservibles por la mañana. Los perros los consideraban como una golosina. La correa delantera había que desatarla también; en una palabra, el patín tenía que quedar completamente libre.

Johansen, además de embalar, tenía que hacer pesos y clavos para las tiendas. Los primeros estaban contruidos de manera sencillísima, adoptándose el sistema de romana. Si no se usaron nunca, no fué porque los pesos no valiesen, que eran bastante buenos; la razón era que teníamos las provisiones tan bien ordenadas que se podían tomar sin necesidad de pesarlas. También nosotros nos pesamos todos el día 6 de Agosto, resultando el más pesado Lindström, que llegaba a 13 st. 8 lbs. En aquella ocasión se le consagró oficialmente el nombre de «el Gordo». Los clavos de tienda que Johansen hizo eran lo contrario de lo que suelen ser; en otros términos, eran aplastados, en vez de ser largos. Pronto notamos la ventaja. Además de ser más ligeros, eran más fuertes con mucho. No sé que se rompiera ninguno en viaje, tal vez perdimos uno o dos. La mayor parte volvieron a casa intactos.

Hassel trabajaba con las cuerdas de látigos en el mismo almacén de petróleo a su cargo. Era un sitio muy incómodo por lo frío, pero esto no impidió que tuviera las

cuerdas listas en su debido tiempo, cuando las había prometido.

Prestrud hacía listas y copiaba tablas. Seis de nosotros teníamos que llevar esas copias. En cada trineo había un surtido vario y un libro de observaciones que llevaba el mismo número que el trineo, y además las tablas necesarias para nuestras observaciones astronómicas. En estos libros cada individuo llevaba cuenta exacta hasta de la última migaja de víveres que tomara; de esta manera podíamos comprobar siempre el contenido de las cajas y saber qué cantidad teníamos. Se registraban también en el libro las observaciones mencionadas y la distancia recorrida en cada día asimismo.

Con esto queda reseñado en rápido bosquejo lo que hicimos durante el invierno «en las horas de trabajo». Además teníamos, por supuesto, otras cien cosas que hacer cada uno para nuestro avío personal. Durante el invierno se entregó a cada individuo su equipo para que pudiera hacer en él con el tiempo necesario las reformas que considerara precisas. A cada uno se le dió un traje de piel de reno pesado y otro ligero, así como también calcetines de lo mismo, y guantes y calcetas de piel de perro y de piel de foca. Además, un juego completo de ropa interior y vestidos contra el viento. A todos se les sirvió por igual; a nadie se le concedió preferencia ninguna. Lo primero que había que ajustar eran los vestidos de pieles, lo que representaba mucha tarea, pues ninguno estaba hecho a la medida. Uno advirtió que el capuchón de su anorak le caía muy junto a los ojos; otro que le quedaba muy distante; por lo que ambos tuvieron que ponerse a trabajar en reformarlos, cortando o añadiendo algo. Otro vió que sus calzones eran demasiado largos, cortos otro y todos tenían algo que reformar. Con todo, se las arreglaron bien: la aguja nunca estaba ociosa, o para coser alguna

pieza o para ribetear o repulgar. Aunque empezamos pronto esta tarea temíamos que no la íbamos a ver nunca concluída. El encargado de la limpieza de la sala tenía que barrer enormes montones de retazos y pelos de reno todas las mañanas, pero al punto quedaba como antes. Si hubiéramos continuado allí, estoy seguro que no se habría aún acabado la tarea de reformar nuestros equipos.

Se descubrieron multitud de modelos. Por supuesto, la eterna máscara para el rostro se reformó también, y tomó la forma de un antifaz. Yo también me dejé seducir por la manía de los experimentos con todo motivo, según yo creía, pero con resultados mezquinos sobre manera. Se me había ocurrido algo que, es claro, me parecía mejor que cuanto hasta el presente se había ensayado. El día que probé mi invento a poco se me hiela, no sólo la nariz, sino la frente también. Hubo que dejarlo. Hassel era un coloso en materia de inventos; los protectores de narices los llevaba de continuo. Inventos eran estos buenos para pasar el tiempo; cuando se necesitaba ponerlos en práctica en algo importante de veras, había que desecharlos por inútiles.

Mucho interés nos merecía también el asunto de los sacos-camas. Johansen trabajaba en el doble, que con tanto fervor preconizaba... ¡Dios sabe las pieles que en él metió! Ni lo intenté saber siquiera. Bjaaland también se entusiasmó con la reforma del suyo. Encontró que la abertura en un extremo era inconveniente, y prefirió ponerla en el medio; el arreglo que hizo de una solapa con botones y ojales daba lugar a confundirle con un coronel de dragones cuando estaba acostado. A él le encantaba de modo extraordinario. Y otro tanto le ocurría con sus gafas para la nieve, a pesar de que no veía con ellas, y le exponía a contraer la ceguera de nieve. Los demás dejamos los sacos-camas como estaban, sin más

que alargarlos o acortarlos si era preciso. Mucho nos gustó el artificio imaginado para cerrarlos a la manera de un saco. Los nuestros tenían además una cubierta de lona delgadísima, que era muy útil, y de la que yo no prescindiría por nada de este mundo. Durante el día quedaba protegido el saco-cama con esta cubierta; no entraba nada de nieve en él. Por la noche era quizá más útil, porque no dejaba que se mojara el saco con el aliento. En vez de condensarse sobre la piel y empaparla, se depositaba en la cubierta, formando durante la noche una película de hielo que desaparecía por el día otra vez, y se deshacía al extenderse en el trineo el saco. Esta cubierta era necesario que fuese más amplia que el saco para poderse la rodear holgadamente al cuello, y evitar de este modo que el aliento penetrara en el saco. Todos teníamos dobles con uno interior y otro exterior. El interior estaba hecho de piel de ternera o piel de hembra de reno, y era ligerísimo, y el exterior de piel de reno macho bien densa, que pesaba unas 13 libras. Ambos estaban abiertos en un extremo como un verdadero saco, y se rodeaban, atándolos al cuello. Siempre he tenido esta disposición por la más fácil, sencilla, cómoda y mejor, y se la recomiendo a todos.

Las novedades, por lo que se refiere a las gafas, fueron muchas. Era esto materia de grandísima importancia y requería mucho estudio, que se le dedicó, ¡y demasiado! El problema principal era hallar buenas gafas sin vidrio. Es verdad que yo no había usado más que un par de anteojos ordinarios con cristales de un amarillo claro, todo el otoño, que me resultaron excelentes, pero temía yo que para el viaje largo no ofrecieran bastante protección. Así que yo también me lancé al concurso de modelos. Todos vinimos a parar a que las mejores gafas eran las de cuero, con un pequeño agujero en el medio para los ojos. La

forma ideada por Bjaaland ganó el premio, y fué la más adoptada. Hassel también inventó las suyas, combinadas con un antifaz; cuando las desplegaba me hacía acordar del águila americana, pero no se las vi emplear. Ninguno usaba estas nuevas gafas, excepto Bjaaland, que las llevaba puestas todo el camino, y que fué el único que padeció la oftalmía polar. Los anteojos que yo llevaba, que con los de Hassen eran los dos únicos pares que entre todos teníamos, protegían lo suficiente; nunca tuve el menor amago de oftalmía. Eran exactamente iguales a los demás anteojos, sin reborde alrededor de los cristales; la luz los penetraba en todos sentidos. El Dr. Schanz, de Dresde, que me envió estos anteojos, puede con razón estar satisfecho de su invención, que supera a todo lo que haya experimentado o visto.

La cuestión que en importancia seguía era la de las botas. Ya he indicado expresamente que hay que llevar botas, se hayan de tener o no puestas, porque son indispensables en el caso en que hubiera que atravesar algún glaciar, contingencia que teníamos que calcular, conforme a las descripciones que de estas tierras habíamos leído. Con esta previsión, cada uno puede obrar como le plazca, y todos empezamos por reformar las nuestras según lo que habíamos ya experimentado antes. La mejora consistió en hacerlas más holgadas. Wisting cogió las mías y las deshizo de nuevo. Sólo deshaciendo una cosa, pieza por pieza, se puede ver la reforma que precisa. Mucho era lo que había que aprender viendo como estaban hechas; obra más fuerte ni más a conciencia, sería imposible encontrar, y no costó poco trabajo desbaratarlas pieza por pieza. Esta vez las mías perdieron un par de suelas más. No recuerdo cuántas había entre todas, pero por fin, logré lo que más me interesaba: espacio suficiente. Además de que esto me permitía llevar toda clase de

calzado del que yo tenía, pude también encontrar hueco para ajustar una suela de madera. Esto me llenó de satisfacción, porque llegaba al fin de mis aspiraciones. Ya podía hacer el frío que quisiera, que las suelas de madera y mis varios pares de calcetines (hasta siete) no los había de pasar. Aquella noche pude respirar a gusto. La lucha había sido larga, pues me había costado casi dos años llegar a este resultado.

Y luego venía el asunto de las guarniciones de los perros que teníamos que tener en orden. La experiencia del último viaje a los depósitos, cuando los perros cayeron en una barranca por defecto de las guarniciones, no podíamos permitir que se repitiera. En consecuencia, consagramos gran cuidado y atención a este objeto, y empleamos los mejores materiales que teníamos. Los resultados recompensaron nuestros afanes; teníamos un juego de guarniciones excelentes y fuertes para cada tiro.

Esta descripción abrirá quizá los ojos de algunas personas y les mostrará que el equipar una expedición, tal como la que nosotros teníamos que emprender, no es asunto de un día. No es el dinero sólo lo que asegura su éxito, aunque los cielos lo saben, es buena cosa tenerlo, pero lo que lo es en alto grado, y aun puedo decir que el principal factor, es la manera como se prepara, la manera de prever toda dificultad y tomar las precauciones para impedirla. La victoria es de quien tiene todo dispuesto como es debido (la gente lo llama suerte). Y la derrota es cierta para quien se descuida de tomar las precauciones necesarias a su tiempo; a esto se llama mala suerte. Pero os ruego no vayáis a creer que esto que digo es un epitafio que deseo se inscriba en mi tumba. No; désele el honor a quien se debe, a mis fieles camaradas que con su paciencia, perseverancia y experiencia condujeron nues-

tros preparativos al límite de perfección, y con eso hicieron posible nuestra victoria.

El 16 de Agosto empezamos a empaquetar nuestros trineos en el Palacio de Cristal, y dos en el Almacén de ropas. Fué gran ventaja poder realizar esta obra bajo techado; en esta ocasión la temperatura estaba danzando un canacán entre los  $-58^{\circ}$  y  $-75^{\circ}$  F., con una brisa fresca de trece a catorce millas por hora de cuando en cuando. Hubiera sido casi imposible empaquetar los trineos al aire libre en condiciones tales, si se había de hacer con cuidado y solidez; y, por de contado, que así había de hacerse. Los amarres de cable de hierro fijos tenían que enlazarse con alargaderas de cuerda delgada, y en esto se tardaba mucho; pero cuando se hacía bien, como sucedió en este caso, las cajas quedaban tan seguras como si estuvieran atornilladas y no se podían mover. Las hojas de cinc que teníamos que tener debajo de los trineos para que no se hundieran en la nieve blanda, se suprimieron, porque no veíamos la necesidad de su empleo; en su lugar pusimos un patín de respeto debajo de cada trineo, y esto nos sirvió mucho en lo sucesivo. El 22 de Agosto estaban preparados todos los trineos y aguardando que se tirase de ellos.

No agradaba a los perros el tiempo frío que habíamos tenido por tan largo tiempo; cuando la temperatura bajó, oscilando entre  $-58^{\circ}$  y  $-75^{\circ}$  F., se podía entender por un movimiento que le sentía muy vivamente. Se ponían derechos y levantaban primero un pie y luego otro, teniéndolos un rato levantados antes de volverlos a poner en el suelo frío. Eran astutos e ingeniosos por extremo. No les entusiasmaba el pescado, y a algunos de ellos costaba dificultad hacerles entrar en las tiendas la noche que comprendían que no tocaba carne. Stubberud especialmente, pasaba mucha fatiga con uno de sus perros jóvenes, que

se llamaba Funcho. Había éste nacido en Madera, durante nuestra estancia allí, por Septiembre de 1910. En las noches que había carne, cada individuo, después de sujetar bien los perros, iba, como se ha dicho, por cima de la cerca, a la tienda de la carne, y tomaba su caja de carne, hecha trozos, que sacaba. Funcho acostumbraba a acechar aquel momento. Cuando veía a Stubberud coger la caja, sabía él que allí estaba la carne, y estaba tranquilamente en la tienda como si tal cosa. Mas si no veía señales de que cogía la caja, el perro no iba ni era posible sujetarle. Esto sucedió unas cuantas veces, pero a Stubberud se le ocurrió entonces una estratagema. Cuando Funcho, como de costumbre, hasta en las noches de pescado, observaba la escena de encadenar a los perros desde lejos, Stubberud iba muy sereno a la cerca, tomaba la caja vacía que estaba allí, se la ponía a los hombros y volvía a la tienda; Funcho se dejaba llevar y estaba lleno de júbilo, complacido, sin duda, con la generosidad de Stubberud que le iba a dar carne dos días seguidos. Pero allí, con gran sorpresa suya, le esperaba muy distinta recepción de la que él se había prometido. Se le agarraba del cuello y se le dejaba atado toda la noche. Después de mirar desdeñosamente a la caja vacía, contemplaba a Stubberud; no se sabe lo que pensaría. La artimaña seguramente no dió ya muchas veces el mismo resultado. Funcho tenía para cenar pescado seco, y había de contentarse con él.

No perdimos muchos perros durante el invierno. Jeppe y Jakob murieron de enfermedad. Knøgtten de un tiro, pues iba quedándose sin pelo la mitad de su cuerpo. Madeiro, nacido en la isla de la Madera, desapareció a principios del otoño; Tom después; ambos, sin duda, se despeñaron. Dos veces tuve ocasión adecuada para ver cómo sucedía esto; en ambas vi desaparecer el perro dentro de la grieta, y podía observarle desde la superficie. Iba y ve-

nía tranquilamente adelante y detrás, arriba y abajo, sin el menor ruido. Estas grietas no eran profundas, pero la verticalidad de sus paredes no permitía auxilio ninguno al perro para salir de ellas. Los dos perros que he mencionado encontraron seguramente la muerte en esta forma, que debía ser muy lenta, cuando se piensa lo duros que son para morir los perros. Muchas veces ocurría que los perros desaparecían, estaban ausentes algunos días y luego volvían; es de creer que habían caído en una grieta y habían conseguido por fin salir de ella. Y lo que es extraño, no debía importarles mucho el frío cuando hacían estas escapatorias. Si les daba el capricho, desaparecían aun cuando señalara el termómetro cincuenta grados bajo cero y soplaste el viento y nevase. Así fué cómo a Jaala, perra perteneciente a Bjaaland, se le metió en la cabeza escaparse con tres galanes. Más tarde los encontramos reposando pacíficamente tras un montículo de hielo, y, al parecer, completamente dichosos. Habían estado fuera unos ocho días sin comer, y con un tiempo que rara vez había subido de — 58° F.

Vino el 28 de Agosto: calma, en parte nublado y — 43, 6° F. Tiempo mejor para sacar los trineos y llevarlos a la estación de partida, no podíamos imaginarlo. Había que sacarlos por la puerta del almacén de ropas, que era la más grande y cómoda para sacarlos; mas primero teníamos que sacar cavando la nieve que habíamos dejado amontonarse allí, pues los ocupantes de este departamento hacía mucho que empleaban sólo el pasadizo interior. La nieve había borrado todo, de manera que no se percibía señal de entrada; mas con un par de palas fuertes, manejadas por dos hombres también fuertes para trabajar con ellas, en poco tiempo quedaría libre la entrada. Subir los trineos era negocio de más tiempo con su peso de 880 libras, y, además, el camino que conducía el exterior era

muy vertical. Hubo que montar una polea, e izarlos lentamente y con cuidado uno por uno, hasta tenerlos fuera. Luego tiramos de ellos hasta un sitio próximo al cajón o jaula de los instrumentos meteorológicos, para tenerlos algo apartados de la casa. Los perros estaban llenos de vida e indómitos, y necesitaban amplitud de campo y libertad. Una caja o un poste, y más aún la caja de los instrumentos, les hubiera llamado intensamente la atención, y si se les presentaba la más leve ocasión, a ellos hubieran dirigido sus carreras infaliblemente, sin que las protestas de los conductores fueran de provecho. Aún no habían sido puestos en libertad aquella mañana, y cada uno de los hombres estaba ahora en la tienda enjaezándolos. En tanto contemplaba yo los trineos ya cargados y dispuestos a empezar el largo viaje, intenté componer una pequeña poesía... «el espíritu incansable del hombre—la misteriosa soledad de los hielos evocadora del temor»; pero no me salía bien; debía ser aún muy temprano. Abandoné, pues, mis esfuerzos, después de llegar a la conclusión de que cada trineo más sugería la idea de un ataúd que de otra cosa cualquiera, pintados como estaban de negro.

Sucedió lo que habíamos temido: los perros estaban a punto de hacer cualquier diablura. Cuantas veces teníamos que seguirles la pista, no podían parar ni un momento; o bien se trataba de un amigo a quien tenía que ir a ver, o de un enemigo con quien anhelaba combatir. Siempre había pretexto para escapar; cuando golpeaban con sus patas traseras levantando un torbellino de nieve, o se miraban con aire provocador unos a otros, causaban no pocas veces a su conductor momentos de zozobra. Si en el mismo instante los veía, podía, interviniendo al punto y con firmeza, impedir la pelea inminente; pero no siempre se puede estar en todo, de lo que resultaban muchas

veces los más feroces combates. ¡Singulares animales! Habían estado en aquel mismo sitio en paz relativa todo el invierno, y ahora que se veían enjaezados, sentían necesidad de pelear, como si de ello dependiesen sus vidas. Por fin ya estábamos prontos y en el sitio de partida. Era la primera vez que llevábamos tiros de a 12 y sentíamos ganas de ver el resultado.

Sucedió mejor de lo que esperábamos; no es que se deba comparar a un tren expreso, pero no nos figurábamos que sería tanto la primera vez. Algunos de los perros habían engordado en demasía durante el invierno, y les costaba trabajo alzarse; para ellos, este primer viaje era de difícil arrancar. Pero la mayor parte de ellos estaban en excelentes condiciones, finos, en buenas carnes, sin pesadez. No tardaron mucho en subir a la loma ahora. La mayor parte tuvieron que detenerse para tomar aliento a media pendiente, pero hubo algunos que no necesitaron parar nada. Arriba todo estaba igual que lo habíamos dejado en Abril. La bandera seguía plantada donde la pusimos, y no parecía muy usada; y lo que es más raro aún, se conocían nuestras huellas antiguas hacia el Sur. Subimos perfectamente los trineos, y desenganchamos los perros para que fuesen donde quisiesen. Teníamos por descontado que se precipitarían alegremente hacia casa, donde la comida abundaba, y por lo que toca a la mayoría de ellos, acertamos. Allá fueron con toda algazara levantando nubes de nieve. No todos se portaron como buenos chicos; que en muchas partes se notaba como una niebla que se mezclaba con el hielo. Eran los torbellinos de nieve que hacían saltar los combatientes. Pero a la vuelta nada hubo que reprender; no se advirtió que se detuvieran lo más mínimo. Al pasarles revista aquella noche, echamos de ver que faltaban diez. ¿Habrían caído todos diez en alguna grieta? No parecía verosímil.

Al día siguiente salieron dos hombres hacia la estación de partida, para buscar los perros extraviados. En el camino atravesaron un par de grietas, pero no se veía ningún perro en ellas. Cuando llegaron adonde estaban los trineos, vieron los diez perros enroscados durmiendo. Estaban echados junto a los suyos, y no se dieron cuenta en absoluto de la llegada de los hombres. Uno o dos de ellos abrieron un ojo, pero esto fué todo. Cuando se les despaviló y se les dió a entender con signos inconfundibles que se deseaba su presencia en casa, manifestaron un asombro ilimitado. Algunos se negaron a creerlo; no hacían más que dar vueltas en el mismo sitio en que se habían echado, y tornaban a acostarse. Temían los azotes. ¿Cabe imaginar cosa más inexplicable? ¿Quedarse allí, a tres millas de su casa, tan bien provista, donde les aguardaba abundante comida, a pasar temperaturas de  $-40^{\circ}$  F. Aunque no habían estado fuera más que veinticuatro horas, ninguno de ellos mostraba ganas de abandonar aquel sitio. Si hubiera sido en el verano, con tiempo más cálido, se comprende; pero tal como era, ya no es tan fácil.

Aquel día, 24 de Agosto, apareció el sol sobre la Barrera nuevamente, después de cuatro meses de ausencia. Parecía como que sonreía con amigable gesto a aquellos montículos que había venido contemplando por tantos años; pero cuando sus primeros rayos alcanzaron la estación de partida, su rostro parecía manifestar sorpresa. «¡Bien va, si no son ellos los primeros, después de todo! ¡Y para venir aquí he tenido que hacer tanto!» Era innegable: le habíamos vencido en la carrera, y llegado a la Barrera un día antes que él.

No se había fijado el día de nuestra partida: teníamos que esperar a que la temperatura se hiciera algo más moderada. En lo que continuara arreciando en las profun-

didades, no podíamos pensar en salir. Todos nuestros enseres estaban dispuestos en la Barrera, y no faltaba más que aparejar a los perros y partir. Cuando digo que todo estaba preparado, no quiero significar todo aquello que se refería a cada uno de nosotros en su equipo personal; la obra de corte y costura proseguía más animada que nunca. Lo que antes se le había antojado a uno cosa de importancia secundaria, que podía haberse hecho a su tiempo, pero también omitido, ahora se presentaba de pronto como lo más urgente de nuestros preparativos; y vuelta a coger el cuchillo, y cortar y cercenar, hasta que se amontonaban las recortaduras y los pelos en el pavimento; volvía a salir la aguja, y se añadían nuevas costuras a las que ya existían.

Trancurrieron días, y la temperatura no daba señales de que la primavera se acercaba; de cuando en cuando daba saltos de treinta grados, próximamente, pero para descender inmediatamente a — 58° F. No es nada agradable en absoluto andar aguardando con estas zozobras. Siempre sustenté la idea de que soy el único que se queda atrás, mientras los demás están en camino, y presiento que no era el único que pensaba de este modo.

«Daría cualquier cosa por saber hasta dónde ha llegado hoy Scott.» «¡Ah, no habrá ido muy lejos, válgame Dios! Hace demasiado frío para sus caballos.»

«Bien; pero, ¿cómo sabéis que hace allí el frío que aquí? Yo sospecho que hace allí más abrigado, pues están entre montañas; y podéis jurar que no están inactivos. Esos muchachos han demostrado bien de cuánto son capaces.»

Conversaciones como éstas se oían entre nosotros a diario. La incertidumbre acongojaba a muchos de los nuestros, no a todos, y no era yo el menos preocupado. Estaba determinado a partir cuanto antes, siempre que

fuera posible en algún modo, y la objeción que podía hacerse de que podría perderse mucho saliendo demasiado pronto, parecía tener poca fuerza para mí. Si veíamos que hacía excesivo frío, con volver estaba arreglado; así es que no veía ningún peligro en esto.

Llegó Septiembre, con  $-43.6^{\circ}$  F., temperatura que puede resistir cualquiera; pero esperábamos que mejorase aún y ver la que había de seguir, que pudiera ser muy bien una de las burlas con que ya antaño se había modificado el tiempo de nosotros. Al día siguiente,  $-63.4^{\circ}$  F., calma y día claro. El 6 de Septiembre,  $-20.2^{\circ}$  F. Por fin sobrevinía el cambio, y pensamos que se mantenía; el día después,  $-7.6^{\circ}$  F. La pequeña desviación del viento que procedía del Este dió lugar a una apacible brisa primaveral. Ya teníamos, por lo menos, tiempo bonancible para empezar el viaje. Todos estábamos dispuestos. No había más que salir al día siguiente.

Vino el 8 de Septiembre. Salimos, como de costumbre; nos desayunamos, y luego nos pusimos en disposición de partir. No era mucho lo que teníamos que hacer. Los trineos vacíos que teníamos que emplear para ascender a la estación de partida estaban asimismo preparados. No había más que poner algunas cosas en ellos. Pero resultaba que con el solo hecho de tener que poner esas cosas, se invertía mucho tiempo. Había que enganchar doce perros, y nos figurábamos que había de costar una lucha lograr que tirasen. Ayudámonos unos a otros, de dos en dos, para llevar los perros a los trineos y aparejarlos. Los que eran cuidadosos de veras sujetaron sus trineos a un poste fuertemente clavado en la nieve; otros se contentaron con darles la vuelta, y otros fueron aún menos reflexivos. Habíamos de tener todo preparado antes que saliera el primer expedicionario, pues de otra suerte hubiera sido imposible a los que quedaban detrás contener a sus

perros, y el efecto hubiera sido una arrancada falsa.

Nuestros perros estaban en un grado de peligrosa excitación y desorden aquella mañana; pero, por fin, ya estaba todo en orden, con excepción de una o dos cosillas. Luego, de súbito, oí un aullido salvaje, y, observando alrededor, vi una trailla que se arrancaba sin conductor. El que estaba próximo se precipitó en su auxilio, de lo que aconteció que los suyos se pusieron en seguimiento de los primeros. Los dos trineos iban adelante, y los conductores detrás a todo galope; pero las condiciones eran muy desiguales: en pocos momentos quedaron vencidos los conductores. Los dos tiros desbocados iban en dirección Suroeste, y corrían como el viento. Los hombres tenían una incumbencia difícilísima: habían tenido que detenerse en seguida, y estaban ahora buscando las huellas de los trineos. Los perros desaparecieron tras los montículos, adonde llegaron mucho más tarde las personas.

Entretanto, los demás aguardábamos. La cuestión era saber qué harían los dos cuando por fin volvieran a subir con sus trineos. ¿Los llevarían otra vez a casa, o los guiarían a la estación de partida? El aguardar no resultaba divertido en aquellas circunstancias, y así decidimos ir nosotros a la dicha estación, y, si era necesario, esperar allí. Dicho y hecho; partimos. Ahora veríamos el dominio que los compañeros tenían sobre los perros, porque, según todas las probabilidades que de conocer los hábitos caninos derivaban, estas traillas no procurarían seguir el mismo rumbo que los descarriados habían emprendido. Este temor no carecía de fundamento, como luego se vió: tres pudieron hacer volver a sus canes y encaminarlos en dirección justa, pero los otros dos siguieron un rumbo distinto. Después de todo, procuraban hacer lo que creían que estaban haciendo los demás en aquel camino. Yo me sonreí, pero no dije nada. Había sucedido más de una vez

que mis perros habían iniciado el ataque; indudablemente, aquella vez me había equivocado; pero, después de todo...

No pudimos reunirnos con nuestros trineos hasta el medio día. Los conductores de los descarriados habían tenido que fatigarse sobremanera para alcanzarlos, y venían sudando a consecuencia de sus esfuerzos. Yo tuve el pensamiento de volver, pues nos habían seguido tres cachorros; si continuaban, había que matarlos a tiros; pero tener que volver después de tanto trabajo, para que sucediera lo mismo al día siguiente, no era perspectiva agradable. Y lo que es más, ver a Lindström a la puerta riéndose a carcajadas..., de ninguna manera; lo mejor era continuar. Creo que todos pensaban lo mismo. Los perros estaban ya enganchados a los trineos cargados, y los vacíos se iban poniendo unos encima de otros. A la una y media habíamos arrancado. Pronto perdimos de vista las huellas de antes, pero inmediatamente divisamos la fila de banderolas que se habían plantado a cada dos kilómetros en el último viaje a los depósitos. La marcha fué espléndida, caminando a paso vivo hacia el Sur; el primer día no avanzamos mucho (once millas y tres cuartos), y emplazamos el campamento a las tres y media de la tarde. La primera noche que se pasa fuera de casa no suele ser gustosa, pero aquella fué imponente. Era tal el rumor que se producía entre los noventa perros, que no pudimos cerrar los ojos. Fué gran alivio que dieran las cuatro de la mañana, hora a que empezamos a levantarnos. Tuvi- mos que matar los tres cachorros, que sirvieron para el almuerzo de aquel día. La marcha fué la misma; no podía ser mejor. Las banderolas que seguíamos permanecían como las habíamos dejado; no presentaban señales de que hubiera habido grandes nevadas en el intervalo. Aquel día recorrimos quince millas y media. Los perros

aún no estaban fogueados, pero iban ganando algo cada hora.

El décimo día parece que alcanzaron su vigor máximo; ninguno de nosotros podía contener su trailla. Todos tenían afán por ir delante, resultando que un tiro atropellaba al otro, con la confusión subsiguiente. Era una tarea fatigosa; los perros corrían sin rumbo, con lo que se perdía el tiempo en desenredarlos; aquel día estaban en perfecto estado salvaje. Cuando Lassen, por ejemplo, vió a su enemigo Hans que estaba en otro tiro, inmediatamente excitó a su amigo Fix a que le ayudara. Los dos agujaron cuanto podían, resultando que los demás de la misma trailla se contagiaron de aquella celeridad y los igualaban en ímpetu. De poco valía que el conductor los quisiera detener; seguían con el mismo furor hasta que todos alcanzaron la trailla de que formaba parte el que inspiraba los ardores de Fix y Lassen. Entonces los dos tiros se precipitaron el uno contra el otro, teniendo que desenmarañar nosotros las patas de noventa y seis perros. Lo único que podía hacerse, era que los que no podían contener a sus perros desengancharan algunos de los trineos y los ataran a ellos. De esta manera pudimos trabajar a satisfacción, por fin. Anduvimos diez y ocho millas y media aquel día.

El lunes, día 11, nos despertamos con temperatura de — 67-9° F. El tiempo estaba espléndido, tranquilo y claro. Notamos que los perros no se sentían muy a gusto, pues se habían estado relativamente tranquilos por la noche. El frío influyó en seguida en la marcha, que se hizo más lenta y de menos rendimiento. Pasamos por encima de algunas grietas, acercándose el trineo de Hanssen a una, pero lo contuvo y salió sin consecuencias graves. El frío no producía molestia al andar; por el contrario, a veces sentíamos demasiado calor. Nuestro aliento forma-

ba como una nube, y era tan espeso el vapor, que no nos permitía distinguir un tiro de otro, aunque guiábamos los trineos muy cerca unos de otros.

El día 12 bajó a — 61-6° F., con brisa que nos azotaba ásperamente. Se veía bien a las claras que el frío afligía excesivamente a los perros; por la mañana, sobre todo, ofrecían un espectáculo lastimoso. Se enroscaban, apretándose cuanto podían, juntando la nariz con la cola, y de cuando en cuando se notaban estremecimientos en todo su cuerpo; algunos estaban firitando constantemente; teníamos que levantarlos para ponerles las guarniciones. Hay que convenir en que con tal temperatura saldría caro proseguir, y que el peligro era grandísimo. Decidimos, por consiguiente, guiar hacia el depósito del paralelo 80° S. y descargar allí nuestros trineos. Aquel día hicimos el desagradable descubrimiento de que el líquido de nuestras brújulas se había helado, inutilizándolas. La atmósfera se había anublado mucho, y sólo de manera imprecisa podíamos determinar la posición del sol. Avanzar en estas circunstancias era muy expuesto; tal vez íbamos bien, pero también era probable, y más que probable, que nos hubiésemos extraviado. Lo mejor que podíamos, pues, hacer, era plantar nuestras tiendas y aguardar a que mejorara la situación. No teníamos por qué bendecir al fabricante de instrumentos que nos había servido las brújulas.

Detuvimos a las diez de la mañana. Para poder procurarnos mejor abrigo en tan largo día como el que nos esperaba, decidimos construir dos chozas de nieve. No era buena la que había para este objeto; pero cogiendo masas de ella de una y otra parte, logramos levantar las chozas. Hanssen construyó una y Wisting la otra. En temperatura semejante, es muy preferible una casa de nieve a una tienda, y a nosotros nos pareció del todo abrigada

cuando entramos en ella e hicimos funcionar nuestro hornillo Primus. Aquella noche sentimos un ruido extraño en torno nuestro. Yo miré debajo de mi saco para ver si nos hundíamos, pero no se veía señal de trastorno ninguno. En la otra choza no se había oído nada. Luego descubrimos que el ruido aquel se debía a la nieve que iba asentándose. Quiero decir con esto el movimiento a que daba lugar el entreabrirse una gran superficie de nieve y posarse. Este movimiento da la sensación de que es el suelo mismo el que se hunde, bajo nuestros pies, y por cierto nada gustosa, va seguida de un sordo rumor que, con frecuencia, hace saltar a los perros, y, por supuesto, a los conductores también. Una vez oímos aquel ruido en la meseta tan fuerte, que parecía el estampido de un cañón; pero pronto nos acostumbramos a él.

Al siguiente día la temperatura fué de  $-62.5^{\circ}$  F., calma y atmósfera despejada. Recorrimos diez y ocho millas y media, y mantuvimos nuestra marcha todo lo bien que podía ser con la ayuda del sol. Cuando acampamos teníamos  $-69.3^{\circ}$  F. Aquella vez hice yo una cosa a la que siempre me había mostrado opuesto: había traído licor conmigo, bajo la forma de una botella de *Aquavit* noruego, y otra de ginebra. Pensé que había llegado la ocasión de sacar la ginebra. Estaba el licor endurecido como pederual. Mientras lo estábamos deshelando ardió la botella, y tuvimos que echarlo en la nieve, lo que motivó que los perros comenzaran a estornudar. La otra botella de «*Aquavit* núm. 1» estaba como un hueso, pero la experiencia nos había hecho juiciosos, y conseguimos deshelarla con cuidado. Aguardamos a estar en nuestros sacos-camas para gustarlo. Sentí una decepción: no era cosa tan buena como yo había pensado, pero estoy contento de haberlo probado, porque de esta suerte no lo volveré a hacer más. El efecto fué nulo: no sentí nada, ni en la cabeza ni en los pies.

El día 14 siguió frío, manteniéndose a — 68-8.° F. Por fortuna, había tanta claridad, que podíamos ver por dónde caminábamos. No habíamos andado mucho, cuando un vivo destello apareció en la lisa superficie. Sacamos los anteojos. ¡El depósito! Allí estaba, siguiendo directamente. Hanssen, que había conducido todo el camino el primero, sin necesidad de guía y sin valerse de brújula, podía jactarse de su obra. Convinimos en que se había portado muy bien, y estas fueron las frases de agradecimiento que de nosotros obtuvo. Llegamos a las diez y media de la mañana, y descargamos los trineos en seguida. Wisting asumió la nada grata faena de proporcionarnos una taza de leche caliente, con la temperatura indicada. Puso el Primus debajo de una de las cajas de provisiones, y le cebó: cosa chocante, la parafina continuaba líquida en el recipiente, pero esto sucedía sin duda, porque había estado bien protegida en la caja. Una taza de leche malteada de Horlick tenía mejor gusto aquel día que cuando la había probado últimamente en un restaurant de Chicago.

Después de saborearla, nos montamos en los trineos semivacíos, y emprendimos nuestro viaje a casa. La marcha era difícil; pero aligerados de peso, tiraban ahora los perros con mucha ventaja. Yo me senté con Wisting, pues juzgaba que su trailla era la más fuerte. El frío seguía inalterable, y me pasmo de considerar cómo era posible que continuáramos sentados en los trineos sin helarnos; pero marchábamos, por el contrario, muy bien. Vi a uno o dos fuera de los trineos todo el día, y los más saltábamos de cuando en cuando de ellos, y corríamos a su lado para entrar en calor. Yo mismo me calcé los patines, y me dejé arrastrar agarrado al vehículo. Este deporte, así llamado, nunca me había seducido, pero en aquellas circunstancias era permitido; así me calentaba los pies, que era lo que yo me proponía. Otra vez tuve

que recurrir a este deporte, pero fué por otros motivos.

El día 15, según estábamos sentados en la tienda cocinando y charlando, Hanssen dijo de pronto: «¡Cómo! Creo que he perdido el tobillo.» Se quitó los calcetines, y apareció un talón enorme, mortecino, como un trozo de sebo. No le pareció buena la cosa, y empezó a frotarse «hasta que pudiera sentir algo otra vez». Luego volvió a meterse los pies en los calcetines y se metió en su saco. Luego le tocó a Stubberud: «Me valga Dios si no me ocurre lo mismo con los míos.» El mismo procedimiento y los mismos efectos. Era, en verdad, gracioso... dos talones que no se sabía si lo eran, y a cuarenta y seis millas de Framheim. Por fortuna, al salir al día siguiente era el tiempo más benigno — 40° F. «Casi verano.» Era para reirse; la diferencia entre — 40° y — 60° es, a mi juicio, muy perceptible: podrá quizá parecer que cuando se trata de tantos grados bajo cero, unos pocos no importan gran cosa; pero ya lo creo que importan.

Aquel día, guiando, tuvimos que desenganchar algunos perros que no podían tenerse derechos; pensábamos que podrían seguir nuestras huellas. Adam y Lázaro no volvieron a verse. Sara cayó muerta en el camino, sin previo síntoma. También perdimos a Camila.

En el viaje de regreso guardábamos el mismo orden que en los días anteriores. Hanssen y Wisting, por lo general, iban largo trecho delante, a no ser que se detuvieran para aguardarnos. Caminábamos a paso de carga. Habíamos pensado hacer alto a la banderola de la milla décimosexta, como la llamábamos, que era la señal puesta a treinta kilómetros de Framheim, y aguardar a que los otros subieran; pero como el tiempo era inmejorable, tranquilo y claro, y se veían perfectamente nuestras huellas en la nieve, decidí seguir adelante. Cuanto más pronto pudiéramos estar en casa para curar a los de los talo-

nes enfermos, mejor sería. Los dos primeros trineos llegaron a las cuatro de la tarde; el que seguía, a las seis, y los dos inmediatos, a las seis y media. Los últimos no llegaron hasta las doce y media de la noche. ¡Quién sabe lo que habrían tenido que hacer por el camino!

Con las bajas temperaturas que experimentamos en esta excursión, notamos una curiosa formación de nieve que antes no habíamos visto: eran unos pilares de nieve delgados, sumamente delgados y formados por pequeños cuerpos cilíndricos, de un diámetro aproximado de una pulgada y cuarto y de una altura parecida; los había de varios tamaños. Generalmente iban rodando por el suelo como una rueda, y de cuando en cuando se juntaban en grandes montones, de los que nuevamente se disgregaban uno a uno o varios juntos, y volvían a rodar. Si se tomaba uno de esos cuerpos en la mano, no se notaba en ella ni el más levisimo aumento de peso; si se cogía uno de los más grandes y se aplastaba, no quedaba, por decirlo así, nada de él. A la temperatura de  $-40^{\circ}$  no los veíamos.

Así que llegamos a casa, atendimos a curar los talones. Prestrud tenía helados ambos, uno ligeramente y el otro más grave; aunque, por lo que pude apreciar, no tanto como los de los otros dos. Lo primero que hicimos fué sajar las ampollas que se habían formado y hacer salir el líquido que contenían; luego pusimos compresas de ácido bórico, noche y día. Observamos este tratamiento durante largo tiempo, hasta que pudimos separar la piel vieja, apareciendo la sana y nueva, con lo que el talón quedaba bien.

Los incidentes que habían tenido lugar me hicieron considerar necesario dividir la expedición en dos grupos. Uno habría de emprender la marcha al Sur; el otro procuraría llegar a la Tierra del Rey Eduardo VII, y ver lo

que había de hacerse, además de explorar la región que rodea la Bahía de las Ballenas. Esta compañía fué formada por Prestrud, Stubberud y Johansen, bajo la dirección del primero.

Muchas eran las ventajas de este nuevo arreglo. En primer lugar, un grupo pequeño podía ir más aprisa que uno grande. El ser los individuos numerosos, así hombres como perros, resultó en algunos de los viajes anteriores expuesto a muchas contrariedades. El tiempo que había que invertir por la mañana en tener preparado todo, que no era menos de cuatro horas, era una de las consecuencias de formar compañía numerosa. Con la mitad del número, o sólo con una tienda llena, me prometía reducir este tiempo a la mitad. La importancia de los depósitos que habíamos dejado se aumentaba mucho, pues ahora sólo tenían que servir para cinco individuos de la partida calculada en un principio, y así podían proporcionar víveres para mucho más tiempo. Desde el punto de vista puramente científico el cambio ofrecía tan claras ventajas, que es innecesario insistir sobre ellas. Desde entonces trabajaríamos, por decirlo así, dos sociedades al mismo tiempo. La Polar se pondría en camino tan pronto como la primavera estuviera en su esplendor. Dejé a Prestrud facultades para fijar el plazo de partida del grupo que él iba a dirigir; ellos no tenían tanta prisa, y podían tomar las cosas con más comodidad.

Vuelta a comenzar el el mismo barullo sobre los nuevos preparativos y a no cesar las agujas su actividad. Dos días después de nuestro regreso, Wisting y Bjaaland fueron a la señal del kilómetro treinta, con objeto de traer los perros que habían quedado sueltos en aquella parte del camino, y aún no habían regresado. Hicieron la excursión de sesenta kilómetros (treinta y siete millas y media) en seis horas, y trajeron a los vagabundos, que

eran diez, conmigo. Los que estaban más lejos fueron encontrados echados al lado de la bandera; ninguno de ellos hizo ademán de levantarse cuando llegaron los trineos. Levantóseles y se les puso guarniciones, y a uno o dos que tenían los pies malos se les cargó en los trineos. Seguramente que los más hubieran regresado por su cuenta pronto, pero es incomprendible que perros tan buenos y lucios como eran muchos de ellos, tuvieran capricho de quedarse atrás.

El 24 de Septiembre empezaba el tiempo verdaderamente primaveral, cuando Bjaaland volvió del mar de hielo, y nos dijo que había matado una foca. Estos animales, pues, empezaban a subir a los hielos; era buena señal. Al día siguiente, salimos a buscarla, y cogimos otra más. Grande era la excitación entre los perros a la vista de la carne fresca, y no digamos nada de la grasa reciente. Tampoco los hombres hacían ascos a una buena tajada.

El 27 de Septiembre quitamos el alero que ocultaba la ventana de nuestra sala. Habíamos tenido que conducir hasta allí la luz por un largo tubo de madera, con lo que se reducía mucho la luz cuando se hizo este arreglo. Ahora ya había luz natural, y fué muy bien venida.

El 26 volvió Camila después de una ausencia de diez días. Había andado suelta a sesenta y ocho millas de Famheim, en esta última escapatoria. Cuando regresó, venía tan gorda como siempre; es de creer que había festejado su soledad con los restos de alguno de sus compañeros. Fué recibida con entusiasmo por muchos de sus admiradores.

El 29 de Septiembre sobrevino señal más cierta de la primavera: una bandada de petreles antárticos. Venían volando a nosotros para anunciarnos que la nueva primavera estaba ya en casa, en todo el vigor de la estación. Mucho nos alegró la vista de estas aves, lindas y raudas.

Volaban en torno a nuestra mansión para mirar si estábamos todos o no andábamos lejos para recibirlas. Era cosa divertida observar lo que hacían los perros. Cuando llegaron los petreles, volaban a ras de tierra; los perros, luego que los vieron, se precipitaron en masa para atraparlos, a todo galope, barriendo el suelo y con afán de llegar primero que los demás. Las aves entonces levantaron súbitamente el vuelo en los aires, y los perros por el momento no las veían. Pararónse un instante contemplándose unos a otros como preguntándose qué harían. Pero esta incertidumbre no les dura mucho, por regla general. Cobraron ánimos con admirable rapidez y se pusieron a luchar unos con otros.

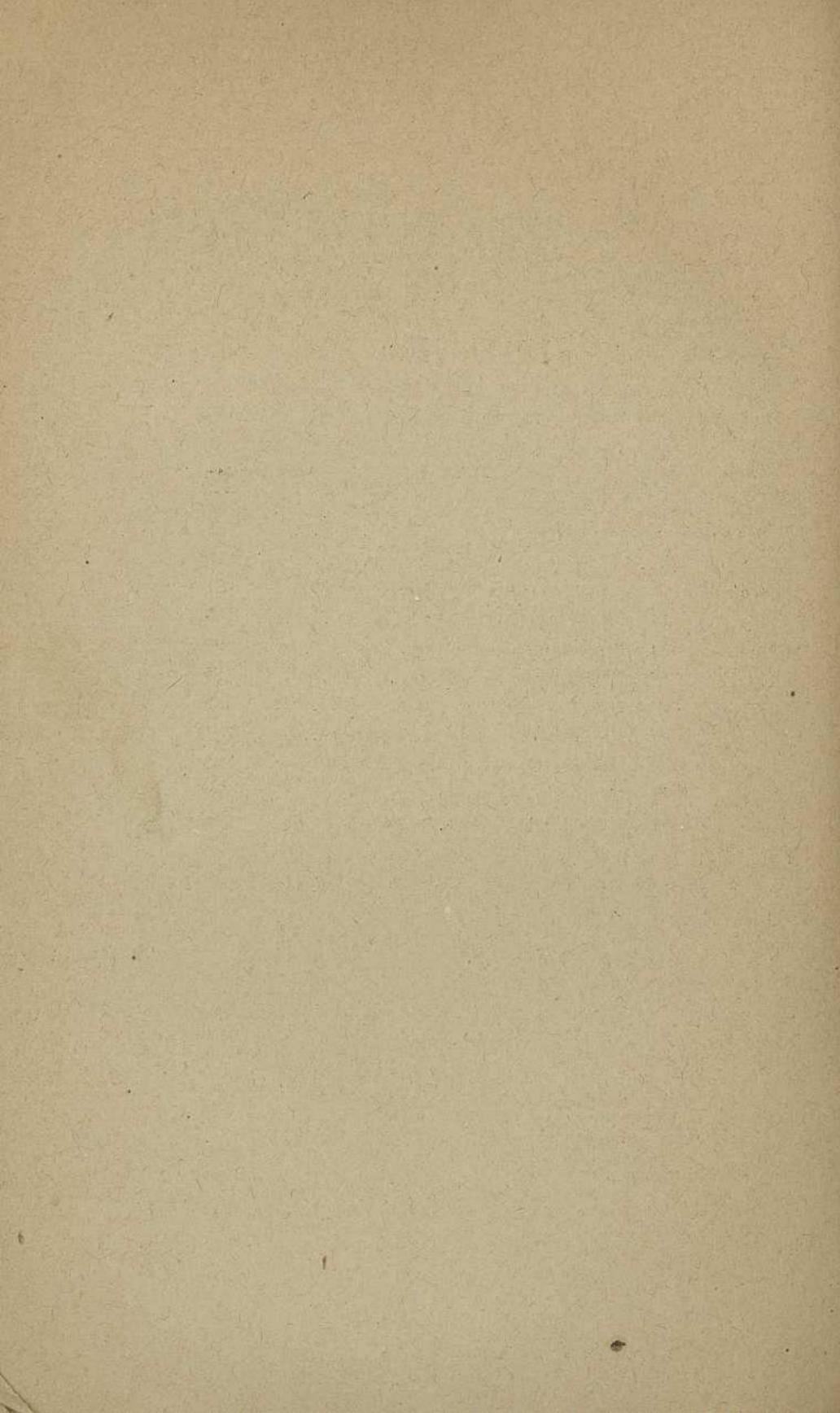
Ahora empezaba realmente la primavera. Sólo nos faltaba curar los pies helados y ponernos inmediatamente en camino.

FIN DEL TOMO I

# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
EL PRIMER RELATO.....	1
INTRODUCCIÓN, por Fridtjof Nanzen.....	13
Capítulo I.—La Historia del Polo Sur.....	21
II.—Plan y preparativos.....	55
III.—En camino hacia el Sur.....	95
IV.—De Madera a la Barrera.....	124
V.—Sobre la Barrera.....	159
VI.—Viajes para establecer depósitos.....	190
VII.—Preparativos de invierno.....	233
VIII.—Un día en Framheim.....	252
IX.—El final del invierno.....	302



# PUBLICACIONES DE «LA ESPAÑA MODERNA», MADRID

	<u>Pesetas</u>		<u>Pesetas</u>
<b>Aguanno.</b> —La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).....	15	mercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio .....	10
—La Reforma integral de la legislación civil.....	4	<b>Boissier.</b> —Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.	8
<b>Albert.</b> —La Prosa.....	6	—La Oposición bajo los Césares	7
<b>Amiel.</b> —Diario íntimo.....	9	<b>Bcuchot.</b> —Historia de la literatura antigua.....	6
<b>Amundsen.</b> —El Polo Sur... ..	7	<b>Bourget.</b> —Hipólito Taine..	0,50
<b>Andreief.</b> —Los ahorcados... ..	3	<b>Bréal.</b> —Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones.).....	5
<b>Anónimo.</b> —¿Académicas? ...	1	<b>Bredif.</b> —La Elocuencia política en Grecia.....	7
—Currita Albornoz al Padre Luis Coloma.....	1	<b>Bret Harte.</b> —Bloqueados por la nieve.....	2
<b>Antoine.</b> —Curso de Economía Social, 2 volúmenes... ..	15	<b>Brooks Adams.</b> —La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos.....	7
<b>Arenal.</b> —El Delito colectivo. —El Derecho de gracia.....	3	<b>Bryce.</b> —La República Norteamericana, dos tomos... ..	13
—El Visitador del preso.....	3	—El gobierno de los Estados en la República Norteamericana.....	7
<b>Arnó.</b> —Las servidumbres rústicas y urbanas.—Estudio sobre las servidumbres prediales.....	7	—Los partidos políticos en los Estados Unidos.....	6
<b>Asensio.</b> —Fernán Caballero. —Martín Alonso Pinzón.....	3	—La opinión pública.....	5
<b>Asser.</b> —Derecho Internacional privado.....	6	—Las Instituciones sociales en los Estados Unidos.....	8
<b>Audinet.</b> —Derecho internacional privado. (Dos tomos.)	12	<b>Bunge.</b> —La Educación.....	12
<b>Bagehot.</b> —La Constitución inglesa.....	7	<b>Burgess.</b> —Ciencia política y Derecho constitucional comparados ( <i>dos tomos</i> ).....	14
—Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia.....	4	<b>Burnouf.</b> —Las religiones, literatura y constitución social de la India.....	7
<b>Baldwin.</b> —Elementos de Psicología.....	8	<b>Buylla.</b> —Economía ( <i>dos tomos</i> ) .....	10
<b>Balzac.</b> —César Birotteau... ..	3	<b>Caillaux.</b> —Los Impuestos en Francia ( <i>tres tomos</i> ).....	18
—Eugenia Grandet.....	3	<b>Cambrotero.</b> —Las Cortes de la Revolución.....	4
—La Quiebra de César Birotteau.....	3	—Crónicas del tiempo de Isabel II.....	7
—Papá Goriot.....	3	<b>Campe.</b> —Historia de América ( <i>dos tomos</i> ).....	6
—Ursula Mirouet.....	3	<b>Campoamor.</b> —Cánovas.....	1
<b>Barbey d'Aurevilly.</b> —El Cabezalla.....	3	—Doloras, cantares y humoradas.....	3
—El Dandismo y Jorge Brummel.....	3	—Ternezas y flores.....	3
—La Hechizada.....	3	<b>Carlyle.</b> —La Revolución francesa ( <i>tres tomos</i> ).....	24
—Las Diabólicas.....	3	—Pasado y presente.....	7
—Una historia sin nombre... ..	3	<b>Caro.</b> —Costumbres literarias.	3
—Venganza de una mujer... ..	3		
—Barthelemy-Saint-Hilaire.—Buda y su religión... ..	7		
<b>Becerro de Bengoa.</b> —Trueba	1		
<b>Bergeret.</b> —Eugenio Monton (Merinos).....	1		
<b>Berzeviczy.</b> —Beatriz de Aragón, Reina de Hungría... ..	7		
<b>Boccardo.</b> —Historia del Co-			

Pesetas	Pesetas
<b>Caro.</b> —El pesimismo en el siglo XIX.....	3
—El suicidio y la civilización.....	3
—La filosofía de Goethe.....	6
<b>Castro.</b> —El libro de los galicismos.....	3
<b>Colombey.</b> —Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países.....	6
<b>Collins.</b> —Resumende la filosofía de Spencer ( <i>dos tomos</i> ).....	15
<b>Comte.</b> —Principios de Filosofía positiva.....	2
<b>Coppée.</b> —Un idilio.....	3
<b>Couperus.</b> —Su Majestad.....	3
<b>Champcommunale.</b> —La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado.....	10
<b>Chassay.</b> —Los deberes de la mujer en la familia.....	3
<b>Cherbuliez.</b> —Amores frágiles.....	3
—La tema de Juan Tozudo.....	3
—Meta Holdenis.....	3
—Mis Revel.....	3
—Paula Meré.....	3
<b>Darwin.</b> —Viaje de un naturalista alrededor del mundo ( <i>dos tomos</i> ).....	15
<b>Daudet.</b> —Cartas de mi molino.....	3
—Cuentos y fantasías.....	3
—Jack ( <i>dos tomos</i> ).....	6
—Novelas del lunes.....	3
<b>Delorme.</b> —César y sus contemporáneos.....	6
<b>Deploige.</b> —El conflicto de la Moral y de la Sociología.....	7
<b>Deschanell.</b> —Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres.....	7
<b>Dollinger.</b> —El Pontificado.....	6
<b>Dorado.</b> —Concepción Arenal.....	1
<b>Dostoyusky.</b> —La novela del presidio.....	3
<b>Dowden.</b> —Historia de la literatura francesa.....	9
<b>Dumas.</b> —Actea.....	2
<b>Eltzbacher.</b> —El anarquismo, según sus más ilustres representantes.....	7
<b>Ellen Key.</b> —El amor y el matrimonio.....	6
<b>Ellis Stevens.</b> —La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4
<b>Emerson.</b> —La ley de la vida.....	5
—Hombres simbólicos.....	4
<b>Emerson.</b> —Ensayo sobre la naturaleza.....	3,50
—Inglaterra y el carácter inglés.....	4
—Veinte ensayos.....	7
<b>Engels.</b> —Anti-Dühring o revolución de la ciencia, de Eugenio Dühring.....	7
<b>Faguet.</b> —Los amores de literatos célebres.....	8
—Leyendo a Nietzsche.....	8
<b>Fernández Guerra.</b> —Hartzenbusch.....	1
<b>Fernán Flor.</b> —Tamayo.....	1
—Zorrilla.....	1
<b>Ferrán.</b> —Obras completas.....	3
<b>Ferraz.</b> —Filosofía del deber.....	8
<b>Finot.</b> —Filosofía de la longevidad.....	5
<b>Fisher.</b> —Economía política y geométrica.....	8
<b>Fitzmaurice - Kelly.</b> —Historia de la Literatura española.....	10
<b>Flaubert.</b> —Un corazón sencillo.....	3
<b>Flint.</b> —La Filosofía de la Historia en Alemania.....	7
<b>Foucher de Careil.</b> —Hegel y Schopenhauer.....	6
<b>Fouillée.</b> —Historia de la filosofía ( <i>dos tomos</i> ).....	12
—La ciencia social contemporánea.....	8
—Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia.....	7
—Historia de la filosofía de Platón ( <i>dos tomos</i> ).....	12
—Compendios de los grandes filósofos ( <i>dos tomos</i> ).....	12
<b>Flournoy.</b> —Espíritus y Mediums (Metapsíquica y Psicología), <i>dos tomos</i> .....	13
<b>Fournier.</b> —El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	3
<b>Framarino del Malatesta.</b> —Lógica de las pruebas en materia criminal ( <i>dos tomos</i> ).....	15
<b>Fromentin.</b> —La pintura en Bélgica y Holanda.....	6
<b>Gabba.</b> —Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno ( <i>dos tomos</i> ).....	15
<b>Garnet.</b> —Historia de la Literatura italiana.....	9
<b>Garofalo.</b> —Indemnización a las víctimas del delito.....	4
—La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de	

la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	10
—La superstición socialista...	5
—El delito como fenómeno social.....	4
—Justicia y Civilización.....	4
Gautier.—Bajo las bombas prusianas.....	3
—Enrique Heine.....	1
—Madama de Girardin y Balzac.....	3
—Nerval y Baudelaire.....	3
Gay.—Los Salones célebres.	3
George.—Protección y libre-cambio.....	9
—Problemas Sociales.....	5
Giddings.—Principios de Sociología.....	10
—Sociología inductiva.....	6
Girard.—La Elocuencia ática	4
—El sentimiento religioso en la Literatura griega.....	7
Giuriati.—Los errores judiciales.....	7
—El Plagio.....	8
Gladstone.—Lord Macaulay	1
Goethe.—Memorias.....	5
Gómez Villafranca.—Indices de <i>La España Moderna</i> , tomos 1 a 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal.	12
Gonblanc.—Historia general de la Literatura.....	6
Goncourt.—Germinia Lacerteux.....	3
—Historia de María Antonieta.....	7
—La Elisa.....	3
—La Faustin.....	3
—Las favoritas de Luis XV.	6
—Querida.....	3
—Renata Mauperin.....	3
—La Du-Barry.....	4
—La Clairon.....	6
—La mujer en el siglo XVIII	5
Godduow.—Derecho administrativo comparado ( <i>dos tomos</i> ).....	12
Goschen.—Teoría de los cambios extranjeros.....	7
Gosse.—Padre e Hijo: Estudio de dos temperamentos..	3
Grave.—La sociedad futura..	8
Green.—Historia del Pueblo inglés ( <i>cuatro tomos</i> ).....	25
Gross.—Manual del juez....	12
Guizot.—Abelardo y Eloisa.	7
Gumplowicz.—Derecho político filosófico.....	9

—Lucha de razas.....	8
—Compendio de Sociología..	9
—La Sociología y la política.	4
Guyau.—La educación y la Herencia.....	8
—La moral inglesa contemporánea, o sea Moral de la utilidad y de la evolución..	12
Hailman.—Historia de la Pedagogía.....	2
Hamilton.—Lógica parlamentaria.....	2
Harmignié.—El Estado y sus agentes.....	8
Haussonville.—La juventud de Lord Byron.....	5
Heiberg.—Novelas Danesas.	3
Heine.—Memorias.....	3
—Alemania.....	6
Höfding.—Psicología experimental.....	9
Hume.—Historia de la España contemporánea.....	8
—Historia del Pueblo Español	9
—Reinas de la España antigua	7
Hunter.—Sumario del Derecho romano.....	4
Huxley.—La educación y las ciencias naturales.....	6
Ibsen.—Casa de muñeca....	3
—Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
Jitta.—Método de Derecho internacional.....	9
Justi.—Estudios de arte español ( <i>dos tomos</i> ).....	12
Kells Ingram.—Historia de la Economía política.....	7
Koch y otros.—Estudios de higiene general.....	3
Korolenko.—El desertor de Sajalín.....	2,50
Krafft-Ebing.—Medicina legal ( <i>dos tomos</i> ).....	15
Kropotkine.—Campos, fábricas y talleres.....	6
Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
Lagerlof.—El esclavo de su finca.....	3
Lagorgttee.—La Guerra: Estudio de sociología ( <i>dos tomos</i> ).....	14
Lange.—Luis Vives.....	2,50
Larcher.—Las mujeres juzgadas por las malas lenguas.....	4
Larcher y Jullien.—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato.....	5
Laveleye.—Economía política	7

	Pesetas		Pesetas
—El Socialismo contemporáneo.....	8	<b>Miraglia.</b> —Filosofía del Derecho ( <i>dos tomos</i> ).....	15
<b>Lemcke.</b> —Estética.....	8	<b>Molins.</b> —Bretón de los Herreros.....	1
<b>Lemonnier.</b> —La Carnicería (Sedan).....	3	<b>Mommsen.</b> —Derecho público romano.....	12
<b>Leroy-Beaulieu.</b> —Economía política.....	8	—Derecho penal romano ( <i>dos tomos</i> ).....	18
<b>Lester Ward.</b> —Factores Psíquicos de la Civilización....	7	<b>Morley.</b> —Estudios sobre grandes hombres.....	5
<b>Lewis-Pattée.</b> —Historia de la Literatura de los Estados Unidos.....	8	—Voltaire.....	6
<b>Liesse.</b> —El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social.....	9	<b>Mouton.</b> —El deber de castigar.....	4
<b>Lombroso.</b> —La Escuela criminológica-positivista.....	7	<b>Murray.</b> —Historia de la Literatura clásica griega.....	10
—Medicina legal ( <i>dos tomos</i> )..	12	<b>Nansen.</b> —Hacia el Polo.....	6
<b>Lubbock.</b> —El empleo de la vida.....	3	<b>Nardi-Greco.</b> —Sociología jurídica.....	9
<b>Lynch.</b> —Viaje al Clondic....	4	<b>Neera.</b> —Teresa.....	3
<b>Macaulay.</b> —Estudios jurídicos.....	6	<b>Neumann.</b> —Derecho Internacional público moderno..	6
<b>Mac-Donald.</b> —El criminal tipo.....	3	<b>Nietzsche.</b> —Así hablaba Zarathustra.....	7
<b>Manduca.</b> —Procedimiento penal.....	5	—Más allá del bien y del mal.	5
<b>Marie.</b> —Misticismo y locura.	5	—La Genealogía de la moral.	3
<b>Marshall.</b> —Tratado de Economía política (tres tomos).	21	—Humano, demasiado humano	6
<b>Martens.</b> —Derecho internacional (público y privado) ( <i>tres tomos</i> ).....	22	—Aurora.....	7
—Tratado de Derecho internacional. — Apéndice. — La Paz y la guerra.....	8	—Últimos opúsculos.....	5
<b>Martin.</b> —La Moral en China.	4	—La Gaya ciencia.....	6
<b>Mattiolo.</b> —Instituciones de Derecho Procesal Civil....	10	—El viajero y su sombra....	6
<b>Maupassant.</b> —Emilio Zola.	1	<b>Nisard.</b> —Los cuatro grandes historiadores latinos.....	4
<b>Max-Muller.</b> —La ciencia del lenguaje.....	8	<b>Nourrison.</b> —Maquiavelo....	3
—Origen y desarrollo de la religión.....	6	<b>Novicow.</b> —Los despilfarros de las Sociedades modernas.	8
—Hist. de las religiones.....	8	—El porvenir de la raza blanca.....	4
—La Mitología comparada...	7	—Conciencia y voluntad sociales.....	6
<b>Menéndez y Pelayo.</b> —Martínez de la Rosa.....	1	—La guerra y sus pretendidos beneficios.....	1,50
—Núñez de Arce.....	1	<b>Papini.</b> —Lo trágico cotidiano y El piloto ciego.....	3
<b>Meneval.</b> —María Estuardo.	6	—El Crepúsculo de los Filósofos.....	3
<b>Mercier.</b> —Curso de Filosofía: Lógica.....	8	<b>Pardo Bazán.</b> —Alarcón....	1
—Psicología ( <i>dos tomos</i> ).....	12	—Campoamor.....	1
—Ontología.....	10	—El P. Luis Coloma.....	2
—Criteriología general.....	9	<b>Passarge.</b> —Ibsen.....	1
<b>Merejkowsky.</b> —La Muerte de los Dioses.....	2	<b>Pepín y Ransson.</b> —La reforma de la Magistratura y el Arte de Juzgar.....	6
<b>Merimee.</b> —Colomba.....	3	<b>Perrot.</b> —Derecho público de Atenas.....	4
—Mis perlas.....	3	<b>Picón.</b> —Ayala.....	1
<b>Merkel.</b> —Derecho penal....	10	<b>Piepers.</b> —La reforma del Derecho ( <i>dos tomos</i> ).....	10
<b>Meyer.</b> —Derecho administrativo.....	4	<b>Potapenko.</b> —La novela de un hombre sensato.....	2
		<b>Prevost Paradol.</b> —La Historia Universal ( <i>tres tomos</i> ).	16
		<b>Quinet.</b> —El Espíritu nuevo.	5

Pesetas	Pesetas
<b>Renán.</b> —Estudios de historia religiosa..... 6	—La moral..... 7
<b>Ribbing.</b> —La higiene sexual. 3	—El organismo social..... 7
<b>Ricci.</b> —Tratado de las pruebas ( <i>dos tomos</i> )..... 20	—El progreso..... 7
—Derecho civil ( <i>veinte tomos</i> ). 140	—Ética de las prisiones..... 8
<b>Rocco.</b> —La Sentencia Civil. 4	—Exceso de legislación..... 7
<b>Rod.</b> —El silencio..... 3	—La beneficencia..... 4
<b>Roguin.</b> —Las Reglas jurídicas..... 8	—La justicia..... 7
<b>Roosevelt.</b> —New-York..... 4	—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas..... 9
<b>Rossi.</b> —Sociología y Psicología colectiva..... 6	—Las instituciones eclesiásticas..... 6
<b>Rozan.</b> —Locuciones, proverbios..... 3	—Las instituciones políticas ( <i>dos tomos</i> )..... 12
<b>Ruskin.</b> —Las siete lámparas de la arquitectura..... 7	—Los datos de la Sociología ( <i>dos tomos</i> )..... 12
—Obras escogidas ( <i>dos tomos</i> ). 13	—Las instituciones sociales... 7
—Las piedras de Venecia: Guía estética de Venecia y de Verona..... 6	—Las instituciones profesionales..... 4
<b>Sainte-Beuve.</b> —Retratos de mujeres..... 3	—Las instituciones industriales..... 8
—Estudios sobre Virgilio..... 5	—Psicología (cuatro tomos).. 28
—Tres mujeres..... 3	<b>Squillace.</b> —Las doctrinas sociológicas ( <i>dos tomos</i> )..... 10
<b>Saisset.</b> —Descartes, sus precursores y sus discípulos... 7	—Problemas constitucionales de la Sociología ( <i>dos tomos</i> ). 12
<b>Sansonetti.</b> —Derecho constitucional..... 9	<b>Starcke.</b> —La Familia en las diferentes sociedades..... 5
<b>Sarcey.</b> —Crónica del Sitio de París..... 6	<b>Sthal.</b> —Historia de la filosofía del Derecho... 12
<b>Sardou.</b> —La Perla Negra. . 3	<b>Stirner.</b> —El Único y su propiedad..... 9
<b>Schopenhauer.</b> —El mundo como voluntad y como representación ( <i>tres tomos</i> )... 30	<b>Stourm.</b> —Los Presupuestos ( <i>dos tomos</i> )..... 15
—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología..... 4	<b>Strafforello.</b> —Después de la muerte..... 3
—La nigromancia..... 3	<b>Stuart-Mill.</b> —Estudio sobre religión..... 4
—Estudio de Historia filosófica 4	<b>Sumner-Maine.</b> —El antiguo derecho y la costumbre primitiva..... 7
—Eudemonología. Tratado de mundología o Arte de bien vivir..... 5	—La guerra según el Derecho internacional..... 4
<b>Scheel y Mombert.</b> —La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio 4	—Las instituciones primitivas 7
<b>Schorn.</b> —El pianista Francisco Listz.... 7	<b>Supino.</b> —Derecho mercantil ( <i>dos tomos</i> )..... 12
<b>Schuré.</b> —Historia del drama musical..... 5	<b>Suttner.</b> —High-Life..... 3
—Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas..... 6	<b>Taine.</b> —Florencia..... 3
<b>Selva.</b> —Guía del Buen Decir. 8	—Los orígenes de la Francia contemporánea ( <i>seis tomos</i> ). 40
<b>Sienkiewicz.</b> —Orso. En vano. 2	—Historia de la literatura inglesa ( <i>cinco tomos</i> )..... 34
<b>Sieroszewski.</b> —Yang-Hun-Tsy..... 2	—La pintura en los Países Bajos..... 3
<b>Sohm.</b> —Derecho privado romano..... 14	—Notas sobre París..... 6
<b>Sombart.</b> —El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX..... 3	—Venecia..... 3
<b>Spencer.</b> —De las leyes en general..... 8	—Los filósofos del siglo XIX.. 6
	—Tito Livio..... 4
	<b>Tanera.</b> —La Guerra Franco-alemana..... 4
	<b>Tarde.</b> —Las transformaciones del Derecho..... 6

—La criminalidad comparada.	3	<b>Vocke.</b> —Principios fundamen- tales de Hacienda ( <i>dos</i> <i>tomos</i> ).....	10
—Filosofía penal ( <i>dos tomos</i> ).	14	<b>Wadleigh Chandler.</b> —La Novela Picaresca.....	4
<b>Todd.</b> —El gobierno parlamen- tario en Inglaterra ( <i>dos to- mos</i> ).....	15	<b>Wharton.</b> —Los millonarios de los Estados Unidos....	5
<b>Tchekhof.</b> —Un Duelo.....	1	<b>Wagner.</b> —Recuerdos de mi vida.....	3
<b>Thorold Rogers.</b> —Sentido económico de la Historia... 10		<b>Waliszewski.</b> —Historia de la Literatura rusa.....	9
<b>Tolstoy.</b> —Dos generaciones. —El ahoreado.....	3	<b>Wallace.</b> —Rusia.....	4
—El camino de la vida.....	3	<b>Wentworth.</b> —Historia de los Estados Unidos.....	6
—El canto del cisne.....	3	<b>Westermarck.</b> —El matri- monio en la especie huma- na....	12
—El dinero y el trabajo.....	3	<b>White.</b> —Historia de la lucha entre la Ciencia y la Teolo- gía.....	8
—El Príncipe Nekhli.....	3	<b>Whitman.</b> —La Alemania im- perial.....	5
—El trabajo.....	3	<b>Wilson.</b> —El Gobierno con- gresional; Régimen político de los E. U.....	5
—En el Cáucaso.....	3	<b>Willaughby.</b> —La legislación obrero en los E. U.....	3
—Iván el imbécil.....	3	<b>Witt.</b> —Historia de Washing- ton y de la fundación de la República de los E. U.....	7
—La sonata de Krentzer.....	3	<b>Woolf.</b> —Un gobierno inter- nacional.....	7
—Lo que debe hacerse.....	3	<b>Wundt.</b> —Compendio de Psi- cología.....	9
—Los Cosacos.....	3	—Principios de Filosofía....	9
—Los hambrientos.....	3	—Hipnotismo y sugestión....	2
—Marido y mujer.....	3	<b>Zahn.</b> —Biblia, Ciencia y Fe.	6
—Mi confesión.....	3	<b>Zola.</b> —Balzac.....	1
—Mi infancia.....	3	—Chateaubriand.....	1
—Placeres viciosos.....	3	—Daudet.....	1
—¿Qué hacer?.....	3	—Dumas (hijo).....	1
<b>Tougan-Baranowski.</b> —Las crisis industriales en Ingla- terra.....	8	—El Doctor Pascual ( <i>dos to- mos</i> ).....	6
<b>Trevelyan.</b> —La Educación de Lord Macaulay.....	7	—El naturalismo en el teatro ( <i>dos tomos</i> ).....	6
—Vida, memorias y cartas de Lord Macaulay ( <i>dos tomos</i> ).	14	—Estudios críticos.....	3
<b>Turgueneff.</b> —Aguas prima- verales.....	3	—Estudios literarios.....	3
—Demetrio Rudin.....	3	—Flaubert.....	1
—El judío.....	3	—Gautier.....	1
—El reloj.....	3	—Jorge Sand.....	1
—El Rey Lear de la Estepa..	3	—La novela experimental....	3
—Humo.....	3	—Los Goncourt.....	1
—La Guillotina.....	3	—Los novelistas naturalistas ( <i>dos tomos</i> ).....	6
—Nido de hidalgos.....	3	—Mis odios.....	3
—Primer amor.....	3	—Musset.....	1
—Un desesperado.....	3	—Nuevos estudios literarios.	3
<b>Uriel.</b> —Historia de Chile... 8		—Sainte Beuve.....	1
<b>Vaccaro.</b> —Bases sociológicas del Derecho y del Estado.. 9		—Sardou.....	1
<b>Valera.</b> —Ventura de la Vega 1		—Stendhal.....	1
<b>Varios autores.</b> —Cuentos escogidos.....	3	—Victor Hugo.....	1
—El Derecho y la Sociología contemporáneos.....	12		
—Novelas y caprichos.....	3		
—Ramillete de cuentos.....	3		
—Tesoro de cuentos.....	3		
—Los grandes discursos de los máximos oradores ingle- ses modernos.....	7		
<b>Virgillii.</b> —Manual de Estadís- tica.....	4		
<b>Vivante.</b> —Derecho mercantil. 10			

- Gluriani.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.  
—El Plagio, 8 pesetas.
- Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pts.  
—Sociología inductiva, 6 pesetas.
- Gladstone.**—Vida de Lord Macaulay, 1 p.  
**Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Gómez Villafraña.**—Indice de La ESPAÑA MODERNA, tomos 1.º a 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal, 12 pesetas.
- Gonblanc.**—Historia general de la literatura, 6 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Las Favoritas de Luis XVI, 6 pesetas.—Las Du Barry, 4 pesetas.—Querida, 3 pesetas.—René Maupérin, 3 pesetas.—Germán Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La Clairon, 6 pts.—La mujer en el siglo XVIII, 5 pts.
- Godinow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 12 pesetas.
- González.**—Derecho usual 5 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios y caracteres, 7 pesetas.
- Gosse.**—Padre é hijo. Estudio de dos temperamentos, 3 pesetas.
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Green.**—Historia del pueblo inglés, 4 t., 25 ps.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
- Guizot.**—Abelardo y Eloisa, 7 pesetas.
- Gumpowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pts.—Compendio de Sociología, 9 pts.—La Sociología y la política, 4 pts.
- Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 pts.—La Moral Inglesa Contemporánea, 12 pts.
- Hailman.**—II.º de la Pedagogía, 2 pesetas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pts.
- Haussoville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heiberg.**—Novelas danesas, 3 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.—Memorias, 3 p.
- Höfding.**—Psicología Experimental, 9 pts.
- Hume.**—Historia del Pueblo Español, 9 pts.—Historia de la España Contemporánea, 8.—Reinas de la España Antigua, 7 pesetas.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
- Huxley.**—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 pts.
- Ibsen.**—Casa de muñeca, 3 pesetas.—Los aparecidos, 3 pesetas.
- Jitta.**—Método de Derecho Internacional, 9.
- Justi.**—Estudios de arte español, dos tomos, 12 pesetas.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
- Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
- Korolenko.**—El desierto de Sajalin, 2,50.
- Krafft-Ebing.**—Medicina legal, dos tomos, 15 pesetas.
- Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6.
- Krúger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.
- Lagerlof.**—El esclavo de su finca, 3 pts.
- Lagarrette.**—La guerra: Estudio de Sociología general, dos tomos, 14 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 2,50 pesetas.
- Larcher.**—Las mujeres juzgadas por las malas lenguas, 4 pts.—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato, 5 pts.
- Laveleye.**—Economía política, 7 pts.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
- Lencke.**—Estética, 8 pesetas.
- Lemouner.**—La Carnicería (Sedán), 3 pts.
- Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pts.
- Lester-ward.**—Factores Psíquicos de la Civilización, 7 pesetas.
- Lewis-Pattee.**—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 pts.
- Liesse.**—El Trabajo, 8 pesetas.
- Lombroso.**—Medicina legal, dos tomos con multitud de grabados, 12 pesetas.
- Lombroso, Ferry, Garofalo y Florcetti.**—La Escuela Criminológica Positivista, 7 pesetas.
- Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.
- Lynch.**—Viaje al Clondic, 4 pesetas.
- Mancutay.**—Estudios jurídicos, 6 pts.—La Educación, 7 pts.—Vida, memorias y castas, dos tomos, 14 pesetas.
- Mac-Donald.**—El criminal tipo, 3 pesetas.
- Manduca.**—Procedimiento penal, 5 pesetas.
- Marie.**—Misticismo y locura, 5 pesetas.
- Marshall.**—Economía política, 3 ts., 21 pts.
- Martens.**—Derecho Internacional, 4 t., 30 p.
- Martin.**—La moral en China, 4 pesetas.
- Mattirolo.**—Instituciones de Derecho Procesal Civil, 10 pesetas.
- Maupassant y Alexis.**—Vida de Zola, 1 p.
- Max-Müller.**—Historia de las Religiones, 8 pts.—La Ciencia del lenguaje, 8 pts.—La Mitología comparada, 7 pts.—Origen y desarrollo de la religión, 6 pts.
- Menéndez y Pelayo.**—Vida de Núñez de Arce, 1 peseta.—Vida de Martínez de la Rosa, 1 peseta.
- Mencval y Chantelance.**—María Estuardo, 6 pesetas.
- Mercier.**—Lógica, 8 pesetas.—Psicología, 2 tomos, 12 pesetas.—Ontología, 10 pesetas.—Criteriología general ó tratado de la certeza, 9 pesetas.
- Merimé.**—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.
- Merejkowsky.**—La Muerte de los Dioses, 2
- Merkel.**—Derecho penal, 10 pesetas.
- Meyer.**—Derecho administrativo.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.
- Molins.**—Vida de Bretón, 1 peseta.
- Mommsen.**—Derecho público romano, 12 pts.—Derecho penal romano, dos tomos, 18 pts.
- Morley.**—Estudios sobre grandes hombres, 5 pesetas.—Voltaire, 6 pesetas.
- Mouton.**—El deber de castigar, 4 pts.
- Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.
- Nardi-Greco.**—Sociología jurídica, 9 pts.
- Neera.**—Teresa, 3 pesetas.
- Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 pts.—La Genealogía de la Moral, 3 pts.—Más allá del bien y del mal, 5 pts.—Humano, demasiado humano, 6 pts.—Aurora, 7 pts.—Últimos opúsculos, 5 pts.—La Gaya ciencia, 6 pts.—El viajero y su sombra, 6 pts.
- Nisard.**—Los cuatro grandes historiadores latinos, 4 pesetas.
- Nourisson.**—Maquiavelo, 3 pesetas.
- Novicow.**—Los desfilzaros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la raza blanca, 4 pesetas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.—La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pesetas.
- Papini.**—Lo trágico cotidiano y El Piloto ciego, 3 pesetas.—El crepúsculo de los Filósofos, 3 pts.
- Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—De Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1.
- Passarge.**—Vida de Ibsen, 1 peseta.
- Pepin y Rawsson.**—La reforma de la Magistratura y El Arte de juzgar, 6 pesetas.
- Perrot.**—El derecho público en Atenas, 4 p.
- Picón (J. O.).**—Vida de Ayala, 1 peseta.
- Piepers.**—La reforma del Derecho, dos tomos, 10 pesetas.
- Potapenko.**—La Novela de un hombre sensato, 2 pesetas.
- Prévost-Paradol.**—Historia Universal 3 tomos, 16 pesetas.
- Quinet.**—El Espíritu nuevo, 5 pesetas. pesetas.
- Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 8
- Ribbing.**—La higiene sexual, 3 pesetas.
- Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pts.—Derecho Civil, 20 tomos, 140 pts.
- Rocco.**—La sentencia civil, 4 pesetas.
- Rogers.**—Sentido económico de la Historia 10 pesetas.
- Rod.**—El silencio, 3 pesetas.
- Roguin.**—Las reglas jurídicas, 8 pesetas.
- Roosevelt.**—Nueva-York, 4 pesetas.
- Rossi.**—Sociología y Psicología colectiva, 6.
- Rozan.**—Locuciones, proverbios, dichos y frases, 3 pesetas.
- Ruskin.**—Las siete lámparas de la Arquitectura, 7 pesetas.—Obras escogidas, 2 tomos, 13 pts.—Las piedras de Venecia, 6 pts.
- Sainte-Beuve.**—Estudio sobre Virgilio 5 pesetas.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.
- Saisset.**—Descartes, sus precursores y sus discípulos, 7 pesetas.
- Sansonetti.**—Derecho Constitucional
- Sarcey.**—Crónica del sitio de París.

**Sardou.**—La perla negra, 3 pesetas.  
**Sauzet y Mombert.**—La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio, 4 pesetas.  
**Schopenhauer.**—El mundo como voluntad y como representación, 3 vols., 80 pesetas.—Eudemología (tratado de filosofía) á arte de bien vivir, 5 pts.—Estudios de historia Filosófica, 4 pesetas.—La Nigromancia, 3 pts.—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología, 4 pts.  
**Schorn.**—El pianista Listz, 7 pesetas.  
**Schuré.**—Historia del urama muerta, 5 pesetas.—Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas, 6 pts.  
**Selva.**—Guía del buen decir, 8 pesetas.  
**Sienkiewicz.**—Orzo. En vano, 2 pesetas.  
**Sieroszewski.**—Yang-Hun-Tsy, novela, 2 pesetas.  
**Sombart.**—El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.  
**Solan.**—Derecho privado romano, 14 ps.  
**Spencer.**—La Justicia, 7 pts. La Moral, 7 pts.—La Beneficencia, 4 pts.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pts.—Instituciones sociales, 7 pts.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 pts.—El Organismo social, 7 pts.—El Progreso, 7 pts.—Exceso de legislación, 7 pts.—De las Leyes en general, 5 pts.—Clase de las prisiones, 8 pts.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 pts.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 3 pts.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.—Psicología, 4 tomos, 29 pesetas.  
**Squillace.**—Las Doctrinas sociológicas, 2 tomos, 10 pesetas.—Problemas constitucionales de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.  
**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.  
**Starke.**—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.  
**Stirner.**—El Único y su propiedad, 9 pts.  
**Stourm.**—Los Presupuestos, 2 tomos, 15 ps.  
**Strafforello.**—Después de la muerte, 3 ps.  
**Stuart Mill.**—Estudios sobre la Religión, 4 ps.  
**Suñer-Maine.**—El Antiguo Derecho y el costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho Internacional, 4 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.  
**Supino.**—Derecho Mercantil, 2 tomos, 12 p.  
**Suttner.**—High-Life, 3 pesetas.  
**Taine.**—Historia de la literatura Inglesa: 5 tomos 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 6 tomos, 40 pts.—Los filósofos del siglo XIX, 6 pts.—Notas sobre París, 6 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Tito Livio, 4 pesetas.  
**Tanera:** La Guerra Franco-Alemana de 1870-1871, 4 pesetas.  
**Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 5 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Filosofía penal, dos tomos, 14 pts.  
**Teckhof.**—Un duelo, 1 pta.  
**Todd.**—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.  
**Tolstoy.**—Los hambrientos, 3 pts.—¿Qué hacer?, 3 pts.—Lo que se debe hacer, 3 pts.—Mi infancia, 3 pts.—La sonata de Krentzer, 3 pts.—Marido y mujer, 3 pts.—Dos generaciones, 3 pts.—El ahorcado, 3 pts.—El

Príncipe Nekhli, 3 pts.—En el Cánceso, 3 pesetas.—Los cosacos 3 pts.—Iván el imbecil, 3 pts.—El canto del cisne, 3 pts.—El camino de la vida, 3 pts.—Placeres viciosos, 3 pts.—El cinero y el trabajo, 3 pts.—Mi confesión, 3 pts.—El trabajo, 3 pts.  
**Tougan-Barnowski.**—Las crisis industriales en Inglaterra, 5 pesetas.  
**Trevelyan.**—La educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.—Vida, memorias y cartas de Lord Macaulay, dos tomos, 14 pesetas.  
**Turgueneff.**—Humo, 3 pesetas.—Nido de halagos, 3 pesetas.—El judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepe, 3 pesetas.—Un desperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El Reloj, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.  
**Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.  
**Vacarro.**—Las bases sociológicas del Derecho y del Estado, 9 pesetas.  
**Valera.**—Vida de Ventura de la Vega, 1 pta.  
**Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.  
**Varios autores.**—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pts.  
**Idem.**—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 ps.  
**Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos,** 7 pesetas.  
**Virgili.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.  
**Vivante.**—Derecho Mercantil, 10 pesetas.  
**Vocke.**—Principios fundamentales de Hacienda, dos tomos, 10 pesetas.  
**Wadleigh Chandler.**—La novela picaresca en España, 4 pesetas.  
**Wallace.**—Rusia, 4 pesetas.  
**Walibzewski.**—Historia de la Literatura rusa, 5 pesetas.  
**Wharton.**—Los millonarios de los Estados Unidos ó el país del placer, 5 pesetas.  
**White.**—Historia de la lucha entre la ciencia y la teología, 5 pesetas.  
**Witt.**—Historia de Washington, 7 pesetas.  
**Wentworth.**—Historia de los Estados Unidos, 6 pesetas.  
**Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.  
**Whitman.**—La Alemania Imperial, 5 pts.  
**Willoughby.**—La legislación obrera en los Estados Unidos, 3 pesetas.  
**Wilson.**—El Gobierno Congresional, 5 pts.  
**Woolf.**—Un Gobierno Internacional, 7 pts.  
**Wundt.**—Compendio de Psicología, 9 pts.—Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.—Principios de Filosofía, 9 pesetas.  
**Zahn.**—Biblia, Ciencia y Fé, 6 pesetas.  
**Zola.**—Vidas de personajes ilustres: Jorge Sand, 1 peseta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas (hijo), 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Toffilo Gautier, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Estudios literarios, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Melodías, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—El Doctor Pascual, dos tomos, 6 pesetas.

### OBRAS RECIÉN PUBLICADAS por LA ESPAÑA MODERNA

**Krafft Ebing:** Medicina legal, 2 tomos, 15 pesetas.—**Tanera:** La guerra franco-alemana de 1870 a 1871, 4 pesetas.—**Hamet:** Reinas de la España antigua, 7 pesetas.—**Selva:** Guía del buen decir, 3 pesetas.—**Lagorgette:** La guerra: Estudio de Sociología, 2 tomos, 14 pesetas.—**Bryce:** La opinión pública, 5 pesetas.—Las Instituciones sociales en los Estados Unidos, 5 pesetas.—**Ragnet:** Los grandes reyes literatos célebres, 8 pesetas.—Leyendo á Nietzsche, 5 pesetas.—**Spencer:** Psicología, 4 tomos, 29 pesetas.—**Flournoy:** Espiritus y Mediums (Materia sensible y Psicología), 13 pesetas.—**Woolf:** Un Gobierno Internacional, 7 pesetas.—**Albert:** La Fección, 6 pesetas.—**Ferraz:** Filosofía del deber, 8 pesetas.—**Foucher de Careil:** Hegel y Schopenhauer, 6 pesetas.—**Amundsen:** El polo Sur, 7 pesetas.

### LA ESPAÑA MODERNA

Los 312 tomos que forman la colección completa de esta magnífica enciclopedia, en la cual va resumido el movimiento intelectual del mundo en los últimos veintiséis años, con un Índice general de autores y materias clasificadas con todo detalle, magnífico volumen de 375 páginas a dos columnas, total 312 tomos venden por 600 pesetas.

---

R. AMUNDSEN

---

EL

---

TOMO I

---

Precio:

7 pesetas

755/1